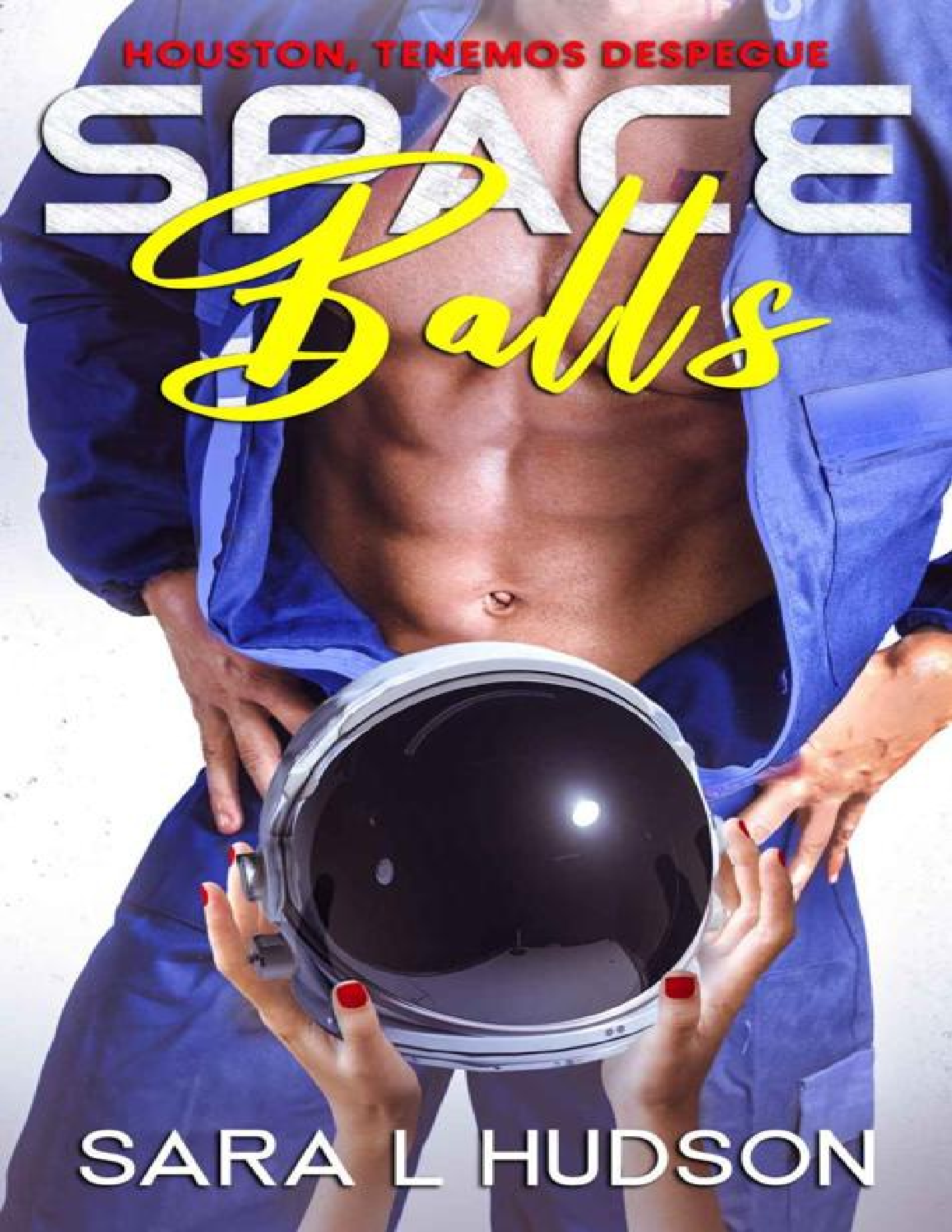
HOUSTON, TENEMOS DESPEGUE

SPACE Balls



SARA L HUDSON

SPACE BALLS

HOUSTON, TENEMOS DESPEGUE

LA SPACE SERIES
LIBRO 4

SARA L HUDSON



Copyright © 2021 por Sara L Hudson

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Traducción de Paula Dip.

ÍNDICE

1. #ALaMierdaElAmor
2. Un Salto Gigante
3. #LocoPorMi
4. Paralaje Estelar
5. #Loto
6. Futuro Cono de Luz
7. #SoyElCésar
8. Lanzamiento Vertical
9. Tratado Sobre el Espacio Ultraterrestre
10. #ADeterminarse
11. #LosFeministasAgradecenBien
12. Simbiosis
13. #PánicoEmocional
14. Amerizaje
15. Transferencia de Datos de Alta Velocidad
16. #DignoDePinterest
17. Caída Libre
18. Sistema de Soporte Vital
19. Operaciones de Superficie
20. #EresUnIdiota
21. Adaptando Pines de Soporte
22. #CorreOMuere
23. Carga Útil Interna
24. CharlieFoxtrot
25. #EstadoDePareja
26. Planificación de Operaciones Conjuntas
27. #AguardienteYDiamantes

Epílogo: Singularidad

Space Series Continúa
Acerca del Autor

UNO

#ALAMIERDAELAMOR

Rose

A la mierda el amor.

Bebo el resto de mi gin tonic y me inclino hacia adelante sobre la mesa artísticamente dispuesta, apoyando la barbilla en la mano.

A la mierda todos.

A través de las peonías de coral, las hortensias blancas y las velas de varias alturas en el centro de la mesa, observo a mi hermano hacer girar a mi mejor amiga, Jackie, en la pista de baile. Flynn le habla mientras sonríe ampliamente, probablemente tratando de distraer a Jackie de contar sus pasos. Y por la mirada soñadora en los ojos de mi amiga, está haciendo un buen trabajo.

Respiro profundamente, empujo las palmas de las manos sobre la mesa y me enderezo en la silla.

Mi hermano está feliz. Mi mejor amiga está feliz. Este es el mejor resultado posible para dos de mis personas favoritas. Esto es bueno. No, es *genial*.

Levanto las manos haciendo un gesto de jazz para darle efecto. Una pareja que pasa me mira de reojo.

Como sea.

Al buscar mi petaca en mi escote, lo único que encuentro es mi rollo de billetes de cincuenta que guardo para emergencias. Hago puchero, recordando que mi otra mejor amiga, Trish, dijo que mi petaca de metal arruinaba la línea de mi vestido de dama de honor y me hizo dejarla atrás.

Ugh. Apoyando mi barbilla nuevamente, contemplo todas las razones por las que debería reír y sonreír con el resto de estos tontos.

Tengo mejores amigas increíbles y dos hermanos mayores adorables, aunque tontos. Quienes, aunque estén enamorados el uno del otro o de otra persona, aun así todos me aman.

Me graduaré de la universidad un semestre antes. Con honores.

Tengo pechos enormes y sé cómo usarlos.

Además, soy ridículamente rica.

Debería estar preparada para conquistar el mundo. Y, sin embargo, estoy celebrando una patética fiesta de lástima envuelta en gasa en la mesa nupcial para una persona.

Hashtag problemas del primer mundo. Hashtag drama-llama. Hashtag supérate a ti mismo.

Miro a Mike, el socio de mi hermano en el taller de automóviles, y ambos asentimos a modo de saludo. Está sentado al lado de una bonita morena dos mesas más allá. Claro que lo está.

Estoy feliz por ellos. Por *todos* ellos. En verdad.

Es sólo que toda esta cosa de las parejas pasó *tan rápido*. Finalmente encontré mi grupo de chicas incondicional en mi vigésimo primer cumpleaños. Eso fue hace sólo seis meses. Seis meses y tres amigas. Luego, dos hermanos y un intruso se unieron a la fiesta y, de repente, soy la última mujer en pié.

Siempre he odiado las matemáticas.

Colocando mis senos en su lugar para lograr un escote óptimo, miro a mi alrededor en busca de un camarero al que sobornar para que se convierta en mi chico de los recados personal de gin-tonics. O chica. Soy igual de generosa en oportunidades con cualquiera que me consiga esos tragos.

Mirando la habitación, me dejo caer sobre mi escote cuando todos los camareros que me rodean están balanceando bandejas llenas de entremeses. Sin bebidas.

Esta boda necesita mejorar sus prioridades.

Extendiendo la mano sobre la mesa, robo la copa de champán que está frente al cubierto de Trish y la bebo de una sola vez.

Estas copas son para el brindis nupcial más tarde. Pero, lo que sea. Hay que satisfacer las necesidades y todo eso.

Luego robo la copa de champán de Ian, la trago de una vez y luego la alineo con las otras copas vacías frente a mí.

—Es una gran fila de soldados muertos la que tienes ahí.

Parpadeando con mis pestañas mejoradas profesionalmente hacia el hombre que acerca la silla a mi lado, sonrío. Puede que no me esté ofreciendo un gin tonic, pero si hay algo que podría sacarme de mi autocompasión, es un hombre guapo. Especialmente si me ofrece un tipo de *trago* diferente.

Tomo la copa de champán de Jules que está delante de él y tomo un sorbo. —Me dijeron que si vas a hacer algo, debes hacerlo bien. Eso incluye emborracharse.

El hombre se ríe, lo que hace grandes cosas con sus ojos. Ojos marrones del color de ese chocolate amargo de horrible sabor que, según los expertos en salud, es bueno para la salud.

Se sienta, cruza una pierna sobre la rodilla e inclina su cuerpo hacia el mío.

Tomo otro sorbo y me como con los ojos descaradamente al hombre. Tiene el pelo oscuro y sedoso y pestañas largas que, cuando me mira largamente, bajan hasta los pómulos altos. Pestañas tan exuberantes que querrías abofetearlo por haber nacido hombre.

Ladeo la cabeza hacia un lado. —¿Cómo te llamas?

Su sonrisa se eleva a un lado. Una mirada que estoy segura está bien practicada, pero no deja de ser efectiva. —Soy Bodie.

Ofrezco la mano que no sostiene mi bebida. —Rose.

Él asiente, con la sonrisa todavía en su lugar. —Me gusta ese nombre.

Me encojo de hombros, agradecida de que no haya dicho algo tonto como hacen la mayoría de los hombres cuando me presento. Porque seamos realistas, no soy delicada como mi tocaya, y estoy segura de que no soy dulce.

—Entonces, ¿cómo conoces a la feliz pareja? —. Su voz es perezosa y baja, pero aún clara sobre el estrépito de la música que reverbera en el granero.

—Amiga de la novia —. Termino el vaso. —¿Tú?

—Lo mismo.

Arrugo la frente. —Eh. No pensé que Jackie tuviera tantos amigos —. Levanto una ceja y lo miro de nuevo. —Especialmente amigos varones.

Él imita mi expresión. —¿Y por qué es eso?

Me pongo de pie, me acerco a él y agarro el vaso de Holt, sabiendo que le estoy dando una buena muestra de mi delantera con mi vestido de dama de honor en V profunda. Recostándome en mi asiento, sonrío cuando a Bodie le toma un segundo levantar sus ojos hacia los míos.

—Primero, porque era demasiado adicta al trabajo antes de conocerme como para hacer amigos. Y segundo, ese hombre que actualmente la hace girar en la pista de baile… —, le inclino mi bebida hacia mi hermano, —...estaría celoso como el infierno.

Él reconoce mis palabras con otro asentimiento y una sonrisa. Sus pequeñas acciones me dicen que es un tipo relajado, un tipo que no se pone nervioso fácilmente.

Son mi tipo favorito para jugar.

—Supongo que sería más exacto decir que soy más un compañero de trabajo que un amigo —. Se recuesta en su silla y la tela de la chaqueta del traje roza mi brazo desnudo. —Aunque ahora que Jackie y yo trabajamos más juntos, diría que la tendencia es en la dirección de ser amigos. De ahí la invitación a la boda.

Ah. Es un nerd de la NASA. Lo cual es sorprendente, ya que parece más un modelo de Ralph Lauren que un geek aeroespacial. —¿Y qué es lo que haces en la NASA, Bodie?

Es sutil, pero hay un movimiento en sus hombros, un velo adicional de confianza que se posa sobre él. —Astronauta.

Asiento. —Genial —. Luego miro por encima de la mesa en busca de otro vaso para robar.

En mi visión periférica, veo caer el velo. Su boca, una vez sonriente, se abre.

Abro mis fosas nasales para evitar reírme y me vuelvo hacia él de nuevo, fingiendo confusión. —¿Esperabas una reacción mayor?

Se encoge de hombros, pareciendo avergonzado. Es lindo.

Tomo el vaso de Flynn por el borde con los dedos y me recuesto en mi asiento. —Escucha,

Bodie —. Cruzo debajo de mi pecho el brazo que no sostiene el vaso, apretando hacia adentro y hacia arriba. Sus ojos bajan a mi escote hinchado antes de mirarme a los ojos una vez más. Siempre he sabido sacar el máximo provecho de lo que tengo. —Dos de mis mejores amigas son astronautas. Jackie es una genio y Jules una tipa ruda pervertida —. Tomo un sorbo de mi bebida robada. —Además, acabo de ayudar a mi otra mejor amiga, nada menos que una autora de best sellers, a salir de la cárcel —. Dejé que la base de la copa de champán descansara en el valle de mis pechos. —Y eso ni siquiera incluye todos mis impresionantes atributos, que son muchos —. Sus ojos se posan en mi pecho nuevamente y lo provoco, inclinándome hacia adelante para darle una mejor vista. —Si buscas una mejor reacción, tienes que aportar algo más que un puesto de trabajo.

———

VANCE

MI NOCHE se volvió mucho más brillante.

Tomo otro sorbo de mi bebida, pero la sonrisa de la voluptuosa rubia calienta mis entrañas mucho mejor que el whisky en mi vaso. —No es tan fácil impresionarte, ¿eh? Supongo que tendré que esforzarme más.

—No hay necesidad —. Ella inclina la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto una larga columna de cuello bronceado, y traga el contenido.

Ver cómo se contraen los músculos mientras traga es más fascinante que estudiar los microcosmos en microgravedad.

Rose chasquea los labios, escaneando la mesa en busca de otro vaso para robar, frunciendo el ceño cuando se da cuenta de que no hay ninguno. —Ahora dime. ¿Eres el tipo de hombre dispuesto a hacer lo que sea necesario para llevar a una chica al orgasmo?

Mi mente, por lo general ingeniosa, se queda en blanco por un momento mientras repito lo que acaba de decir, con mi propio vaso a medio camino de mis labios. Entonces sonrío. —¿Te importaría descubrirlo?

—No.

—¿No? —. Todos los buenos sentimientos se van.

—No quiero *descubrirlo* y desilusionarme —. Ella señala su regazo. —Te estoy pidiendo una garantía de orgasmo.

El whisky que acabo de tomar me quema la nariz mientras río y se transforma en tos. —Bueno, entonces… —, me aclaro la garganta, con los ojos llorosos, —...considérate garantizada.

—Perfecto —. Se pone de pie, se alisa el vestido y se da unas palmaditas en la parte trasera del recogido. Bastantes personas se vuelven para mirar.

Tengo la sensación de que Rose se parece mucho a esas lluvias de asteroides que solía quedarme despierto hasta tarde para ver cuando era niño. Desde lejos, sus caminos iluminan el cielo oscuro, su resplandor es hermoso en contraste. Pero ahora que tengo treinta y seis años y soy astronauta, conozco el verdadero poder destructivo de lo que podría hacer una sola de esas rocas en llamas. Y, sin embargo, todo ese conocimiento no hace que esté menos cautivado por ellos, ni por la mujer que tengo delante.

—Entonces… —, coloca sus manos en sus caderas y me mira. —¿Estamos haciendo esto o qué?

El atractivo magnético de Rose también me está haciendo romper una de mis reglas estrictas y rápidas. La cual es *nunca* ligar en las bodas. Las mujeres que asisten a estas cosas están llenas de emociones y expectativas. Excitadas por la promesa de ser felices para siempre. Para un soltero decidido como yo, relacionarse con alguien que piensa en un final feliz para siempre podría ser una sentencia de muerte.

Así que no hago eso.

Pero *esta* chica… —veo sus pechos rebotar mientras ella tira de su escote— Podría romper mis reglas por esta chica.

Me levanto, mi cabeza unos centímetros por encima de la de ella. —¿Ya están funcionando los transportes a los hoteles?

—Oh, no vamos al hotel —. Toma mi mano y tira. —Eso llevaría demasiado tiempo.

Me tambaleo hacia adelante, fácilmente guiado por esta sirena sureña. —Impaciente, ¿verdad? —. Pasamos por otras mesas, la mayoría vacías a medida que la pista de baile se llena cada vez más.

Rose toma otra copa de champán en su camino. —Tú dices que soy impaciente, yo digo que soy una facilitadora eficiente —. Cuando llegamos a la pared de tela color crema que cuelga como una cascada de las vigas, Rose deja caer mi mano y me da su bebida robada para que la sostenga.

Observo, divertido, cómo palpa la pared de telas y luces de colores como si estuviera buscando algo.

—¡Ajá! —. Luciendo orgullosa como Moisés, separa la tela, revelando una sección bloqueada del granero.

—Estoy bastante seguro de que está bloqueado por una razón —. Miro a ambos lados y detrás de mí, pero nadie parece estar mirando. —No creo que se permitan invitados.

Ella pone los ojos en blanco y se burla antes de quitarme el vaso robado de la mano. —No sabía que eras tan correcto.

Eso me sorprende y me hace reír. —Nunca antes me habían llamado así.

Su sonrisa se vuelve astuta y usa su mano libre para pasar un dedo por el costado de mi mandíbula. —Estoy bastante segura de que si estás conmigo el tiempo suficiente, habrá muchos ‘nunca antes’.

Maldita sea, es divertida. —No lo dudo.

La canción cambia a algo más lento y ella mira hacia la pista de baile, observando cómo las parejas se acercan, meciéndose juntas al ritmo de la música. En lugar de esa mirada soñadora que estoy acostumbrado a ver en las mujeres en las bodas, su rostro se oscurece y sus cejas de color marrón claro se juntan.

—¿Qué ocurre?

Ella se sobresalta ante mi pregunta pero se recupera, cuadrando sus hombros con los míos. —Nada está mal —. Su rostro fruncido ahora es de determinación.

—¿Tu ex anda por ahí con alguien nueva o algo así? —. Mi voz es más aguda de lo que quería y no sé por qué. No debería molestarme la idea de que Rose me use para olvidar a alguien. En todo caso, debería hacer que mi decisión de acostarme con ella sea más fácil, ya que significaría que Rose no está entusiasmada con los cuentos de hadas sino que busca una curita rápida sobre su corazón.

—Por favor —. Ella hace un gesto para sí misma. —Como si cualquiera elegiría dejar ésto.

Me río entre dientes, cubriendo el suspiro de alivio que se me escapa.

—Está bien, basta de charla, viejo.

—¿Viejo?

Ella me ignora y termina su bebida, relamiéndose los labios cuando termina. —Todo lo que necesitas saber es que conseguiré un orgasmo esta noche —. Deja caer su vaso vacío sobre la mesa más cercana. —Ya sea que esté volando sola en esta misión o que tú te prepares y ayudes a esta chica, *disfrutaré* la oleada de endorfinas —. Levanta una mano y mueve los dedos.

Una vez más, mi mente tartamudea mientras miro su mano levantada, mi imaginación corriendo en muchas direcciones sucias y depravadas.

—Averigua rápido cuál será tu elección, viejo —. Encuentra la abertura, separa la tela una vez más y desaparece.

Me siento extrañamente desconsolado por su repentina desaparición, como si se acabaran de apagar las luces. Hay algo en esta chica que te atrae. Es magnética.

Sin embargo, a pesar de lo atraído que estoy por ella, por esa misma razón, que se esconda detrás de la cortina sin mí podría ser la corrección de rumbo que necesito. Podría volver a mi mesa y tomar unas copas más. Brindar por la feliz pareja y marcharme, tal como lo planeé desde el principio. Todo lo que tengo que hacer es alejarme. Jugar de forma segura.

Bebo el resto de mi bebida, dejo mi vaso junto al de ella y luego me acerco a las cortinas.

Como astronauta, ¿cuándo he ido a lo seguro? Además, le diré que me dirijo a Alemania en dos días para una caminata espacial informativa. Es la verdad. Y con suerte, eso detendrá cualquier idea de segunda ronda en su cabeza antes de que comience.

Al deslizarme a través de la tela, mis ojos tardan un minuto en adaptarse a la penumbra. Y luego otro para que mi cerebro se pusiera al día con la vista que tenía ante mí.

Allí, contra la pared, está Rose. Un rayo de luz atraviesa su cuerpo, iluminándola como un

hada a la luz de la luna.

Un hada con la mano entre las piernas.

Las pesadas cortinas de tela se cierran detrás de mí, reduciendo el ruido de la boda a un zumbido sordo, permitiéndome captar los suspiros y gemidos de la mujer que tengo delante.

Su cabeza está inclinada hacia atrás, su garganta expuesta una vez más mientras sus pechos se hinchan contra su escote, luchando contra sus limitaciones. Su mano libre sostiene su vestido hasta su cadera, permitiendo que la otra se sumerja, gire y frote sin impedimentos.

He visto las llamas ardientes de la corona del sol lamer la Tierra solo para quedar sumergida en la oscuridad total mientras volaba a más de diecisiete mil millas por hora en el espacio con solo una atadura para evitar que saliera en espiral hacia el abismo de lo desconocido lleno de estrellas. Pero esto... *esto* es más hermoso que el resplandor del calor en todo nuestro planeta. Y probablemente igual de peligroso.

Ante su siguiente gemido, avanzo. Sus ojos se abren al ver el desgaste de mis zapatos en el suelo.

Una sonrisa perezosa ilumina su rostro antes de cerrar los ojos una vez más. —Viniste —. Su voz es entrecortada y la mano entre sus piernas nunca se detiene.

—Lo haré —. Una de mis manos cubre su mejilla y me inclino para tocar mis labios con los de ella, más gentil y amoroso de lo que pretendía. —Pero no antes que tú.

Y luego hago lo que haría cualquier hombre ante un hada así. Una sirena. Un presagio de destrucción.

Me arrodillo.

DOS

UN SALTO GIGANTE

ROSE

ME ALEGRO de que haya esperado hasta que logré salir de mi Spanx antes de seguirme hasta aquí. Porque eso habría sido incómodo.

Enfócate. Vuelvo a vivir el momento, concentrándome en lo que mi mano le está haciendo a mi clítoris. Pero mi atención falla cuando Bodie cae de rodillas frente a mí.

La luz del foco exterior del granero capta el brillo de satisfacción en sus ojos y el movimiento de su lengua sobre sus labios.

Casi acabo.

—Muéstrame —. Sus ojos están enfocados en mi mano húmeda que rodea mi clítoris.

Una parte de mí está decepcionada. Estaba esperando ver qué podía hacer. Preguntándome si sólo era pura cara linda y no tenía habilidades en la cama, o si estaría a la altura de su potencial de ensueño como pocos de ellos lo hacen.

La otra parte de mí se encoge de hombros mentalmente porque eso significa menos trabajo para mí. Porque si él no va a hacer ningún trabajo, yo tampoco haré nada cuando termine. Ha hecho su elección. Puede arreglárselas con sus propias manos.

Presiono tres dedos sobre mi clítoris y lo froto. De ida y vuelta, deteniéndome solo para empujar hacia adentro cada vez que me siento cerca. Disfrutando de la absorta atención de Bodie. Queriendo prolongar el momento. Perdiéndome en ello.

La respiración agitada del Sr. Astronauta me dice que le gusta lo que ve. Aunque él no está haciendo nada más que levantarme el vestido.

Cifras.

Lo que sea. *Concéntrate*.

Me froto más rápido, generando fuego en mí como la niña exploradora que nunca fui.

Tan cerca, sólo un poco más…

El aliento de Bodie sopla sobre mi clítoris, el frío cosquilleo contrasta con el calor que se acumula en el interior.

Bam.

Todo mi cuerpo se arquea y se tensa, y el calor fluye por mis venas mientras la luz baila detrás de mis párpados. —Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda…

Me encanta esta parte, el placer casi doloroso y adormecedor. La corriente eléctrica que lleva mi sistema a un estado de felicidad que aún no he encontrado en ningún otro lugar de mi vida.

Aunque los dedos de Bodie se hunden más profundamente en mis caderas mientras las balanceo en el aire, mi placer buscando algo a lo que agarrarse, el resto de él permanece quieto.

Demasiado pronto, los buenos sentimientos se desvanecen y los detalles de mi entorno vuelven a caer sobre mí como una fuerte dosis de gravedad.

El hombre que tengo delante ahora tiene sus ojos levantados hacia los míos. Dios, son conmovedores. Realmente es uno de los hombres más bellos que he visto en mi vida.

Lástima que sea vago en la cama.

—Está bien, viejo, ya has tenido tu espectáculo. Será mejor que te levantes antes de que no puedas volver-... ¡Qué demon-…!

Bodie se lanza hacia adelante, chupando mi clítoris.

—Espera, espera —. Mis dedos recorren su cabello, tirando de él. —¡Acabo de venirme!

Pero él no está escuchando, y mi cuerpo tampoco. Cada tanto, cuando me vuelvo codiciosa e intento hacer una doble anotación, mi cuerpo me grita.

Bodie tiene a mi cuerpo gritando de una manera diferente.

Me hundo contra la pared y dejo que él tome el control. Hace algo mágico con su lengua que es una combinación de un movimiento rápido y un chasquido que me deja sin aliento.

Coloca una de mis piernas sobre su hombro y mete dos dedos dentro de mí.

—Mierdaaaa… —. Mis caderas comienzan a montar en su rostro, mis manos, todavía clavadas en su cabello, aferrándome para mantener el equilibrio.

Él gruñe. Ya sea por el dolor de que le agarrara el pelo o por el placer de tenerme tan excitada, no lo sé. Y, francamente, no me importa. Porque vendré otra vez y será diez veces más glorioso que la primera.

Si me tomara una selfie ahora mismo, probablemente parecería que me estoy muriendo, sin importar el filtro que use.

Hashtag O cara.

Y me *estoy* muriendo. Juro que lo estoy. No puedo respirar, no puedo pensar. Sólo puedo *sentir*. Siento sus labios chupando mi clítoris. Sus dedos dentro de mí, curvándose y presionando sobre ese punto sensible. Su otra mano levantando mi vestido mientras agarra con fuerza la carne de mi cadera. Todo se siente tan malditamente bien.

Cuando mi cuerpo deja de temblar y la pierna que me sostiene comienza a ceder, Bodie se levanta, abrazándome contra él y frotándome la espalda.

Espero a que diga algo arrogante. Algo innecesario para recalcar el hecho de que no era sólo palabrería. Que cumplió con su garantía.

Ya sabes, arruinando el momento como lo haría yo si fuera él.

No lo hace.

Su victoria silenciosa sobre mis partes femeninas lo hace más impresionante.

Empujo a Bodie hacia atrás, con una sonrisa maliciosa fija en su lugar. —Tu turno.

VANCE

—HMM, ¿dónde lo haremos? —. Rose se libera de mi abrazo y da vueltas por la habitación.

Cómo puede actuar como si no no hubiera casi colapsado de placer recién, es un misterio. *Yo* apenas puedo moverme de lo excitado que estoy y ni siquiera fue mi orgasmo.

Golpea una silla de montar apostada sobre un caballete. —¿Qué tal…?

Mis pelotas se retraen con solo mirar la silla de cuero dura y desgastada. —¿Qué tal si no?

Rose asiente, mirándome a mí y luego a la silla. —Sí, eso podría ser exagerado para un hombre de tu edad.

—Perd-...

—Honestamente, no pensé que tuvieras las bolas necesarias para venir aquí conmigo, así que no lo calculé bien.

—Yo-...

—Y no voy a acostarme en el suelo —. Ella se da vuelta. —Quiero decir, estoy segura de que lo han barrido, pero no confío en ello —. Levanta la mirada del suelo al techo, contemplando.

Me rindo y solo observo su ritmo. Obviamente no soy de ayuda. Uno, no conozco esta área como ella parece hacerlo. Y dos, el solitario rayo de luz que entra por la ventana expone la silueta del cuerpo de Rose a través de su vestido de dama de honor, lo que hace que mi cerebro no pueda funcionar.

—Entonces será en la Casa Grande —. Rose se acerca a la cortina que nos separa del resto de la boda, rompiendo mi mirada.

—¿Casa Grande? —. ¿De qué carajos está hablando?

Ella continúa ignorándome y encuentra la división, asomándose a la recepción. —Estamos a salvo. La gente sigue bailando —. Abre más las cortinas y examina la habitación. —Las otras damas de honor están con los padrinos de boda, ocupados siendo parejas enamoradas, así que nadie me buscará por un tiempo —. Por el tono de su voz, apuesto dinero a que está poniendo los ojos en blanco. —Yo iré primero, luego tú me sigues —. Sale y grita por encima del hombro: —Nos vemos en el porche.

—¿Qué porche? —. Pero mis palabras chocan contra el telón, que vuelve a caer.

Me han dejado solo, en un granero, con una erección.

Me acomodo, suspirando cuando no importa en qué agujero de la pierna lo ponga, mi pene todavía quiere sobresalir. Los pantalones de traje realmente no ayudan a mejorar la situación. Me quito la chaqueta, la coloco sobre mi brazo y camino con ella delante de mí. La idea de entrar a la boda así, como un niño prepúber en la escuela secundaria, me hace querer reconsiderar la opción de la silla de montar.

Afortunadamente, tal como dijo Rose, nadie mira hacia la parte trasera del granero. Casi todos los invitados están en la pista de baile haciendo el 'tren'. Incluso el astronauta jefe Luke Bisbee, de casi dos metros de altura, se balancea hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la música, haciendo que todos los demás parezcan sus secuaces.

Una ráfaga de tela coral atrae mi atención hacia Rose en la puerta. Está agitando el brazo hacia un camarero que pasa.

Tratando de parecer indiferente para no llamar la atención, pero caminando lo suficientemente rápido para salir de aquí antes de que alguien me vea encubriendo mi erección, sigo la estela de Rose.

Rose logra llamar al camarero, se burla y señala la mesa nupcial. —¿Puedes creer que un imbécil se bebió todo el champán de la mesa nupcial?

El camarero, que sostiene una bandeja de espárragos envueltos en tocino, la mira boquiabierto. Probablemente porque se mete la mano en el escote mientras habla.

—Lo sé, ¿verdad? —. Rose pone los ojos en blanco. —Algunas personas son… —. Su mano emerge, sosteniendo un fajo de billetes de cincuenta. —Pero no podemos dejar que la mesa nupcial se quede sin champán, ¿cierto? —. Pone su mano sin dinero alrededor del camarero, atrayéndolo como si fuera un amigo cercano.

—Buen chico —. Agita sus pestañas. —Sabía que podía contar contigo. Alejándose, le da una palmada en el hombro y al pobre muchacho casi se le caen los espárragos. —Será mejor que traigas una botella entera con hielo para la mesa, ¿bien? —. Rose quita dos billetes de cincuenta y los deja entre los entremeses.

Tan pronto como los billetes de cincuenta caen en su bandeja, el camarero se apresura. —Sí, señorita. Me pondré manos a la obra —. Y sin esperar respuesta, se escabulle, casi derribando a otro camarero, éste llevando cócteles de camarones.

Se vuelve hacia mí con tanta fuerza que su falda se expande y doy un paso atrás, preocupado de que pueda dañar mi polla todavía dura. Pensé que mi erección ya se habría calmado, pero ver a esta chica caminar, hablar, tomar el control y, diablos, seguir con su vida, me tiene tan duro como antes.

—¿Has oído hablar alguna vez del subterfugio, Bodie?

—¿Disculpa?

Pone los ojos en blanco. —Menos mal que todos los tortolitos todavía están distraídos con el clásico baile en línea de los ochenta —. Ella agarra mi brazo que no sostiene mi chaqueta frente a mí y me lleva hacia la puerta. —Podríamos simplemente salir juntos. Pero si alguien me ve y

tengo que explicarle por qué iba caminando a la Casa Grande contigo, no voy a ser feliz.

Esto es nuevo. Alguien que no quiere que lo vean con un astronauta.

Lo encuentro más divertido que desagradable.

De hecho, estoy tan ocupado reflexionando sobre lo diferente que ha sido esta conexión en contraste con todas mis otras aventuras de una noche que ni siquiera me doy cuenta de hacia dónde vamos.

Hasta llegar al porche de la Mansión West.

Rose sube las escaleras de un salto y se apresura hacia la puerta principal. Me impresionaría el perfecto aterrizaje con sus tacones altos si no me preocupara dónde estamos.

Hago una pausa en el escalón que ella saltó. —No hablas en serio, ¿verdad?

Se detiene, con la puerta mosquitera entreabierta. —¿Acerca de qué?

—¿De verdad quieres irrumpir en la mansión West para tener sexo?

Abre la boca y luego la cierra, con una sonrisa dibujándose en su rostro. El foco del frente resalta el hoyuelo en su mejilla izquierda. —No, viejo, *los dos vamos* a irrumpir en la mansión West para tener sexo —. Y con eso, abre la puerta principal, dejándome una vez más la decisión de seguirla o no.

Me paso una mano por la cara, divertido y molesto conmigo mismo. Porque me conozco lo suficiente como para saber que no hay manera de que no entre. Murmurando: «Un paso gigante para mí, un salto gigante para mi polla», entro a la “Casa Grande”.

TRES

#LOCOPORMI

ROSE

IRRUMPIR EN LA MANSIÓN WEST. Resoplo y levanto mi vestido para no tropezar con él mientras subo las escaleras. Aunque me presenté como amiga de Jackie, pensé que él sabría quién soy. O al menos con quién estoy emparentada. Pero supongo que es una venganza por no haberme importado que sea un astronauta.

—Vamos, viejo —, llamo desde las escaleras cuando Bodie entra a la casa y cierra la puerta detrás de él.

La primera escalera cruje bajo su peso.

—Y cállate. No queremos meternos en problemas. Ya me han arrestado dos veces este año.

—¿Qué? —. Su expresión, ensombrecida en la oscuridad, no tiene precio.

Esto es divertido. Ahora puedo ver por qué Flynn no le contó a Jackie que era un West al comienzo de su relación.

—Estoy bromeando —. Llego a lo alto de las escaleras y me desabrocho el costado de mi vestido. —¿O *no* lo estoy…?

Su respuesta se interrumpe cuando me quito el vestido de los hombros y lo dejo caer, la gasa acumulándose alrededor de mis pies. Gracias al Spanx desechado en el granero, estoy parada solo con un sujetador de encaje color nude y tacones altos. Como no comenta sobre mi falta de bragas, no hay razón para contarle sobre la prenda de compresión sudorosa que dejé colgada de un clavo en el cuarto de arreos del granero. Que piense que intencionalmente vine sin nada abajo.

Cuando termina de levantar la mandíbula del suelo, mira por encima del hombro hacia la puerta. —¿Y si viene alguien?

—Supongo que entonces tendremos que ser rápidos, ¿no? —. Aparto el vestido y camino por el pasillo hasta la habitación de invitados. No hay necesidad de llevarlo a mi habitación, donde algo podría indicarle quién soy. Es divertido jugar a los extraños peligrosos.

Mi culo y mis pechos se mueven mientras camino, pero me he dado cuenta de que los hombres aprecian ese movimiento. Me apoyo en el marco de la puerta de la habitación de

invitados y miro hacia atrás.

Bodie está de puntillas, cargando mi vestido.

Me río.

Él frunce el ceño. —Esta puede ser la primera vez que allano un lugar, pero sé que se supone que no deberías dejar pruebas en la escena del crimen.

Extiendo la mano para quitárselo, pero él lo mantiene fuera de mi alcance. —En realidad, no quiero que te lo vuelvas a poner. No soy estúpido —. Se lo echa por encima del hombro y camina hacia mí, haciéndome retroceder hacia la habitación.

Lo dejé, sabiendo qué tan lejos estaba la cama pero fingiendo estar sorprendida cuando mis piernas chocaron contra ella, cayendo sobre mis codos un poco más dramáticamente de lo necesario.

—Cuidado —. Tira el vestido en el banco a los pies de la cama, junto con la chaqueta del traje, y se inclina sobre mí.

Estoy tan segura de que me va a besar que cierro los ojos. Pero no lo hace.

—Mierda —. El peso disminuye cuando se levanta del colchón.

Abro los ojos para verlo cerrar y trabar la puerta.

Inclino la cabeza, disfrutando del nerviosismo que irradia un hombre acostumbrado a atarse encima de casi tres millones de dólares en combustible para cohetes. —¿Estamos a salvo ahora?

—Quién sabe, pero al menos no nos sorprenderán si uno de los West decide retirarse anticipadamente.

—¿Retirarse anticipadamente? —. Resoplé. —Estaba bromeando antes, pero en serio, ¿*cuántos* años tienes? —. Sólo lo llamé viejo porque normalmente los astronautas tienen treinta y tantos años al comienzo de su carrera. Lo cual no es viejo, pero definitivamente es mayor que yo.

Se libera la corbata. —Por el amor de Dios, no soy viejo —. Con unos pocos tirones cortos, se desabrochan los botones y se saca la camisa de los pantalones. Y Dios mío, ¿cómo no me di cuenta del elefante en la habitación hasta ahora?

Y por elefante me refiero a su polla.

Porque apunta directamente a mí, e incluso bajo la restricción de la gabardina de lana, es impresionante.

Me lamo los labios. —¿Eso para mi?

Si un suspiro, un quejido y un gruñido tuvieran un bebé, ese sería el sonido que hace Bodie, con sus ojos fijos en mis labios.

—No pares ahora —. Asiento hacia sus pantalones.

Se encoge de hombros hasta quitarse la camisa de vestir, dejando al descubierto unos abdominales bronceados y tonificados y una estela gloriosamente oscura y feliz que hace que haberlo llamado ‘viejo’ resulte cómico. Me muerdo el labio anticipando la revelación principal mientras él se quita los zapatos y se desabrocha el cinturón.

¿Alguna vez tuviste un sexto sentido para algo? ¿Como si supieras que algo bueno o malo

estaba por suceder? ¿Como cuando te encuentras borracho en el asiento trasero de un Honda de mierda conducido por una rubia con gafas y sientes que todo estará bien en el mundo? ¿O cuando la exnovia de tu hermano aparece en el bar y sabes que la mierda está a punto de pasar? Y por mierda me refiero a que te esposaran y tuvieras que llamar a tu abogado. Ya sabes, ¿un poder de premonición, tipo sabiduría callejera?

¿No? Bueno lo que sea. Tengo ese sentimiento ahora. Como que tan pronto como el Sr. Astronauta revele su pene, mi vida cambiará para siempre. Me alzo sobre los codos y me desabrocho el sostén, queriendo estar lista para el evento cambia-vida que está a punto de ocurrir. Mi rollo de billetes de cincuenta y un condón caen sobre la colcha.

Pero en lugar de terminar de dejarse ver, el maldito hombre se queda quieto, mirando mis pechos.

Realmente no entiendo el poder de las tetas. Quiero decir, lo uso porque, claro, ¿quién no lo haría? Es como un juego de poder femenino dado por Dios para equilibrar el del patriarcado. Pero todavía no lo entiendo. ¿Por qué los orbes grasos que se ordeñan para alimentar a los niños son órganos sexuales?

—Maldición —. Es el turno de Bodie de lamerse los labios.

Abro mis piernas y le hago señas para que se acerque. Y afortunadamente no duda porque estos tacones son muy pesados y no tengo la fuerza abdominal para sostenerlos por mucho tiempo.

Pone sus manos debajo de mis brazos y me levanta, arrastrándome más hacia la cama. Ni siquiera gruñe por mi peso.

Eso es muy caliente.

Con la cabeza apoyada en las almohadas, estoy enjaulada, Bodie apoyado sobre mí, nuestras bocas a centímetros de distancia.

Me sorprende que ni siquiera nos hayamos besado todavía. Al menos no labios con labios de su parte. Y, por alguna razón, eso me pone triste.

Haciéndome cargo, levanto la mano y paso mis dedos por su cabello, mis uñas rastrillando su cuero cabelludo. Cierra los ojos y gime.

Prometiéndome que prestaré más atención al trabajo principal en el futuro, me acerco y lo beso.

Lo primero que pienso es lo agradecida que estoy de que mantuviera los ojos cerrados y no me viera luchar.

Lo segundo es lo suaves que son sus labios.

Seguido rápidamente por lo tercero, que no es tanto que sus labios sean suaves, sino que el beso en sí es tierno. Dulce. En desacuerdo con lo que pensé que iba a ser: duro y sucio. Me derrito en ello.

Envío una oración de agradecimiento cuando él también se funde en el beso, recostándome y colocando su peso entre mis piernas y encima de mí. Tanto mi hoo-ha como mis débiles

abdominales se lo agradecen.

Él gime con un suspiro, o tal vez yo también. Nuestros movimientos ligeros, lenguas y delicados pellizcos con dientes están tan sincronizados que ni siquiera puedo decir quién está haciendo qué. Este beso me saca de mi cabeza, lejos de mi constante estribillo de pensamientos frenéticos y dudas.

Este beso es tan diferente a cualquier otro beso, que bien podría ser el primero.

Me gusta. Pero al mismo tiempo no.

Es demasiado… algo.

Mentalmente, retrocedo. Físicamente, me agacho y termino de desabrocharle los pantalones, maldiciéndolo cuando tengo que levantar las piernas nuevamente para poder usar mis talones para ayudar a empujar la pretina hacia abajo sobre su trasero.

A ciegas, extiendo mi mano izquierda y encuentro el condón.

—¿Apurada? —. Bodie deja besos por mi cuello, sus movimientos aún suaves y tiernos.

Utilizo mi boca para romper la esquina del paquete. —Si tú no lo estás, me ofenderé.

—Oh, tengo prisa, pero también quiero disfrutar cada minuto —. Chupa la punta de mi pecho y su lengua se mueve sobre el pezón. Olvidando lo que dije acerca de que los senos son órganos sexuales poco convincentes, gimo y casi se me cae el condón.

Un pánico extraño comienza a crecer dentro de mí. Como que si me permitiera perder el control, perderme en su toque, permitiría que creciera una intimidad que nunca había sentido con otra aventura de una noche... diablos, que no había sentido nunca.

Aprieto su polla con fuerza.

—Jesús —. Su frente cae hasta mi clavícula, los músculos de sus hombros se tensan como si estuviera apretando las mantas con los puños.

Tomando el respiro de su boca, le pongo el condón.

Tardo más de lo habitual y, tal como sospechaba, su polla es cambia-vidas. Gruesa.

Estoy a la vez decepcionada y aliviada de no haberla visto.

Vuelve a tomar mi boca con la suya, esta vez más agresivo, como si lo hubiera llevado al límite. En lugar de una sensación de alivio por la falta de ternura, el pánico sigue creciendo.

Plantando mis talones en la cama, empujo hacia arriba, metiendo su polla dentro de mí.

Ambos nos congelamos. Él sorprendido, yo empalada.

Santa polla dura.

Bodie encuentra su voz primero. —¿Acabas de montarme desde abajo?

En respuesta, practico mis Kegels.

—Mierdaaaaa… —. Se levanta, apoyando su peso en sus antebrazos sobre la cama, el movimiento lo asienta aún más profundamente dentro de mí.

Su polla podría partirme en dos.

Sería una muerte gloriosa.

Después de un momento, Bodie comienza a moverse y bajo los talones, dejándolo tomar el

control.

Pero las estocadas y bombeos que espero no llegan. Da vueltas, presiona, ondula. El sexo con este chico es como montar una ola, la marea amenazando con hundirme.

El surgimiento de un nuevo orgasmo pulsa donde su pelvis se frota contra mí. Da miedo lo mucho que deseo que ese placer se apodere de mí mientras estamos conectados. Simplemente dejarle tomar el control, entregarme a él.

Enganchando mi talón derecho sobre su cadera, empujo con mi izquierdo, haciéndolo rodar sobre su espalda.

Una vez encima, miro hacia abajo, sorprendida de no tener un six-pack gracias a todos mis esfuerzos o de que su polla no me haya roto el cuello uterino.

En cambio, me siento llena en un muy, muy buen sentido. Y yo tengo el control. La manera que me gusta.

Y por la forma en que los ojos de Bodie se centran en mis ta-tas una vez más, diría que a él también le gusta.

Apoyando mis manos sobre sus hombros, lo follo. Realmente no existe otra palabra para ello. Arriba, abajo, arriba, abajo.

Los dedos de Bodie me pellizcan los pezones, me agarran el culo y me frotan el clítoris. Mientras lo follo, él hace TODAS las cosas.

Maldita sea, es bueno. Tan bueno.

Mis ojos se ponen en blanco, el placer a punto de estallar entre nosotros.

———

VANCE

—¿ROSE? Rose, ¿estás ahí arriba?

Nuestros ojos se disparan hacia la puerta del dormitorio. Su posición sentada hace que mi polla frote la pared frontal de su vagina, que se aprieta sorprendida por la interrupción.

—Es la organizadora de la boda —, susurra Rose, sin parecer tan preocupada.

Habría pensado que el pánico de ser atrapado irrumpiendo en la casa de alguien para tener sexo me ablandaría, pero con Rose apretándose a mi alrededor, además de agarrar sus propios pechos, el peso de ellos desbordándose por los costados de sus manos, me empuja al límite.

Me tenso, todos mis músculos se flexionan mientras me sacudo debajo de ella. Su sonrisa de complicidad mientras se pellizca los pezones sólo alarga mi orgasmo.

—¿Rose? —. La voz se acerca.

Cubriendo mi boca con su mano mientras mi polla se sacude dentro de ella, Rose grita hacia la puerta cerrada: —Sí, estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Oh, gracias a Dios —. Por el eco de su voz, suena como si estuviera en las escaleras del vestíbulo. —Es hora del brindis —. El ruido de los tacones me dice que está en el rellano.

Una gota de sudor baja por mi sien.

—Está bien, no te preocupes —. Rose se rasca la nariz. —Bajaré enseguida.

—Genial —. Más ruidos, sólo que esta vez el sonido se desvanece.

Rose se levanta y mi polla bien desgastada se desliza fuera de ella.

—Y, eh, ¿podrías traer a Trish también? —. La voz de la organizadora de bodas resuena en el vestíbulo. —Ella está, ah, en el tráiler con Ian.

—Probablemente consiguiendo terminar lo que yo no hice —, murmura Rose, levantándose y tomando su sostén de la cama. —Sí, yo me encargo —, grita.

Mi cerebro sobrepasa el pánico y recuerda paso a paso lo que acaba de suceder. La vergüenza superando el miedo a ser descubierto.

Rose no tuvo un orgasmo.

—Yo-...

—Bueno, viejo —. Rose cierra el broche de su sujetador frente a ella y luego lo gira alrededor de su cuerpo, entrelazando sus brazos con los finos tirantes. —Es hora de brindar —. Ella lo levanta y sus pechos se asientan en las tazas. —Hora de irse.

Preocupado porque la organizadora de bodas todavía esté en la casa, levanto mis caderas y me subo los pantalones que nunca me quité por completo. —¿No está preocupada por lo que estuvieras haciendo aquí? —. Balanceo las piernas a un lado de la cama y me siento, encogiéndome cuando el condón usado golpea mi pierna.

—No. Ya había planeado dormir aquí esta noche, así que no es demasiado fuera de lo común que yo estuviera aquí —. Se pone el vestido y se lo levanta.

Hago una pausa al ponerme de pie. —¿Y no pensaste en decirme eso antes de llegar aquí?

Su hoyuelo aparece. —No, fue divertido hacerte pensar que estábamos infringiendo la ley —. Su vestido se ensancha cuando se da vuelta y camina hacia lo que sospecho que es el baño privado. Ella regresa vestida y no luce nada mal, excepto tal vez que su cabello está más revuelto que antes, y arroja una caja de pañuelos sobre la cama. —Ahí tienes —. Ella señala mi entrepierna. —No puedes volver a la boda así.

Miro la mancha de humedad en mis pantalones de vestir. —Mierda.

Ella ríe. Es lo suficientemente contagiosa como para hacerme sonreír.

Es decir, hasta que agarra su fajo de billetes de cincuenta de la cama y me pone dos en la mano. —Algo pequeño para ayudarte a llegar a casa, ya sea para un Uber o un soborno al conductor del servicio de transporte hacia los hoteles.

Miro estúpidamente el dinero. Estoy entrenado para pensar con rapidez en situaciones de vida o muerte, pero Rose me hace sentir lento, como si mi cerebro se moviera a través de la microgravedad. —Pero ni siquiera…

—¿Orgasmo? —. Ella asiente, frunciendo el ceño. —Sí, eso apesta —. Se mete la mano en el

escote y se ajusta los pechos antes de meter el resto del dinero entre ellos.

—Aún así, yo-…

—Pero me entretuviste bien antes, así que no te preocupes —. Ella camina hacia la puerta y se gira para apuntarme con el dedo imitando un revólver. —*Hasta la vista* —. Y entonces se fue.

Sorprendido, ya sea por haber sido tratado como un acompañante masculino o por presenciar a alguien usando los dedos como pistolas, miro fijamente la puerta abierta.

¿Qué demonios acaba de pasar?

CUATRO

PARALAJE ESTELAR

VANCE

—BODIE, ¿estás conmigo?

—¿Mmm? —. Parpadeando, me alejo de la vista de Munich, Alemania, fuera del gran ventanal y miro alrededor de la habitación. Todo el equipo EVA de la Agencia Espacial Europea me está mirando. *Mierda*.

El director de la AEE, Sebastian DuMont, frunce el ceño. —Me preguntaba acerca de los conectores.

¿Conectores? No tengo idea de qué está hablando. Estaba demasiado ocupado pensando en gasa color coral y pistolas de dedos.

Me aclaro la garganta y trato de pensar en cómo ganar tiempo.

Afortunadamente, Ian se mueve hacia adelante en su asiento, atrayendo la atención del grupo hacia él. —Personalmente, creo que habrá mucha holgura en el cableado para enrutar y unir los cables limpiamente antes de acoplar los conectores.

—Sí, es cierto —. Le lanzo a Ian una sonrisa agradecida. Levanta una ceja interrogante pero no dice nada, que es una de las muchas cosas que me gustan de trabajar con Ian. Él y yo hemos trabajado juntos aquí y allá a lo largo de los años, pero ahora que lo ascendieron a Director de EVA, trabajaremos en muchos de los mismos proyectos.

Aún así, mientras el grupo continúa su discusión sobre el orden de las operaciones, me maldigo por estar distraído. Estoy listo para esta misión de caminata espacial para construir Bartolomeo, la primera plataforma de alojamiento de carga útil exterior de la Estación Espacial Internacional.

Como ingeniero mecánico y científico, estoy entusiasmado de que la caminata espacial en la plataforma de alojamiento de carga útil exterior esté justo en mi timonera. He estado esperando ese momento para resaltar mis habilidades especiales.

Nunca me molestó ser el segundo después de Julie Starr o quienquiera que fuera el hombre clave en las caminatas espaciales. Quiero decir, estaba yendo *al espacio,* ¿qué me importaba si

yo tomaba las decisiones o las seguía? Pero desde que me nombraron líder en Bartolomeo, he estado deseando ser más que una mano amiga o una "linterna gloriosa", como le gusta bromear a Jules.

Y ahora me dejo distraer por una aventura de una noche.

Es cierto que fue una aventura *épica* de una noche. Pero aún así.

—La AEE está a bordo con todos los controles de seguridad —, declara Sinan, mi homólogo europeo, contribuyendo a que la reunión llegue a su fin.

Al comienzo de este viaje a Alemania, pasé mi tiempo libre yendo a cervecerías al aire libre con Sinan. Y aunque Sinan es un gran compañero, la imagen de la rubia tetona recostada contra la pared del granero con la mano debajo del vestido simplemente no desaparece. Ni siquiera las Fräuleins locales pudieron borrar la imagen de mi memoria.

Los astronautas son exploradores de corazón. Entonces tiene sentido que me guste descubrir quién, qué, cuándo, dónde y el por qué de las cosas. Tal vez si descubro más sobre Rose, pueda satisfacer mi curiosidad y dejar de recordar nuestro momento juntos.

La última diapositiva de la presentación aparece en la pantalla y la miro para asegurarme de saber lo que está pasando. Cuando estoy seguro de que no me tomarán desprevenido otra vez, tomo mi bolígrafo y empiezo a trabajar en el problema de Rose.

Todo lo que tengo es un nombre, que es amiga de Jackie y que fue dama de honor.

Escribo *Rose, dama de honor, amiga de Jackie* e *invitada de la familia West* en mi libreta. Intento pensar en otra cosa, pero no creo que *fajo de billetes de cincuenta en el escote* o *le gusta andar sin ropa interior* me vayan a ayudar. Dejo caer mi bolígrafo y me pellizco el puente de la nariz.

Se suponía que sólo sería una noche. Como tal, esa noche me propuse no preguntar más sobre quién era ella en la boda. Mantener el misterio y todo eso.

Al leer mis notas, me arrepiento seriamente de esa decisión en este momento.

La pantalla se vuelve negra y la reunión termina. Veo a Ian mirando el papel frente a mí y rápidamente mezclo cosas encima. Supongo que podría preguntarle; su novia también era dama de honor. Pero es bastante vergonzoso preguntarle a un compañero de trabajo si sabe el nombre completo de la chica con la que te escabulliste de la boda de tu otra compañera de trabajo para tener sexo.

La gente habla sobre qué lugares ver y dónde irán a cenar mientras recogen sus cosas. Alguien menciona una salida grupal. Incluso a las agencias espaciales europeas les gusta trabajar duro y divertirse mucho, al igual que a los de la NASA.

—¿Qué dicen, muchachos? —. Sebastian nos mira expectante a Ian y a mí, tratando de reunir un grupo para ir a un pub en la ciudad.

—Lo siento, DuMont, estaré haciendo turismo —. Ian reúne sus notas. —Mi chica quiere ver la Frauenkirche.

—Ah, la Catedral de Nuestra Señora —. Sebastián asiente. Con su cabello más largo cayendo

sobre su rostro y su marcado acento, es esencialmente europeo. —Un excelente punto de partida en el Casco Antiguo para hacer turismo —. Él evalúa a Ian. —Aunque no sabía que tenías una hija.

El teléfono de Ian se enciende y lo agarra. —No tengo —, dice, distraído por su texto.

Me río de la confusión de Sebastian y doy un paso por Ian como él lo hizo por mí. —Kincaid se refiere a su novia —. Le doy un codazo a Ian. —Aunque, quién sabe, tal vez a Ian le guste que lo llamen Papi.

—Ya veo —. Sebastian se ríe conmigo, pero por la expresión de su cara, no entiende nada. Supongo que algunas cosas simplemente se pierden en la traducción.

Ian no levanta la vista mientras responde el mensaje de texto.

—¿Y qué hay de ti? —, me pregunta Sebastián. —*Si crees* que puedes seguirnos el ritmo a los alemanes, claro está.

Ian deja su teléfono para recoger sus notas. Su teléfono todavía está abierto en la pantalla de texto. El nombre de Trish en la parte superior.

Se me forma una idea.

—Cualquier otro día aceptaría ese desafío, DuMont —. Me recuesto en mi silla, con las manos detrás de la cabeza. —Pero tengo planes.

———

—¿Es esto una coincidencia o qué?

La expresión de consternación en el rostro de Ian no tiene precio mientras me acerco a él y a Trish saliendo de la torre sur de la Frauenkirche, uno de los lugares más visitados de Múnich.

—Vaya, hola, Bodie —. En contraste, la novia de Ian se ilumina con una sonrisa cuando me ve. —¿También estás aquí para ver los Pasos del Diablo? —, señala donde estoy parado.

Mirando hacia abajo, sonrío. No me había dado cuenta de que mi pie estaba casi encima de la baldosa con la legendaria huella de la bota del ángel caído. —Algo así —. Me inclino para saludarla, agachándome más de lo que estoy acostumbrado.

Solo he visto a Trish con tacones altísimos, por lo que estar junto a ella que lleva zapatillas deportivas me sorprende un poco. Incluso con el pelo recogido en un moño, apenas me llega al hombro.

Ian me levanta una ceja, como lo hizo en nuestra reunión.

—Subimos primero a la torre sur, ya que un gran grupo de turistas llegó antes que nosotros y estaban tomando fotografías del mosaico —, señala detrás de ella. —¿Quieres subir? Te esperaremos.

—Gracias, pero está bien —. Me aparto del camino para que ella tome una foto de la huella de la bota. —¿Quieres que les tome una foto a los dos?

—¿En serio? Eso sería genial, dulzura —. Me entrega su cámara e Ian, todavía cauteloso, la

rodea con un brazo.

Sostengo la cámara y doy un paso atrás, encuadrándolos a ellos y a la huella de la bota en la toma, junto con la gran puerta arqueada de madera al fondo. Es una imagen genial. —No les importaría si los acompaño, ¿verdad? —. Le devuelvo el teléfono, tratando de no reírme cuando Ian frunce el ceño.

—Por supuesto que no —. Trish mira la pantalla. —Dios, bebé, ¿por qué esa cara seria?

Tengo que toser para ocultar mi diversión.

Treinta minutos después, hemos visto todo lo que hay que ver en la Frauenkirche y Trish se excusa para ir al baño. Tan pronto como dobla la esquina del pasillo, Ian me mira con los brazos cruzados.

—Muy bien. ¿Qué estás haciendo realmente aquí?

Me encojo de hombros. —Pasear.

—Como el infierno que te creeré —. Sus palabras suenan molestas, pero la sonrisa en su rostro lo delata.

Al recordarlo mirando mis notas, tengo la sensación de que Ian sabe exactamente por qué estoy aquí. Me hago el tonto, apoyándome en el pilar de la iglesia. —Esta es una hermosa iglesia. Uno de los mejores lugares para ver en Múnich.

—¿Entonces esto no tiene nada que ver con que me hayas oído decirle a DuMont adónde iba?

Me encojo de hombros.

—Ajá. Entonces, ¿por qué no has tomado ni una foto mientras ‘paseabas’? —, el hombre cita mi anterior respuesta con comillas en el aire.

—Pensé que apreciarías todas las fotografías que estaba tomando de ti y de Trish —. Miro por encima de su hombro. —Hablando del diablo.

Trish sale del baño antes de que Ian pueda decir más tonterías. Cuando decidí no pedirle ayuda a Ian, el siguiente punto de partida más fácil era Trish. Ella no solo está aquí en Alemania, sino que fue con ella con quien vi a Rose interactuar más en la boda. Además, si consigo que ella saque el tema por sí misma, tal vez pueda mantener mi interés oculto.

—Sé considerado en otro lugar —, murmura Ian justo antes de que Trish nos alcance.

—Entonces...—. Ella mira de un lado a otro entre Ian y yo. —¿A dónde vamos ahora, muchachos?

—¿Por qué no le echamos un vistazo al Nuevo Ayuntamiento? —, hago un gesto hacia la salida de la iglesia. —Está a sólo unos minutos a pie desde aquí y en la torre hay un reloj astronómico genial.

—¿Nuevo Ayuntamiento? —, pregunta Trish.

—Se refiere al Neus Rathaus —. El dialecto alemán de Ian es perfecto. El tipo es irritantemente genial a veces.

—¡Oh, genial! —. Trish salta de puntillas con sus zapatillas deportivas. —Quería ir allí.

—Entonces deberíamos. ¿Vamos? —, le ofrezco mi brazo. Ian bufa.

Trish le lanza a su novio una mirada de reproche antes de elogiarme con una sonrisa. —Tan caballero —. Cuando ella toma mi brazo, Ian pone los ojos en blanco. Es un poco gracioso ver a mi compañero de trabajo normalmente puritano pareciéndose más a un adolescente celoso que al hijo adulto de un senador que es.

Habiendo estado aquí varias veces en viajes anteriores, salgo de la catedral y me dirijo al centro histórico.

Los zapatos de Ian arrastran los adoquines detrás de Trish y de mí mientras caminamos por la calle peatonal.

—Oh, una sombrerería —. Trish señala hacia la ventana frontal de una tienda, donde se exhiben principalmente sombreros alemanes tradicionales. —Incluso tienen tocados —. Señala un mechón de tela de color rosa brillante y plumoso que supongo que es a lo que se refiere. —No sabía que aquí también se usaban. Pensé que eran sólo para bodas británicas.

Bodas.

—La boda de Jackie fue genial, ¿no? —, intento sonar indiferente, fingiendo mirar las vistas mientras observo a Trish por el rabillo del ojo.

Trish cierra los ojos y deja escapar un suspiro de nostalgia. —Lo fue, ¿no es así?

—Debe haber sido mucho trabajo para todos, incluídas ustedes, las damas de honor —.

Ian resopla.

Lo ignoro.

Alejándose del frente de la tienda, Trish se ríe. —No precisamente. Entre la organizadora de bodas y la dama de honor Jules (que, por cierto, sería una gran Sargento instructora), Rose y yo no teníamos mucho que hacer.

Antes de que pueda celebrar que Trish haya sacado a relucir mi objetivo ella sola, Ian se interpone entre nosotros y rodea con su brazo el hombro de Trish, lanzándome una mirada de complicidad. Él besa la parte superior de su cabeza. —Oye, bebé, muéstrame esa foto que tomaste.

Frunzo el ceño y él sonríe.

Maldito.

Cuando Trish termina de mostrarle, gira la cámara para tomar una selfie de ella e Ian, besando su mejilla cuando hace clic.

Ian se gira y profundiza el beso.

Les doy uno o dos segundos antes de aclararme la garganta.

Trish retrocede. —Ah —. Ella agacha la cabeza, pareciendo avergonzada. —Lo siento, Bodie.

—Yo no —, murmura Ian, empujándome más lejos con su hombro y tomando la mano de Trish, haciéndome reír.

Es lindo ver a dos personas enamoradas. Su tipo de amor puede ser algo que voluntariamente

he eliminado de mi presente y futuro, pero eso no significa que no lo aprecio cuando lo veo. Incluso si últimamente me ha estado oprimiendo el pecho.

—Oh, ¿de qué es esa estatua? —. Trish salta para leer el cartel, arrastrando a Ian con ella.

El resto del paseo por la ciudad es fácil con el entusiasmo de Trish por cada lugar turístico y las chucherías alemanas por excelencia expuestas en todos los escaparates.

Pero después de un minuto, mi mente vuelve a la rubia sureña con pistolas asesinas de dedos.

—Mañana.

—¿Eh? —. Miro a Trish, con una sensación de déjà vu por haber sido sorprendido no prestando atención en la reunión anterior.

Trish inclina la cabeza y su moño cae hacia un lado. —Estaba diciendo que mañana Ian y yo vamos a ver el castillo que inspiró Blancanieves. ¿No es genial?

—Oh, sí. Muy.

—Tal vez inspire mi próximo libro —. Balanceando la mano de Ian, me mira por encima del hombro. —Deberías venir con nosotros, Bodie.

Ian casi muere ahogado con su siguiente aliento.

Trish libera su mano y le da una palmada en la espalda a Ian. —¿Estás bien, bebé?

Ian controla su respiración mientras yo intento controlar mi risa. —Sí —, dice Ian, dándome una mirada de advertencia. Se aclara la garganta. —Sí. Bien. Sólo... ah, pensé que a Jackie le gustaría algo de allí —. Señala un escaparate. —Sé que has estado tratando de encontrar regalos para las chicas.

—Genial —. Trish salta hacia la tienda.

—*No vendrás* con nosotros mañana —. La voz de Ian es baja mientras mantiene sus ojos en Trish, quien mira fijamente un escaparate de lo que parece ser una tienda de joyería y estatuillas.

—No sé —. Me balanceo sobre mis talones. —Mirar lugares inspiradores de cuentos de hadas podría ser mi nuevo pasatiempo —. Me siento mal por divertirme así a su costa, pero es tan obvio que tiene algo planeado para mañana que es muy difícil no burlarme de él.

Parece asustado. —Yo-...

Trish corre hacia el costado de Ian y tira de su brazo. —Dulzura, eres un genio. Tienen Hummels. Y no *un* Hummel cualquiera. ¡Tienen dos con un niño pequeño mirando por un telescopio! —. Lo tironea de nuevo, jalándolo hacia la tienda. —Ayúdame a elegir el mejor para Jackie. Quedará perfecto en la nueva oficina que Flynn le preparó.

Una vez que las piernas de Ian comienzan a moverse, ella lo suelta y entra corriendo a la tienda, esperando que Ian la siga.

En cambio, se detiene, se gira y pone una mano en mi pecho, deteniéndome.

Me froto el esternón después de que deja caer la mano. Puede que haya presionado demasiado al hombre.

Pero en lugar de amenazas o maldiciones violentas, saca su teléfono. En unos segundos, suena mi propio teléfono.

—Ahí tienes —. Ian se guarda el suyo mientras yo saco el mío. —Esa es la información de contacto de Rose.

Me sorprendo sonriendo y me encojo de hombros, tratando de disimularlo. —No sé por qué me enviaste eso. ¿Quién dice que necesito su número?

Ian se burla. —Por favor…

—¿Vienes, amor? —, Trish llama desde la puerta de la tienda.

Con una gran sonrisa en su rostro, Ian saluda. —Ahí voy, bebé —. Cuando se vuelve hacia mí, se le derrite la cara. —Te juro por Dios, Bodie, que si me sigues a esa tienda, o siquiera piensas en venir mañana con nosotros al Castillo de Neuschwanstein, te haré la vida un infierno.

En secreto, me siento triunfante. Debería dejarlos con su búsqueda de souvenirs y regresar al hotel. Tal vez atrape a Sinan antes de que se vaya a los pubs. Pero meterse con Kincaid es divertido.

Me encojo de hombros y doy un paso alrededor de él hacia la tienda. —No sé. Los castillos son geniales. Y nunca antes había estado tan al sur —. Me detengo y le lanzo una sonrisa, como él me hizo antes. —Tal vez quiera ir a darle un vistazo.

Los ojos de Ian se estrechan.

—Además, te importa demasiado el trabajo —. Le doy un empujón en el hombro, riendo entre dientes. —No tienes el valor de meterte conmigo en el trabajo —. Y no lo hace. El hombre tacha cada T y pone el punto en cada I. Hay una buena razón por la que fue ascendido.

Ian levanta una ceja. La mirada de un hombre con una carta de triunfo bajo la manga. —¿Por qué asumes que me refiero al trabajo?

Me invade una sensación de aprensión. —Entonces, ¿de qué estás hablando?

—He oído que tu madre es una verdadera rompepelotas —. Ian se balancea sobre sus talones. —Gracias a una tal señorita Jules Starr, sé que eres un niño de mamá.

Maldita Starr. Conoció a mi madre una vez y desde entonces ha estado obsesionada. Llama a mi madre su heroína. ¿Por qué? No lo sé. No podrían ser más diferentes. Una es un astronauta con vocación profesional y predilección por los chistes pervertidos; la otra, una maestra jubilada y madre soltera desde hace mucho tiempo a la que le encanta cocinar.

Pero lo que dijo Jules es cierto: cuido mucho de mi mamá. Primero, porque eso es lo que hace cualquier buen hijo, y segundo, desde que perdí a papá mientras estaba sirviendo en el ejército, me he esforzado mucho para intentar llenar el vacío.

Miro con cautela a mi compañero de trabajo, a quien he subestimado gravemente. —¿Con qué me estás amenazando exactamente, Kincaid?

Cuando Ian me sonríe, puedo ver su costado político emergiendo. Hay muchas cosas sucediendo detrás de esa sonrisa. —Digamos que tengo acceso al número de teléfono de cierta señora Bodaway —. Mueve el teléfono en su mano. —Estoy seguro de que apreciará una llamada. Decirle lo útil que está siendo su hijo al interponerse entre un hombre y sus planes de proposición.

—¿Llamarías a mi madre? —. Mi mente se detiene y la boca se abre. —Espera. ¿Le *propondrás* matrimonio a Trish mañana?

—¡Shhh! —, Ian da un paso adelante, me cubre la boca con la mano y mira por encima del hombro hacia la tienda.

Puede que haya gritado esa última parte.

Cuando Trish no sale corriendo de la tienda histérica sobre que él vaya a proponerle matrimonio, Ian suspira aliviado. Le toma un segundo más darse cuenta de lo ridículos que nos vemos los dos, un hombre tapando la boca de otro con la mano.

Él retira su mano.

Muevo mi boca, tratando de borrar la sensación de la palma de Ian. —Primero, bien jugado con lo de mi mamá, Kincaid.

Él lucha contra una sonrisa pero pierde.

—Y segundo, felicidades hombre, eso es increíble —. Extiendo la mano.

La estrecha y la sonrisa en su rostro crece. Nunca antes lo había visto tan abiertamente feliz. Debe sentirse genial dejarse enamorar.

—Gracias, hombre —. Sus labios se tuercen hacia un lado, como si estuviera pensando. —Quiero decir, ya habíamos acordado casarnos, pero no estoy seguro de si eso realmente contó.

Me río. —¿No me digas que se lo preguntaste durante el sexo?

La mirada que me da me deja boquiabierto. —¿Hablas en serio? —. ¿Quién hubiera pensado que Kincaid podría ser tan espontáneo?

—Cállate la boca —. Me da un codazo en el hombro y me empuja un paso calle abajo. —Y jodidamente lárgate de aquí.

Me río un poco más pero asiento.

Satisfecho, Ian camina hacia la tienda, levantando una mano para saludar mientras lo hace. —Le diré a Trish que no podrás venir mañana.

—Sí, sí —. Aún sonriendo y negando con la cabeza, camino hacia la parada de autobús. Apoyándome en un poste, abro mi teléfono y leo los mensajes de texto, sintiéndome bastante satisfecho con el giro de los acontecimientos.

Ian va a caer con una de las propuestas más geniales de todos los tiempos y estoy un paso más cerca de descubrir quién es Rose. Un paso más para sacarla de mi sistema; curvas exquisitas, pistolas con los dedos y todo.

Entonces podré dedicar toda mi atención a la próxima misión. Sin distracciones.

Toco la burbuja de contacto que envió Ian y el nombre de Rose aparece en mi pantalla.

Rose West.

¿West? ¿Qué significa...?

El reconocimiento me golpea y la sonrisa se desvanece de mi cara. *Mierda*.

Los frenos del autobús chirrían y el sonido intensifica la sensación de vacío en mis entrañas mientras mi mente intenta reconciliarse con la verdad.

Santa mierda. Me follé a una multimillonaria.

CINCO

#LOTO

ROSE

UNA VENTAJA de ser multimillonario es que puedes ser excéntrico y la gente no se inmuta.

Como venir a ver a tu asesor universitario con un leotardo turquesa, medias de red, calentadores de piernas con patrón de arcoíris, tacones de stripper y una capa no tan fina de brillo corporal.

—¿Has pensado más sobre el programa MBA? —. Mi asesor, John Mallory, tamborilea con los dedos sobre su escritorio. Siempre está tamborileando con los dedos sobre su escritorio. Creo que es una estrategia de manejo de la ira que aprendió en alguna parte. Pero me encanta y, en secreto, lo amo por seguir conmigo. No es fácil seguir conmigo, sólo pregúntale a mi mamá, a mi papá… Oh, espera, no puedes, porque se fueron.

Pero John ha resistido la prueba del tiempo. La prueba del tiempo siendo de tres años y medio. Felicitaciones, John, felicitaciones.

Vuelvo a cruzar las piernas, con los pies pesados por los gruesos tacones de acrílico. Llueve purpurina sobre la silla y la alfombra.

Más golpecitos con los dedos.

—Lo he hecho —. Honestamente, probablemente me registraré para obtener mi MBA, aunque sólo sea porque no tengo idea de qué más hacer con mi vida.

Los dedos de John dejan de tamborilear y, de hecho, sonríe y lanza un discurso de venta bien practicado. —La Universidad de Rice tiene uno de los programas de MBA más selectivos del país. El número reducido permite que profesores y estudiantes trabajen juntos de manera más íntima y cubran un plan de estudios más exclusivo y detallado —. Junta ambas manos como en oración y las inclina hacia mí. —El programa sería una excelente opción para ti, ya que pronto trabajarás en la Petrolera West.

¿Pero lo haré?

Holt trabaja en el rancho del negocio familiar West mientras inicia una organización sin fines de lucro, y Flynn está ocupado haciendo crecer su empresa de restauración de automóviles y

planeando ser un padre amo de casa una vez que Jackie y él decidan tener hijos y ella se lance al espacio. Mis dos hermanos han dejado bastante claro que en realidad no es necesario que un West trabaje de nueve a cinco en la Petrolera West.

Mirando por encima del hombro de John, puedo ver el horizonte de Houston. Si entrecierro los ojos, tal vez pueda ver el edificio de nuestra empresa, situado en la parte alta de la ciudad. Justo al lado de mi penthouse.

—¿Señorita West? —. John frunce el ceño y luego mira por encima del hombro para ver qué estoy mirando. Se da vuelta, confundido.

Me inclino hacia adelante y apoyo un codo en el escritorio de mi asesor. —¿Mmm?

John suspira ante mis distracciones, demasiado acostumbrado a ellas en este momento. Al pobre hombre se le debería haber dado un aumento cuando lo asignaron como mi asesor. —Rose, ya sabes todo lo que estoy diciendo ahora mismo. Hemos tenido esta charla un millón de veces. Pero tu decisión realmente se reduce a una cosa —. Me mira expectante.

No tengo nada, pero aún así sonrío. En caso de duda, sonríe y agita las pestañas. —¿Y eso sería…?

Parpadea pero se lo sacude de encima. —¿Qué es lo que *tú quieres*?

Me siento recta, pensando. Una fina capa de brillo permanece en su escritorio donde estaba mi brazo. —¿Qué quiero? —, le repito las palabras lentamente.

Él asiente.

Mi mente se queda en blanco.

Já. ¿No es esa la pregunta del millón de dólares? No creo que nadie me haya preguntado nunca qué quiero. Ni siquiera creo *haberme hecho yo misma* nunca esa pregunta. Quiero decir, soy multimillonaria, lo tengo todo. ¿Cierto?

Últimamente me he obsesionado con lo que *debería* hacer. Cómo estar a la altura de todas las expectativas. Cómo no decepcionar y, con suerte, hacer una diferencia con mi vida y todos sus privilegios.

¿Pero qué *quiero* yo? No creo haber pensado antes en mi futuro en esos términos.

John levanta las cejas ante mi silencio y parece complacido de dejarme perpleja.

—Tengo todo lo que quiero —. Suena más a pregunta que a afirmación.

—Sí, pero ¿qué es lo que quieres *hacer*?

—Yo… —. No tengo nada.

Me salvo de un silencio incómodo cuando mi pecho vibra. Metiendo la mano en mi escote, saco mi teléfono y apago la alerta recordatoria.

Me deshago de los sentimientos de incertidumbre que me han estado acosando durante meses y que John acaba de empeorar. —En este momento, esta chica quiere aprender pole dance —. Vuelvo a meter el teléfono en mis pechos y me quedo de pie, como una bola de discoteca viviente.

Salgo, con el sonido de sus dedos tamborileando sobre su escritorio de fondo.

VANCE

ESTOY LLEVANDO a mi madre a un club de striptease.

Mi vuelo apenas había aterrizado en la pista cuando ella llamó. Y no fue para preguntar cómo fue mi viaje a Alemania. No. Fue para decirme que necesitaba que la llevara. A un club de striptease.

Realmente es mi culpa. La dejé demasiado tiempo sin llamarle ni visitarla.

Entonces, cuando ella llamó, la culpa ya estaba allí, lo que me hizo imposible decir que no. Y ahora aquí estoy, con desfase horario, irritado y culpable, arrastrando mi 4Runner hacia el estacionamiento casi vacío de Heartbreakers.

Algunos coches de personas demasiado borrachas para conducir a casa anoche están esparcidos como estrellas en el cielo nocturno. Uno en particular me llama la atención. Un Aston Martin dorado. ¿Qué idiota deja un coche así en un club de striptease durante la noche?

—Ahí hay un lugar.

No digo nada, solo levanto las cejas hacia mi madre y su brazo extendido apuntando hacia uno de los muchos lugares de estacionamiento disponibles. Pero si ella quiere ese, entonces será ese. —Gracias —. Asiento y me estaciono.

Mamá sonríe.

He aprendido a no discutir con mi madre. Es inútil. Probablemente es lo que me hace encajar tan bien para trabajar con Jules en el espacio. Entre mi madre y mi hermana mayor, estoy acostumbrado a estar rodeado de mujeres dominantes. Hago una pausa después de poner la palanca de cambios en suspenso. Já. Quizás *por eso* a Jules le gusta tanto mi mamá.

Sacudiendo la cabeza ante el pensamiento, salgo.

Como cada vez que llevo a mi madre, rodeo la parte delantera de mi auto para abrirle la puerta. El pequeño y anticuado gesto me recuerda a mi papá. Ya sea por el paso del tiempo o por lo joven que era cuando él murió, sólo tengo unos pocos recuerdos de él. Pero sí recuerdo haber esperado en el asiento trasero en múltiples ocasiones, viéndolo rodear el auto para abrirle la puerta del lado del pasajero a mi madre. Me fascinaba.

Aunque, si él hubiera tenido que ayudar a mi madre mientras usaba zapatos de stripper con plataforma, probablemente a mí me habría espantado en su lugar.

Una vez que mi madre se estabiliza sobre sus tambaleantes zapatos, le extiendo el brazo para que lo tome.

—¿Helen?

Miro hacia arriba y mi barbilla cae sobre mi pecho.

Rose, *mi* Rose, la mujer que no he podido sacar de mi mente, ni he podido encontrar las bolas

para enviar un mensaje de texto o llamar, está… está parada allí. Vestida como mamá, pero con tacones de plataforma más altos, mucha menos ropa y mucho más brillo.

Mi madre sonríe. —Rosie, querida. Me alegro mucho de que hayas podido venir hoy —. Ella da un paso adelante y frunce el ceño cuando no me muevo.

Intento aclararme la garganta, pero no me ayuda a hablar. Mis ojos se sienten diez veces más grandes cuando observo su traje de spandex azul que se adhiere a todas sus curvas. Al menos creo que es azul. Es difícil saberlo con la luz de la mañana reflejándose en ella como una bola de discoteca debido a la gran cantidad de brillo corporal.

Pero mientras que parece que no puedo apartar la mirada de ella, Rose no se molesta en dedicarme una mirada. En lugar de eso, coloca sus manos en su cintura con cinturón y entrecierra los ojos hacia mamá. —¿Y tú *cómo* conoces a Bodie?

—¿Bodie? —. Los ojos de mi madre hacen ping-pong entre Rose y yo. —¿Te refieres a Vance?

Eso detiene a Rose. Me reiría si no fuera por el breve destello de dolor que vi cruzar por su rostro. —¿Vance?

—Nos conocimos en la boda de Jackie —, digo, finalmente encontrando mi voz. —Ella es la hermana del novio.

Las cejas de Rose se alzan. —Finalmente lo descubriste, ¿eh?

Me encojo de hombros, sin querer admitir que no podía sacarlo de mi mente. Especialmente porque está claro que ella no había sentido lo mismo ya que ni siquiera sabe que Bodie es mi apodo.

Quiero decir, no es que estuviera buscando tener una acosadora, pero pensé que le había dejado la suficiente impresión como para que le hubiera preguntado a alguien sobre mí como yo pregunté por ella.

Asiento con la cabeza rígidamente. —Síp.

Sus labios se fruncen con molestia.

—Bueno, ¿no es eso encantador? —. Mi madre da un paso adelante, ignorando la hostilidad que irradia Rose, y cambia mi brazo por el de ella. —Vamos ya. No hagamos esperar a Ángela.

Si alguien me hubiera dicho que en mi primer día de regreso de Alemania estaría siguiendo a mi madre y a la última mujer a la que llevé al orgasmo a un club de striptease un domingo temprano, habría pensado que estaban locos.

Y sin embargo aquí estoy. Entonces, ¿quién es el loco ahora?

EL DEDO ÍNDICE de mi mano derecha es un poco más largo que el de mi izquierda. ¿Fascinante? No, claro que no. Pero mis manos son un lugar más seguro para mirar que el escenario donde mi madre se estira en diferentes posiciones de yoga con zapatos acrílicos y pantalones de yoga.

Por el rabillo del ojo, veo un par de tacones brillantes caminando hacia mí. Se detienen a menos de un pié de mi mesa y un dedo del pié golpea la alfombra sucia.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sonrío ante su tono molesto. —¿Qué estás *tú* haciendo aquí?

Ella resopla. —Estoy tomando lecciones de pole dance. Claro.

—¿Quién toma lecciones de pole dance?

—¿Quién da un nombre falso a alguien más en una boda? —, responde bruscamente. —Además, no menospreciaría a las bailarinas de poste —. Ella cruza los brazos debajo del pecho, sonriendo. —Tu *madre* es una.

Un escalofrío recorre mi espalda y tiemblo. —Bodie es un apodo. Vance *Boda*way.

Ella se burla. —¿Qué, me diste tu apodo en caso de que me convierta en una enamorada fase cinco?

Sonrío al recordar esa frase de la película Los Rompebodas. —Bueno, ¿lo eres?

Ella lo piensa. —Cuando hace falta.

Frunzo el ceño, esperando una negación vehemente. —¿Qué significa eso?

—Significa que si estoy en medio de la posición de loto, me aferraré con todo lo que pueda, viendo que cuanto más lo haga, más se estimulará mi clítoris.

Mi boca se abre.

—Oh, pobrecito. ¿Aún no has probado la posición del loto? —. Me da una palmada en el hombro, con una mirada de falsa simpatía en su rostro. —No te preocupes, tal vez algún día alguien se apiade de tu culo viejo. Ahora, si no te importa, tengo que mover mis juveniles bienes femeninos alrededor de un poste al ritmo de la música —. Ella se mueve, su brillante escote se sacude. —Así que siéntate aquí como un buen chico y quédate callado, ¿si? —. Ajusta sus pechos detrás del tenso spandex y se me hace la boca agua. —Tu mamá y yo tenemos que sacudir y hacer girar lo que Dios nos dió.

El recordatorio de que mi madre está en un escenario de striptease aleja mis pensamientos de las diversas imágenes mentales de Rose abriéndose camino a través del Kamasutra. Mi pene está tan confundido.

Antes de que pueda responder, se acerca al escenario donde mamá está esperando con una señora mayor con un chándal Adidas fucsia y una mujer más joven con un bikini de hilo.

—¡Oye, Ángela !—, Rose llama a la dama del bikini de camino al escenario. —¿Por qué no trabajamos en la flexión hacia atrás con las piernas abiertas que Helen quería dominar?

Y estoy fuera.

Alzándome, desconecto el resto de su conversación y me dirijo a la puerta. Ni siquiera me arriesgo a mirar atrás a Rose, ataviada con un deslumbrante equipo de ejercicio a lo Jane Fonda. Nada puede obligarme a ver una clase en la que mi madre hace cualquier cosa con las piernas abiertas.

La fuerte carcajada de Rose es lo último que escucho mientras cruzo las puertas principales.

SEIS

FUTURO CONO DE LUZ

ROSE

HELEN ME DA UNA MIRADA, pero la evito.

—Espera. ¿Hay una curva hacia atrás con la pose del águila extendida? —, pregunta Myra, con las manos extendidas mientras intenta mantener el equilibrio sobre unos zapatos de plataforma altísimos. —Porque eso suena como algo en lo que podría meterme.

—No, Myra —. Ángela coloca una silla de equilibrio junto al poste para la mujer de ochenta y tantos años. —Y por el amor de Dios, por favor, vuelve a ponerte las zapatillas. Lo último que necesitas es un tobillo roto —. Murmura en voz baja algo acerca de que no quiere ser demandada.

Los finos labios rojos de Myra hacen pucheros. —Hmph —. Pero ella se sienta y comienza a desabrocharse los zapatos. —Puede que haya sido un poco ambicioso con esta altura de tacón. Tendré que volver a Cindy's y conseguir el par inferior.

Pensar en Myra en Cindy's, la tienda local de ropa y juguetes sexuales, me mantendrá sonriendo durante días.

Una vez que Myra vuelve a ponerse las zapatillas, Ángela aplaude. —Empecemos con algunos estiramientos.

Todas nos tocamos los dedos de los pies. Myra y Helen se conocieron en una clase avanzada de yoga con zapatillas plateadas, por lo que realizan los estiramientos rápidamente.

Sigo los movimientos, pero mi mente todavía está en Bodie. O Vance. Como diablos se llame.

Odio cuando las aventuras de una noche aparecen como un mal centavo. Quiero decir, el tipo dijo que era más un compañero de trabajo que un amigo de Jackie, así que honestamente no pensé que lo vería a menos que fuera en algún evento autorizado por la NASA. Y teniendo en cuenta que el último evento de la NASA al que asistí terminó conmigo en la parte trasera de una patrulla de policía, no había planeado asistir a muchos más. Lo que significaba que él *debería* haber sido una elección relativamente segura.

—¿Cómo conoces a mi Vance, Rosie? —, pregunta Helen, su larga y oscura trenza balanceándose hacia adelante mientras coloca su pierna en el asiento de la silla y se inclina hacia adelante tan agraciadamente como cualquier bailarina. Ella también ha envejecido de esa manera, si es que tiene edad suficiente para ser la madre de Vance. No se parecen mucho, Helen es mucho más delicada y femenina que su hijo, pero sus colores en todo son los mismos.

Me levanto, tambaleándome un poco mientras la sangre se aleja de mi cabeza. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que habíamos pasado a una nueva pose.

Myra, sentada en el suelo haciendo un estiramiento de mariposa, se inclina hacia atrás y le dedica a Helen una sonrisa maliciosa. —Ooo, huelo una historia, Rosie.

Helen y Myra son las únicas a las que dejo que me llamen Rosie. En mi opinión, si has pasado la mayor parte de tu vida pagando tus deudas e impuestos al Tío Sam, tienes derecho a decir cualquier mierda que quieras.

Dejo caer mi tacón de casi un kilo y medio sobre la silla frente a mí con un ruido sordo y me inclino sobre ella.

—Aparentemente se conocieron en una boda —. El tono de Helen es demasiado indiferente para ser normal.

—¿Oh? —, Myra prolonga el sonido. —¿Es así?

Toda persona en edad de casarse sería capaz de escuchar el tono y el significado oculto en esa sílaba aparentemente inocua. Puede que sólo tenga veintiún años, pero en Texas mucha gente considera eso como edad para sentar cabeza.

Respiro y exhalo, mantengo mis ojos enfocados en el brillo que flota en la plataforma de mis tacones. —Ya lo follé, muchachas. No voy a volver por más —. Puede que sea demasiada información para la madre de Vance, pero necesito cortar esto de raíz ahora antes de que cualquier maquinación de casamenteras comience a formarse en sus mentes.

Sin embargo, es un testimonio de lo maravilloso que es mi grupo de amigas jubiladas el que no se inmutan. Ni siquiera Helen.

En cambio, lanza una mirada furiosa en dirección a la puerta por la que Vance acaba de salir y que haría temblar a cualquier hombre adulto. —No me digas que mi hijo no sabe complacer a una mujer —. Saca la pierna de la silla y coloca las manos en las caderas, pareciendo un pequeño general de guerra. —Ya tuve una conversación sobre sexo con él cuando tenía catorce años, después de que lo sorprendí en mi cocina con la mano en la blusa de Minnie Frey.

Me muerdo el labio ante esa imagen mental.

—Incluso le hice tomar notas.

Me rindo y me río, enderezándome al lado de la silla. —Si alguna vez tengo hijos, lo haré totalmente. Eres una auténtica meta a alcanzar como mamá, Helen.

Eso le arranca una sonrisa. —Mi charla profunda y detallada garantizó que estuviera seguro, que supiera lo que estaba haciendo y que así todos estarían felices —. La sonrisa de Helen se

vuelve malvada. —Por supuesto, que tu madre te describiera qué es el clítoris, dónde se puede encontrar y cómo estimularlo también ayudó a matar las hormonas pubescentes que estaban arrasando dentro de él en ese momento —. Dobla su silla y la mueve a un lado del escenario. —Me dieron unos años más antes de que tuviera que preocuparme de que él dejara embarazada a alguien.

Sigo riendo, apoyándome en el respaldo de mi silla para apoyarme. —Por eso somos amigas, Helen. Tienes mucho que enseñarme sobre ser adulta. Eres una genio.

—Estás bien por tu cuenta, Rosie. Sólo necesitas tener más confianza en ti misma.

Me burlo. —No quiero cuestionar tu sabiduría, Helen, pero nadie me ha acusado nunca de falta de confianza —. Hago un gesto hacia mi ajustado traje de spandex con lentejuelas antes de doblar mi silla. —Punto para mi caso.

—Rosie, Rosie. No me refiero a la confianza en tu cuerpo, me refiero a la confianza aquí—. Ella toca donde estaría mi corazón, haciendo que mi teta izquierda rebote.

Ambas nos mordemos los labios para no reírnos.

—Si ustedes dos terminaron de palparse, tengo un poste que estoy lista para montar —. Myra, de pie a la izquierda del escenario, rodea su poste como un boxeador esperando la campana.

“Hot in Here” de Nelly suena en los parlantes y Myra salta, agarrándose del poste con ambas manos, girando. Es una mancha color fucsia.

—¡Myra! —. Angela sale corriendo desde atrás con su diminuto bikini y plataformas de veinte centímetros como sólo una profesional experimentada puede hacerlo. —Te dije que me esperaras antes de trepar —, reclama levantando las manos en el aire, con la exasperación escrita en todo su rostro.

—Nunca vas a controlarla, pero es divertido verte intentarlo —. Miro hacia su pecho. —Por cierto, malfuncionamiento de vestuario.

Sin quitar los ojos de Myra, que todavía está en modo de giro, Angela baja una mano y se acomoda su top del bikini de nuevo sobre su pezón. —Gracias. Lo lamento.

—No te preocupes, querida —. Helen, con más cuidado que Myra, coloca ambas manos en su poste y gira lentamente, volviendo a la posición inicial y deteniéndose después de una rotación. —Todas hemos tenido una o dos asomadas de pezón en nuestros días.

———

VANCE

SI PASARA una patrulla de policía ahora mismo, probablemente me arrestarían.

No hay ninguna razón obvia para que un hombre adulto esté sentado en su auto en el

estacionamiento de un club de striptease con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados que no sea pervertida. No creo que ningún oficial me creyera si dijera que estaba esperando a que mi madre se bajara del poste.

Probablemente me darían una descarga eléctrica.

Tal vez el dolor ayudaría a mi furiosa atracción por Rose West. En mis treinta y seis años, nunca he tenido problemas para olvidarme de las aventuras de una noche. Por muy idiota que eso me haga parecer.

Tomé la decisión hace años. Si iba a tener un trabajo peligroso, no podía tener apegos. Sin esposa, sin hijos, nadie que se quedara llorando si no regresaba a casa.

Esa resolución me ha ayudado a calmar cualquier deseo de apego que haya tenido a lo largo de los años. Ligero, fácil y sin ataduras. Así es como vivo cuando estoy en la Tierra.

Rose West es cualquier cosa *menos* ligera y sencilla. Y definitivamente inolvidable.

Ding.

Agarro mi teléfono del portavasos.

Un mensaje de texto de mi madre. *Estoy lista para irme*.

Frunzo el ceño ante mi teléfono. Esta es su manera de decirme que vaya a buscarla. *Por qué* necesito entrar a buscarla, no lo sé. Si puede balancearse en un poste con esos tacones, tiene sentido que pueda salir del club de striptease con ellos, pero no voy a enviar eso en un mensaje de texto.

Saliendo de mi 4Runner, que me encanta a pesar de que Jackie me asegura que los verdaderos astronautas sólo conducen Corvettes, vuelvo a entrar en Heartbreakers, preparándome para el asalto visual de Rose con su traje de pole dance.

Parpadeo y mis ojos se adaptan a la oscuridad. La canción obscena y profana de Rebecca Black, “Girlfriend”, suena por los parlantes.

Aunque me preparé, cuando mis ojos se centran en el escenario, de todos modos me siento golpeado en el estómago.

Nada podría haberme preparado para Rose, con una pierna enganchada en lo alto y la otra extendida, girando boca abajo desde el tope del poste como un tornado de purpurina.

Soy doblemente consciente de que estoy ahí parado como un niño en una tienda de dulces babeando por cosas que no puede tener, y que no estoy consciente de nada más que de ella. Mis ojos están enfocados como lásers en su cabello suelto, sus pechos que desafían la gravedad y la fina tira de spandex azul entre sus piernas.

Pero entonces algo sale mal. Rose chilla cuando su pierna se desliza un pie hacia abajo y el giro se detiene. Extendiendo las manos para sostenerse, se desliza el resto del camino hacia abajo, aterrizando en una incómoda parada de manos.

Ya he dado unos cuantos pasos rápidos hacia el escenario antes de darme cuenta, pero la mujer más joven en bikini me gana. Sujetando el abdomen de Rose, la ayuda a caer con cuidado hacia un lado sin lastimarse.

Rose, aunque se frota las muñecas, se ríe. —Buenop. Supongo que aún no he dominado *eso*.

La mujer mayor al lado de mi madre aplaude. —¡Buen trabajo, Rosie, chica! —. Entonces mira a la mujer del bikini. —Quiero aprender eso a continuación, Angie.

—No, Myra —. Por la forma en que la mujer suspira, puedo decir que esta no es la primera vez que Myra pide morder más de lo que puede masticar.

Con el ceño fruncido, pero con un brillo en los ojos, Myra se cruza de brazos. —No eres nada divertida.

Todas se ríen.

—¿No deberías practicar movimientos más fáciles antes de romperte el cuello haciendo giros como ese? —, pregunto, mi tono de reprimenda.

Las tres mujeres en el escenario me miran con las cejas arqueadas.

Mi madre me golpea en las costillas. Ni siquiera me había dado cuenta de que ella se había acercado a mi lado.

Por suerte, ella está a mi derecha. Si me hubiera golpeado el costado izquierdo, podría haber provocado un paro cardíaco en mi corazón acelerado. Porque mi pobre corazón, el corazón que es cuidadosamente monitoreado y entrenado por el mejor personal médico y preparadores físicos del país, está acelerando a un nivel anormal.

Una cosa está perfectamente clara. Rose West no es buena para mí.

La risa se desvanece del rostro de Rose. —¿Te digo a ti cómo flotar en el espacio, *Bodie*? —, se burla. —No, no lo hago. Así que no empieces a decirme cómo bailar en barra.

La mujer tiene un punto.

Y con su brillo juvenil y miles de millones de dólares, tampoco es una apuesta segura para lo que tengo para ofrecer.

Aún así.

—Sal conmigo esta noche —. Por el rabillo del ojo puedo ver la cabeza de mi madre girarse hacia mí al estilo del Exorcista.

Rose se ríe. —Lo siento, no puedo hacerlo —. Se quita el cabello de los hombros con ambas manos, bañando el escenario con brillo. —Tengo que lavarme el pelo.

Myra se ríe y Angie agacha la cabeza, tratando de ocultar su sonrisa.

Entrecierro los ojos hacia ella. —¿Entonces mañana?

La boca de mamá se abre. En mis treinta y seis años nunca llevé a nadie a casa, nunca hablé con ella sobre mi vida amorosa y definitivamente nunca invité a nadie a salir frente a ella. Aunque a estas alturas es más como rogar.

—Nop —. Rose se aleja tranquilamente, a la izquierda del escenario.

La sigo, bloqueando su salida al pie de las escaleras. —En cualquier momento de esta semana.

Ella me frunce el ceño y luego se gira hacia la izquierda. Cambia a la derecha. Entrecierra los ojos y se gira hacia la derecha. Me desplazo a la izquierda.

Cruzando los brazos sobre su pecho resplandeciente, comienza a golpear su plataforma en el escenario. —Escucha, amigo, no creas que porque tu mamá está aquí me lo voy a tomar con calma.

Reflejo su postura. —No creo que sepas *cómo* tomártelo con calma con alguien.

Ella frunce los labios, como si estuviera contemplando lo que dije. —Já —. Baja un escalón y se detiene a dos del final. A la altura de mis ojos. —¿Sabes? Puede que tengas razón —. Un paso más y puedo distinguir las gotas individuales de sudor mezclándose con el brillo de su cuerpo. Sus senos suben y bajan más rápido de lo normal. Probablemente sea por el pole dance, pero me gustaría pensar que yo tengo algo que ver con eso.

Eso fue hasta que, en un instante rápido, me dio un revés. Ella apenas me toca, pero lo que sí golpea es el centro de la ciudad del dolor, y me encorva, casi cayendo de rodillas.

Dos de las mujeres jadean en estado de shock, la tercera ríe o tose. Me gustaría pensar que esa no era mi madre.

Rose, aprovechando mi agache protector, me empuja contra la pared y fuera de su camino. —Tengo dos hermanos, Vance. Deberías saber que no funciona intentar intimidarme —. Pasa de largo.

Mis instintos de supervivencia bien afinados me mantienen quieto hasta que Rose abre las puertas dobles. La luz del sol brilla sobre su cuerpo como el rastro de fuego de una estrella fugaz. Incluso con mi adrenalina bombeando por la casi castración, no puedo evitar apreciar su estilo de salida.

Cuando las puertas se cierran y finalmente aparto la mirada, me encuentro con los ojos de desaprobación de mi madre.

Se echa la larga trenza oscura sobre el hombro y se cruza de brazos, como solía hacer cuando yo me portaba mal cuando era niño. —Tú y yo necesitamos tener otra charla sobre el clítoris.

SIETE

#SOYELCÉSAR

ROSE

—¿QUÉ carajo…? —. El letrero de neón rojo, blanco y azul del Big Texas Saloon, que suele estar iluminado como un faro para todos aquellos que buscan pasar un buen rato, está oscuro.

Saco la mini petaca de mi sujetador y tomo un trago.

—¿Cuándo cerraron? —, pregunta Jackie, volviéndose hacia Trish y Jules.

Estamos en nuestra primera noche de chicas desde la boda y el comienzo no es auspicioso.

—No me preguntes —, Trish se encoge de hombros. —Debe haber sucedido mientras Ian y yo estábamos en Alemania —. Gira en su dedo su nuevo, muy *grande* y muy brillante anillo de compromiso.

Sí, que Trish se comprometiera en Europa fue una sorpresa. También sonó muy cursi, pero Trish merece todo el romance que Ian pueda reunir y algo más. Estoy feliz por ellos. Por mi mejor amiga. Lo *estoy*.

Es solo que… ¿Big Texas tuvo que cerrar *ahora*? ¿Después de que Holt y Jules deciden criar una vaca como mascota y Jackie y Flynn se prometen 'hasta que la muerte nos separe', e Ian y Trish tienen su compromiso en un castillo mágico?

¿Puedo conseguir una bien merecida noche de chicas borrachas para descansar de todos los 'felices para siempre'?

Giro mis labios hacia un lado, tratando de parecer como si estuviera haciendo pucheros. Hacer pucheros es más aceptable que las lágrimas que amenazan mis ojos. A pesar de que Big Texas era un lugar muy turbio, tenía policía estacionada afuera todas las noches en caso de que estallara algo y las bebidas eran jodidamente básicas, este era *nuestro* lugar. El lugar donde el grupo se reunió por primera vez. La genio, la astronauta, la delincuente buscada y la fiestera multimillonaria.

Y ahora está cerrado.

Vete a la mierda, Big Texas. Vete a la mierda.

—No pasa nada —. Jules saca su teléfono de la parte trasera de sus pantalones de cuero. —

Tengo los detalles de otro honky tonk más cerca de la ciudad —. Sus pulgares vuelan sobre la pantalla. —Iremos allí.

Estoy demasiado molesta para siquiera burlarme del uso que hace Jules del honky-tonk. Simplemente tomo otro gran trago de mi petaca y dejo que Jackie me lleve de regreso a nuestro UberXL.

VEINTE MINUTOS y una petaca vacía más tarde, llegamos a Whiskey River. Donde hay una fila que sale de la puerta y a lo largo del porche delantero cubierto.

Por supuesto que sí.

Hacer cola no es lo mío. Lo cual sé que me hace parecer una privilegiada, pero no me importa. No entiendo el concepto de esperar horas en la cola sólo para darle a alguien más de mi dinero. Meto la mano en mi escote, preguntándome cuánto dinero se necesitará para pasar la puerta cuando la fila estalla en gritos de sorpresa y risas.

—¡Vaya! —, Jules señala la entrada. —¡Obtén un montón de eso!

Al menos una docena de imitadores de Elvis al estilo Las Vegas salen por las puertas dobles, con sus lentejuelas brillando bajo las farolas, seguidos por una avalancha de clientes vestidos como de clubes de campo.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —, pregunta Trish, con los ojos muy abiertos.

—No tengo idea, Yosemite Sam —, dice Jules con expresión inexpresiva.

Discuten mientras Jackie y yo los miramos boquiabiertos. Probablemente Jackie esté calculando las probabilidades de triangular a cada Elvis con la órbita de Marte, o alguna otra cosa tan genial, mientras yo simplemente me quedo asombrada de la mejor manera posible.

Y feliz.

Sus capas baratas de poliéster se ensanchan detrás de ellos mientras se dirigen a un autobús cercano, y mi esperanza crece con cada centelleo de brillos.

Puede que este lugar no sea tan malo después de todo. Quiero decir, un bar que tiene imitadores cursis de Elvis al estilo Las Vegas tiene que ser divertido, ¿verdad?

Quizás este lugar sea incluso mejor que Big Texas. Quizás esta noche de chicas será...

—¡Cariño! —. Todos nos volvemos para ver a Flynn parado en la puerta por la que acaban de salir los Elvis, con el brazo extendido y saludando en nuestra dirección. Holt está a su lado, deslizándole al portero un soborno en forma de apretón de manos.

Mi esperanza muere dura y rápidamente.

Jackie le devuelve el saludo y salta sobre sus Chuck Taylors. El resto de nosotras la seguimos.

Ni siquiera pregunto. Por la expresión del rostro de Jules cuando deja que Holt la rodee con su brazo y la acompañe al bar, es obvio que sabía que los chicos estarían aquí.

Esta noche se está acabando más rápido de lo que Elvis podría comerse un sándwich de mantequilla de maní, plátano y tocino. Dios lo tenga en su gloria.

Los labios rojos de Trish se curvan en una amplia sonrisa. —Ian también está aquí.

¿*Et tu* (tú también), pequeño montón?

—ROSIE WEST, nos encontramos de nuevo.

Cierro los ojos ante la imagen de Vance Bodaway, con un brazo extendido sobre el respaldo de la silla vacía junto a él y el pelo cayéndole sobre los ojos.

Por el amor de Dios. Mi aventura de una noche me persigue.

Vance, tan indiferente como quiera, está sentado junto a Ian en la codiciada mesa de la esquina trasera, luciendo demasiado bien con una sencilla camiseta azul entre un mar de camisas con botones y diez galones.

Jules agarra una de las botellas de cerveza del recipiente con hielo que está junto a la mesa antes de girar una silla con la otra mano. —¿De nuevo? —. Se deja caer y se sienta a horcajadas en la silla. —¿Cuándo se encontraron por primera vez?

Trish se desliza hacia la derecha de Ian. —¿Rosie?

Suspirando, me hundo en el único asiento vacío, el que está al lado de Vance.

Vance asiente con la cabeza hacia Trish y golpea su botella de cerveza contra la de Jules. Ignorando el interés de mis amigos en nosotros, se inclina hacia mí. —Gracias a ti, recibí otra conferencia memorable sobre la anatomía femenina durante el viaje a casa el domingo.

Eso me hace apretar los labios para no reírme.

Al ver mi diversión, me da un codazo. —Y sí, fue tan incómodo e innecesario como cuando tenía catorce años, en caso de que te lo preguntes.

La risa que estoy reprimiendo se convierte en un resoplido. —Dios, amo a tu madre.

—¿Qué pasó el domingo? —. Trish, cuyos ojos han estado haciendo ping-pong entre nosotros, probablemente tratando de memorizar nuestro diálogo para su próximo libro, parece fascinada.

—¿Y cómo conoces a la madre de Vance? —. Jules toma otro trago. —Ella es mi heroína, por cierto. La conocí cuando a Vance y a mí nos regalaron nuestros pines de astronauta.

Su admisión me irrita por alguna razón. Más que si ella trajera a todos los chicos durante una noche de chicas. Me encojo de hombros, tratando de disimularlo. —Hago pole dance con Helen.

A Jules se le cae la boca. Se vuelve hacia Vance. —¿Tu madre hace *pole dance*?

Sonrío, sintiéndome victoriosa.

Vance ni siquiera se da cuenta de la rara visión de Jules atónita, con sus ojos todavía en los míos, esas malditas arrugas sexys profundizándose. —Hiciste un buen trabajo lavándote el cabello. No veo ni una pizca de brillo.

Me encojo de hombros, sonriendo a mi pesar, intentando con todas mis fuerzas ignorar a Trish y Jules, quienes comparten una mirada de WTF.

Vance arquea una ceja. —¿Eso significa que finalmente tendrás tiempo para mí?

—¿Alguna vez escuchaste la frase 'dale y déjalo'? —. Intento mantener la sonrisa fuera de mi cara, pero no creo que lo consiga.

Jules se ahoga con su cerveza, la boca de Trish se abre aún más y las cejas de Jackie se juntan. Ian parece divertido pero no sorprendido. *Hmmm*.

—¿No es ese el coloquio para una aventura de una noche? —. Jackie se levanta las gafas.

—Como siempre —, dice Jules, inclinando su botella de cerveza hacia Jackie, —tienes razón —. Señalándome con la boca de su botella, pregunta: —¿Cuándo fue el 'dale y deja'? Porque aunque Vance Bodaway es un amigo, no estoy segura de que sea lo suficientemente bueno para ti.

Los ojos de Vance se dirigieron a Jules. —¿Hablas en serio?

Probablemente pagándole por lo de antes, esta vez Jules lo ignora. —Mantienes significativamente bien una linterna en el espacio para que otros, como *yo*, puedan realizar el verdadero trabajo de caminata espacial… —. Sonríe maliciosamente cuando Vance pone los ojos en blanco. —Pero ¿qué más traes a la mesa? Quiero decir, esta es Rose West. Multimillonaria y mejor amiga de Julie Starr. Ella merece más que un trabajo manual con una linterna.

Sé que está diciendo todo eso para enfadar a Vance, pero de todos modos me agrada, anulando cualquier molestia que yo estuviera albergando por parte de ella, incluídos los chicos de nuestra noche de chicas.

—John Herrington fue su mentor —, dice Jackie, sin darse cuenta de que Jules estaba bromeando.

—¿Quién es John Herrington? —, Trish y yo preguntamos al mismo tiempo. Cuando Vance me mira levantando las cejas, lamento mi evidente interés.

—Fue el primer nativo americano en el espacio —. Jackie inclina la cabeza como lo hace cuando intenta recordar hechos. —Ahora que está jubilado, recluta mucho en reservas preservadas por el gobierno, ¿no? —. Mira a Vance.

—Sí, lo hace —. Vance asiente y las arrugas alrededor de sus ojos desaparecen. —Pero no lo conocí hasta que fui seleccionado como candidato a astronauta —. Toma un sorbo de su cerveza. —Pero él fue una gran inspiración para mí. Aunque él es Chickasaw y yo Zuni, ver al primer nativo americano volar al espacio fue un evento único en la vida.

No me gusta lo serio que se ha puesto Vance, le doy un codazo en las costillas. —Me sorprende que tuvieran televisores en aquel entonces.

—¿En aquel entonces? —. Parece ligeramente ofendido. —Sólo tengo treinta y seis.

Intento que no se note la sorpresa. —Y yo sólo tengo veintiún años.

Su sorpresa se nota.

Honestamente, su herencia nativa americana está funcionando a su favor. Realmente no lo

había pensado tan viejo. Simplemente me gustaba joderlo con esa mierda.

Agarro mi vaso y saludo a Vance con él. —Eso es lo que llaman una brecha generacional, viejo.

Holt y Flynn regresan con un puñado de ron y Coca-Cola.

—¿Qué me perdí? —, pregunta Holt, observando la mezcla de sorpresa, diversión y confusión que todos expresamos.

—Rose le dió, agradeció y despachó a Linterna aquí —, Jules interviene. —Aunque él no parece saber que el 'gracias' implicaba que ella acabó de patear su culo.

—O qué tan joven era ella cuando sucedieron los dar y despachar —. Trish sorbe su bebida a través de la pajita de cóctel en miniatura.

Sin decir una palabra, Holt se da vuelta y camina de regreso hacia la barra. Jules se levanta y lo sigue, riéndose tanto que tropieza.

Flynn se queda congelado, con los ojos entrecerrados sobre Vance.

—Oye, hermano mayor —. Pateo con mi bota y conecto con la espinilla de Flynn, haciéndolo hacer una mueca de dolor. —Solo recuerda todas las veces que tengo que escuchar a Jackie sobre *tu* vida sexual —. Me estremezco y tomo un gran trago de mi bebida. —Así que agradece que esto haya terminado.

El ceño de mi hermano se levanta en lo que creo que se supone que es una sonrisa, pero no deja huella. —¿Qué? —. La mueca de Flynn es aterradora. —Está bien. Estoy bien —. Se encoge de hombros con torpeza. —Además, todos cometemos errores —. Le lanza a Vance una seria mirada de reojo. —Sin ofender.

Jackie levanta la cabeza, con los ojos confundidos detrás de las gafas. —¿Cómo es que eso no es ofensivo?

Su ingenua pregunta hace reír a la mesa. Flynn la ayuda a ponerse de pié. —Te lo explicaré mientras bailamos —. Toma su mano y la lleva a la pista de baile.

Ian deja su cerveza. —Bailar parece una buena idea.

—Adelántate —. Trish lo aleja con un gesto sin mirarlo, sus ojos todavía moviéndose entre Vance y yo. Tiende a llevar la observación de personas a un nivel completamente nuevo y espeluznante.

Suspirando, Ian levanta a una reacia Trish y la aleja de la mesa. —Buena suerte —, le murmura Ian a Vance mientras pasan.

Vance hace esa invasión del espacio personal que hacen algunos hombres, donde giran todo su cuerpo hacia ti y se inclinan hacia adelante, bloqueándote para que no puedan ser ignorados. Suele ser muy molesto y una buena razón para darles un rodillazo bien puesto.

Pero esta vez, una emoción me recorre.

Soy una decepción para las feministas de todo el mundo.

—Te ves bien —. Sus ojos viajan hacia abajo y hacia arriba, observando mis jeans ajustados de cintura alta y mi camiseta corta de un hombro con el tirante de mi sujetador rosa intenso a la

vista.

Aparto el desorden rubio salvaje que es mi cabello sobre mis hombros. —Sí, ¿no?

Él sonríe. Es una buena sonrisa. Una sonrisa que hace cosas con las partes femeninas de una mujer. Empeorado por el hecho de que sé muy bien lo felices que podrían ser mis partes femeninas si cediera.

Me muevo en mi asiento y me reagrupo. —Entonces, ¿qué pasó con los imitadores de Elvis antes?

Él suelta una carcajada. —Para ser honesto, no estoy tan seguro —. Se pasa una mano por el pelo. —Los chicos y yo llegamos cuando ya estaban bailando. Entonces alguien gritó 'rata' y casi fuimos pisoteados por la horda de lentejuelas y cuero.

—¿Había una rata? —. Empujo mi bebida sobre la mesa.

—No —. Él se ríe y me lo desliza. —Resulta que *alguien* coló un gato.

—Un gato.

—Síp.

Agarro la bebida y doy un gran trago. —Huh —. Miro a mi alrededor, sumergiéndome en el glamour rústico de un club nocturno: luces de astas sobre nuestra mesa, un DJ con sombrero de vaquero y una mezcla de candelabros de cristal y bolas de discoteca sobre la abarrotada pista de baile. Este lugar definitivamente tiene un ambiente más fresco que Big Texas. —¿Vienes aquí a menudo?

—Nunca había estado aquí hasta esta noche —. Las arrugas han vuelto a aparecer alrededor de sus ojos. —Vine aquí sólo por ti.

—Hmmm —. Tenía miedo de eso. En la boda fue fácil compartimentarlo como “el hombre con el que ya acabé”. Pero ahora, sabiendo que es el hijo de Helen, descubriendo detalles sobre su educación y motivación profesional, viendo de primera mano lo bien que se defiende ante mi grupo de chicas un tanto intrusivas y bromistas, *estoy interesada*. Ya no cabe en la casilla.

Se acerca una camarera y nos pregunta si necesitamos algo.

Sacude la cabeza y el sedoso cabello negro se mueve mientras lo hace.

Quiero tocarlo. Aprieto mi vaso con más fuerza. Porque incluso si reconozco mi creciente interés en él (lo suficientemente interesada como para querer follarlo unas cuantas veces más), también sé que nuestros Seis Grados de Kevin Bacon están mucho más cerca de lo que había pensado anteriormente. Lo que significa que las complicaciones son inevitables.

Hago pole dance con su madre.

Soy la mejor amiga de sus compañeros de trabajo.

Él estaba en la escuela secundaria cuando yo nací.

Vuelve su atención a mí, sus profundos ojos marrones sostienen los míos. Las arrugas de sus ojos se profundizan.

Ah, al diablo.

Como si apretara un interruptor, comienzo a coquetear y aleteo mis pestañas hacia él. —¿Un

Blow Job?

Se ahoga con su propia saliva. —¿Disculpa?

VANCE

MI LABIO se curva involuntariamente cuando el camarero desliza los tragos de Blow Job por la barra.

—¿Qué, tu orgullo masculino no puede soportarlo? —. Rose sonríe y toma uno de los tragos.

—No, mis dientes —. Observo la gran dosis de crema batida que hay encima. No soy un fanático de la salud per se, pero es un riesgo profesional contra mantenerme en forma. —¿Cuánta azúcar crees que hay allí?

—Claro, el azúcar —. Rose pone los ojos en blanco. —Solo admite que no quieres *hacer* un Blow Job.

Apoyándome en la barra, le doy mi mejor mirada condescendiente. —Escucha, pequeña Rosie, como te encanta señalar, soy mayor que tú. No soy uno de esos chicos inmaduros a los que estás acostumbrada. Estoy lo suficientemente seguro de mi masculinidad como para tomar con la boca un vaso de bebida cubierta con crema batida, sin importar cómo se llame —. Para demostrarlo, me levanto de la barra y me giro para alinear mi acción. —¿Quieres hacer Blow Jobs? Hagamos Blow Jobs.

Rose parece impresionada por mis palabras, lo que demuestra que hay una primera vez para todo. Ella hace lo mismo y también centra su vaso de chupito. —Bien, viejo. Hagámoslo —. Pero cuando intenta agarrar su vaso, le aparto la mano de un golpe. —Oye, ¿qué…?

Chisto. —Si recuerdo lo que Jules y Jackie me explicaron de ésto, y debería hacerlo, porque su charla durante una sesión informativa de EVA sobre bebidas alcohólicas con nombres sexuales fue *fascinante…* —, pongo los ojos en blanco al recordar esa sesión de entrenamiento particularmente larga, —...la manera correcta de beber un Blow Job es sin manos —. Arqueo una ceja y la desafío con una mirada: —¿Estoy en lo cierto?

—¿Me estás explicando cómo dar un buen Blow Job?

—¿No lo estás haciendo bien? —, disparo de regreso, apretando mis abdominales ante la mirada que me lanza, esperando un puñetazo en el estómago. Giro mis caderas hacia la barra en caso de que ella decida apuntar más abajo, como lo hizo en el club de striptease. Es un asunto peligroso irritar a Rose West.

Ella me mira un segundo más antes de ponerse en pie hacia la barra, con el vaso de chupito alineado en el centro. —Bien —. Unos mechones de cabello caen hacia adelante cuando ella comienza a inclinarse.

—Espera.

Ella resopla y se endereza. —¿Ahora qué?

Me muerdo el labio para evitar reírme de su expresión exasperada y le cepillo el pelo hacia atrás, recogiéndolo con mi puño en una cola de caballo. —Es de caballeros hacerlo.

Si sus ojos se estrecharan más, estarían cerrados.

Con el pelo fuera de la cara, se inclina hacia adelante y su trasero se acurruca muy bien contra mi entrepierna. Gruño ante el contacto y ella sacude su culo, probablemente haciéndome pagar por irritarla.

Pero realmente no necesita hacerlo, porque por más cómico que imaginé que sería todo el proceso de hacer Blow Jobs, la realidad de ver sus labios envolverse alrededor del borde del vaso mientras chupa lo suficientemente fuerte como para formar un sello tan fuerte que pueda levantar el vaso de la mesa sin usar las manos es una tortura suficiente.

Se endereza, inclina su espalda hacia mí y traga la crema batida y el Baileys de una sola vez antes de inclinarse hacia adelante y dejar caer el vaso.

Apartando mis manos de su cabello, se vuelve hacia mí. —Tu turno.

Por la expresión de su rostro, puedo decir que sabe que la última vez que me dijo eso, me montó como una reina campeona del rodeo en la casa de su familia.

El vívido recuerdo hace que mis ojos se fijen en sus labios.

Ella los lame. Despacio.

No quiero nada más que besarla. Y si hubiera traído mi 4Runner esta noche, tal vez lo hubiera hecho. Pero sin un lugar donde continuar con ese beso, aparto la mirada y me enfrento a mi propio vaso.

Uno, porque le dije que lo haría y no voy a dar marcha atrás. Es como si tuviera que demostrarle a ella, y a mí mismo, que sólo porque tengo más años que ella de lo que pensaba originalmente, todavía puedo defenderme.

Y dos, porque todavía me estoy recuperando del recordatorio de Jackie de por qué me convertí en astronauta. Y los sacrificios que sabía que tendría que hacer cuando me convirtiera en uno.

Tenía diecisiete años cuando Herrington voló y estaba decidido a no seguir los pasos militares de mi padre. Iba a ser ingeniero. Iba a construir cosas, no a bombardearlas ni a ser bombardeado. No iba a dejar atrás a las personas que amaba.

Y entonces Herrington lo cambió todo. Fotografías y vídeos de él portando la bandera de Chickasaw en gravedad cero iluminaron las estaciones de noticias. Lo vi, en NASA TV, ayudar a construir la columna vertebral de la Estación Espacial Internacional a través de varias caminatas espaciales. Él era un constructor, como yo, pero estaba construyendo en el espacio. Y eso llamó a una parte de mí que debo haber heredado de mi padre caído en acción.

—¿Te acobardaste, gallina? —, Rose se burla, alejándome de mis pensamientos aleccionadores.

La multitud que se reunió alrededor de una chica sexy que hacía mamadas “de la manera correcta” se ríe cuando Rose comienza a ladrar, agitando los brazos doblados.

Y así, Rose me hace sonreír y vivir el momento.

Me inclino y aspiro el trago hacia arriba y hacia atrás, logrando no ahogarme con el gran puñado de crema batida que se desliza por mi garganta. Cuando el vaso se aleja de mi boca, el aplauso de la multitud es más fuerte que sus abucheos anteriores.

—Malnacido —, dice Rose con una sonrisa. Me río, acercándola hacia mí para darle un abrazo lateral y drogarme con la energía que emana. Ella es como el sol, irradiando energía sobre todas las personas en su órbita. No puedo evitar sentirme atraído por ella.

La música a todo volumen cambia a una canción lenta. Al otro lado de la barra, Jules está moviendo sus botas de motociclista al ritmo de las de vaquero de Holt, los ojos de Trish están cerrados mientras apoya su cabeza en el pecho de Ian mientras él la mece al ritmo de la música, y la boca de Jackie está en constante movimiento. Probablemente aplicando un algoritmo de múltiples matices a la oscilación rítmica de los dos pasos. Lo que todos tienen en común es la sonrisa que ponen en los rostros de sus citas. Una sonrisa que estoy bastante seguro es igual a la que estoy luciendo.

Una mirada en mi periferia me muestra a Rose también mirando a sus amigos, con el ceño fruncido donde debería estar su sonrisa.

No estoy muy seguro de qué hacer con eso. Y estoy demasiado atrapado en la órbita de Rose para descubrirlo.

—¿Otra ronda? —, pregunto, acercando sus ojos a los míos.

Suspirando pero ahora sonriendo, se vuelve hacia la barra y golpea la superficie. —Alínealos, viejo.

OCHO

LANZAMIENTO VERTICAL

ROSE

DOS TRAGOS de Blow Job adentro y estoy complaciendo a la multitud recién formada. El recuento de la pelea durante la despedida de soltera de Jackie en el club de striptease va bastante bien. Tanto hombres como mujeres están pendientes de cada una de mis palabras.

Bueno, las mujeres lo están. Los hombres probablemente estén atrapados en la parte del club de striptease, con sus mentes en la alcantarilla.

—¿Estás diciendo que esa chica *de allí* se lanzó desde un escenario de striptease y derribó a un matón de más de cien kilos? —. Una mujer señala a Trish en la pista de baile.

—Síp —. Asiento como la mamá orgullosa que me siento cuando recuerdo el sexy derribo de Trish con una patada de tijera en el aire.

La multitud mira fijamente a mi pequeña amiga dando dos pasos con una recatada falda plisada hasta la rodilla, una camiseta sin mangas de seda y zapatos de plataforma negros. Parece más una maestra de jardín de infantes con un fetiche por los tacones que una stripper justiciera. —Pero no se lo menciones a ella. Ella se avergonzará mucho, lo que enojará a su prometido —. Lanzo un suspiro de sufrimiento. —Las cosas tienden a empeorar cuando los hombres se ponen irritables.

Vance se ahoga con un sorbo de cerveza mientras las mujeres de la multitud asienten con complicidad.

—Ahora, váyanse todos —, aparto a la multitud con la mano. —Tengo la sensación de que este miembro en particular de los hombres… —, señalo a Vance con el pulgar por encima del hombro, —...tiene motivos ocultos para aparecer esta noche, y estoy lo *suficientemente* intoxicada como para escucharlo —. Le doy un vistazo a Vance, como si lo desafiara a decir lo contrario.

Él simplemente sonríe.

Las mujeres se ríen mientras los hombres le murmuran palabras de aliento mientras se dispersan.

Él me devuelve un vistazo. —¿Crees que tengo motivos ocultos, hmm?

—Síp —. Tomo mi ron fresco y mi Coca-Cola de la barra, los vasos de chupito vacíos todavía descansan al lado.

—¿No puedo simplemente estar aquí pasándola bien?

—Nop —. Bebo un sorbo con el meñique extendido, como la dama que ambos sabemos que no soy.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión?

Lanzo otro suspiro, un poco preocupada de hiperventilar. —Porque, Vance, nunca, ni una sola vez, has aparecido en ninguna de nuestras reuniones. Es una coincidencia que estés aquí esta noche después de que sacudí tu mundo en la habitación de invitados de mi familia y luego te disparé en Heartbreakers delante de tu madre.

La camarera que pasa se detiene, nos mira, niega con la cabeza y sigue caminando.

Inclino mi bebida hacia él. —Y no olvidemos que antes admitiste que apareciste esta noche sólo por mí.

Él ríe. —Oh, sí. Lo hice.

Apoyo un codo en la barra y me apoyo en él. —Entonces, ¿qué es lo que quieres? —. Muevo mi mano libre bajo mi cuerpo y trato de mantener la nota esperanzadora fuera de mi voz. —¿Una segunda?

—Una segunda estaría bien —. Sus ojos recorren mi rostro y puedo sentir el calor de su mirada tocar mis ojos, mi boca, la longitud de mi cuello y detenerse un segundo más en mi hombro expuesto y el visible tirante rosa intenso del sujetador. —Una tercera y cuarta, aún mejor.

Mi indicador de temperatura interna acaba de dispararse. —Escucha… —. Dejo mi bebida y me levanto de la barra, juntando mis manos, tratando de parecer solemne. —Aprecio el uso previo de tu pene, e incluso aplaudo la confianza que se necesitó para tragar Blow Jobs en un bar de vaqueros lleno de gente, pero necesito dejar esto claro. *No* estoy buscando novio.

Vance me guiña un ojo. —Eso es genial, porque no estoy buscando novia.

—Bien —. Dejo caer mis manos, ignorando el dolor de su aceptación. —Entonces estamos en la misma página.

Mira el cuello de su botella de cerveza. —Pero sólo por curiosidad, ¿qué *estás* buscando? —. Su pregunta suena demasiado casual para ser creíble.

Es molesto que eso provoque un destello de esperanza no deseada. Pero si él quiere jugar, yo también puedo. Con el toque dramático por el que soy conocida, lanzo otro suspiro. —No sé. Pero si quieres ser un hombre grande y fuerte y decirme lo que *debería* querer, te escucharé.

La música cambia y ambos vemos a Ian, Flynn y Holt tomar a su prometida, esposa y novia en sus respectivos brazos y balancearse, arrastrando los pies hasta dar otro lento paso de dos pasos.

Algo que no es del todo lujuria pero que de todos modos me deja con ganas se estrella contra

mí. Es el mismo sentimiento que tuve en la boda de Jackie. Se siente como-

La botella de Vance golpea la barra y me hace saltar.

Da un paso más y su aroma me cubre, devolviendo la lujuria al primer plano.

—Bien —. Se inclina y su aliento me hace cosquillas en la oreja. —Para empezar, ¿qué tal querer más de esa diversión que tuvimos juntos?

Diversión. Por un breve segundo, me siento herida, pero una mirada a su sonrisa astuta y me lo sacudo de encima.

—¿Qué? —. Doy un paso atrás, respiro profundamente y trato de recuperar el control. —¿Irrumpir y allanar en busca de orgasmos no fue lo suficientemente divertido para ti?

Él se ríe y mis ojos observan la forma en que los músculos de sus hombros se tensan mientras lo hace. —Oh, no, eso seguro que pasa a los libros de récords. Incluso si solo estuviste jugando conmigo.

Tomo mi bebida y envuelvo mi boca alrededor de la pequeña pajita. Sus ojos se estrechan hacia mis labios, haciéndome sentir triunfante.

—Pero estoy seguro de que tendremos algunos momentos sin precedentes más en nuestro futuro —. Vuelve a cerrar la distancia entre nosotros. —¿No habías dicho algo sobre la posición del loto?

Tratando de que no vea cómo me está afectando, no retrocedo. En cambio, bromeo. —Oh, Vance, Vance, Vance —. Le doy una palmadita en el hombro a modo de consuelo. —No estoy segura de que un viejo como tú pueda manejar la del loto—. Sacudiendo la cabeza, hago una mueca. —De hecho, no estoy segura de que puedas manejarme a mi más de una vez, *punto*.

En lugar de que él muerda el anzuelo y regrese a aquello con lo que me siento cómoda: sarcasmo y bromas, se inclina aún más cerca, nuestros pechos se tocan. —Bueno, sabes lo que dicen, ¿no? —. Me muerde la oreja.

Trago fuerte. Ojalá no se dé cuenta. —Probablemente, pero ¿por qué no me lo dices de todos modos?

Roza la línea de mi mandíbula con la punta de su dedo. —Sólo hay una manera de saberlo.

Estoy bastante segura de que me han superado en mi propio juego. Já. No creo que eso haya sucedido antes. Y lo que es aún más sorprendente es que eso no me molesta. Me complace.

Mis ojos se dirigen nuevamente a la pista de baile y encuentro a mis amigas y sus hombres todavía allí, todavía amadas.

Probablemente demasiado enamoradas para darse cuenta si desaparezco antes de tiempo, ¿verdad?

Deslizo mi brazo entre nosotros y meto la mano en mi sujetador. Vance y algunos hombres alrededor miran dos veces cuando saco el fajo de billetes que guardo allí. —Yo pagaré la cuenta y tú el Uber.

Las sexys arrugas de sus ojos se profundizan. —Hecho, pequeña Rosie.

VANCE

SOMOS una maraña de extremidades y aliento caliente cuando entramos a mi habitación.

Me preocupaba cómo iría esto cuando Rose y yo subimos al Uber. ¿Habría un silencio incómodo? ¿Fabricaría una excusa y se marcharía? ¿Lo haría yo?

Parece que no me preocupé por nada, porque Rose no perdió el tiempo llenando el viaje de veinte minutos hasta mi apartamento con historias de sus días de fiesta, resúmenes de cómo se enamoraron todos sus amigos (y el papel vital que jugó en cada feliz para siempre), y cuánto le encanta fastidiar a su consejero universitario.

Por supuesto, ella no estaba hablando conmigo, sino más bien con el conductor de Uber. Un hombre más cercano a la edad de Rose que a la mía, que seguía dándome asentimientos y sonrisas que supongo que eran para indicar lo impresionado que estaba por mi captura de una estudiante joven y atractiva, mientras usaba su espejo retrovisor para mirar la blusa de Rose.

Aún así, su charla logró matar el tiempo antes de que llegáramos a mi casa, situada a un minuto de la NASA en el lado norte de Clear Lake. Y cuando dejé tieso al conductor con la propina y le di una reseña de una estrella destacando el "mal uso del espejo retrovisor", me sentí reivindicado, aunque extremadamente mezquino.

Rose saltó hasta mi departamento en el tercer piso silbando, actuando como si venir a casa conmigo fuera algo común.

Pero tan pronto como mi llave giró en la cerradura, fue como si una campana sonara en su cabeza y el juego comenzó.

Casi fui tacleado por detrás cuando ella me empujó hacia la puerta más cercana.

Cuando encendí las luces, ella detuvo su ataque. Miró a su alrededor y se encontró en el baño. —Ups.

Cuando la hice retroceder por el pasillo hacia mi habitación, ella se reagrupó y me atacó una vez más.

Y ahora aquí estamos, con las manos ocupadas tirando de mi camisa, desabrochándome el cinturón y agarrando mi cabello.

Ella es un tornado. Es todo lo que puedo hacer para mantenerle el paso, guiarla hacia el lado de la cama y tirarla hacia atrás. Déjà vu.

Respiro profundamente, inhalando esencia a lujuria, necesitando reducir la velocidad y planificar mi próximo movimiento.

Pero como siempre ocurre con Rose, ella no me da tregua. Ahora que estoy fuera de su alcance, cruza los brazos, se quita la blusa y la arroja por algún lugar sobre mi hombro. Su sujetador rosa fuerte que ha estado provocándome toda la noche es de encaje, transparente y

soporta el peso de mil fantasías.

Eso también sale volando.

—¿Vas a quedarte ahí parado o te vas a quitar los pantalones?

Hago a un lado la hebilla del cinturón que ella ya desabrochó, pero me detengo cuando alcanzo el botón superior. —En realidad… —, bebo el verla en topless en mi cama, —...creo que en su lugar te quitaré el tuyo.

Ella levanta las caderas a modo de invitación. —Haz el favor.

Me toma un segundo agarrar bien su cintura y hacer palanca para quitarle los jeans ajustados. Se vuelven del revés cuando tiro, y con cada nuevo centímetro de piel que se revela, mi polla presiona con más urgencia contra mi cremallera.

Una vez que sus piernas están libres, le bajo los pantalones y alcanzo sus bragas.

—Ah-ah —, niega con un dedo. —Uno por otro —. Se mueve y sus pechos se balancean. —Y como esto ya es un montón, me debes un montón —. Ella se ríe y echa la cabeza hacia atrás. —Dios, me hago reír.

Me encuentro riendo con ella mientras me inclino hacia atrás y me saco la camiseta por la cabeza.

—Sigue adelante, viejo. Veamos si tu alfombra combina con tus cortinas o si eres un modelo de las tinturas de Just for Men en tu Johnson.

—Jesús, sólo tengo treinta y seis años, todavía no me están saliendo canas —. Sacudo la cabeza, exasperado, pero sigo sonriendo.

Ella se encoge de hombros y sus tetas rebotan. —Si, lo sé. Pero es divertido irritarte —. Su lengua se frota el labio inferior y sus ojos brillan de lujuria admirando mi pecho. —Ahora date prisa y muéstrame tus bienes masculinos.

Primero me agacho y me quito las botas, luego tiro mis pantalones y calzoncillos al suelo con un solo movimiento.

—Santa anaconda —. Ella suspira feliz y se desliza del costado de la cama hasta ponerse de rodillas. Ella murmura algo que suena como «Sabía que cambiaría mi vida», pero me excita demasiado ver a Rose de rodillas, sus pechos subiendo y bajando con cada respiración, sus ojos fijos en mi polla como si fuera la clave de la felicidad, como para poder procesar sus palabras.

No había estado tan nervioso desde mis días de escuela secundaria. El fugaz pensamiento de que Rose acababa de nacer cuando yo estaba aprendiendo a controlarme en el dormitorio casi hace que mi pene flaquee.

Es decir, hasta que se lo traga hasta el fondo de una sola vez.

La suelta, teniendo arcadas. —Buenop —. Tose y ríe. —Eso no salió según lo planeado.

Nunca antes me había divertido tanto con alguien en la cama. Le empujo el pelo hacia atrás y coloco el pulgar en la comisura de sus labios hacia arriba. —Tranquila. No tienes que…

—¿Estás a punto de volver a explicarme cómo dar un blow job? —. Coloca las manos en sus caderas. —Porque sólo digo que si lo haces, me voy —. Su expresión amotinada sería linda si no

pensara que cumpliría su amenaza.

—Nop —. Sacudo la cabeza e imito un cierre en mis labios con la mano, sabiendo que luzco ridículo. —No estoy explicando nada.

—Hmmm —. Frunciendo el ceño, separa aún más los muslos y deja caer el trasero entre los talones. —Mejor que no.

Y luego estoy de nuevo en su cálida boca, su lengua resbaladiza subiendo y bajando por mi polla, moviendo la parte inferior de la punta.

—Jesús.

Ella tararea un sonido que estoy seguro se supone que son palabras, pero mi cerebro no funciona. Ahora está haciendo una garganta profunda en serio, su posición ligeramente más baja permite que mi polla se deslice por su garganta.

Con los ojos entrecerrados, observo sus fosas nasales dilatarse mientras respira por la nariz, sus manos suben para agarrar mi culo y atraerme hacia ella.

Todo lo que puedo hacer es sujetarle el pelo hacia atrás y murmurar incoherentemente hasta que mis pelotas empiezan a tensarse.

Antes de avergonzarme a mi mismo y correrme, salgo, el impacto del aire en mi polla mojada reduce mi deseo lo suficiente como para agacharme y levantar a Rose, arrojándola sobre la cama una vez más.

—No había terminado —. Su puchero, aún reluciente por su mamada experta, es increíblemente sexy. Estoy seguro de que si la dejara, esta mujer me dejaría destrozado por el resto de mi vida y me encantaría cada minuto de ello.

Me deshago del pensamiento y abro sus muslos con mis manos. —Pero yo ni siquiera he empezado todavía —. Me dejo caer, lamiendo su clítoris.

—Mmmm, sí —. Levanta los muslos y los ensancha aún más, dándome espacio para trabajar. —Te dejaré ganar esta ronda.

Sonrío mientras bajo sobre ella, llevándola a un punto enloquecedor, empujándola fuerte y rápido hacia el orgasmo. Lamiéndola mientras ella grita.

No es hasta que ella se sacude por las ligeras réplicas que abro el cajón de mi mesita de noche y tomo un condón.

Acaba de abrir los ojos cuando entro en ella, el rápido empuje de mi polla arquea su espalda, arrancando un gemido de sus labios. —Ah, mierda, sí. Haz eso. Más de eso.

Lo hago. Aún sonriendo, retrocedo y golpeo, un ritmo lento y fuerte que la hace retorcerse debajo de mí. Su boca inteligente se abre en un grito silencioso mientras otro orgasmo la desgarra.

Y cuando sus paredes internas me rodean, veo las estrellas que solo he visto en el espacio.

Pero de alguna manera son más brillantes.

NUEVE

TRATADO SOBRE EL ESPACIO ULTRATERRESTRE

ROSE

NO TENGO RESACA. Entonces eso es algo.

Vance ronca, viéndose muy sexy tumbado boca arriba, con un brazo sobre la cabeza.

Eso también es algo.

Habría pensado que, a la fría luz del día, me arrepentiría de mi decisión de venir a casa con él anoche. O al menos de mi pereza para no escaparme después de que él arrancara el quinto orgasmo de mi cuerpo en las primeras horas de la mañana.

Pero no lo hago. En lugar de eso, tiemblo cuando una réplica orgásmica perdida de hace un par de horas recorre mi cuerpo. Cierro los ojos y disfruto del superpoder de la memoria muscular del orgasmo que sólo aflora después de una racha estelar de momentos sexys.

Bien hecho, Vance. Bien hecho.

Rodando hacia la mesa de noche, busco un reloj. Nada más que una lámpara. Pero como afuera la luz del sol es suave, probablemente sea temprano. Puedo escabullirme y tomar un Uber para ir a casa de Flynn y Jackie, donde dejé mi auto antes de la —noche de chicas—. Dormir un poco más en su habitación de invitados o simplemente encaminarme a la ciudad.

Hashtag tiempo de la caminata de la vergüenza.

Me cuelgo del borde de la cama y escaneo el suelo, esperando que mi teléfono esté en algún lugar ahí abajo, mientras me pregunto si puedo conseguir un Uber tan temprano en los suburbios.

Los ronquidos se detienen abruptamente y Vance rueda hacia mí, pasa su brazo por mi cintura y me empuja hacia su erección matutina. —¿Estás despierta?

—Bueno, está claro que *tú sí* lo estás.

Él se ríe, la sacudida de su cuerpo hace grandes cosas para el largo y duro apéndice que roza mi culo.

Queriendo quedarme, pero sin querer cruzar ninguna línea sobre qué es esto, me muevo hacia el borde de la cama. —Será mejor que me vaya.

Me deja escapar de su alcance pero se sienta cuando me levanto. —¿Por qué?

Miro alrededor del dormitorio, buscando mi ropa. —Es más fácil así. Iré a casa de Jackie y Flynn antes de que se despierten y les diré que estuve allí toda la noche y que simplemente no se dieron cuenta —. Encuentro mis bragas y las levanto.

—¿Pero por qué?

Ignoro el sexy tono matutino de su voz y recojo mis jeans del suelo. —¿Estás pensando sólo con tu pequeño cerebro esta mañana?

Él mira la erección que hace estallar una tienda de campaña entre las sábanas y luego vuelve a mirarme, perplejo.

—Ugh —. Resoplo, saco las perneras de mis pantalones y me los pongo. —Si mis amigos saben que me quedé aquí, habrá preguntas. Preguntas que no tengo ganas de responder. Preguntas con las que debes tener cuidado porque provendrán de tus compañeros de trabajo —. Al menos, esas son *algunas* de mis razones. Dejo de lado la de que, por mucho que me encantó lo de anoche, no quiero acostumbrarme. Porque en mi experiencia, todo lo bueno termina.

Es cierto que mis amigos me han ayudado a ser testigo del poder del amor verdadero (inserte aquí un tráiler cursi de Hallmark), pero son *ellos* y esta soy *yo*.

Y déjame recordarme cuánto mayor que yo es Vance. Lo cual no importa en la cama, porque todas esas habilidades que da la experiencia de vida *realmente* han valido la pena. Pero su edad sí significa que está establecido en la vida. Ya tuvo su crisis del cuarto de vida. No sólo descubrió lo que quería hacer, sino que se convirtió en el mejor en eso y luego voló al espacio por ello. Es una persona de alto perfil debido a todos sus logros profesionales. No como yo: una beneficiaria del éxito de otra persona.

También está rodeado de gente, *mujeres*, como él. Gente como Jules y Jackie.

Lo cual está bien. Genial incluso. Amo a Jules y Jackie. Pero no soy ellas.

Soy muy consciente de lo que soy. Soy el buen momento. Las risas. La chica del recuerdas-cuándo.

Estoy bien con eso. Me trajo hasta aquí. Pero ahora debería ser más. *Hacer* más.

Salto arriba y abajo para trasladar mi peso a la tela ajustada. Joder, los jeans ajustados son lo peor.

Al parecer, Vance no lo cree porque sus ojos están puestos en mis pechos rebotantes, casi babeando.

Pongo los ojos en blanco y encuentro mi blusa en la cómoda.

El gran cerebro de Vance finalmente debe haberse puesto en marcha porque se levanta de la cama y camina hacia mi lado mientras yo me visto.

—Escucha, Rosie —. Deja caer sus grandes manos sobre mis hombros, deteniendo mis movimientos. —Me gustas.

Es el turno de *mi* gran cerebro de tartamudear. Ese pánico creciente en mi pecho ha vuelto. Probablemente sea porque está completamente desnudo frente a mí. Y si anoche pensé que era impresionante, a la pálida luz de la mañana Vance es hipnotizante. A diferencia de los chicos con

los que salí o que me tiré en el pasado, él es un adulto completamente crecido. Polla y todo.

Sus músculos están llenos de una manera que habla de experiencia y madurez. Quiero extender la mano y ver mi mano pálida recorrer su piel más oscura. Acaricia cada cresta y retorcer cada pico.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, resoplo, tratando de no parecer afectada mientras me libero de sus manos para desabrochar el tirante de mi sostén de la esquina del espejo. —¿Cuántos años tienes? ¿Doce? —. Deslizo la tira de encaje rosa intenso en mi bolsillo trasero.

Deja escapar un suspiro de sufrimiento y se pasa una mano por la cara. —¿Puedes dejar de hacerte la sabelotodo durante cinco segundos?

Inclinando la cabeza, pretendo contemplar la pregunta. —No lo sé. Nunca lo he intentado.

Se acerca, su erección todavía furiosa y ahora a menos de una pulgada de mi cintura. —Como decía, *me gustas*. Y como estabas dispuesta a pasar una segunda ronda conmigo, diría que no te desagrado —. Él espera, manteniendo contacto visual.

Frunzo los labios. —Es cierto, pero considerando que anoche te di la tercera y cuarta ración que querías, pensé que esto…—, muevo mi mano entre nosotros, el dorso de mi mano haciendo contacto con su pecho, —...se había acabado.

—¿Quieres que esto termine? —. Me agarra por los hombros una vez más.

Mi boca permanece cerrada. Porque a pesar de que el latido entre mis muslos y el hombre apuesto e implorante frente a mí me dan ganas de decir que sí, soy lo suficientemente inteligente como para saber que la respuesta debería ser no.

Sus pulgares rozan mi clavícula. —Nos divertimos juntos.

Gruño sin comprometerme cuando la púa involuntaria da en el blanco. *Diversión*.

Entonces Vance me besa.

No tengo idea de cuánto tiempo permanecemos ahí besándonos, pero cuando finalmente disminuye el ritmo del beso, inclinándose hacia atrás para mirarme a los ojos, la luz que entra por las ventanas es mucho más brillante que cuando empezamos.

Sus exuberantes pestañas caen pesadamente sobre sus ojos oscuros, todavía nublados por la lujuria. —Quédate conmigo hasta que me vaya a mi próxima misión.

No dice nada más. Sólo me espera.

Mentalmente le agito el puño porque sé que el silencio es mi enemigo.

Finalmente hablo, lento y cautelosa. —¿Estás pensando en… una situación de amigos con beneficios?

—Sí —. Sus músculos abdominales se tensan y estoy bastante segura de que está tratando de no reírse. —Amigos con beneficios.

Mis labios se contraen a mi pesar. Cabrón.

Pero por más adorablemente irritante que es que se esté riendo en este momento de mi, también es un trago alto y moreno de orgasmos.

Miro hacia abajo, confirmando lo impresionante de su polla. Sí, lista y esperando.

—Entonces… —, le digo a su pene, —¿Esto es temporal?

—Síp. Iré a la Estación Espacial Internacional en unos meses, así que ¿por qué no simplemente…? —. Mueve las cejas cuando lo miro.

—Ay, dios mío —. Me río. —Pareces un viejo lascivo cuando haces eso.

—Pero un viejo ardiente y lascivo, ¿verdad? —. Las mueve otro poco más.

Riendo más fuerte, las ganas de discutir se me escapan. Es divertido. Y aparentemente piensa que yo también lo soy. Entonces, ¿por qué no debería disfrutar esto? No es que tenga nada más que hacer. Todos mis amigos están en la fase de luna de miel de sus relaciones. Tengo tiempo para decidir qué debo hacer a continuación. Qué *quiero*.

Y mientras descubro eso, tendré sexo hasta que mi clítoris se caiga por el uso excesivo.

Suena como un buen momento para mí.

Y el pasar un buen momento *es* por lo que me conocen, después de todo.

Tomada la decisión, me quito la blusa, casi cegándolo con la tela.

Es como agitar una bandera roja ante un toro listo para embestir.

Vance me apoya contra la cómoda, sus manos se deslizan en la cintura trasera de mis jeans, agarrando mi trasero, pasando de cero a cien en un segundo.

Para no quedarme atrás, agarro su polla y bombeo, disfrutando de su duro gruñido.

Sí, ser amigos con beneficios es una gran idea.

Vance cae de rodillas y con un fuerte tirón se lleva mis pantalones con él. Se queda abajo para sacarme los tobillos y besa la parte superior de mis muslos mientras lo hace.

—Está bien, viejo, tú ganas esta discusión —. Paso mis dedos por su cabello y acerco su boca a donde la necesito. —Ahora haz que valga la pena.

Y lo hace.

———

VANCE

—ERES MUY BUENA EN ESO.

—¿Qué? —. Los ojos de Rose nunca abandonan su celular, sus pulgares vuelan. Ha estado en su teléfono durante los últimos quince minutos, mientras yo yazco en la felicidad poscoital.

—Ignorándome.

Ella resopla, todavía sin mirarme. —Oh, ¿el pobre pequeño astronauta se siente abandonado?

Incluso su lenguaje infantil es excitante.

Me doy la vuelta y deslizo mis dedos por su muslo. —Tal vez.

Es una situación triste cuando, después de una ronda de sexo matutino para celebrar nuestra

nueva relación de amigos con beneficios en mi apartamento, y otra divertida escapada sexual después de llevarla a su penthouse, estoy haciendo pucheros por su obvia indiferencia hacia mi presencia. Debería estar feliz de que sea tan libre. De hecho, debería estar conduciendo a casa ahora mismo, felicitándome por este giro épico de los acontecimientos.

En lugar de eso, miro alrededor de la habitación con el ceño fruncido. Esta no parece una habitación en la que Rose viviría. Quiero decir, es enorme y lujosa, como lo sería cualquier penthouse. Pero incluso con todos los muebles y decoración elegantes, se siente un poco vacío.

Lo único que se parece a Rose es una impresionante estantería que va del suelo al techo repleta de novelas románticas y fotografías de ella y sus amigos. En el centro hay un marco dorado con una foto de Jules, Trish y Rose con sus vestidos de dama de honor a ambos lados de Jackie con su vestido de novia.

Todo lo demás en la habitación y lo que vi del apartamento parece sacado directamente de una revista de diseño de interiores para ricos y famosos.

La toco con el pié debajo de las sábanas. —¿Leíste todos esos?

Los pulgares de Rose se detienen para escanear lo que mi dedo índice señala. —No, sólo los tengo para presumir.

Su sarcasmo no se me escapa.

Le doy un toque de nuevo.

Suspirando, deja caer su teléfono y se vuelve hacia mí, con el hombro apoyado contra la pila de almohadas que la sostienen. —¿Sí?

—¿En qué estás trabajando, de todos modos?

—Mi tesis —. Ninguna sonrisa que me indique que está bromeando.

—¿Tesis?

—Sí, ¿recuerdas? —. Ella arquea una ceja. —Te estás tirando a una estudiante universitaria —. Y vuelve a su teléfono.

Intento disimular mi sorpresa con una broma. —Me debo estar volviendo senil por mi vejez —. Realmente no había pensado en Rose como del tipo estudiosa. Lo que me convierte en un idiota.

Ella sonríe como si leyera mis pensamientos y vuelve su atención a su teléfono.

Acercándome poco a poco, miro por encima del hombro y leo mientras ella cambia a su cuenta de correo electrónico de estudiante. Un título de la bandeja de entrada dice: *Programa de becarios de negocios*.

Una vez, durante una sesión de compatibilidad social durante el entrenamiento de astronautas (requerido ya que la NASA está lanzando efectivamente a un grupo de individuos de alto rendimiento al espacio para vivir en espacios reducidos durante meses), leí un artículo de investigación sobre diferentes fortalezas de la personalidad. Una de ellas era el humor. El artículo profundizaba en los niveles de intelecto de comediantes famosos. Casi todos ellos tienen un coeficiente intelectual superior a la media.

Tiene sentido si piensas en lo rápido que tienen que funcionar las mentes de las personas cómicas. Cómo, para alcanzar la nota justa de hilaridad, necesitan tener una comprensión firme de su panorama contextual y al mismo tiempo tener en cuenta las variables de la audiencia.

Agarro mi propio teléfono que estaba en el suelo junto a la cama, todavía en el bolsillo trasero de mis vaqueros, y busco en Google 'Becarios de negocios de Baylor'. Un minuto después siento un nuevo respeto por la mujer que está a mi lado.

El programa de Becarios de Negocios es una división separada del título estándar en administración de negocios al que debes aplicar incluso *después* de haber sido aceptado en la Universidad de Baylor, una prestigiosa escuela por derecho propio. Un estudiante debe estar clasificado entre el tres por ciento superior de su clase y tener el estatus de Mérito Nacional.

En otras palabras, Rose West, multimillonaria y becaria del Mérito Nacional, está avanzando. Ella no tendrá ningún problema en dejarme ir cuando llegue el momento de volar. Seré un pequeño paso en su camino hacia la dominación mundial.

No es de extrañar que sea tan buena ignorándome.

Suelta su teléfono el tiempo suficiente para darme una palmada en el hombro. —Está bien, viejo. Tienes que encaminarte. Tengo que ir a ver a tu mamá sobre un poste.

—Ugh —. Me hundo en la almohada y me tapo los ojos con el brazo. —Olvidé que es domingo.

Rose se ríe y se levanta de la cama. La observo mientras camina hacia la puerta del baño.

—¿Tienes que ir a llevar a tu mamá otra vez? —, grita una vez que cierra la puerta.

—No, gracias a Dios —, levanto la voz pero me quedo en la cama, demasiado cómodo para pensar en moverme todavía. Las sábanas huelen a azúcar, picante y purpurina. —Solo la llevé la última vez porque le estaban rotando las llantas a su auto.

—Hmmm —. El agua empieza a correr y un minuto después ella emerge y camina hacia el armario. —¿Estamos haciendo esto en secreto o le estamos mintiendo a la gente? —. Como todavía está desnuda, tardo más en responder.

—¿Qué quieres decir?

Abre las puertas dobles y entra. Desde mi punto de vista en la cama, su armario parece más grande que todo mi apartamento.

—Quiero decir, las preguntas. Todo el mundo siempre tiene preguntas —. Avanza más hacia adentro así que no puedo verla, pero oigo que se abren los cajones. —Como tu madre. Puede que le haya dicho que nos acostamos.

Me estremezco.

—Sorry not sorry —, añade Rose. —Además, me invitaste a salir delante de ella.

—Sí, me había olvidado de eso —, murmuro.

Se cierra otro cajón. —Además de darte una actualización sobre educación sexual, estoy segura de que ella tendrá muchas preguntas.

—Gracias de nuevo por eso, por cierto —. Me estremezco al recordar la "charla" de mi

madre.

—De nada —, canturrea.

Mocosa.

—Y luego están las chicas. Anoche te comportaste bastante fuerte. No hay manera de que simplemente lo dejen pasar.

—¿Por qué no les decimos la verdad? —. Parece bastante simple.

—Sí, eso funcionará —. Rose se aclara la garganta. —Oye, Helen, no me hagas caso, solo me estoy comiendo a tu hijo como si fuera un sabroso acompañamiento.

—¿Un acompañamiento sabroso?

—¿Prefieres 'viejo'?

—Un delicioso acompañamiento funciona.

La oigo reír y más cajones abriéndose y cerrándose. ¿Qué diablos está haciendo ella ahí dentro?

Después de pensarlo un minuto, se me ocurre una solución. —¿Qué tal si le decimos a la gente que estamos saliendo?

—¿Saliendo? —, grita y su voz tiene un tono extraño.

—No en verdad —, le aseguro, sin querer que piense que estoy pidiendo más de lo que ella quiere. —Pero la gente sale todo el tiempo, ¿sabes? No significa que vayan a durar o a casarse. Entonces, cuando llegue el momento de volar, simplemente diremos que no funcionó.

Un cajón se cierra de golpe. —Huh.

—Y cuando regrese…—, me recuesto, con las manos detrás de la cabeza, sintiéndome bastante inteligente, —...tú y yo seremos noticia vieja.

El único sonido que escucho es el crujido de la tela.

—¿Rose? —. Deslizo mis manos de detrás de mí, preocupado, preguntándome si no soy tan ingenioso como pensaba.

—Todavía estoy aquí —. Sale del armario.

Y me quedo boquiabierto.

Rose está vestida con un leotardo con estampado de leopardo, cinturón dorado, medias de red negras sobre medias transparentes de color rosa neón y plataformas de charol negro. Su cabello está recogido en un moño desordenado, completo con una banda para el sudor trenzada de color rosa neón.

Ella es cada fantasía de *Ciencia Loca* hecha realidad. Y he tenido bastantes en mi época. Hola, adolescente de los ochenta.

Pasa las manos por los lados resbaladizos de su leotardo. —Será mejor que te vayas antes de que haga estallar la bomba de purpurina.

—¿Bomba de purpurina? —. Parpadeo, rompiendo la mirada.

—Síp. Bomba de purpurina —. Gira sobre sus talones y sale.

Agarro mis pantalones del suelo y me los pongo, casi cayéndome cuando veo lo alto que está

cortado el leotardo en la espalda.

—Entonces, ¿qué te pareció mi idea? —. Me paso las manos por el pelo mientras la sigo por el pasillo. El resplandor del suelo de mármol blanco hace que parezca que camina sobre una nube rosa.

—¿Lo de la falsa relación? —, pregunta, todavía caminando delante de mí, todavía sin sonar cien por ciento como Rose.

—Sí —. Ahora que no nos estamos arrancando la ropa, puedo ver mejor el lugar. Paredes blancas, muebles en tonos neutros.

—Suena bien —. Se detiene frente a una puerta cerrada.

Lo único que hay en sus estantes en la sala principal son consolas de juegos. Todas las consolas de juegos jamás creadas. Y filas de videojuegos.

Además de esas cosas, la habitación está desprovista de vida. Sin fotografías ni toques personales. —¿Cuánto tiempo has vivido aquí?

—Unos cuatro años.

Estoy a punto de cuestionar el tono monótono de su voz cuando abre la puerta.

Me quedo ciego.

Paredes brillantes, techo brillante, suelo brillante. Parece que alguna vez pudo haber sido una oficina, con muebles empotrados de pared a techo a lo largo de la pared trasera, que también están cubiertos de glitter. No puedo decir si es pintura o polvo.

Levantando la mano como para protegerme de la luz, retrocedo un paso. —¿Qué es esa habitación?

—Mi habitación brillante —. Me mira como si fuera lento.

—Ah, ya veo —. *No, no veo*. Probablemente porque mis retinas están escaldadas por la luz que reflejan los miles de millones de partículas de mica. Es como si hubiera hecho una caminata espacial sin mi protector solar. Por un lado, ¿quién tiene una habitación cubierta de brillo? Por otro lado, es la única habitación que he visto que se parece remotamente a Rose.

Ella entra y me mueve los dedos. —Llámame más tarde para follar —. Y dicho esto, cierra la puerta.

Soy dejado con los pantalones desabrochados y desestimado.

Esto está empezando a convertirse en un hábito de ella.

DIEZ

#ADETERMINARSE

VANCE

¿CÓMO SE LLAMA a una multimillonaria para follar?

He estado mirando mi teléfono por más tiempo de lo que quisiera admitir haciéndome esa pregunta. Mi cubículo en el piso de astronautas del edificio cinco está en silencio; el silencio se rompe con mi escritura intermitente y el sonido de las páginas de los libros al pasar. Mi teléfono suena y casi lo lanzo al otro lado de la habitación por la sorpresa.

Unos cubículos más abajo, Jackie, con varios libros y manuales apilados frente a ella, está inmersa en la parte informativa del entrenamiento de los astronautas, uno de sus zapatos Converse negros de caña alta rebota como un martillo neumático mientras lee. Ante el sonido, su pie se detiene y mira hacia arriba, con la cabeza inclinada.

Presioné el botón lateral, silenciando el teléfono. —Lo siento.

Pero Jackie ya está mirando sus libros otra vez.

Mis hombros se fortalecen cuando veo el nombre en la pantalla. Deslizo mi pulgar por mi teléfono y me inclino hacia adelante. —Hola, Brittany.

—No me digas 'hola Brittany' —. El tono condescendiente de mi hermana mayor, que ha perfeccionado a lo largo de mi vida, suena fuerte e impaciente como siempre. —¿Por qué no me has devuelto la llamada?

Una mejor pregunta es ¿por qué respondí a su llamada ahora? Me pellizco el puente de la nariz. —Lo siento, he estado ocupado —. Ocupado tratando de endulzar el oído de una multimillonaria.

—Siempre estás ocupado —. El tono de Brit se adentra cada vez más en territorio de molestia. —Cada día festivo, cada cumpleaños, cada temporada de fútbol y cada reunión familiar, estás ocupado.

Me froto la cara con la mano que tengo en la nariz. —Bueno, lo estoy.

—Mierdas —. Escucho a alguien por un altavoz hablar sobre los precios del pavo.

—¿Dónde estás?

—Compras de comestibles para el Día de Acción de Gracias.

Ah, mierda. Eso es esta semana.

—Te acuerdas del Día de Acción de Gracias, ¿no? —, su voz se vuelve dulce, haciéndome saber que me espera el clásico sarcasmo de Brit. —Tu festividad favorita. Esa en la que llegas justo cuando la cena está lista y te vas antes de que sirvan el pastel.

—Estoy cuidando mi dieta.

—Eres toda una chica.

—Qué chauvinista de tu parte.

Ella gime, lo que me hace alejar el teléfono de mi oreja. —Escucha, bro.

Dudo mucho que otras mujeres de cuarenta años con dos hijos utilicen el término “bro”.

—Quiero ver a mi hermano. Tus sobrinos quieren ver a su tío. Entonces dime que vendrás a casa de mamá este jueves y no sólo por una hora.

—Voy a estar allí.

—Ajá, claro —. Brit pone a prueba sus fuertes habilidades de sarcasmo. —He oído eso antes.

Mientras mi hermana se queja de las festividades pasadas y otras reuniones en las que no estuve presente, miro a Jackie y me pregunto si puede oír a mi hermana desde su escritorio. Ella todavía está estudiando con el ceño fruncido por la concentración, así que lo dudo. Noto una fotografía en blanco y negro de Neil Armstrong con un mono de piloto y los mismos zapatos que ella, prendida con alfileres en su panel de corcho. Al lado, una foto de Flynn y ella en la boda, parados frente a la mansión West donde Rose sacudió mi mundo.

—¿Estás escuchando?

Doy vueltas en mi asiento. —Claro que lo estoy.

Detrás de mí está el escritorio de Jules: un montón de papeles apilados y esparcidos por todas partes como si hubiera pasado un tornado. Su tablero de corcho está decorado con imágenes de una vaca con un collar de diamantes de imitación, parada junto a un pequeño granero rosa. Fotos que le gusta mostrarme cada vez que estamos en la oficina al mismo tiempo. También en una de las fotos de la vaca está Rose, junto a Jackie y Trish.

Me inclino más cerca.

¿Cómo nunca me había dado cuenta de eso antes?

Todo es Rose. Y sólo han pasado dos días desde que la vi.

—Entonces llegarás a tiempo, ¿verdad? —, la voz de mi hermana atraviesa mis pensamientos.

—¿A dónde?

—Voy a matarte.

Suspirando, me giro hacia mi computadora. —Solo estoy jugando contigo, Brit. Sí, estaré en casa de mamá para el Día de Acción de Gracias. A tiempo.

Finalmente me deja ir y colgamos.

Tirando mi teléfono sobre mi escritorio, me recuesto y entrecierro los ojos para protegerme

del sol que entra por las ventanas a lo largo del perímetro del piso casi vacío.

No sólo es la semana de Acción de Gracias, sino que los astronautas que todavía están en el lugar están entrenando, viajando, entrenando, estudiando, entrenando, hablando en público o entrenando. Algunos de mis colegas están en el gimnasio, repasando sus detallados regímenes de entrenamiento con pesas, o en una clase en algún lugar donde reciben información sobre un nuevo experimento científico que realizarán en gravedad cero en algún momento en el futuro, o en el Laboratorio de Flotabilidad Neutral repasando el orden de operaciones para una próxima caminata espacial.

Mis tareas de alta prioridad han disminuido ahora que la misión de Bartolomeo se ha establecido dentro de ocho meses. La NASA no suele ser de procedimientos de última hora, por lo que, con todo en su lugar, solo hay muchos correos electrónicos para corroborar todo doblemente y, sí, más capacitación. Pero hoy no es día de entrenamiento. Puede que le haya dicho a mi hermana que estoy ocupado, pero hoy no tengo nada más que tiempo para pensar en Rose. Y el hecho de que quiera pasar todo ese tiempo pensando en ella es preocupante.

Actualizo mis correos electrónicos, comprobando si hay alguna novedad. No la hay.

Pienso en distraerme con el gimnasio, pero ya lo hice. Mi tarea más ardua y autoproclamada hoy ha sido evitar a Jules, quien está siguiendo cada uno de mis pasos, tratando de hacerme hablar primero sobre por qué fui tan amigable con Rose en el bar.

—Houston, tenemos un problema —. La voz de Tom Hanks resuena con fuerza en el suelo vacío.

—Ups —. Jackie toma su teléfono. —Lo siento.

Todo lo que lee en la pantalla la hace sonreír, luego empaca todas sus cosas.

—¿Cita caliente?

—¿Mmm? —. Mira hacia arriba. —Oh, no —. Se levanta las gafas y parece más una estudiante universitaria que un astronauta. —Me reuniré con las chicas para almorzar.

—¿Chicas?

—Ajá. Trish acaba de obtener la aprobación para su Insignia de Soporte Conyugal.

La NASA finalmente se puso al día con el uso de una lengua vernácula menos sexista y cambió el nombre de Insignia de Seguridad para Esposa, que todas las parejas pueden solicitar, a Insignia de Soporte Conyugal. He visto a Jackie almorzar con Flynn varias veces, así que él también debe tener una.

—Eso es genial —. Observo a Jackie guardar sus notas y libros. Todo en su debido lugar.

—Ian incluso le consiguió a Rose un pase de un día para que podamos comer todos juntos primero.

Me paro. —¿Rose está aquí?

Jackie frunce el ceño y vuelve a inclinar la cabeza. —Sabes, se supone que *soy yo* quien no capta las señales sociales y, sin embargo, incluso yo escucho la nota de emoción en tu voz cada vez que se menciona el nombre de Rose.

No puedo discutir, así que simplemente me encojo de hombros cuando me llaman la atención.

Jackie se echa el bolso al hombro y grita por encima del hombro: —Puedes venir si quieres.

Oh, sí quiero.

DESPUÉS DE UNOS cuantos pases de autorización de seguridad y una corta caminata por el patio, Jackie y yo llegamos al estacionamiento de la cafetería. Rose y Trish son parte de la pequeña multitud que hace fila en uno de los camiones de comida instalados al costado.

Sí, la NASA tiene camiones de comida. Tienen un horario rotativo, dos diferentes cada día de la semana. Es una forma inteligente que tiene el Tío Sam de reducir el presupuesto de la cafetería. Hoy toca pollo, gofres y fusión asiática.

Rose está en la cola para el pollo, vestida con Birkenstocks, pantalones cortos de jean y una de esas camisetas raídas que les gusta volver locos a los hombres. Es de color verde oliva oscuro, pero debido a la fina tela, puedo ver fácilmente su sujetador negro debajo.

Sin embargo, lo que realmente me llama la atención son sus coletas. Su cabello rubio salvaje está recogido en dos coletas bajas que caen sobre sus hombros, las puntas cuelgan justo por encima de la sombra de las copas de su sujetador. Ella luce seductora y adorable.

—Ahí estás, Linterna —. Jules se acerca detrás de mí y me da una palmada en el hombro. —Y aquí estaba yo pensando que me estabas evitando.

—¿Yo? —. Puse mi mano sobre mi pecho de manera dramática. —Nunca.

Resopla. —Ajá —. Ella mira hacia donde yo estoy mirando, con una sonrisa astuta creciendo en su rostro.

Antes de que pueda preguntar, cierro la distancia entre Rose y yo. Jules y Jackie me siguen.

Cuando la alcanzo, Rose sostiene uno de esos contenedores de cartón a cuadros rojos y blancos, lleno de un sándwich grande de pollo y gofres y una ración poco saludable de papas fritas, y una lata de Coca-Cola en su bolsillo trasero.

Se detiene en seco cuando me ve. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya que trabajo aquí, creo que yo debería hacerte esa pregunta a ti.

Rose pone los ojos en blanco.

—Iba a llamarte justo antes de que Jackie me dijera que estabas aquí.

Sus ojos se dirigieron a Jackie, quien, sin darse cuenta, ahora está esperando en la fila junto al camión de fusión asiática. —'Iba a' y hacerlo son dos cosas diferentes.

Su tono me hace sonreír. —¿Detecto decepción en tu voz?

—No —. Saca la cadera, mirándome con una mirada de molestia. —Se detecta una amonestación por no tener las bolas de levantar el teléfono y llamarme.

Los ojos de Jules saltan entre nosotros mientras Trish se acerca con un plato del camión de

gofres.

—Sin pelotas, ¿eh? —, levanto una ceja. —Eso no es lo que dijiste el sábado por la noche.

Rose se endereza y abre mucho los ojos antes de lanzar una rápida mirada hacia sus amigas, cuyas bocas están abiertas.

—Cuando estábamos tomando esos shots de Blow Jobs.

Sus hombros se relajan y resopla de nuevo. —Sí, se necesitan agallas para hacer una buena ronda de Blow Jobs en un bar.

—¡Trish! —. Nos volvemos para ver a Ian corriendo. Le quita el plato de comida a Trish con una mano, le rodea los hombros con el otro brazo y le besa la parte superior de la cabeza. —Hola, bebé.

Trish se hunde en él. —Hola, cariño.

No es hasta que se me dilatan las fosas nasales que me doy cuenta de que estoy molesto. No porque Ian esté aquí, sino porque puede mostrarle afecto a Trish con mucha facilidad. Nunca antes había querido tener ese nivel de relación con alguien. Pero ahora que lo hago, me molesta no poder hacerlo.

¿O puedo?

Imitando a Ian, me acerco sigilosamente a Rose, tomo su comida y la rodeo con un brazo.

Jules sonríe. —¿Y qué…?

—Rose y yo vamos a comer en el patio —. Inclino su canasta de comida en dirección al espacio verde cercano.

Rose, que no parece impresionada por mi muestra de caballerosidad y afecto, me levanta una ceja. —Lo haremos, ¿eh?

—Sí —. Beso la parte superior de su cabeza y ella se pone rígida.

Jackie llega con un recipiente con rollitos de huevo. —¿Qué me perdí?

—Rose nos está abandonando por Linterna —. Jules, con las manos en las caderas, me frunce el ceño.

Jackie simplemente asiente. —Sí, eso tiene sentido.

—¿Lo hace? —, pregunta Trish.

—Sí, eso es lo que hacen las parejas recién formadas. Se excusan del grupo para seguir aumentando su nivel de intimidad.

Trish farfulla. —¿Nueva pareja?

Incluso Rose parpadea antes de preguntar: —¿Intimidad?

Es el turno de Jackie de fruncir el ceño. —Sí. Leí varios libros sobre relaciones después de que Flynn y yo nos juntamos.

—Por supuesto que sí —, dice Jules inexpresivamente.

Jackie asiente hacia Rose y hacia mí. —Estos dos muestran todos los signos de una pareja recién formada.

—¿Es eso cierto? —, Ian finalmente habla, con tono divertido.

Rose abre la boca, pero me adelanto. —No se puede discutir con una genio —. Aprieto mi brazo sobre ella cuando ella comienza a alejarse. —Ahora, si nos disculpan, mi *novia* y yo tenemos una cita para almorzar.

Tiro de Rose hacia los bancos del patio, dejando atrás a una genio verificada, dos mujeres sorprendidas y un ingeniero apático.

Cuando llegamos a un banco situado frente a un pequeño estanque lleno de patos y tortugas, nos sentamos y Rose sacó primero su Coca-Cola del bolsillo.

Hay un momento de silencio antes de que la cabeza de Rose se gire hacia mí, con los ojos entrecerrados. —Solo les iba a decir eso si surgía el problema. No estaba planeando anunciarlo. No me gusta mentir.

Me recuesto en el banco, sintiéndome extrañamente satisfecho con la forma en que resultaron las cosas. —De esta manera te tengo toda para mí y no pensarán que es extraño.

Resopla. —No, simplemente están recopilando sus preguntas para la inquisición más tarde —. Me quita la comida y me permite estirar el brazo detrás de ella.

Me río entre dientes. —¿Cuándo crees que será?

Le da un gran mordisco a su sándwich y lo empuja hacia un lado para responder. —¿Quién sabe? —. Mastica un poco más. —La gente de la NASA nos llevará a Trish y a mí a un recorrido después del almuerzo. Probablemente entonces me hagan algunas preguntas. Afortunadamente, como este jueves es Día de Acción de Gracias, tendré un pequeño respiro antes de que puedan lanzar un ataque completo.

La conversación con mi hermana todavía está fresca en mi mente. Cambio de marcha. —¿Cómo es el Día de Acción de Gracias en el Rancho West?

Rose abre su lata de Coca-Cola y toma un sorbo. —El Día de Acción de Gracias generalmente se pasa en sudaderas, con un montón de pavo relleno y puré de papas en un recipiente de poliestireno en equilibrio sobre mis rodillas mientras veo fútbol con mis hermanos.

—Eso suena genial —. Sería mucho más fácil para mí si el Día de Acción de Gracias de mi familia fuera así.

Rose sonríe, como si pensara con cariño en ese momento. —Sí, lo era.

—¿Era?

Se mete una fritura en la boca. —Este año, Trish decidió celebrar su primer Día de Acción de Gracias estando comprometida con Ian, convirtiéndose en Suzy Homemaker y organizando un gran banquete en su casa —. Vuelve a tomar su sándwich y lo mira, como si estuviera tratando de idear una estrategia sobre dónde debería ser su próximo bocado. —Sabiendo lo azotados que están mis hermanos, estoy seguro de que Jackie y Jules los convencerán para que vayan.

Arrugo la frente. —¿No fuiste invitada?

Ella me mira como si fuera estúpido. —Claro que lo estoy —. Le da otro mordisco y veo cómo se le hinchan las mejillas como una ardilla. Una gota de jarabe de arce se desliza por su barbilla. —Pero no voy a ir.

—¿Por qué no? —. Lo limpio con el pulgar y chupo el almíbar.

Ambos nos miramos fijamente, el momento cargado.

Finalmente, Rose mira hacia otro lado, masticando rápido. —Trish es una cocinera deplorable, así que probablemente sea mejor volar sola este año —. Ella queda muy absorta con las tortugas que suben y bajan en los estanques.

Rose dice que le encanta ser soltera e independiente, pero como ingeniero mecánico que soy, no puedo evitar notar las piezas que no encajan.

1. Triste en la boda de su hermano y su mejor amiga.

2. Miradas melancólicas, seguidas de miradas de molestia cada vez que ve a sus amigos y a sus seres queridos juntos.

3. Su agitación cuando los hombres irrumpieron en su noche de chicas.

4. Cómo siempre se queda a dormir en casa de otra persona cuando tiene un penthouse para ella sola.

5. No querer ser la séptima rueda.

Todos esos elementos se suman para que alguien no esté de acuerdo con estar solo en Acción de Gracias. Puede que no me guste ir con frecuencia a las vacaciones y reuniones de mi familia, pero tengo mis razones. Rose, por otro lado, no parece nada satisfecha con estar sola.

—¿Por qué no vienes a la casa de mi mamá para el Día de Acción de Gracias? —, las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensar en ellas. Pero una vez que lo hago, me doy cuenta de que es un gran plan. Cumplo mi promesa a Brittany de quedarme más tiempo y Rose, actuando como mi amortiguador, no tiene que pasar las vacaciones sola. —Eso tiene que ser mejor que celebrar sola.

Su sándwich de pollo se detiene a medio camino de su boca. —No pensé que estuviéramos haciendo ese tipo de cosas.

Me encojo de hombros, tratando de disipar mi repentino nerviosismo. —Somos *amigos* con beneficios, ¿no? Podemos llamarlo Acción Amistastosa —. A medida que mi ritmo cardíaco aumenta, recuerdo lo que dijo Rose. Ella no busca novio. No busca nada serio. Entonces, mientras ambos recordemos que esto es casual entre nosotros, probablemente no haya nada de malo en pasar el Día de Acción de Gracias juntos.

Rose le da un mordisco y frunce el ceño, como si estuviera reflexionando sobre ello. Probablemente tratando de encontrar más excusas.

—Además, si le digo a mi madre que te invité, pero tú dijiste que no, el día de striptease del domingo se volverá muy incómodo.

No haría eso, pero eso no impide que Rose haga una pausa a mitad de masticar y hable sin siquiera intentar apartar la comida en la boca. —¡Oh, no! —, su exclamación confusa es hilarante.

Sonriendo, me recuesto, cierro los ojos y tomo el sol. —¿Estás dispuesta a correr ese riesgo, pequeña Rosie?

Miro por detrás de mis pestañas mientras ella agarra su Coca-Cola para ayudarla a pasar su gran bocado.

Ella frunce los labios, considerándome. —¿Hablas en serio ahora mismo?

No puedo decir si está molesta o contenta. Tal vez ambas. —Tan serio como una stripper sin purpurina.

Eso le arranca una pequeña sonrisa. —Eso es serio.

Observo a los patos y las tortugas moviéndose alrededor y sobre el pequeño estanque en medio del patio del campus de la NASA mientras la espero, sabiendo que ella odia cualquier silencio prolongado. Tengo razón cuando, después de un momento de continua reticencia, ella lanza un gran suspiro de molestia, sus pechos amenazando la fina tela de su camiseta.

—Bien —. Rose se aleja de mí y se levanta, tirando el resto de su almuerzo en el bote de basura cercano. —Iré —. Con las manos en las caderas, me mira. —Pero después, será mejor que me folles como a una extraña.

Me ahogo con la saliva.

Dos empleados que caminan detrás de ella la miran dos veces.

Cuando puedo respirar de nuevo, pregunto: —¿Y cómo diablos uno se folla a alguien como a una extraña?

Rose se cruza de brazos y el movimiento presiona sus pechos hacia arriba, haciendo que el contorno de su sostén sea más pronunciado. —Le das fuerte y plantando los pies. Y con eso me refiero a mí —, se señala a sí misma. —Sin sentimientos, sin ceremonias.

Riendo entre dientes, me levanto y la guío de regreso a donde los demás están acampados con sus almuerzos en un banco de picnic, sin ningún nerviosismo. Por eso Rose y yo trabajamos tan bien juntos. Y por que el Día de Acción de Gracias no estará cargado de expectativas.

Justo antes de llegar a la mesa de Ian y las chicas, lo celebro con un beso en la mejilla. —Trato. Después del Día de Acción de Gracias, la Operación Extraños Peligrosos entrará en vigor.

Pero cuando la dejo de nuevo, Jules mirándome más de reojo y Trish viendo soñadoramente entre Rose y yo, los nervios regresan.

Porque nada sobre Rose hasta ahora me hace querer vencer.

———

ROSE

TRISH NO PIERDE el tiempo después de que Vance regresa al interior e Ian comienza el recorrido por la NASA. —Ustedes dos hacen una linda pareja —. Ella se acerca para que solo yo pueda escuchar mientras Ian y Jackie señalan los diferentes edificios y lo que la gente hace dentro de ellos.

—Un par de personas teniendo sexo, es todo —, murmuro, ignorando el plan de Vance de mentir y decir que estamos saliendo.

Aprendí por las malas que si dices algo con suficiente frecuencia, empiezas a creerlo. Como cuando era pequeña y me decía a mí misma que si era lo suficientemente buena, si era lo suficientemente perfecta, si me esforzaba lo suficiente, mamá se quedaría. Y si mamá se quedaba, papá también. Mentirte a ti mismo tiene un costo emocional y no puedo permitirme el lujo de empezar a mentir sobre Vance y sobre mí.

Es mejor no intentarlo.

Soy lo suficientemente inteligente como para saber que cada vez que Vance me pasa un brazo por el hombro, se burla de mí o hace cosas dulces como invitarme a la cena de Acción de Gracias de su familia, no terminará bien para mí una vez que suba a ese transbordador espacial.

—Aquí es donde está el Laboratorio de Realidad Virtual —, dice Jackie, sus pasos más bien parecen saltos debido a su emoción. —Comenzaré a observar las sesiones de entrenamiento la próxima semana —. Señala un anodino edificio marrón que parece una escuela secundaria construida en los años setenta.

De hecho, la mayoría de los edificios aquí son aburridos y cuadrados. Me parece irónico que en su interior alberguen algunos de los equipos más avanzados jamás inventados.

—Solo sexo, ¿eh?

Trish y yo saltamos, sin haber visto a Jules acercarse sigilosamente por detrás.

Jules se aprieta entre nosotras y pasa un brazo alrededor de cada uno de nuestros hombros. —¿Es eso lo que Bodie también piensa?

Finjo estar interesada en lo que Ian está diciendo sobre la era de la Guerra Fría que provocó la falta de ventanas debido a problemas de seguridad. —Su idea, en realidad.

—¿Y eso te parece bien? —. Por el tono de Trish, aparentemente no le parece bien.

No debo haber parecido tan frívola como pensaba. Me quito el brazo de Jules. —No es gran cosa.

—Eh —. Puedo sentir la mirada de reojo de Jules. —Entonces, ¿de verdad viniste hoy a la NASA para almorzar y hacer un recorrido o realmente estás aquí para ver a tu juguete?

Me río, casi ahogándome. —No estoy segura de que 'juguete' sea la terminología correcta —. Pienso en nuestra diferencia de edad de quince años. —¿Tal vez un aparato geriátrico?

Las manos de Jules aterrizan en mi hombro, deteniéndonos. —Amiga, tiene mi edad —. Parece herida de muerte. —Nada genial de tu parte.

—Sí, pero para tu consternación, tú y yo no estamos saliendo.

—Siempre olvido que eres mucho más joven que el resto de nosotros —, dice Trish.

—¿Gracias? —. Tomo nota mental de comprar más crema para los ojos de camino a casa.

—Es un cumplido total —, dice Trish. —Habla de tu madurez.

—Sí —, Jules se burla y pone los ojos en blanco. —Porque nada dice más 'madurez' que una ronda de shots de Blow Jobs con una estudiante universitaria que toma clases de pole dance.

—Lo dice la mujer que posee varios collares de diamantes de imitación para su vaca mascota —, digo inexpresivamente.

—Cookie no es una mascota —. Jules parece ofendida. —Ella es familia.

Me intereso por lo que me rodea. —Ajá.

—Hablando de *familia* —, interviene Trish. —¿Qué es eso que escuché acerca de que no vendrás a mi cena de Acción de Gracias?

—Sí, ¿y volver a ser la pieza sobrante? —, pongo los ojos en blanco. —No lo creo.

—Solo trae a Vance —, dice Ian, sorprendiéndonos al resto al unirse a la conversación. Jackie contempla un feo edificio marrón con revestimiento de cemento y guijarros, como si fuera el taller de Papá Noel.

—Estará celebrando el Día de Acción de Gracias con su familia —. Omito la parte sobre mí uniéndome a él. Mentir por omisión está bien. Hago eso todo el tiempo. Así me quedo un paso por delante.

—¿Te perdiste la parte en la que Rose dijo que ella y Vance son sólo amigos con beneficios? —, pregunta Jules.

Ian se encoge de hombros. —Ese no suena como el tipo que nos acosó a Trish y a mí en Alemania hasta que le di tu número.

Trish se endereza hasta su máximo de cinco pies y cinco pulgadas en sus plataformas de cuatro pulgadas. —¿Cómo dices?

Ian levanta una ceja en dirección a su prometida. —¿No te pareció extraño que Vance apareciera en la iglesia de Múnich justo cuando estábamos allí y nos siguiera?

Trish frunce el ceño. —Pero él dijo…

—¿Y luego declaró que quería venir con nosotros en una excursión de un día al castillo de Neuschwanstein antes de irse repentinamente mientras comprábamos recuerdos?

Trish frunce el ceño con más fuerza.

Ian me mira. —Es porque le di tu información de contacto. Eso es lo que realmente quería —. Inclina la cabeza, pareciéndose mucho a un abogado dando su argumento final al jurado. —Eso no suena como un tipo que sólo quiere amigos con beneficios, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo con Ian —, añade Jackie, alejándose del edificio y deslizándose en la conversación como si hubiera estado escuchando desde el principio. Lo cual probablemente hizo. —Si lo piensas lógicamente…

—Como hacemos —, murmura Jules.

—Por las acciones contradictorias de Bodie, o no puede decir lo que realmente quiere, o no se da cuenta —, continúa Jackie. —«El hombre es una criatura confusa; no sabe de dónde viene ni adónde va, sabe poco del mundo y, sobre todo, sabe poco de sí mismo».

Jules asiente. —Eso suena como una cita feminista genial.

—¿Quién dijo eso, cariño? —, Trish le sonríe a nuestra amiga genio.

—Johann Wolfgang von Goethe —. Jackie se levanta los anteojos. —Un poeta, político y

científico alemán.

—No me digas —. A Trish le encanta cuando Jackie se pierde en su genio. A todos nos gusta, de verdad.

Pero mi corazón late demasiado rápido para escuchar a Jackie aventurándose a contar los logros de un hombre del siglo XVIII mientras caminamos por una acera bordeada de árboles.

Mientras trato de no mentirme a mí misma, no puedo evitar admitir que *me gusta* lo que acabo de escuchar. Lo que mi sexto sentido callejero me dice que sólo me traerá problemas.

Sólo somos amigos. Amigos que rebotan la cama con regularidad.

Así que Ian y Goethe pueden joderse.

ONCE

#LOSFEMINISTASAGRADECENBIEN

Rose

Esto no es tan malo.

—Amiga, ¿cómo eres tan buena en esto? —. Jacob, el sobrino de once años de Vance, arroja su mando de Xbox sobre la alfombra naranja.

Resulta que la casa de Helen está a solo unas cuadras de la de Flynn en el codiciado vecindario de Clear Lake Forest, cerca de la NASA.

Vance fue relegado a plomero y enviado arriba, donde Helen le ordenó que detuviera el goteo del lavabo del baño principal. Poco después, Helen me echó de la cocina luego de que me corté rebanando queso para la tabla de embutidos que traje. Desde entonces he estado en el living estilo años setenta.

Afortunadamente, Brittany, la hermana de Vance, apareció unos minutos más tarde con sus hijos a cuestas, dejándolos frente al televisor antes de salir corriendo con su esposo Matt, cada uno con una hielera grande detrás de ellos. Ni siquiera estoy segura de que me haya visto sentada en el sofá con tanta prisa.

—*Amigo,* ¿qué puedo decir? El Fortnite es lo mío —. Me inclino y lo empujo con el hombro, casi cayendo sobre él. El sofá de Helen es de tweed a cuadros y todo acogedor. Lo que significa profundas hendiduras en los cojines del sofá donde la gente se ha sentado a lo largo de los años. A diferencia de mi penthouse, la casa de la infancia de Vance parece habitada. Parece *real*, más que digna de una revista.

Me encanta.

Jase, el hermano mayor de Jacob, se ríe desde el sillón reclinable de cuero marrón a un lado de la sala de estar. —Hombre, ¿dejaste que una chica te venciera? —. Se ríe más fuerte. —¡Y cinco veces, además!

—Oh, Jase, Jase, Jase...—, sacudo la cabeza hacia él, toda dramáticamente decepcionada. —Hay mucho de malo en esa actitud misógina tuya.

Tanto Jacob como Jase, su cabello oscuro, ojos marrones y pómulos altos que los hacen

parecer lo suficientemente similares como para ser gemelos, inclinan sus cabezas hacia la derecha. Dado que su padre Matt es rubio y de ojos azules, los genes Bodaway son fuertes en estos dos.

—¿Qué es mis-oh-ga…? —. Jacob sacude la cabeza. —¿Lo que dijiste?

—Misógina, de misoginia —. Colocando mi controlador a mi lado en el sofá, los señalo con mi dedo con una curita de Batman. —Reúnanse, muchachos, y dejen que la tía Rose les cuente todas las formas en que las mujeres gobiernan el mundo y los hombres necesitan simplemente sentarse y amarlo.

———

VEINTE MINUTOS MÁS TARDE, dejo a Jase y Jacob con la boca abierta y parpadeando en la sala de estar para ver en qué más puedo ser de ayuda. Durante el camino, observo fotografías familiares colgadas en la pared. La mayoría son de Jacob y Jase con diferentes edades, pero también hay algunas antiguas.

Hay un retrato familiar de la infancia de Vance. Reconozco a Helen, que no se ve muy diferente a como se ve ahora, y a Brittany, que parece una preadolescente. Y un niño flacucho. Vance.

Probablemente tenga unos seis o siete años. Su cabello sedoso tiene un divertido corte tipo cuenco. Lleva una camisa a rayas naranja, azul y blanca, a lo Beto y Enrique de Plaza Sésamo.

Tan lindo.

Pero también hay un hombre guapo rodeando a Helen con el brazo. Está erguido, su rostro es más serio que feliz, pero las comisuras de sus labios están lo suficientemente levantadas para hacerte saber que está orgulloso de estar con su familia.

—¿Los chicos ya te asustaron?

Salto ante la voz de Vance, que viene justo detrás de mí.

—¿Esos dos Rugrats? —, señalo con el pulgar por encima del hombro hacia la sala de estar. —Por favor. Pregúntales más tarde quién asustó a quién.

Sacude la cabeza, riendo. —¿Por qué eso no me sorprende en lo más mínimo?

—¿Porque sabes que soy una ganadora?

—Eres algo, definitivamente.

Nos sonreímos el uno al otro un poco más.

—Entonces...—. Miro a mi alrededor, un repentino calor me alcanza. —¿Es ése tu papá? —, señalo el viejo retrato familiar.

Lamento mi pregunta cuando la sonrisa desaparece de su rostro. —Sí. Ése es mi papá.

—Um... ¿qué le pasó? —. Soy consciente de que no debería haber preguntado. Pero las cosas se pusieron incómodas, y cuando las cosas se ponen incómodas, tiendo a hacerlas aún más incómodas. Ni una palabra. Lo sé. Pero lo que sea. Es lo que hago.

—Murió en acción cuando yo era pequeño —. Él mira la foto. —En realidad, unas semanas después de que se tomara esa foto.

Síp, tenía razón. No debería haber preguntado. —Lo siento.

—No pasa nada —. Vance se encoge de hombros, sin dejar de mirar la foto.

—¿Cuál era su nombre?

—Lonan Bodaway —. Su voz parece desprovista de toda emoción.

—¿Lonan?

—Significa *nube* o *mirlo* en zuni —. Me da una sonrisa irónica. —Supongo que su alma se inclinaba más hacia el mirlo.

—¿Por qué dices eso?

—El mirlo es más siniestro, ¿no? Y murió joven.

Vuelvo a mirar la imagen, sin saber cómo responder. —Era muy guapo —. Me inclino más y noto las arrugas alrededor de los ojos de Lonan Bodaway. —Te pareces a él.

Vance tararea en reconocimiento pero no dice nada más.

—¿Por qué Helen o tu hermana no tienen nombres zuni?

—Los tienen. El verdadero nombre de mi madre es Elu, que significa *llena de gracia*.

—Puedo ver eso —, le doy un codazo en las costillas, intentando aligerar el momento. —Seguro que es elegante en el poste.

Él pone los ojos en blanco. —Jár, jár.

Habiendo logrado hacerlo reír, doy un suspiro de alivio. —¿Por qué se llama Helen?

—Siempre lo usaba cuando ella no estaba en la reserva —. Se encoge de hombros. —Al menos, eso es lo que ella me contó. Y luego, cuando nos mudamos aquí, fue más fácil presentarse como Helen. Ese es su segundo nombre.

Já. Miro a la chica con flequillo oscuro y abundante en la foto junto a Helen. —¿Y Brittany?

—Mamá lo dió vuelta cuando nació Brittany y le puso un segundo nombre zuni, Tacia. Era el nombre de mi bisabuela —. Resopla. —Significa *silencio*.

—¿Por qué es eso divertido?

—Ya lo verás por ti misma.

Sonrío ante el afecto frustrado que siente por su hermana. —¿Y tú? ¿Cuál es tu segundo nombre zuni?

Su sonrisa vuelve a desaparecer. —Lonan, como mi papá —. Él asiente de nuevo hacia el retrato. —Esperemos que esta vez signifique más *nube* que *mirlo*.

Mi corazón se cae ante ese comentario poco auspicioso.

—¿Sabes?—, Vance inclina la cabeza, estudiando el retrato familiar. —Nunca entendí por qué mamá colgó esto.

Suena como si estuviera hablando solo, así que no digo nada.

—Todavía recuerdo cuando regresamos a casa después del funeral —. Se forma una V entre sus cejas. —Mamá empezó a revisar todo el correo que se había ido acumulando desde que

recibimos la llamada de que había muerto.

Extiendo la mano y tomo la suya. Dudando de mí misma, intento tirar de él hacia atrás, pero su agarre se aprieta con más fuerza sobre el mío.

—La foto estaba enterrada debajo de algunas facturas vencidas, y cuando la vió, mi mamá simplemente se volvió loca —. Sacude la cabeza, como si intentara desalojar el recuerdo, pero aún así no suelta mi mano. —Lloró tanto que se desmayó. Mi hermana tuvo que ayudarla a acostarse —. Traga. —Se quedó allí durante meses.

—¿Helen? —. Es difícil imaginar que una mujer tan fuerte sufra un gran colapso.

—Sí.

Nos quedamos en silencio por un momento antes de que tenga el valor de hacer otra pregunta. —¿Qué rama de la milicia?

—Ejército.

A unos metros de distancia, la puerta trasera se cierra de golpe y Brittany entra con lo que parecen guantes de trabajo demasiado grandes con sus leggins negros, su camiseta ajustada, su cárdigan de gran tamaño y sus Nike. Me alegro de que Vance no mintiera cuando dijo que nos vistiéramos informalmente. Me puse nerviosa cuando cambié el vestido de seda que iba a usar por jeans, sandalias y una blusa cruzada de algodón.

—Tenemos un problema —. Brittany se quita un mechón de pelo casi negro de los ojos.

Vance está alerta en un segundo, sin rastro de la mirada de niño perdido que llevaba hace un momento. —¿Qué ocurre?

Brittany me ve y lo mira dos veces. Luego sus ojos se dirigen a nuestras manos entrelazadas.

Sonríe.

Juntos, Vance y yo nos soltamos, yo apretando mi mano con fuerza, sintiéndome algo extraña sin él agarrándome.

Vance se aclara la garganta. —¿Y bien? —, le pregunta a su hermana.

Adoptando otra expresión dramática, Brittany levanta las manos y un guante sale volando. —El pavo todavía está congelado.

Atajo el guante.

Brittany se desploma contra la pared. —Mamá me va a matar.

Me gusta Brittany. Tiene un buen talento dramático.

Y también ahora entiendo por qué Vance encuentra divertido su nombre zuni.

—¿Todo bien ahí afuera? —, Vance y yo nos volvemos y vemos a Helen asomándose desde la cocina. —No le pasa nada a ese pavo, ¿verdad? —. La expresión normalmente jovial de Helen se centra en su hija. —Te dejé convencerme de esta moda del pavo frito, será mejor que no hagas que me arrepienta.

—No, no —, Brittany se endereza, tratando de sonreír pero pareciéndose más a una hiena con los dientes al descubierto. —Todo está bien. Sólo entré para ver si a Rose le gustaría salir y tomar una cerveza —. Me golpea juguetonamente en el brazo, alcanzando un punto dulce que me

hace hacer una mueca. —Salvarla de mis hijos jugadores de videojuegos.

Al ver a alguien que necesita un salvavidas y no querer volver a quedarme armada, salto para tirárselo. —Sí, me encantaría, gracias —. Todavía sosteniendo el guante, hago pasar a Vance y a Brittany fuera de la puerta y lejos de su madre. En el poco tiempo que llevo conociendo a Helen, he llegado a ver lo astuta que es. La retirada es la mejor opción en este momento.

La puerta mosquitera se cierra de golpe detrás de nosotros, y desde nuestra posición en el porche trasero, puedo ver a Matt parado en medio del patio, donde parece que normalmente estaría una fogata, rodeado de sillas de jardín. Pero en lugar de un fuego, hay una gran olla plateada con un indicador de temperatura colocada sobre un quemador. Al lado están las dos hieleras de antes, una con un pavo desnudo encima.

Matt nos mira y se ríe.

—¡No es gracioso, Matty! —. Brittany se limpia la frente con la mano enguantada. Matt se muerde el labio.

Cuanto más nos acercamos, más calor siento en las llamas debajo de la olla. Pero efectivamente, cuando tocamos al pájaro, está helado.

—Mamá me va a matar —. Brittany se deja caer en una silla de jardín.

—Te dije que te mantuvieras alejada de Pinterest, Brittany —. Matt todavía parece divertido. Se vuelve hacia Vance y hacia mí. —Ella siempre está en eso, encontrando proyectos de bricolaje y comidas jodidamente raras para cocinar —. Gira la espalda, estirándose. —Apenas el mes pasado, me retiré cuando ella me pidió que agregara un traslapado al comedor.

Brittany se sienta y mira a su marido entrecerrando los ojos. —No dijiste eso cuando convertí el ático sobre el garaje en tu cueva de hombres. Encontré *esa* idea en Pinterest.

Matt se encoge de hombros.

—Y además —, continúa Brittany, —el pavo frito no es una 'comida rara'.

Matt simplemente toma un trago de cerveza. —Bueno, ¿quién te dijo que remojar un pavo congelado en agua durante sólo tres horas lo descongelaría?

Su esposa mantiene su mirada furiosa, pero sus fosas nasales se dilatan cuando murmura: —Pinterest.

Vance se ríe. Lo que hace que Matt se ría entre dientes.

Saco mi teléfono.

Brittany vuelve a caer. —Bien, ríete. Seré conocida como la persona que arruinó el Día de Acción de Gracias.

Vance, agonizando su risa, se pasa una mano por el pelo. —Quiero decir, ¿tal vez mamá se reirá de eso?

Brittany y Matt lo miran con las cejas arqueadas.

Vance hace una mueca. —O, bueno, tal vez no.

Brittany me mira y levanto la vista de mi teléfono mientras Google Maps carga mi ubicación. —Por muy informales que seamos en las vacaciones, mamá es bastante estricta en ciertas cosas.

—Como en comer pavo —, añade Matt, haciendo que Brittany lo mire de nuevo.

La dirección se carga. Si estoy en lo cierto… Verifico la distancia hasta el cliente más cercano del Rancho West. La línea azul entre la casa de la madre de Vance y ellos es corta y factible.

—¿Qué estás mirando? —, pregunta Vance, mirando por encima de mi hombro.

Hago clic en la pantalla para apagarla. —Que no cunda el pánico. Tengo un plan —. Señalando a Brittany, camino hacia el patio lateral. —¿Puedes entretener a tu mamá un rato?

Debe escuchar la confianza en mi voz porque de repente parece esperanzada. —Sí, puedo.

—Genial-genial —. Me doy vuelta y corro hacia el camino de entrada.

—Espera, ¿qué? —, Vance me llama. Sus pasos me siguen y me alcanzan en la puerta.

—¿Adónde vas?

—Shhh —, me llevo el dedo a los labios y luego señalo la ventana que hay encima de nosotros, hacia la cocina, donde probablemente su madre todavía está cortando rábanos en forma de rosas. —Volveré —, le susurro, apuntándolo con el dedo como un revólver.

Vance resopla. —Oh, no, no lo harás. No me dejarás esta vez, pequeña Rosie. No de nuevo —. Cubre mis manos con las suyas y me acerca a él. —Además, ¿qué eres? ¿Terminator?

Siento que mi sonrisa se apaga, sus palabras me hacen detenerme. ¿*Yo* dejarlo *a él*?

En un instante, todas nuestras interacciones anteriores me invaden. Yo dejándolo en la habitación de invitados en la boda, rechazándole citas en el club de striptease, declarando en el bar que no estaba buscando novio, tratando de escabullirme en la mañana después de las rondas de sexo tres y cuatro, pateándolo fuera de mi apartamento después de declararnos amigos con beneficios.

Lo he estado alejando, haciéndolo irse. Pero él sigue regresando. ¿Eso... significa que le importa? ¿Como dijo Ian?

—¿Rosie? —. Inclina la cabeza, frunce el ceño, ajeno al shock emocional que acabo de tener.

Sacudiéndomelo, aparto mis manos de las suyas y abro la puerta. Acercándome a él, hago más grave mi voz en mi mejor imitación de Arnold Schwarzenegger. —Ven conmigo si quieres tu pavo.

———

VANCE

—¿A dónde vamos? —. Me aferro a la maldita manija sobre la puerta mientras Rose da una vuelta a gran velocidad. —Además, nota al margen, no vale la pena morir por un pavo.

Ella me pone los ojos en blanco. —Te montas arriba de un tanque lleno de combustible para cohetes. No puedes decirme que tienes miedo de mi pequeño yo al volante, ¿verdad?

Ella entra y sale del tráfico vacacional como un marinero borracho en día de permiso. Sería aterrador si no lo hiciera tan perfectamente.

—Por supuesto que no —, miento. —Sólo quería asegurarme de que conoces el límite de lo lejos que podemos llegar por un pájaro.

Ella acelera el motor.

—*Muerte* —. La miro fijamente. —La muerte es el límite en caso de que no lo consigas.

Al salir del vecindario girando a la derecha en Lake View Boulevard, Rose simultáneamente presiona los botones de su volante. Los altavoces del coche empiezan a sonar.

—¿Hola?

—¿Señor Robert Vincent? —. Rose dispara hacia el semáforo. —Esta es Rose West, del Rancho West.

Un latido de silencio. —Uh, hola —, se aclara la garganta. —Sí, señorita West, ¿qué puedo hacer por usted?

Afortunadamente, se detiene en una intersección en NASA Road 1. —Bueno, Bob, necesito un pavo.

—Un pavo —. Pausa. —En Acción de Gracias —. Suena estupefacto.

—Síp. Y sé que eres la persona que puede ayudarme —. La luz se pone verde y la parte posterior de mi cabeza golpea el asiento del auto cuando ella pisa el acelerador.

—Bueno, señorita West, la tienda está cerrada y yo...

—Estoy a dos minutos.

—¿Usted qué?

—Estoy a dos minutos de tu carnicería, Bob, y te digo ahora que si me encuentras allí con un pavo, haré que valga la pena —. Gira a la izquierda hacia la NASA e inmediatamente cambia de carril y cambia de marcha, disparando hacia adelante. —No sólo por el pavo de hoy, sino también en su próximo pedido de carne al Rancho.

—Yo... Quiero decir, lo haría, pero ya ve...

Pasamos por el edificio de apartamentos de Jules a la derecha.

—¿Qué te parece un quince por ciento de descuento al por mayor?

Silencio.

Rose reduce la marcha y reduce la velocidad cuando llega a un semáforo en rojo. —¿Te perdí, Bob?

—Mmm, no. Me preguntaba si podrías repetir lo que…

—Quince por ciento. Además de lo que consideres que vale un pavo de última hora —. El semáforo se pone verde antes de que se detenga, y Rose acelera el motor una vez más, pasando una minivan parada y una vieja camioneta a la izquierda.

—La veré en la tienda en cinco minutos, señorita West —. Él cuelga.

Rose avanza con luz amarilla intermitente a través de NASA Road 1 en dirección oeste y hacia Kirby Drive. Unos segundos más tarde, el motor hace tictac mientras se enfría en el

estacionamiento del Bay Area Meat Market. Me las arreglo para quitar los dedos de la barra de pánico.

Se vuelve hacia mí, toda sonrisas, y saca un fajo de billetes de su sujetador. —Y ahora esperaremos a que lleguen los productos —. Empieza a contar su dinero con calma y sin verse afectada.

Mientras tanto, mi mente da vueltas tan rápido como la aceleración de su auto. —No pareces en absoluto desconcertada por este giro de los acontecimientos.

Rose se encoge de hombros. —Sólo otro jueves más para mí —. Hace una pausa mientras cuenta sus cincuenta. —¿Demasiada locura para ti?

Resoplo y me río. —De ninguna manera —. Luego escondo mis manos temblorosas debajo de mis muslos.

———

VEINTE MINUTOS después de que salimos a toda velocidad en su Aston Martin, llegamos victoriosos a casa de mamá, llevando un pavo de cinco kilos, ya en salmuera, atado y listo para freír, en un carro plegable.

—¡Ay dios mío! —, mi hermana corre hacia Rose y la abraza. —¿Cómo lograste esto?

Rose se encoge de hombros. —Conozco a un tipo.

Me burlo. —Conoces a un tipo, mi culo.

Rose me mira, molesta porque no accedí a guardar silencio sobre cómo ella esencialmente secuestró un pavo para el Día de Acción de Gracias.

—No fue gran cosa —, Rose endurece su voz, el mal de ojo sigue vigente.

—¿A ti te parece que arreglar un precio de descuento en el siguiente pedido de carne de res que el carnicero compre en el rancho de tu familia sólo para que esté dispuesto a abrir su tienda y conseguirnos un pavo no es gran cosa?

Rose da un paso amenazador hacia mí, con el pavo a cuestas.

Levanto mis manos en señal de rendición. —Bien, bien.

Mantiene la mirada un segundo más antes de tirar del carro hacia Matt, quien ya está quitando la tapa de la olla.

—¿Y simplemente tenían un pavo por ahí? —, Brit me pregunta por la comisura de su boca. —¿En Acción de Gracias?

—No —, sacudo la cabeza divertido y la escena se repite en mi cabeza. —Se habían agotado. Pero como el dueño aún no había cocinado su propio pavo, le entregó el pájaro que su familia iba a comer a cambio de un número que Rose escribió en su teléfono y le mostró —. Silbo, recordando la forma en que el hombre casi le arroja el pavo a Rose, incluso dándole el carro para transportarlo. —Ese pájaro probablemente cueste más que un automóvil.

En un silencio de asombro, lo cual es algo poco común en mi hermana, observa a Matt

ayudar a Rose a hacer los honores de bajar el pájaro al aceite.

—¿Cómo se supone que voy a devolverle el dinero? —, Brit dice, exhalando larga y ruidosamente.

—Si te ofreces a hacerlo, ella te dará un puñetazo.

Mi hermana se ahoga con el aire y se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos. —¿Qué?

—Sus palabras, no las mías —. Asiento con la cabeza hacia Rose, quien tapa la olla y luego toma una cerveza que Matt le ofrece de una segunda hielera junto al fuego.

Ella sonríe y mira a Rose. —Me gusta ella para ti.

—En realidad no es así, Brit. No es tan serio —. Frunzo el ceño, preguntándome por qué cuando digo eso en mi cabeza suena bien, pero cuando se lo digo a mi hermana no suena tan cierto.

—No me importa qué tan serio *era*, me importa qué tan serio vas a hacer que sea.

Abro la boca, pero Brit habla por encima de mí.

—Consiguió que mi hermanito finalmente se presentara en una reunión familiar para más que un plato de comida y una despedida —. Brit me lanza una seria mirada de reojo. —Soy lo suficientemente inteligente como para saber que si Rose no estuviera aquí, tú tampoco estarías —. Me golpea en el bíceps antes de que pueda objetar. —No arruines esto.

Frotándome el brazo, me pregunto por qué me rodeo de mujeres tan fuertes y violentas. —Perdón por reventar tu burbuja, hermana, pero Rose y yo sólo somos amigos —. Me hago a un lado en caso de que intente golpearme otra vez.

En lugar de eso, se ríe en mi cara. —Seguro, seguro. *Amigos* —. Ella niega con la cabeza y me mira como lo hacía cuando yo era pequeño y estaba en problemas. —Bueno, entonces será mejor que des un paso adelante, hermanito, porque entre Rose tomando lecciones de pole dance con mamá, jugando videojuegos con los niños y su disposición a comprarme un pavo de carnicero, yo diría que los Bodaways estamos más cerca de echarte a ti de la familia y adoptarla a ella si eres tan estúpido como para dejarla escapar.

Le lanzo una mirada sardónica. —Primero, gracias por eso. En segundo lugar… —. Miro a Rose, que tiene la cabeza echada hacia atrás riéndose, luciendo joven y deslumbrante. —Sería un crimen atarla a mi. Sólo tiene veintiún años.

—Oye, si ella está de acuerdo con que asaltes su cuna, yo también —. Brit se gira para ver a Rose dejar de reír el tiempo suficiente para provocar a Matt y participar en un concurso de tragos de cerveza.

Já. Estaba seguro de que Brit me daría un sermón de mierda por la diferencia edad. Pensé que estaría de acuerdo con lo ilógico que sería ponerse serio con alguien mucho más joven que yo. —Bueno, entonces… —, digo, mi tono mucho más defensivo de lo que intento, —...no sólo es joven, sino que es una multimillonaria que está a punto de graduarse de la universidad con un título prestigioso —. En lugar de tranquilizarme, mis razones lógicas para no ser nada más que amigo de Rose me aprietan el pecho.

Lo llamaría acidéz, pero todavía no he comido nada.

Brit simplemente se pone las manos en las caderas, luciendo condescendiente como el infierno. —Entonces lo que me estás diciendo es que ella es un gran partido y que tú eres demasiado cobarde para dar un paso al frente —. Me da una palmada en la espalda con tanta fuerza que tropiezo. —Es bueno saberlo.

—Yo-...

Pero ella se va, caminando hacia Rose y Matt, dejándome al margen con mis malas excusas, mi brazo muerto y mi omóplato magullado.

Girando mi hombro y sacudiendo mi brazo, alivio el dolor del ataque de mi hermana.

Pero no hace nada por el dolor en mi pecho.

DOCE

SIMBIOSIS

ROSE

—AQUÍ TIENES —. Brit coloca la fuente, sosteniendo el pavo perfectamente dorado, a la izquierda de su madre. —¿Qué piensas de esto? —. Para alguien que estuvo al borde de las lágrimas hace poco más de una hora, la hermana de Vance parece bastante engreída.

Aunque también podría deberse a las cuatro cervezas que tomamos atrás mientras esperábamos que se friera el pavo.

—Wow, mamá —. Jacob, sentado en un asiento a mi derecha, chasquea los labios mientras sostiene un cuchillo en una mano y un tenedor en la otra. —Eso se ve *bien*.

Todos están sentados alrededor de la mesa de caoba del comedor. Las sillas a juego están adornadas con asientos tapizados y respaldos de madera. Hay una vitrina a juego, llena de chucherías recolectadas hace mucho tiempo y cubiertos adicionales de buena porcelana que no estamos usando. Como es habitual en las casas viejas, el comedor formal ocupa su propia habitación, separada del resto de los espacios habitables. Y aunque tiene esa sensación intacta y ligeramente museística de una habitación utilizada principalmente para festividades y grandes reuniones familiares, con nuestra vestimenta informal y la actitud relajada de todos, es como si fuera parte de una larga tradición. Es hogareño.

Es impresionante.

—¿Sabes, Brittany? —. Helen, luciendo muy matriarcal con pantalones caqui y un suéter, observa el pájaro mientras Vance lo corta. —Tenía mi reticencia sobre toda esta moda del pavo frito, pero se ve delicioso —. Es difícil creer que esta sea la misma mujer con la que bailo en un poste todos los domingos por la mañana.

—Sí —, dice Matt, llamando la atención de su esposa. —Tal como Pinterest dijo que sería.

Salta en su asiento frente a mí en la mesa, sin duda Brittany acaba de darle una patada en la pierna, aunque su sonrisa nunca flaquea.

—Bueno, para dar crédito a quien lo merece, no habría resultado ni la mitad de bien si no fuera por la ayuda de Rose —, ella asiente gentilmente hacia mí.

Sonrío, mis mejillas se tensan. El objetivo de desafiar a Brit y Matt a un concurso de tragos era vencerlos hasta que se sometieran a no mencionar nada sobre mi adquisición del pavo. Lo último que quiero es hacer este día sobre cualquier cosa que yo haya hecho. O sobre cuánto dinero gasté. Debería ser sobre dar las gracias. Sobre la familia.

Helen me da unas palmaditas en la mano y mi cara se calienta. —Sí, qué buena chica, mi Rosie.

No recuerdo la última vez que me sonrojé.

—¿Pero tu familia no te extraña hoy? —, Helen me pregunta, su preocupación sólo hace que mis mejillas se pongan más calientes.

Toco la servilleta que tengo en el regazo con la mano libre, intentando reunir algo de ligereza. —Oh, no, mis hermanos están hoy con sus mujeres.

—¿Pero qué pasa con tus padres? —, pregunta Jacob. —Intenté preguntarle a mamá si podía ir a la casa de Billy hoy —. Se inclina con complicidad. —Recibió una nueva patineta eléctrica por su cumpleaños —, susurra, como si eso explicara por qué se le debería haber permitido perderse una festividad familiar. Se endereza. —Pero ella dijo que los niños debían estar con sus padres el Día de Acción de Gracias —. Termina con un magistral giro de ojos preadolescente que abarca tanto su exasperación por no poder ir como su aprecio por ser querido por su madre.

—Mis padres están muertos.

Los ojos de Jase se abren de par en par y Jacob mira su plato. —Lo siento.

Bueno, mierda. No había querido decir eso. —Ah, no lo hagas —. Sonrío ampliamente como si demostrara lo bien que estoy con el fallecimiento de mis padres. —Fue hace mucho tiempo.

—Aquí tienes, mamá—. Vance le sirve unas rebanadas de pechuga. Sus ojos me miran con dulzura antes de guiñar un ojo y preguntar a la mesa: —¿Quién quiere una pierna?

Olvidada la triste tangente, Jacob y Jase levantan la mano y gritan: —¡Yo! ¡Una para mí!

Brittany hace pucheros. —Entre ustedes dos, nunca volveré a comer un muslo de pavo el Día de Acción de Gracias.

Capto la mirada de los chicos. Parpadean y se sientan.

—Puedes quedarte con mi pierna, mamá —. Jase le da un codazo a Jacob, quien asiente fervientemente.

—Sí—, añade Jacob. —También puedes quedarte la mía.

Brittany y Matt miran a sus hijos como si a cada uno le hubiera crecido otra cabeza.

—¿No es lindo? —. Helen sonríe. —Qué caballeros están resultando ser ustedes dos.

—Los verdaderos caballeros son feministas —, dice Jacob con una expresión solemne en su rostro. —Y siempre deben asegurarse de que la mujer tenga la primera opción cuando pueda.

Jase asiente. —Especialmente porque la mayoría de sus decisiones se les quitaron cuando se establecieron por primera vez sociedades patriarcales para suprimir los derechos y el poder de las mujeres —. Me mira. —¿No es así, Rose?

—Así es —. Aprieto los labios para no reírme y levanto mi vaso de agua hacia ellos. —

Siempre supe que ustedes serían grandes feministas.

Jacob y Jase me sonríen y levantan sus vasos de agua a cambio. —¡Salud!

Brittany se vuelve hacia mí mientras tomo un sorbo, con la boca abierta. —Sólo estoy diciendo… —, se inclina sobre la mesa, apoyando su mano en una de las manos de Helen, que todavía está en la mía, —...que si mi hermano es un idiota y no te pone un anillo, *yo* voy a casarme contigo.

Mi cara se calienta de nuevo. Busco algo inteligente que decir para desviar, pero mi mente se queda en blanco. No puedo mirar a Vance a los ojos.

—Soy así de reemplazable, ¿eh? —, Matt le da un codazo a su esposa, ahorrándome tener que responder. —Gracias por eso, bebé.

Sin arrepentirse, Brittany se sienta y le sonríe a su marido. —Cuando quieras, cariño.

—Aquí tienes, Brit —. Vance le corta las patas al pájaro y las arroja a ambas en el plato de su hermana. Le lanza a su hermana una mirada indescifrable.

—Ah…—, Brittany frunce el ceño ante las piernas masacradas. —¿Gracias?

Antes de que pueda deshacerme de cualquier incomodidad que se esté apoderando de mi cerebro y evaluar más a fondo la expresión de Vance, Matt levanta su plato de pavo. —Para mí, carne blanca. Sabes que soy un hombre de pechugas —. Él se ríe mientras Brittany pone los ojos en blanco, luciendo muy parecida a sus hijos.

—Dios, papá —, Jase niega con la cabeza hacia su padre. —No seas tan misógino.

—Sí, papá —, Jacob pone los ojos en blanco con dramático disgusto. —De verdad.

Toda la mesa se ríe.

—En serio, Rose —. Brittany brinda chocando su copa de vino con la mía. —Podemos fugarnos ahora mismo.

———

—¡LA victoria es mía! —. Me paro tan alto como me permiten mis sandalias planas en la alfombra peluda de una pulgada de profundidad y levanto mi control de juego en el aire.

—Ella es como una Maestra Jedi de Fortnite —, le susurra Jase a su padre.

—Estoy invicta —. Intento asentir sabiamente, pero sin duda mi sonrisa de comemierda lo arruina.

¿Qué puedo decir? Me encanta ganar.

—Jar, jar —, dice Jacob inexpresivo.

Los labios de Vance se contraen, pero todavía hace pucheros desde que lo eliminé en el primer asalto. Puede que sea capaz de armar cosas en el espacio, pero apesta en los videojuegos.

Se me revuelve el estómago por mi movimiento repentino, así que me siento en el sofá desgastado. Si hubiera sabido que habría tres tipos diferentes de pastel de postre, no habría repetido todo en la cena. Pero sin querer ser grosera (e incapaz de evitarlo), me las arreglé para

comer una porción de cada sabor antes de lanzarme a patear algún trasero Bodaway en una ronda eliminatoria de Fornite.

—Sólo espera, tía Rosie —. Jase, sentado en el suelo junto a su hermano, agita su puño en el aire con fingida ira. —¡Voy a practicar tan duro que cuando llegue Navidad, te derrotaré!

Tía Rosie. *Navidad*. Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago de su pequeño puño.

Parpadeo para contener una repentina ola de emoción. En serio, entre el sonrojo y los ojos húmedos, es como si me hubiera convertido en una persona diferente.

—La práctica nunca viene mal —. Me aferro a mi habitual yo sabelotodo. —Pero necesitarás más de unas pocas semanas para vencer a alguien de mi nivel —. Señalo a Vance, sentado en el sillón reclinable. —Pregúntale a tu tío cómo superar una derrota tan abrumadora. Ha adquirido mucha práctica desde que me conoció.

—Jar, jar —, Vance imita el sarcasmo anterior de sus sobrinos. Luego, a la velocidad del rayo, se abalanza sobre Jase y Jacob, envolviendo un largo brazo alrededor de cada uno y tirándolos al suelo. Entonces empiezan las cosquillas.

Matt es arrastrado hacia la pila por su hijo mayor, dejando que Jase lo sujete para que Jacob pueda saltar encima. Brit y Helen miran desde sus lugares a mi lado, bebiendo vino, con amplias sonrisas en sus rostros, dándome la impresión de que lo que estoy presenciando en este momento es algo no usual.

Yo también me lanzaría a la pila de lucha libre y cosquillas, pero como ya metí la mano debajo del dobladillo de mi camisa y abrí el botón de mi cintura, me quedaré fuera de esto. Además, me desmayaré en coma alimentario si no me voy pronto.

—Ahhh, no…. Tío Vance… ¡ahh! —, las carcajadas de Jase resuenan sobre la banda sonora del videojuego.

—¡Agárralos, Vance, agárralos! —, Brit lo incita. Ella llama mi atención y su boca forma un mudo *Gracias*.

No sé si me está agradeciendo otra vez por el pavo o por algo más, así que sólo sonrío.

Luego reflexiono sobre lo seria que habló antes durante la cena y si debería reservarnos un vuelo a Las Vegas.

Porque no recuerdo la última vez que me divertí tanto en Acción de Gracias y me gustaría mucho saber cómo es una Navidad Bodaway.

———

VANCE

ROSE SE QUEDA DORMIDA durante el viaje de regreso a mi casa.

Es extraño sentarse junto a una Rose dormida. Suele ser muy vibrante, reverberando espontaneidad, diversión y entusiasmo por la vida.

Rose ronca/resopla y gira la cabeza hacia mí. —Victoria… —, murmura.

Sonriendo, giro hacia mi apartamento.

La calma también es agradable. Es pacífico ocupando el mismo espacio que ella. Me recuerda a este interesante proyecto de astronomía que la NASA está realizando en el Centro Marshall de Vuelos Espaciales en Alabama. Han estado estudiando la estrella R Aquarii, que originalmente se pensaba que era solo una estrella, y en realidad son dos: una estrella enana blanca densa y una estrella gigante roja fría.

R Aquarii es una relación estelar volátil o estrellas simbióticas. Estrellas tan cercanas que interactúan entre sí de forma similar.

La enana blanca es unas diez mil veces más brillante que la gigante roja y tiene campos gravitacionales más fuertes, aunque es más pequeña. Una estrella gigante roja es una estrella moribunda en las últimas etapas de la evolución estelar. A medida que la estrella agota el helio dentro de su núcleo, la capa que contiene los gases quema carbono, calentándose cada vez más, dirigiéndose hacia la supernova.

Pero debido a la fuerza gravitacional de la enana blanca, ésta desprende las capas de carbono hacia la gigante roja, arrastrándolas hacia su superficie para quemarlas. Básicamente, alargando la vida de la estrella roja.

Siempre pensé que lo estaba haciendo bien, incluso genial. Hago el trabajo que amo y vivo una vida sana y satisfactoria. Pero hoy, mientras perseguía a toda velocidad un pavo, me sentaba junto a Rose durante la cena, la escuchaba entretener al grupo con historias de los éxitos en el pole dance de mi madre para horror de todos, y luego patearnos el culo a todos en un videojuego, me di cuenta cuánto me contengo. Yo era una gigante roja hasta que la fuerte atracción gravitacional de Rose quemó mis anteojeras.

Pero, al igual que con las estrellas, no estoy seguro de cuánto duraremos los dos si esto continúa.

El viento que entra por la ventana rota de mi 4Runner juega con su cabello rubio, que se recogió en un moño desordenado durante el torneo. Tengo la sensación de que si intentara explicarle las estrellas simbióticas a Rose, lo único que oiría sería que la estoy comparando con una “enana blanca” y me daría un puñetazo directo. Ella es así de divertida.

Su humor me ha hecho reír más en las últimas semanas de lo que lo había hecho en todo el año pasado, probablemente.

Esta noche me di cuenta de que me había convertido en una persona solitaria mucho antes de conocer a Rose. Al no querer una relación romántica duradera, sin darme cuenta me había aislado de casi cualquier relación con la gente. Incluso de mi familia.

Mi SUV rebota sobre el badén del estacionamiento de mi complejo de apartamentos. La boca abierta de Rose deja escapar otro resoplido/ronquido. No hay mucho de dama en Rose, pero

definitivamente es toda una mujer. Ella es única en su tipo. Y por mucho que no quiera apagar su luz ardiente con la mía moribunda, me pregunto si tal vez no podríamos prolongar lo que estamos teniendo.

Me dije a mí mismo que invitarla a la cena de Acción de Gracias con mi familia era para evitar que ella se sintiera sola, pero tengo la sensación de que era más bien para evitar que yo estuviera solo.

Quizás no tenga que terminar con mi próximo vuelo. Tal vez podríamos dejar que esto siga su curso, hasta que Rose esté lista para seguir adelante, hasta que encuentre lo que quiere.

Pero entonces el recuerdo de mi madre, desplomada en el suelo y llorando, teléfono en mano, asoma la cabeza y me deshago de mis dudas. Es mejor terminar las cosas cuando dijimos que lo haríamos. No sería más que egoísta por mi parte retenerla más.

Estaciono y apago el motor, contemplando mi próximo movimiento. Como no condujimos hasta su penthouse, Rose me dijo que ella sería la que se montaría en un Uber después de que jugáramos a los extraños peligrosos en mi casa. Pero después de hoy, realmente odio la idea de que Rose se vaya.

Ella resopla/ronca de nuevo mientras duerme, sacándome de mis pensamientos y haciéndome sonreír como sólo Rose puede hacerlo. Salgo, cierro la puerta con cuidado y rodeo el capó para abrir la puerta del lado del pasajero. Rose permanece dormida mientras la desabrocho y balanceo sus piernas, pero cuando la giro y me agacho, tratando de enganchar sus brazos alrededor de mis hombros a cuestas, ella se mueve.

—¿Qué está sucediendo? —. Su aliento me hace cosquillas en el pelo.

Muevo su peso hacia adelante y la agarro por debajo de sus muslos. —Te llevaré a la cama.

—¿Tiempo de los extraños peligrosos? —. Por sí sola, gira la parte superior de su cuerpo hacia mí y envuelve sus brazos firmemente sobre mis hombros y alrededor de mi cuello.

De pie, la subo más alto y más seguro sobre mi espalda y cierro la puerta de una patada. —Claro, tiempo de jugar a los extraños peligrosos.

—Genial —, murmura en mi cuello, y luego rápidamente se vuelve a dormir.

Me lleva bastantes minutos y un equilibrio precario subir las escaleras de mi apartamento y dejar a Rose suavemente sobre la cama.

—Voy a sacudir tu mundo —, murmura Rose en la almohada.

Ella ronca mientras le quito las sandalias y los jeans.

La dejo para ir al baño y, cuando vuelvo, se ha quitado la camiseta y el sujetador que le quedaban y se ha tumbado en diagonal sobre mi cama tamaño king sólo con las bragas.

Aunque Rose está casi desnuda y en mi cama, no es exactamente como planeé que fuera esta noche. Sin embargo, no estoy molesto. En todo caso, me siento un poco aliviado. Por mucho que me guste cumplir con las garantías del orgasmo con ella, también me gusta simplemente estar con ella. Me hace sentir más vivo. Incluso si se ha desmayado de un coma alimentario.

Se necesitan algunas maniobras de mi parte y algunas maldiciones ingeniosas durante el

sueño por parte de Rose antes de que finalmente pueda quitar las sábanas debajo de ella y ubicarnos: Rose en un lado de la cama, yo en el otro.

Suspirando, el estrés por la cena de hoy desaparece. Me siento cansado de una manera diferente a la que suelo sentir cuando estoy con mi familia. En lugar de ansiedad, me siento… ¿contento? Es un extraño cambio de ritmo.

Aunque, por muy contento que esté, sigo despierto diez minutos después.

Algo no está bien.

Sigo mi rutina nocturna habitual, preguntándome si me perdí algún paso en el camino. ¿Me olvidé de cerrar la puerta de entrada? ¿Se suponía que debía programar mi alarma para mañana?

Antes de que pueda descubrir exactamente lo que falta, Rose se da vuelta y aterriza medio encima de mí.

—¿Vance?

—¿Sí? —. La rodeo con el brazo.

—Gracias por este Día de Acción de Gracias.

Sonrío hacia el techo. —De nada —. Beso la parte superior de su cabeza. —Gracias por el pavo.

Ella responde con un ronquido.

Y me quedo dormido un momento después.

———

Huahh. *Huahh*.

Parece que un animal grande está en medio del sexo.

Huahh.

¿O tal vez es alguien vomitando? Es difícil de decir.

Rose debe haberse movido, ya que puedo mover mi brazo izquierdo, así que ruedo en esa dirección, buscándola. Las sábanas están calientes, pero ella no está allí.

—¿Rose?

Huahh.

O el sonido es cada vez más fuerte o me estoy despertando. Al abrir los ojos, veo el más mínimo indicio de luz del sol apareciendo a través de la ventana.

El sonido de la descarga del inodoro hace que mi cerebro se dispare, salto de la cama y entro al baño.

Rose está arrodillada frente al inodoro, con la cabeza recargada en los brazos, que están cruzados y apoyados sobre el borde. Tiene los ojos cerrados y la frente sudorosa.

—¿Rose?

—Uh, no —. No abre los ojos, pero gira la cabeza en dirección opuesta. —Vete.

Me arrodillo a su lado. —¿Enferma?

—No, estoy vomitando mis órganos internos por diversión.

Me alegro de que tenga los ojos cerrados porque no creo que aprecie mi sonrisa. —Sí, lo siento. Pregunta estupida.

De repente se levanta y vuelve a inclinarse sobre el inodoro. Le aparto los mechones de pelo sueltos de la cara mientras ella tiene arcadas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿Quizás una hora? —. Escupe pero no vuelve a vomitar nada. —No sé.

—Tal vez ya lo expulsaste todo.

Ella vuelve a recostar la cabeza y yo me levanto y agarro una toallita del armario. —¿Quieres intentar volver a la cama? —. Empapo el paño con agua fría y lo estrujo. —Puedo traer un bote de basura y colocarlo a tu lado. Probablemente estarás más cómoda allí —. Le froto la frente con el paño y ella suspira.

—Debo ir a casa. No quiero que te contagies.

—De ninguna manera vas a volver a casa así —. Arrastro el paño frío sobre su nuca. —¿Qué crees que es, intoxicación alimentaria?

—Si lo es, y le dices a tu madre que me enfermé por su cena de Acción de Gracias, te mataré —. Ella levanta la cabeza de su brazo y me mira. —Como en un atropello en legítima defensa o algo así.

Vestida únicamente con ropa interior de encaje verde neón, encorvada sobre un inodoro, temblando y sudando por estar enferma, Rose aún se las arregla para lanzar una cruel amenaza de muerte.

Las cosas nunca son aburridas con ella cerca.

—Vamos, pequeña Rosie. Arriba, arriba —. La levanto por las axilas y apoyo su peso sobre mí mientras ella pone sus pies debajo de ella.

—Maldita sea —. Rose sacude el pie delante de ella. —Calambre —. Intenta caminar, pero cojea más bien.

Llegamos a la cama, donde la acuesto y la arropo. —Simplemente acuéstate cerca del borde. Regresaré enseguida con el bote de basura en caso de que lo necesites.

Ella murmura algo sobre vergüenza y maldice tres tipos de pastel.

Para cuando cambio la bolsa en el bote de basura alto de la cocina y se lo llevo, ella está apagada como una luz. Ya no ronca como antes sino que respira profundamente. Parece aún más joven cuando no está haciendo chistes y siendo una sabelotodo.

Sus grandes ojos marrones están cerrados y sus espesas pestañas descansan sobre sus mejillas. Sus cejas, que normalmente se mueven con expresión, están quietas y delicadamente arqueadas. Un puñado de pecas se encuentran esparcidas por su nariz y sus pómulos altos. Y los labios carnosos, del color de su tocayo, están entreabiertos, dándole una apariencia inocente. Parece casi imposible que tal fuerza de la naturaleza viva dentro de esta pacífica belleza.

A veces, con Rose, me pierdo en todo el espectáculo, la purpurina, los chistes, su cabello;

pero ahora, quieta y en paz, sin nada que me distraiga, puedo ver lo impresionante que es en realidad.

Ella resplandece. Como una estrella.

TRECE

#PÁNICOEMOCIONAL

ROSE

ANOCHE NO HUBO sexo de extraños peligrosos..

Ese es mi primer pensamiento cuando la conciencia se apodera de mí.

Demonios, ni siquiera hubo sexo vainilla. Cierro los ojos con fuerza mientras los acontecimientos de anoche se desarrollan en mi mente. Mierda.

Quizás todo fue un sueño. Con cuidado, abro los ojos. En lugar de la pared desnuda y gris claro del dormitorio de mi apartamento, donde se suponía que debía dormir anoche, está la pared blanca y desnuda del apartamento de Vance. Mierda. Mierda.

No. Aparentemente, realmente me desmayé en un coma alimentario, solo para luego soplar trozos en el inodoro de mi amigo con beneficios en las primeras horas de la mañana. *Maravilloso*.

Me hundo más profundamente bajo las sábanas.

Siento la piel demasiado tirante y mi pecho se agita. ¿Es esto… vergüenza? Es un sentimiento nuevo para mí. Quiero decir, hago cosas ridículas *todo* el tiempo. Soy la reina de lo extravagante y directo. Y nunca, ni una sola vez, estuve tan avergonzada que sentí ganas de morir.

Hasta este momento.

Dejo escapar un gran suspiro bajo las sábanas y me arrepiento de inmediato. Mi aliento es caliente y fétido como un cubo de basura de metal expuesto al sol de Texas. Otra fantástica revelación matutina. Me quito las mantas para respirar aire fresco y veo las ventanas encima de la cama.

Bien, tal vez no quiera *morir*, pero me encuentro contemplando cómo saltar por una ventana de tres pisos de altura sin sufrir daños corporales legítimos. Un esguince de tobillo sería un precio justo a pagar por evitar una caminata de la vergüenza.

Especialmente porque mi lado de la cama tiene una toalla tirada en el borde y un bote de basura cerca. Incluso hay un vaso alto de agua en un posavasos en la mesita de noche.

Entonces, ¿no sólo no hubo sexo, sino que Vance cuidó de mí? Eso es raro, ¿verdad?

Deslizo mi pie sobre las sábanas en busca de otro cuerpo pero no encuentro a nadie. Bueno, bien. Resquicio de esperanza. Puedo escabullirme al baño antes de que él...

—¿Rose?

Cierro los ojos de golpe, me quedo quieta y finjo dormir.

No puedo escuchar sus pasos en la alfombra, pero desde mi posición incómoda, de costado con la pierna trasera extendida, puedo sentirlo acercándose.

Inhala, exhala. Relaja tus párpados. No reacciones ante su injusto y delicioso aroma matutino.

Me toca la nariz. —No sirve de nada fingir, pequeña Rosie. *No* eres tan elegante al respirar.

Intento fingir un ronquido, pero el aire se vuelve extraño y empiezo a toser.

Hashtag falla.

Vance se ríe, suave y profundo. No sólo es un sonido increíble, sino que también es una imagen fantástica cuando abro los ojos, aunque estoy jodidamente avergonzada.

—Estás loca, ¿lo sabías? —. Las arrugas de sus ojos son profundas y sexys.

Gruño, sin saber qué decir. Porque además de estar disgustada por las consecuencias de estar enferma, avergonzada de que él me cuidara y de no haber cumplido con mis planes para el final del día anoche, ahora estoy excitada.

Se ríe de nuevo. —La gran y poderosa Rose West no se siente avergonzada, ¿verdad? —. Su ojo derecho se arruga más mientras su sonrisa se convierte en una mueca de satisfacción.

—Tal vez —, digo en la almohada, arrepintiéndome al instante cuando mi aliento vuelve hacia mi.

En lugar de más risas, que es lo que esperaba, Vance me pasa las manos por el pelo. O lo intenta... es una especie de lío complicado. —No hay necesidad de avergonzarse.

Gruño de nuevo.

—Vamos —, sacude ligeramente mi hombro. —Después de estar enfermo, nada se siente mejor que una ducha tibia.

No me muevo.

—*Y* tengo un cepillo de dientes nuevo con tu nombre.

Eso me anima. Levantando la cabeza, me arriesgo a mirarlo bien. No parece molesto. Su sonrisa es gentil, casi... ¿amorosa? No parpadeo, tratando de memorizar este momento. La vergüenza se desvanece y siento...

Me nalguea el culo por encima de las sábanas. —Vamos. Apestas.

Bien, entonces. Se acabó el momento.

VEINTE MINUTOS DESPUÉS, me siento genial. No, fabulosa.

Acondicionador y cepillo de dientes. ¿Realmente hay algo más que una chica necesita?

Bueno, tal vez orgasmos. Sí, definitivamente orgasmos. Pero una cosa a la vez.

Estoy sentada en el mostrador de Vance con una de sus camisetas y un par de sus calzoncillos, lavada, limpia, acondicionada y comiendo avena.

No se siente ni rastro de náuseas.

Hashtag ganar.

—¿Estás segura de que deberías comer eso? —, Vance mira mi cuenco de gran tamaño. —Quiero decir, la avena por sí sola no sería tan mala cuando no te sientes bien, pero ¿mediste siquiera la cantidad de azúcar morena y jarabe de arce que le pusiste?

—Me siento genial —, digo con las mejillas llenas de avena azucarada. —No creo que estuviera realmente enferma. Creo que mi estómago se revolvió porque comí mucho anoche —. Me las arreglo para tragar, el cereal caliente hace que mis ojos se llenen de lágrimas. —De lo contrario, no habría manera de que me sintiera mejor tan rápido.

—Eso explicaría por qué nadie más se enfermó.

Hago una pausa, con una cucharada grande a medio camino de mi boca. —¿Cómo lo sabes? —, lo miro. —No le dijiste a Helen que estaba enferma, ¿verdad?

—Cálmate, campeona —. Él extiende ambas manos hacia mí. —Solo le envié un mensaje de texto a Brit y le dije que *yo* no me sentía bien.

—Oh—. Me meto la cuchara en la boca. —Gracias —, murmuro alrededor de la avena.

Vance me está haciendo sentir incómoda. Y esta vez no tiene nada que ver con despertarse con aliento a vómito. Repitiendo todas mis relaciones pasadas, no es como si hubiera salido con perdedores. Bien, en realidad nunca he tenido citas, pero Vance y yo tampoco estamos saliendo. Y no es que ninguno de los chicos con los que he estado fueran idiotas. Nadie me habló mal ni fue demasiado agresivo. Pero tampoco me invitaron a un Día de Acción de Gracias familiar ni me sujetaron el pelo mientras vomitaba (lo cual, durante mis días de juventud, antes de las fiestas legales, les daba muchas oportunidades) ni asumieron la culpa de algo para evitarme la vergüenza. Y seguro que no me pidieron que me quedara a desayunar por la mañana cuando me pillaron intentando pedir un Uber para regresarme a casa.

Miro el teléfono en cuestión, su funda brillante volteada y colocada fuera de mi alcance. —Entonces, ¿por cuánto tiempo vas a confiscar mi celular?

Vierte leche sobre su Mueslix. —Hasta que prometas no salir corriendo de aquí hasta que te sientas mejor.

—Como dije, me siento bien —. Meto otra cucharada en mi boca. Es principalmente jarabe de arce. Tan bueno.

Me pone los ojos en blanco, digno de mí. —Ajá, claro.

—Está bien, papá.

Él tiembla. —Por favor, no vuelvas a decir eso nunca más.

—Sí —. Asiento, sintiéndome avergonzada. —Para mí también sonó raro.

Nos sonreímos el uno al otro. Otro momento del que no estoy segura.

La música suena y ambos saltamos.

—¿'Whip It'? —. Los labios de Vance se arquean cuando agarra mi teléfono cuando me inclino para agarrarlo. —No sabía que eras fan de Devo. ¿No es eso un poco anterior a tu tiempo?

—Es mi tono de llamada para Flynn —. Extiendo la mano y hago el movimiento de 'dame' con la mano. —Ya sabes, porque está muy domado.

Riéndose, me ignora y responde la llamada antes de que pueda detenerlo. —Hola, Flynn.

Incluso yo puedo escuchar el silencio premonitorio que emana del teléfono.

—¿Flynn? —, Vance repite.

Un estruendo profundo, pero que no puedo descifrar, llega del otro lado.

La sonrisa de Vance se hace más grande. —Ella está bien, está conmigo.

Más ruidos. Estoy impresionada por lo imperturbable que se muestra Vance ante la postura de mi hermano. La nueva actitud protectora fraternal de Flynn puede resultar intimidante.

Vance se ríe. —Rosie estará conmigo todo el día, así que no te preocupes.

¿Lo haré? Sentada en mi taburete, le frunzo el ceño en cuestión.

Vance me guiña un ojo.

¿Qué demonios significa *eso*?

Tengo una extraña sensación de que el zapato está en el pié equivocado. Normalmente soy yo quien mantiene a la gente a raya y quien toma las decisiones. ¿Cómo me metí en esta, esta… *situación* con Vance?

Mis ojos viajan hasta su entrepierna, donde su gran polla descansa detrás de una fina tela de shorts deportivos y un bóxer atlético y suave. Me muevo en el taburete, incómoda ahora por otra razón.

—Hablamos luego. Saluda a Jackie de mi parte —. Vance cuelga.

Intento enmascarar mi excitación con un tono divertido. —Sabes, podría haberte dejado vivir hasta que mencionaste a su esposa.

—¿Jackie? —. Vance lo reflexiona. —No, que él se despidiera después de que la mencioné fue el único momento en que no sonó como si fuera a castrarme.

Arqueo una ceja ante lo que él piensa que es una exageración. —Él sabe cómo, por cierto.

—¿Cómo qué? —. Hace una pausa con la cuchara a medio camino de la boca.

—Cómo castrarte —. Tomo un sorbo de agua. —Parte de crecer en el rancho.

Vance se encoge y baja la cuchara hacia el cuenco. —Gracias por eso.

Me río entre dientes. —Relájate, solo estoy jugando. Flynn sólo habla mucho. Simplemente actúa así por culpa.

Vance frunce el ceño y le da un mordisco a su Mueslix. Mis labios se curvan mientras cruje. En mi opinión, él bien podría estar comiendo ramitas y tierra.

Él traga. —¿Qué culpa?

Mi siguiente bocado de avena es principalmente azúcar moreno, así que intento revolverlo. Es difícil de hacer porque me gusta que la avena esté casi pastosa y sin mucha leche. —Simplemente se siente mal por no haber estado presente cuando regresé del internado. No lo dice en serio cuando se pone así. Estás seguro —. Finalmente consigo poner en marcha la cuchara, pero el silencio de Vance me detiene.

Me mira como si estuviera loca. Lo cual no es una mirada inusual para mí, pero sí una que no creo merecer en este momento particular.

Dejé mi cuchara. —¿Qué?

—Creo que subestimas a tus hermanos —. Golpea el cereal en el tazón con el dorso de la cuchara, probablemente tratando de que su desayuno acartonado se ablande en la leche. —A ambos realmente les importa.

—Sí, seguro —, me encojo de hombros, mi piel se siente tirante otra vez. —Lo sé.

Su mirada penetrante se intensifica por un segundo, pero afortunadamente vuelve a centrarse en su asqueroso y saludable cereal. Nos sentamos en silencio durante el resto del desayuno, yo preguntándome cuánto me mirará de reojo si agrego más jarabe de arce a mi tazón, él mirando el mostrador como si estuviera perdido en sus pensamientos. Terminamos nuestro desayuno al mismo tiempo y antes de que pueda saltar del taburete, Vance toma nuestros tazones y los enjuaga en el fregadero. Necesita una esponja para limpiar el almíbar pegajoso y el azúcar de la mía antes de poder ponerla en el lavavajillas.

Esto es muy doméstico. Y nuevo para mí. Nunca he compartido espacio con alguien en silencio de esta manera. Es algo simple, en comparación con haberle hecho una garganta profunda anteriormente, pero de alguna manera más… ¿íntimo?

—¿Quieres ver televisión? *El Precio Justo* debería empezar pronto.

Me animo, mis pensamientos olvidados. —¡Me encanta *El Precio Justo*! —. Salto del taburete y me acerco a su pequeña sala de estar, dejándome caer en su mullido sofá de cuero. —Soy muy buena en este juego. Vas a caer, viejo.

Agarra una manta del respaldo del sillón y me cubre con ella. —No me di cuenta de que era una competencia.

—Dah —, pongo los ojos en blanco para lograr el efecto. —La vida es una competencia.

—¿Es eso así? —. Levantando mis piernas, se sienta y las deja caer sobre su regazo, asegurándose de que estén cubiertas por la manta. —Entonces supongo que ya estoy ganando.

Finjo que está hablando de ser astronauta. —Está bien, chico astro.

Pero mientras sostiene mis ojos por un momento más de lo que creo necesario, tengo la sospecha de que no es así.

CATORCE

AMERIZAJE

ROSE

—¡EL precio es *incorrecto*, Bob!

Señalo a Vance y celebro mi "victoria" con un increíble baile de victoria. Hizo una oferta excesiva en el enfrentamiento de exhibición y obtuve cerca de trescientos dólares. Muevo mi cuerpo mientras salto de un pie a otro, golpeando el aire frente a mí como si estuviera montando a alguien al estilo perrito.

Nunca dije que fuera una ganadora amable.

—Bob Barker ya ni siquiera es el anfitrión —. Vance pone los ojos en blanco. Algo que probablemente esté haciendo más ahora que antes de conocerme.

Tiendo a sacar lo mejor de las personas.

—Y no puedo creer que hayas citado a *Happy Gilmore* —. Vance niega con la cabeza. —Estoy bastante seguro de que ni siquiera estabas *viva* cuando se estrenó esa película.

Si hiciera un puchero más fuerte, parecería un pez globo.

Resulta que, entre esto y la batalla de Fortnite de anoche, Vance no es un buen perdedor.

Eso me parece gracioso.

Dejo de dar palmadas en el aire y me encojo de hombros, me duelen las mejillas de tanto sonreír. —Las películas de Adam Sandler son atemporales, viejo.

—Estoy bastante seguro de que hay muchos críticos de cine que discutirían esa afirmación —. Olvidando el puchero, sacude la cabeza y sonríe.

Me acerco más a él y me inclino hacia adelante hasta que estoy nariz con nariz con él. —Deja de mirarme, *cisne* —. Mi imitación de Adam Sandler en *Billy Maddison* es inquietantemente precisa, si puedo decirlo yo misma.

—Está bien, está bien, basta —. Extiende las manos y se ríe cuando cambio mi baile de la victoria al hombre que corre. —¿Supongo que es seguro decir que te sientes mejor?

Tomo un descanso del baile, un poco sin aliento. —Te dije que sí —. Dejándome caer junto a él en el sofá, me froto la barriga. —Anoche comí demasiado, eso es todo.

—Eso es bueno, entonces —. Rodeándome con su brazo, me atrae. Me dejo abrazar y disfruto del momento de los abrazos.

Hasta que me doy cuenta de que estoy disfrutando el momento de los abrazos.

Me pongo rígida, a punto de levantarme, sacar mi ropa de la secadora y acelerar los pies cuando su brazo me rodea con más fuerza.

—¿Te irás? —. Hay una nota de resignación en su voz que me hace detenerme.

Pienso en lo que dijo en Acción de Gracias, en cómo siempre lo abandono. No quiero herir sus sentimientos, pero no estoy segura de que mi corazón emocionalmente atrofiado pueda soportar el tiempo de abrazos.

—No me iré —. Lucho por sentarme. —Pero tengo una sugerencia.

Entrecierra los ojos como si no confiara en mí. —Bueno.

El nerviosismo aparece y me muerdo el labio. —¿Quieres ir a observar a la gente?

—¿A observar a la gente? —. Vance frunce el ceño.

—Sí, es el Black Friday —. Empujo hacia atrás, poniendo más espacio entre nosotros. —He oído que es entonces cuando salen todos los locos —. Abrazo una almohada contra mi pecho. —Simplemente pensé que podría ser divertido hacerlo... juntos.

Cuando no dice nada, mi ritmo cardíaco se acelera.

—No importa. Está bien —. Salto del sofá. Por eso el Día de Acción de Gracias fue una mala idea. Porque salir sin sexo es muy confuso. Me da ideas. Ideas peligrosas. —Puedes simplemente llamarme el-....

—No —. Vance se levanta del sofá y me agarra la mano antes de que pueda volar. —Hagámoslo.

ESTOY PERDIENDO LA CABEZA.

Honestamente. Es la única explicación para, uno, no volver a casa después de mi victoria en *El Precio Justo* y, dos, saltar sobre los huesos de Vance en el momento en que lo vi ponerse ese cárdigan de viejo.

En serio. ¿Cómo es tan jodidamente sexy un cárdigan color avena con cuello enrollado y grandes botones de madera? Es algo que imagino usando a los viejos arrugados juegan al ajedrez en el parque.

Y aún así, le dije que lo dejara puesto mientras lo follaba contra la encimera de la cocina antes de irnos.

Hashtag sorry not sorry.

—¿Pensé que sólo habíamos venido aquí para observar a la gente?

Ignoro el tono desconcertado de Vance y tiro el kit de láser tags en mi carrito.

Llegué de compras al Black Friday con buenas intenciones. Nuestro viaje fue para mostrarle

a Vance que no siempre huyo, y al mismo tiempo pasar tiempo con él en un lugar público donde no puede ser tan mimoso conmigo. Íbamos a tomar un café con leche, pasear por la anarquía de las ventas y tal vez incluso sorprender a algunas personas pagando por sus carritos como lo hago normalmente cuando me aventuro a las grandes tiendas. Fácil. Divertido.

Luego, uno por uno, todos mis planes cuidadosamente pensados se arruinaron cuando la magia oscura del Black Friday se apoderó de mí.

Hay gente corriendo, no caminando, sino *corriendo* en todas direcciones. Grupos de madres e hijas forman equipos en un enfoque de 'divide y vencerás', hombres empujando un carrito en cada mano, mientras sostienen una lista entre los dientes al mismo tiempo que corren por la tienda. No hay niños. Ni siquiera en el pasillo de los juguetes. Sólo adultos que parecen exhaustos y extrañamente determinados.

Es un Thunderdome de locura minorista solo para adultos.

Lo. Amo.

Olvidado el café con leche, ahora tengo un carrito lleno de láser tags, un masajeador de espalda de alta tecnología, un kit para preparar cerveza en casa y una batidora KitchenAid de tamaño industrial.

Me llama la atención una almohada de piñata de llama. —¡Oooh! —, la agarré rápido, aunque hay otras cinco y ni siquiera están a la venta. Sin detenerme, la tiro en mi carrito, ya mirando para ver qué sigue.

—¿Te gustan las llamas? —. Vance camina a mi lado, todavía luciendo increíblemente sexy con su cárdigan y relajado como siempre. No veo cómo no puede sentir la energía en el aire. El pánico. La prisa. Está fracasando totalmente en el Black Friday.

Sin mirarlo, empujo mi carrito hacia la sección de electrónica. —Es de Fortnite —. Esta zona está mucho más concurrida que el resto de la tienda. Mi pulso se acelera.

—¿Por qué hay llamas en Fortnite?

—Son cajas de botín —, respondo distraídamente, mirando las consolas de juegos. —Probablemente por eso no has visto una todavía.

Vance resopla.

—Así es como se gana equipo y dinero en...—. Me congelo. Dos pares de auriculares para juegos Sennheiser GSP 600 se encuentran en un estante casi vacío. Con descuento, a mitad de precio.

Son los mismos que uso. Y la verdad es que cuando compré el mío ni me fijé en el precio (hashtag multimillonaria). Pero algo acerca de ver descuento a mitad de precio escrito en grandes letras mayúsculas rojas eleva mi adrenalina a otro nivel.

Abandonando mi carrito, corro hacia el estante y tomo uno de los auriculares. Incluso es el modelo actualizado con su exclusivo micrófono con cancelación de ruido y audio de alta fidelidad con precisión sonora, compatible con todas las consolas de juegos.

—Genial —. Alcanzo el otro par, solo para ser sujetada por la cadera por algo muy grande y

a cargo. Me tambaleo hacia un lado y me contengo antes de caer al suelo sobre una pila de televisores de pantalla grande en cajas. —¿Qué carajos…?

—*Mierda* —. Vance se acerca corriendo y me ayuda a levantarme. —¿Estás bien?

Me duele la rodilla donde me golpeé con la esquina de una de las cajas de televisión.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —. Froto el lugar donde estoy segura que ya está magullado. Esto va a poner un verdadero freno al aspecto de mis piernas con medias de red para las clases de pole dance.

Vance mira por encima de mi hombro hacia donde están los auriculares. Sigo su mirada hasta donde una mujer arroja *mis* auriculares en *su* carrito.

Oh, demonios, no.

—Disculpa —. Me quito las manos de Vance. —Eso es mío.

La mujer, dos centímetros más alta y el doble de grande, me echa un vistazo, como si lo que ve no la impresionara. —No lo parece —. Con una expresión de superioridad que haría sentir a la Reina de Inglaterra como una campesina, empieza a empujar su carro.

Oh, demonios, no.

La esquivo y me sujeto del costado de su carrito. —Me robaste esos auriculares de las manos. Los quiero de vuelta —. Mantengo mi mano libre con la palma hacia arriba.

Ella la aparta, inclinándose hacia mi espacio. —La última vez que revisé, tu mano no estaba allí, mujercita.

Mi ira hierve y se concentra en esta mujer, como un rayo láser de la Estrella de la Muerte. No puedo creer que me haya llamado ‘mujercita’. Que, como mujer, use un lenguaje tan despectivo para tratar con condescendencia a otra mujer.

En el fondo de mi mente, sé que los auriculares no merecen un altercado. Puedo pedirlos más tarde sin problema.

Pero el frente de mi mente está ocupado sintiéndome insultada en todo tipo de niveles. Incluso en mi nivel de estilo, ya que lleva calcetines deportivos blancos con Crocs azul eléctrico.

¿Quién hace eso?

—La única razón por la que mi mano no estaba allí fue porque me aventaste por la cadera —. Por el rabillo del ojo, veo a Vance fruncir el ceño, inclinándose ligeramente hacia adelante y luego hacia atrás, como si no estuviera seguro de qué hacer. Aprieto con más fuerza el carro de la mujer.

Se encoge de hombros, sus hombros casi tocan sus orejas debido a la falta de cuello. —Niña, si no tienes tus trucos para el Black Friday, entonces quédate en casa.

Puede que parezca una estudiante de secundaria con la camiseta de Vance, que me anudé a la cintura, y con mis jeans y sandalias planas, pero me enderezo hasta mi altura de poco más del metro setenta y trato de lucir impresionante. —El Black Friday se refiere a precios de oferta, no a comprar al estilo de la WWE, *señora*.

La mujer me quita el carrito de un tirón. —Solo vete a la mierda, zorra.

—Oiga, no hay necesidad de eso —. Vance finalmente decide dar un paso adelante e intentar rescatarme.

Bendito.

Pero yo soy la maldita Rose West. No necesito que me rescaten.

Ojo por ojo, golpeo con la cadera el carrito de la mujer contra su estómago, haciéndola tropezar hacia atrás con un stand de carcasas para celulares. Mientras ella se estabiliza, le arrebato los auriculares de su carrito.

—¿Por qué tú…? —. Sus ojos se estrechan hacia los auriculares, ahora en mis manos.

—Tu mano no estaba en ellos —. Me estremezco internamente ante mi comentario sarcástico. El Black Friday *no* me queda bien.

Noto movimiento en ambos extremos de nuestro pasillo y me doy cuenta de que se ha reunido una multitud. Aparentemente, dos mujeres a punto de pelear son suficientes para detener en seco incluso a los más formidables compradores de gangas.

Los ojos de Vance hacen ping-pong entre la Mujer Crocs y yo. Es lo suficientemente divertido como para romper el hechizo del Black Friday en el que estoy. Suspirando, me resigno a comprar los malditos auriculares en línea y extiendo la mano para devolverlos a su carrito. Pero antes de que pueda, la Mujer Crocs avanza con el puño en ristre.

Bam.

—¡Oooh, maldición! —, grita alguien entre la multitud.

El dolor me recorre el pecho mientras me tambaleo hacia atrás y dejo caer los auriculares. Ligeramente encorvada, agarro mi teta derecha con ambas manos. Inclino mi cabeza hacia arriba, mi cerebro no se da cuenta de lo que acaba de suceder. —¿Acabas de… golpearme en las tetas?

La Mujer Crocs no parece arrepentida en lo absoluto. Vance, cuya boca está abierta, se acerca bruscamente y se interpone entre nosotras con los brazos extendidos.

—Eso es suficiente —. Inclinando la cabeza hacia atrás, grita: —¡Seguridad!

Pero mi adrenalina ha vuelto con toda su fuerza, pulsando a través de mi sistema. Ya no se trata de Black Friday, feminismo, elecciones de moda cuestionables o incluso principios.

Me niego rotundamente a caer así.

Con una mano todavía en mi pecho, extiendo la otra y agarro lo primero que encuentro, lanzándolo más allá de la cabeza de Vance y golpeando a la mujer en la cara.

Con mi almohada de llama.

Buenop. Eso es vergonzoso.

Algunas personas entre la multitud se ríen disimuladamente.

La mujer ni siquiera se inmuta. Ella se lanza hacia adelante para atacar, pero esta vez Vance la contraataca, interponiéndose en el camino. Puede que Vance sea más alto, pero, sinceramente, me preocupa su seguridad. Todo el mundo en Texas sabe que uno no envía a su mariscal de campo contra un apoyador.

—Eh, Vance. Tu podrías querer-...

La mujer patea con su pie enfundado en un calcetín y Crocs y lo clava en sus partes bajas.

Vance cae, sonando como un búfalo de agua herido.

Gemidos de simpatía surgen de la multitud.

—Te lo mereces —, le dice la Mujer Crocs mientras él se acurruca en posición fetal, luego ella toma el auricular a su lado.

La justa ira se disuelve y me dejo caer al lado de Vance. —¿Vance?

Él gime.

—Dulzura —. Aparto su cabello de su frente. —¿Estás bien?

Abre la boca, no sé si para volver a gemir o responderme, porque su voz es ahogada por la Mujer Crocs. —Eres un sucio mestizo.

Me desmayo. O algo parecido. Porque mientras la multitud jadea ante su insulto racial, mi visión se oscurece y una rabia que nunca antes había sentido surge a través de mi cuerpo.

—¡Es nativo americano, imbécil racista! —, alguien grita y luego suelta un grito de guerra digno del propio Gerónimo. Ese alguien soy yo.

Lo siguiente que sé es que estoy en el aire.

Los siguientes segundos son una batalla de apalancamiento y asfixia mientras la mujer me sostiene contra su pecho, obligándome a mover su pesado torso hasta que siento que estoy a punto de desmayarme por falta de oxígeno.

Hago lo único que puedo: morder.

Aullando, la Mujer Crocs retrocede. Salto en un intento de montarla como si fuera mi barra de striptease para poder someterla con una tijera de pesca.

Mis músculos abdominales protestan y mi intento de tijera de pesca se transforma en una especie de abrazo de oso. Cuando recupero el impulso, la monto como una futura novia a un toro mecánico durante su despedida de soltera.

Hashtag falla. Hashtag *gran* fracaso.

—¡Damas, señoras!

En una mancha de color mientras la Mujer Crocs se mueve de izquierda a derecha, tratando de quitarme de encima, distingo a dos personas vestidas de azul corriendo hacia nosotras.

La cordura regresa.

Aflojo mi agarre, pero no puedo saltar mientras ella se mueve hacia adelante y hacia atrás. —¡Deja de girar!

No es de extrañar que la Mujer Crocs no escuche. En lugar de eso, se echa hacia atrás, me agarra por el cabello y tira de mí hacia adelante como si estuviera tratando de voltearme por sobre su hombro.

Y ahí es cuando me doy cuenta.

Náuseas. Náuseas graves y desgarradoras.

La próxima vez que me tira del pelo, vomito. *Fuerte*. Por toda la parte delantera de la camiseta de la Mujer Crocs.

La multitud jadea.

La Mujer Crocs grita, con los brazos extendidos y echándose hacia atrás como si intentara esquivar mi vómito. Pero no hay forma de esquivar este vómito. Está *todo* sobre ella.

Con los brazos extendidos y el peso desequilibrado, me desbanco y aterrizo con fuerza sobre mis pies. Una punzada de dolor sube por mi tobillo. Mi único pensamiento: la avena, el jarabe de arce y el azúcar moreno no saben tan bien la segunda vez.

La mujer cocodrilo se da vuelta para mirarme, el vómito sale volando de su camisa en un arco y salpica las carcasas de los teléfonos. La multitud se zambulle para evitar el hostil fuego del vómito.

Vance todavía está acurrucado, con las manos entre las piernas.

—¿Tú acabas de…? —, la mujer se mira a sí misma, asimilando el río de vómito que gotea por su camiseta. Sus fosas nasales se dilatan. Luego tiene arcadas. Una vez. Dos veces. A la tercera, arroja.

Aparentemente, la Mujer Crocs es una vomitadora por simpatía.

Algunas personas igualmente simpáticas entre la multitud se atragantan y se alejan a trompicones en medio de arcadas. Otros miran horrorizados. Los guardias de seguridad intentan frenar su carrera pero terminan resbalándose en el vómito.

Me limpio la boca con el dorso de la mano y prometo en ese mismo momento no volver a comprar nunca más el Black Friday.

———

VANCE

—¿QUÉ *diablos* estabas pensando? —. Camino por la pequeña oficina de seguridad. O mejor dicho, trato de caminar lo mejor que puedo con la bolsa de guisantes congelados sujeta contra mi pene.

Rose está sentada en una silla plegable con la cabeza entre las piernas. —Yo estaba-...

—Podrías haber sido arrestada. O herida —. El shock ha pasado y ha sido reemplazado por la preocupación. Cambio de dirección, provocando una punzada en mis pelotas. —Mierda.

Rose levanta los ojos del suelo. —Lo sé, pero-...

—¿Y qué va a decir tu hermano?

—¿Mi hermano? —. Se sienta y entrecierra los ojos. —¿Qué diablos tiene él que ver con eso? No soy una niña a la que debas delatar —. Se frota la teta. —Y en caso de que lo hayas olvidado, fui agredida. ¡Me dió un puñetazo en las tetas, por el amor de Dios! —. Se frota más fuerte. —Todavía me duele.

Hago un gesto hacia mi polla cubierta con una bolsa de guisantes.

Ella resopla. —Está bien, bueno, podrías ganar el concurso de los heridos más graves.

—¿Señorita West? ¿Señor Bodaway? —. El Sr. Rodríguez, el gerente de la tienda que conocimos antes, entra a la habitación seguido por un oficial de seguridad. Uno que no resbaló en el vómito.

Dejo de caminar y Rose le sonríe al gerente. —¿Sí?

Los suaves ojos del Sr. Rodríguez combinan con su tono mientras habla con Rose. —Es libre de irse, señorita West.

Mis hombros caen en shock. —¿Sólo así?

Me dedica una mirada. —Sólo así —. Vuelve a mirar a Rose. —¿Cómo se siente? — Le sonríe como si ella *no hubiera* recién causado un incidente importante en su tienda en uno de los días más ocupados del año.

—Estoy bien —. Rose se acerca y toma su mano entre las de ella. —Realmente aprecio toda su ayuda con esta situación, Sr. Rodríguez.

Él sonríe y añade su otra mano a la de ella. —Jorge, por favor.

Rose sonríe más brillantemente. —Sólo si me llamas Rose, Jorge.

Comparten un momento. Si el señor Rodríguez no tuviera cincuenta y tantos años y no fuera algo corpulento, con una gran alianza de oro en el dedo anular izquierdo, estaría celoso.

Demonios, creo que lo estoy de todos modos.

—Debe estar muy orgulloso, señor Bodaway —, me dice el gerente, *todavía* sosteniendo la mano de Rose.

—¿Por qué?

—Tenemos varios testigos que se presentaron y explicaron cómo Rose solo tomó represalias cuando la delincuente le escupió a usted un insulto racial —. Sacude la cabeza con disgusto. —En Texas, eso se considera un crimen de odio y lo tomamos muy en serio.

—Oh, ah, sí —. No tengo idea de qué está hablando.

Debe ver mi confusión. —Después de que te agredieron, la mujer actualmente bajo custodia te llamó 'sucio mestizo'.

Mi boca se abre. Desafortunadamente, que la gente comente sobre mi piel más oscura no es nuevo para mí, pero me sorprende no haberlo escuchado. Mis bolas palpitan. Entonces de nuevo, tal vez no me sorprenda.

—Su novia aquí fue lo suficientemente amable como para corregir a la mujer sobre su herencia nativo americana y salir en su defensa de una manera muy, eh… —, lucha por encontrar la palabra, —*...inusual*.

Rose hace una mueca y el gerente de la tienda se ríe.

Él deja caer su mano para ofrecérmela. —Puede que no sea un compañero hispano como yo, pero no toleraré ningún insulto racial contra mis clientes.

Le doy la mano. —Gracias.

—Hablando de clientes… —. Rose mete la mano en su sostén y saca una tarjeta de crédito

negra. —Me gustaría pagar las compras actuales de todos en la tienda.

Él la mira fijamente, con la boca abierta por un minuto antes de aclararse la garganta. —Eso es muy considerado de su parte, Rose, pero puede causar un pequeño alboroto si todos intentan llegar a los cajeros al mismo tiempo.

—Oh —. Rose parece abatida por un momento antes de alegrarse nuevamente. —Entonces, ¿qué tal café gratis todo el día? —. Piensa por un momento. —Sin disturbios, sólo clientes felices y llenos de energía.

El señor Rodríguez sonríe. —Maravillosa idea —. Se vuelve hacia mí y sus ojos se oscurecen, como si no estuviera tan impresionado con lo que ha visto de mí hasta ahora. —Tiene aquí a una mujer muy cariñosa e inteligente.

Tiro la bolsa de guisantes a la basura. —Sí —. Me siento pesado, medido y muy deficiente.

—Oh, sólo somos amigos —, dice Rose.

Los ojos del señor Rodríguez se iluminan. —*¿De verdad?* Bueno, en ese caso, tengo un hijo guapo de tu edad.

———

—No —. Rose señala la bolsa de compras que acabo de tomar de mi 4Runner. —Déjala.

Después de que Rose frustró cortésmente los intentos de emparejamiento del Sr. Rodríguez y yo le pedí disculpas por gritarle, llevé a Rose a la casa de Flynn.

Miro hacia la bolsa de compras con los auriculares y el masajeador de espalda en mi mano. —¿Por qué?

—Porque tengo que llevármelos a casa y envolverlos. Son para tu familia.

—¿Qué?

—Supongo que me emocioné un poco cuando tus sobrinos mencionaron la Navidad —. Se ríe, pero no suena natural. —Tonto, ¿verdad?

—Yo...

—Cuando vi todas las decoraciones navideñas en la tienda y la gente corriendo tirando cosas en sus carritos que probablemente eran regalos para otras personas, me adelanté un poco —. Una expresión de pánico cruza su rostro y extiende la mano que no está agarrando la almohada de llama. —Quiero decir, sé que no somos así, pero aun así, tu familia me recibió muy bien ayer, y en la remota posibilidad de que los vuelva a ver...—. Deja caer la mano y se encoge de hombros. —Bueno, al menos quería comprarles algunos regalos de Navidad.

Vuelvo a mirar la bolsa que sostengo y luego, por encima del hombro, la gran caja de la batidora KitchenAid que todavía está en la parte trasera de mi todoterreno.

—Tu mamá se estaba quejando de su espalda en la última clase de pole dance, así que pensé que le gustaría el masajeador. Y cuando Matt salió a limpiar la olla del pavo, tu hermana le mencionó a tu mamá que necesitaba una batidora pero no sabe si pedirla o elegir los aretes de

diamantes que realmente quiere esta Navidad.

Rose camina hacia la camioneta y acaricia la caja. —Brit me hizo descargar la aplicación Pinterest.

Resoplé.

—Y encontré este tutorial que te muestra cómo aplicar una capa de brillantina a las cosas. Estaba pensando que podía ir un paso más allá y usar mi suministro de brillantina para re-decorar la batidora. Pensé que Brittany apreciaría ese toque de 'hazlo tú mismo' —. Me quita la bolsa de las manos y la coloca junto a la caja de la batidora. —Y estos auriculares son los mismos que uso cuando juego. Son realmente buenos. Pensé que tus sobrinos y yo podríamos intercambiar nombres de usuario y jugar juntos.

—¿Y el kit de elaboración de cerveza?

—Para Matt. Pensé que así podría estar mano a mano con Brittany en el departamento de las creaciones manuales —. Ella levanta la bolsa en su mano y la sacude. —Los láser tags y la llama son para mí, pero quiero mostrárselos a Jackie.

Sé que debería decir algo, pero una vez más, Rose me tiene sin palabras. ¿Cómo pudo haber pasado todo eso por su mente durante nuestra breve carrera por la tienda?

—Ah, esta Navidad…

—Está bien, de verdad —. Ella me esquiva, con la vista fija en el suelo. —Entiendo que pasar la Navidad juntos no es posible.

—Yo-...

—Es sólo que, por más geniales que sean mis hermanos, somos una casa llena de multimillonarios, por lo que pensar en regalos nunca ha sido tan emocionante —. Mira hacia arriba sonriendo. —Comprar para tu familia fue divertido —. Se congela ante cualquier expresión que yo esté haciendo, luego traga. —Eso es todo.

—¿Qué sueles hacer en Navidad? —, es todo lo que se me ocurre preguntar.

Parece aliviada por mi pregunta, como si le preocupara que le gritara otra vez.

Nunca me he sentido más idiota en mi vida.

—Maratón de *Duro de Matar* —. Su habitual sonrisa despreocupada ha vuelto a su lugar. —Mientras comemos en exceso los pasteles y galletas navideñas de Holt.

Eso me detiene en seco. —¿Tu hermano hornea postres?

—Sí —. Asiente y da un paso más hacia la entrada delantera de Flynn. —Sus chispas de chocolate son las mejores.

Dos largas zancadas me tienen nuevamente junto a ella. —Son tan buenas, ¿eh?

—Oh, sí —. Ella se ríe, su diversión suena genuina esta vez. —Pregúntale a Jules. Creo que las galletas de mi hermano se han convertido en una especie de extraña llamada de apareamiento para ellos —, resopla. —Son tan asquerosos.

Podrá decir que son raros y asquerosos, pero su expresión parece melancólica.

—¿Crees que compartiría la receta?

—No es necesario, la conozco. Era de mi abuela —. Ella ha vuelto a fruncirme el ceño. —¿Por qué? ¿Quieres hacer galletas?

—Tal vez tú y yo podríamos —. Es mi turno de encogerme de hombros, y una sensación de timidez cae sobre mí como no había sentido desde la adolescencia. —Ya sabes, antes de ir a casa de mi hermana para la cena de Navidad.

Su boca se abre. Me tomo un momento para disfrutar del placer de haber dejado a Rose West en silencio.

—Falta un mes para eso —. Da un paso atrás. —¿Estás seguro de que deberíamos hacer planes tan lejanos?

Doy un paso adelante. —Faltan casi ocho meses para mi vuelo. ¿Por qué *no* hacer planes para el próximo mes? —. Inclino mi cabeza hacia un lado. —No te estás retractando ya de nuestro trato, ¿verdad?

—¿No? —. Nunca la había visto tan insegura.

Es adorable.

—Bien —. Me muevo para que podamos caminar uno al lado del otro. —Porque uno de esos beneficios de los amigos con beneficios es atiborrarse de los tamales navideños de mi mamá.

—¿Tamales?

—Sí, lo aprendió de su abuela, que vivía en un pueblo fronterizo en el sur de Texas antes de mudarse a la reserva en Nuevo México cuando mamá era bebé.

Llegamos al escalón de entrada. —Suena impresionante —. Su sonrisa borra todo rastro de mi pánico anterior.

—¿Entonces vendrás?

Puedo decir que está pensando en eso. Aunque su sonrisa se apaga, puedo decir que quiere decir que sí.

Espero que el silencio rompa su resistencia.

Dura unos treinta segundos antes de suspirar. —Bien, bien. Iré —. Lo dice como si me estuviera haciendo un favor.

Estoy bastante seguro de que lo está haciendo.

Intento no parecer demasiado triunfante, pero por la mirada que me lanza, probablemente fracaso.

La puerta principal se abre. —¡Hola, chicos! —, Jackie sonríe y se planta frente a su marido, que parece muy molesto.

Rose besa la mejilla de Jackie y le lanza una especie de señal pandillera con la mano a Flynn. —¿Qué hay, bro?

Flynn cruza los brazos sobre el pecho. —¿Dónde has estado? —. Está hablando con Rose pero mirándome.

Rose simplemente pone los ojos en blanco. —No seas lamentable —. Pasa junto a Jackie y su hermano. —Estaba con Vance, metiéndome en una pelea de perras pública y casi siendo

arrestada.

Flynn deja caer los brazos y sus ojos se fijan en su hermana. Las cejas de Jackie se disparan por encima de sus gafas.

—Pero no te preocupes —, dice Rose por encima del hombro mientras entra a la casa. —Salí victoriosa una vez más. No se presentaron cargos.

Me preparo para el impacto cuando Flynn vuelve a girarse. Pero me sorprende su expresión comprensiva.

—Pobre bastardo —. Me hace señas para que entre. —Vamos, te traeremos una bebida.

QUINCE

TRANSFERENCIA DE DATOS DE ALTA VELOCIDAD

VANCE

SI AYER ME hubieras dicho que Flynn y yo estaríamos riéndonos con una cerveza y filetes de primera de por medio, habría pensado que estabas loco.

Pero aquí estamos.

Eso ha sucedido a menudo desde que Rose llegó a mi vida.

Y mientras Flynn y yo estamos en la cocina al aire libre ubicada debajo de una pérgola, Jackie y Rose toman el sol. Bueno, Rose lo hace. La piel de Jackie tiene un tono casi grisáceo debido a la cantidad de protector solar que se aplicó antes de acomodarse bajo un paraguas muy grande.

Rose, vestida con un bikini de hilo color rosa brillante, disfruta del sol.

No hace frío, pero seguro que no hace calor. Lo cual se hace evidente cuando los pezones de Rose intentan abrirse camino a través de su top.

Me recuerdo a mí mismo que no debo mirar fijamente. No quiero romper la nueva amistad que parece que he forjado con Flynn, pervirtiendo a su hermana pequeña delante de él.

—Entonces, Vance.

Aparto mi mirada de Rose, habiendo hecho lo que me dije a mí mismo que no debía hacer. —Uh, ¿sí?

—Ahora que has sido iniciado oficialmente en el club, ¿cómo te sientes?

—¿Club?

—El club 'Sobreviví al drama de Rose West' —. Da vuelta la carne en la parrilla, entrecruzando perfectamente las líneas de la parrilla. —Amo a mi hermana, pero ella se mete en situaciones realmente locas. He visto…

Mientras Flynn cuenta una historia tras otra, mis dedos se aprietan alrededor de mi botella de cerveza. Sé que está diciendo lo que yo estaba pensando hace apenas una hora en la oficina de seguridad, pero escuchar al hermano de Rose decirlo, alguien que se supone que siempre debe respaldarla, bueno, realmente me cabrea.

Corté su monólogo sobre Rose. —Me suena a que Rose es una gran amiga.

Las pinzas de Flynn se detienen a mitad de la rotación del filete. —¿Qué quieres decir? —. En lugar de estar molesto conmigo por interrumpirlo, su tono suena divertido.

—Cada historia que he escuchado, ya sea una pelea en un bar, un arresto o un soborno, todo ha sido hecho por sus amigos y familiares —. Respiro, tratando de calmarme. Nada bueno resultará de pelear con el hermano de Rose, estoy seguro. —Rose no se mete en problemas sólo por meterse en problemas. *Siempre* hay una razón, y esas razones son las personas que ama.

Flynn sonríe como si le acabara de decir que ganó la lotería. —¿Es eso así?

—*Sí* —. Mi ira sólo aumenta por su repentina actitud frívola.

Vuelve a prestar atención a la parrilla. —Entonces lo que estás diciendo es que el drama del Black Friday de hoy tenía una razón.

—Por supuesto. Deberías saber que Rose siempre deja de lado las cosas que la ponen en una buena posición —. Me río de lo absurdo de esto. —Apuesto a que no te contó que se metió en una persecución a alta velocidad sólo para sobornar a un carnicero y comprarle un pavo para la cena de Acción de Gracias a mi familia.

El asiente. —Tienes razón.

Me congelo, mi ira anterior abandonando mi sistema. —¿Qué?

—Rose siempre se excede por las personas que ama —. Me señala con sus tenazas. —El drama de hoy es otro ejemplo, estoy seguro.

—Los auriculares eran para mis sobrinos —. A mi voz le falta convicción y Flynn lo sabe.

—Sí —. Gira las patatas laminadas. —*Tus* sobrinos.

Quiero decir que sólo somos amigos con beneficios. Que tenemos un límite de tiempo.

Pero no lo hago. Porque, ¿cómo le dices a alguien que su hermana pequeña dijo explícitamente que no quería novio? ¿Que está más interesada en el sexo rudo y en mantener las cosas informales? No les dices. Porque eso es incómodo y cruel.

Y porque no quiero que me pateen en las pelotas dos veces en un día.

—Ahora…—, Flynn transfiere gruesos espárragos a la parrilla, una hazaña mezquina con unas pinzas, —...la pregunta es, ¿qué vas a hacer ahora que has entrado en el círculo íntimo de mi hermana? —. Me lanza una mirada penetrante. —Lo cual, debo añadir, es algo muy difícil de hacer. Mi hermana no confía fácilmente.

Yo trago. —¿Por qué es eso? —. Mirando a las chicas, veo que Rose se ha dado vuelta en su sillón. La palabra *BÉSALO* está en la parte trasera de la mitad inferior de su traje de baño.

Flynn aparta la cabeza de la parrilla y mira fijamente a su hermana por un momento. —A Rose le gusta decirnos a Holt y a mí que los dos hicimos lo mejor que pudimos después de que nuestros padres, y luego nuestros abuelos, murieron —. Sacude la cabeza como si estuviera disgustado. —Pero eso es una mentira que nos dice para hacernos sentir mejor. Podríamos y deberíamos haber hecho más.

—¿Qué quieres decir?

Jackie dice algo y, sin mirar, Rose le lanza el pájaro. Jackie se ríe.

—Más o menos una vez al año o así, mamá empacaba y se iba. A veces durante semanas, a veces durante meses. A veces papá la seguía. Rose estaba justo en el momento en el que realmente necesitaba a su madre cuando ambos murieron en ese accidente automovilístico. No tenía a nadie que la guiara a través de la dura y vergonzosa etapa de la adolescencia, excepto dos hermanos mayores autoindulgentes y demasiado centrados en su propio dolor e intereses —. Con cuidado, hace girar los espárragos, asegurándose de que no se caigan por la parrilla. —Así que la enviamos a un internado exclusivamente para niñas, pensando que las otras alumnas y maestras llenarían los vacíos por ella.

Flynn cierra la parrilla y su mano descansa sobre el mango por un momento.

—Ella estaba sola. Incluso rodeada de todos sus amigos y de continuas fiestas de la alta sociedad, Rose se sentía sola. Y me odio por haber tardado tanto en darme cuenta. Y cuando me di cuenta, todo lo que hice fue gritarle cuando las cosas se pusieron demasiado locas porque no sabía qué más hacer.

La carcajada de Rose resuena en el patio. El sonrojo de Jackie se puede ver desde donde estamos Flynn y yo.

—Ella parece estar bien ahora —. Sueno más esperanzado que convencido.

Flynn sonríe y mira a su hermana y a su esposa. —Afortunadamente —. Me deja allí junto a la parrilla y camina hacia donde están sentadas las chicas. Levanta a su esposa, se sienta en su silla y la coloca en su regazo.

La conversación me recuerda todas las veces que Rose fue dejada en una mesa, mientras sus amigas bailaban con sus citas. Rose, la extraña sobrante.

Flynn puede tener una visión de veinte-veinte cuando se trata del pasado, pero no ve cómo el casarse con Jackie, Holt saliendo con Jules y ahora incluso Trish comprometida con Ian han puesto a Rose nuevamente en la misma situación que antes. Se siente abandonada otra vez.

Los recuerdos del Día de Acción de Gracias y de esta mañana se repiten en mi cabeza, ahora coloreados por esta nueva información. Invité a Rose al Día de Acción de Gracias de mi familia exactamente por lo que acaba de decir Flynn. Rose parece solitaria. Pero escuchar a su hermano confirmarlo me rompe un poco el corazón.

Y eso me hace decidir arreglarlo. Pero la sugerencia de Flynn sobre lo que Rose podría sentir por mí pone fin a esa idea.

Me paso una mano por el pelo, pensando. Flynn *tiene* que estar equivocado. Rose me dijo que no buscaba un chico para siempre.

Simplemente nos hacemos compañía.

Sacudiendo los pensamientos pesados, me uno al grupo y acerco un sillón al de Rose.

Rose gira su trasero cuando me siento. —¿Ustedes, muchachos, se divierten midiendo pollas?

Flynn se pasa la mano sin tenazas por la cara. —Jesús, Rose.

Ella se ríe y se frota las manos de arriba a abajo por los brazos.

—¿Tienes frío? —. Me quito el suéter. —Toma —, se lo ofrezco, intentando con todas mis fuerzas no mirar sus pezones puntiagudos.

Casi lo logro.

—Aw, ¿tu cárdigan de anciano? —, lo toma y pasa los brazos por las mangas. —¿No eres un dulce?

—El viejo tiene razón —, se queja Flynn, como si hubiera olvidado nuestra pequeña charla íntima hace apenas unos minutos. —¿Cuántos años tienes, de todos modos?

—Tu edad. Así es de viejo —. Rose se envuelve con el frente abierto.

Flynn se queja.

—E incluso si no lo fuera, no tienes voz ni voto si quiero ir al centro para personas mayores en busca de citas.

—¿Qué carajos...? —, me recuesto, ofendido. —Ni siquiera estoy cerca de la tercera edad.

—Bueno, en realidad…— Jackie se mueve en el regazo de Flynn, tratando de sentarse más erguida. —Dado que tienes treinta y seis años, tienes menos años para llegar a la categoría de tercera edad, que es a los sesenta y cinco, que los que ya has vivido —. Se levanta las gafas. —Así que depende de tu definición de cercanía.

Mierda. Ella está en lo correcto.

Y por la expresión del rostro de Flynn, la verdad también lo golpeó con fuerza.

—Bueno, bueno —. Rose se acerca hasta que está en mi sillón, levanta mi brazo y se lo pasa por los hombros. —No hagas que Vance se sienta mal por su edad —. Ella me guiña un ojo. —Ese es mi trabajo.

—Jar, jar —. No me divierte. Pero como una polilla ante una llama, no puedo evitar abrazarla. Y finjo no darme cuenta de lo bien que encaja entre mis brazos.

Ya sea con tacones, purpurina o mi camiseta, Rose encaja.

—Vamos —. Rose saca su teléfono de debajo del sillón y se recuesta contra mí. —Te mostraré ese video de Pinterest del que te hablé. El que tiene el acabado brillante para la batidora KitchenAid.

Ignoro la mirada mordaz de Flynn. —Suena impresionante.

DIECISÉIS

#DIGNODEPINTEREST

Rose

—¿De verdad empeoraste en ésto? —. Me subo la falda semi larga y enrosco las piernas debajo de mí.

Los dedos de Vance juguetean con mis botones.

—Dame un respiro. No hago esto todos los días como lo haces tú —. Se mueve más arriba sobre su culo, apoyándose en el frente de mi sofá.

—Por favor —. Me muevo, cerrando la brecha entre nosotros en el piso de la sala. La alfombra de seda anudada a mano se siente suave y sedosa en mis piernas desnudas. —Tú también haces esto todos los días —. Levanto los hombros y me hundo. Si quisiera, todo lo que tendría que hacer sería mirar hacia abajo para echar un vistazo a mi camisa. —Te he observado.

Él mira hacia arriba, con las manos todavía en el control remoto. —¿Me has observado? —. La batalla de Fortnite que ha estado jugando y perdiendo durante los últimos veinte minutos continúa.

—Sí —. Paso mi dedo por su muslo.

Hace todo lo posible para no verse afectado.

Es lindo cómo lo intenta.

—Primero, eso es espeluznante —. Vance aparta su muslo y se aclara la garganta. —Y segundo, ¿de qué estás hablando?

Suspirando, me recuesto en el frente del sofá, sabiendo que incluso sin mis esfuerzos para distraerlo, su juego terminará pronto. —Realmente eres un newbie.

Vance frunce el ceño ante la pantalla, sus dedos no presionan los botones en la combinación correcta que necesita para ganar esta batalla actual.

—Nuevo. Novato —, aclaro. —Que eres nuevo en ésto.

Se aleja de la televisión para entrecerrar los ojos y mirarme.

Él muere.

Frunzo los labios divertida y señalo el juego.

—Maldita sea —. Él arroja el controlador entre nosotros.

Riendo, lo levanto y muevo hacia las diferentes pantallas. —Mira. Puedo ver quién está jugando si entro en Opciones y luego escaneo la lista social.

La V entre sus cejas se hace más profunda. —¿Pero cómo supiste mi nombre de usuario?

—Por favor —, le empujo juguetonamente en el hombro. —Juego con tus sobrinos, ¿recuerdas? Y aunque les hiciste prometer que no me dirían que habías estado practicando, no dijiste que no podían confirmar que el nombre @NASA_starlord en su lista de amigos eras tú —, me burlo. —Pero en realidad, no es que no supiera que eras tú —. Sacudo la cabeza hacia él. —¿'Señor de las Estrellas de la NASA'? ¿En serio?

Se ríe de sí mismo. —Mejor que Linterna de la NASA.

—No sé —. Dejo el control a un lado y me levanto sobre mis rodillas, quitando mi falda para poder sentarme a horcajadas sobre él. —He empezado a pensar que Linterna es un gran apodo para ti —. Lo beso pero retrocedo rápidamente. —No le digas a Jules que dije eso.

Él resopla, sus ojos en mi cintura donde sus manos hacen círculos. —Fácil de hacer. Ella no necesita más municiones —. Hace una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado. —¿Pero por qué crees que Linterna es un apodo tan bueno?

El pobre parece un poco herido.

Me muevo en su regazo. Él gruñe cuando su polla se endurece debajo de mí.

—Por eso.

Sus caderas se mueven debajo de mí, moviéndose conmigo.

—Es mi propia Maglite —. Me inclino hacia delante y le susurro al oído. —Gruesa, pesada y dura.

—Jesús —, Vance gime y su cabeza cae hacia atrás sobre el cojín del sofá. Sus manos se clavan en mis caderas mientras me muevo sobre él.

Esto se ha convertido en algo común la semana pasada.

No tanto el sexo como la compañía.

Cuando le dije a Vance que tenía que estudiar para los exámenes finales la semana pasada, dijo que lo entendía. Honestamente, no le había creído. Entonces, cuando se encargó de venir casi todas las noches después de salir del trabajo para traerme la cena, pensé que era un código para otra cosa.

Pero cada vez que pensaba que estaba haciendo un movimiento, simplemente me besaba la frente a modo de saludo. La mayor parte del tiempo, después de cenar, él se tumbaba en mi sofá para leer un libro mientras yo estudiaba en la mesa de la cocina.

Hashtag los hombres que leen son calientes.

Las dos veces que *yo* intenté hacer una movida sobre *él*, se fue, diciendo que no quería distraerme.

Hashtag ¿qué carajos…?

Pero hoy es sábado. Mi día de descanso autoproclamado.

Y por descanso me refiero al sexo. Mucho sexo.

Me inclino hacia atrás, apoyándome en sus muslos. —Quítate la camiseta.

—Sí, señora —. Se estira por encima del hombro, agarra un puñado de camiseta con una mano y se la pasa por la cabeza. Es a la vez extrañamente sexy y exasperante. Porque realmente, esa es una excelente manera de estirar una camiseta. Y aún así luce tan sexy haciéndolo.

—Mmmm...—, lamo mis labios ante el six-pack que reveló. —¿Soy solo yo o te ves más marcado que de costumbre?

Sus ojos se mueven hacia un lado y sus hombros saltan en un pequeño encogimiento de hombros. —Tenía que hacer *algo* mientras estudiabas esta semana.

Juraría que tiene las mejillas sonrojadas si su tez no fuera tan oscura.

—¿Es eso así? —. Honestamente, podría argumentar eso. Podría señalar que estuvo aquí la mayor parte del tiempo esta semana y que el único momento en el que podría haber hecho ejercicio era temprano en la mañana antes del trabajo o tarde en la noche cuando salía de mi casa. Lo cual debe haber hecho, porque maldita sea, su tabla de lavar está extra marcada en este momento. Especialmente cuando se tensa, preparándose para que mi boca inteligente lo avergüence.

¿Pero por qué iba a avergonzarlo cuando puedo montarlo?

Cruzando los brazos sobre el estómago, agarro el dobladillo de mi camiseta y lo levanto, dejando al descubierto mi nuevo sostén. Uno de esos que tienen tiras extrañas entrecruzadas sobre la parte superior de tus senos dejando los pezones expuestos. Lo hace todo por apoyo.

Pero no lo usé como apoyo; lo usé para darle efecto.

—Querido Dios...—. Los ojos de Vance se vuelven vidriosos en una especie de trance sexual.

Misión cumplida.

Metiendo las manos bajo las suaves ondas de mi falda, le desabrocho los vaqueros. Cuando su polla se libera, gimo ante la suave piel que se aprieta sobre su erección mientras lo bombeo hacia arriba y hacia abajo.

—Mierda. Espera. Mi bolsillo trasero —. Agarra mis antebrazos como si fuera a detenerme pero no hace nada más, disfrutando de mi trabajo.

Me quito una mano para buscar debajo del sofá y sacar un condón.

Se ríe cuando lo ve, lo que se convierte en un gemido cuando giro mi muñeca en la parte superior de la siguiente bomba.

—¿Planeaste esto? —. Su aliento se vuelve jadeante.

—Por supuesto —. No necesito un espejo para saber que mi sonrisa es malvada y satisfecha.

De vuelta bajo la tela plisada de mi falda, le pongo el condón y deslizo mis bragas hacia un lado.

—Espera —. Las manos de Vance me alcanzan y se enredan en la tela.

Las aparto de una bofetada. —No más esperas —. Me levanto sobre mis rodillas, alineándolo

debajo de mí. —Esto está sucediendo *ahora* —. Me hundo, empalándome, estremeciéndome de placer ante el delicioso escozor y estiramiento. —Mierda, esto es bueno...

—Tan jodidamente bueno —, coincide Vance, con los ojos y las manos en mis pechos. Pellizca sus dedos, pellizcando mis pezones.

Yo sollozo.

Se desliza hacia adelante conmigo encima de él, su polla golpea mi cuello uterino y provoca un mini orgasmo.

—Santa mierda.

—Envuélveme con tus piernas, bebé.

Lo hago sin pensar, todavía concentrándome en las radiantes ondas de placer que salen de debajo de mi falda.

Los abdominales de Vance se tensan mientras se acerca más a mí, envolviendo sus brazos debajo de los míos, su barbilla casi descansando sobre mis senos.

—Loto —. Me sonríe, esas arrugas en sus ojos provocan más fuegos artificiales en mi centro de gravedad. Luego registro lo que dice y le devuelvo la sonrisa, recordando mi broma sobre esta posición sexual en particular el día que nos conocimos en el club de striptease.

Estaba bromeando, nunca antes había hecho esto. Es demasiado lento. Demasiado cerca. Una posición demasiado íntima.

Me asusta.

Pero ahora mismo, con Vance, me siento bien.

Algo cambió entre nosotros después de la noche de no-sexo entre extraños peligrosos. No puedo identificarlo y si lo pienso demasiado, podría tener un ataque de pánico.

Entonces no lo pienso. Siento.

Clavando mis dedos en su espalda, me balanceo sobre él, su polla golpea mi punto G y su pelvis frota mi clítoris.

Hashtag increíble.

Él baja aún más la barbilla y chupa mi pezón entre sus labios.

—Mierda —. Me balanceo más rápido. Pero a pesar de lo rápido que me muevo, es una construcción lenta.

Me muerdo los labios, gimiendo de frustración. Desengancho mi pierna, buscando hacer más palanca con mis talones en el suelo, pero Vance me detiene.

—No. Así —. Me chupa el otro pezón.

—Pero… no puedo…—, intento rebotar pero no puedo.

—Shhh…—, sopla aire frío sobre mi pezón endurecido. —Te entendí —. Toma el control, meciéndome contra él, sin dejarme más opción que aferrarme a él. Para dejar que me dé placer.

Los sonidos que salen de mi boca son nuevos para mí. Me declaro.

Él embiste.

Yo ruego.

Él embiste.

Le imploro con mis uñas recorriendo su espalda.

Él embiste.

No puedo ver lo que está pasando debajo de mi falda. No puedo ver dónde estamos unidos, dónde mi piel se frota y choca contra la suya. Pero puedo *sentirlo*.

La fricción. La gloriosa y jodida fricción.

Él embiste.

El pánico crece en mi pecho. Las lágrimas me pican los ojos. Algo está pasando. No… no creo que me guste.

—Vance.

Debe escuchar algo en mi voz porque cuando sus ojos se fijan en los míos se suavizan, y la neblina del deseo no se disipa sino que cambia, algo más profundo y sexy se mueve a través de ellos. —Te tengo —. Él embiste.

—Yo…

Él embiste.

—Voy a…

Él embiste.

Me desmorono, mirándolo a los ojos, llorando y suplicando. ¿Por qué? No sé, porque el clímax está aquí, y es glorioso. Devasta mi cuerpo, mis músculos se tensan y tienen espasmos, y no tengo más remedio que dejar que me lleve, dejar que haga conmigo lo que quiera mientras Vance continúa con su lento y metódico balanceo.

Mis paredes internas se cierran y el cuerpo de Vance se sacude y luego se queda quieto, sus brazos se aprietan alrededor de mí como un tornillo de banco, acercándonos lo más posible. Fusionando nuestro placer.

Y cuando nuestros cuerpos se relajan y el placer disminuye, Vance y yo nos quedamos mirándonos fijamente. Veo asombro en sus ojos. Asombro y confusión mezclados con un poco de miedo.

Todas las cosas que siento yo misma.

—SERÍAS UNA EXCELENTE INGENIERA —. Vance se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho todavía desnudo, mirando la batidora KitchenAid deconstruida que cuelga del techo. —No puedo creer que hayas logrado instalar una línea de suspensión —. Se levanta de la pared y camina sobre el suelo cubierto de purpurina para estudiar mis aparatos caseros.

Hago una pausa en el proceso de lija para que pueda hacer girar el aparato, que está asegurado al techo mediante un gancho-tornillo y tres ganchos de alambre doblados y retorcidos.

Me mira apreciativamente.

Y como me volví a poner la camiseta porque la lija y las tetas desnudas no se mezclan, sé que está apreciando mi ingenio y no mi cuerpo.

Curiosamente, es igual de satisfactorio.

—Haría excelente cualquier cosa —, bromeo, feliz de estar de regreso en un terreno más sólido después de nuestro alucinante sexo de loto.

—No lo dudo —. Su sinceridad casi me hace sonrojar.

Vance me observa trabajar en silencio durante un rato. Ha sucedido con tanta frecuencia la semana pasada que lo encuentro reconfortante. Su presencia es casi una costumbre a estas alturas.

Una que me digo a mí misma que será difícil de dejar. Una que no quiero dejar.

—Entonces, ¿ese es el problema?

—¿Eh? —. Me deshago de mis pensamientos y veo a Vance mirándome con preocupación.

—Eres buena en muchas cosas. ¿Es esa la preocupación que tienes sobre qué hacer ahora que te estás graduando?

Hago una mueca. —Cuando lo dices así, sueno un poco arrogante.

Él se encoge de hombros. —No puedes evitarlo si es verdad.

Riendo, tiro el trapo a un lado. —Me sorprendería tu falta de burla, pero supongo que cuando estás rodeado de gente como Julie Starr a diario te vuelves inmune a la gente jactanciosa.

—No, no es jactancia si puedes respaldarlo. Y viendo cómo Starr fue nombrada la comandante más joven de la NASA y tú eres una becaria del programa de negocios de Baylor que se está graduando anticipadamente con honores, ambas pueden hacer ese tipo de declaraciones sin parecer engreídas.

—¿Cómo supiste que era una becaria? —. Quiero decir, no se lo estaba ocultando, pero tampoco se lo mencioné nunca.

Parece satisfecho ante mi sorpresa. —No eres la única que tiene conexiones.

Inclino mi cabeza hacia un lado y cambio mis rasgos a incredulidad.

—Bien, bien —, levanta las manos. —*Puede que* haya mirado por encima de tu hombro varias veces mientras estabas con el teléfono ignorándome.

—Debería haberlo sabido —. Agarro la lija de grano más fino y reviso el aparato una vez más. —Te vuelves tan necesitado cuando estoy trabajando.

Vance se ahoga. —¿Yo? —, aclarándose la garganta, se endereza, luciendo ofendido. —¿Necesitado?

—No puedes evitarlo si es verdad —. Sonrío, devolviéndole sus palabras.

Él le devuelve la sonrisa. —Mocosa.

Ambos nos reímos.

—Hablando en serio —. Se acerca a mí para estabilizar la batidora y poder lijarla más fácilmente. —¿Por qué estás tan preocupada por no saber qué quieres hacer a continuación?

Muchos estudiantes están en el mismo barco.

—Pero no todos esos estudiantes tienen las ventajas que yo tengo —. Miro alrededor de la habitación. —Solo mira dónde estamos.

—¿Tu habitación brillante?

—No, idiota —, resoplé. —Mi *penthouse*. Del que soy dueña de forma libre y clara —. Doy vueltas entre los brazos extendidos de Vance para llegar a la parte trasera de la KitchenAid. —La capacidad de tener algo tan superfluo como una habitación brillante es sólo la guinda del pastel de mi vida ridículamente afortunada —. Se forma una opresión en mi pecho cuando digo esto en voz alta. Mi mano se mueve más rápido sobre el metal. —Quiero decir, no sólo no tengo deudas estudiantiles sobre mi cabeza, sino que podría ingresar a cualquier corporación solo por mi apellido, incluso si no fuera la mejor de mi clase —. Me detengo, un poco sin aliento, y bajo las manos. —Ni siquiera tengo que trabajar. Podría ser simplemente una inútil el resto de mi vida. Mi mamá hizo un buen trabajo en eso —. Me arriesgo a mirarlo, esperando burla o confusión respecto a mi remordimiento por haber nacido tan privilegiada. En cambio, encuentro simpatía.

Retrocedo, tiro la lija a un lado y recojo de nuevo el trapo húmedo. —Yo solo… —, suspiro, odiando no poder expresar con palabras lo que he estado sintiendo todo el año pasado. —Simplemente siento que necesito hacer algo que valga la pena —. Intento reírme de la avalancha de emociones que siento. —Hashtag problemas del primer mundo, ¿verdad? —. Levanto la mano para limpiar la fina capa de polvo que acabo de crear. Pero antes de que pueda terminar, Vance me atrae para abrazarme.

—No importa lo que hagas, estoy seguro de que valdrá la pena.

Me doy un momento. No, sólo un fugaz segundo para disfrutar de su abrazo. Porque aunque se siente genial, después de nuestro sexo de loto, necesito volver a encarrilarnos. De vuelta a los amigos con beneficios, juegos peligrosos y sexo sin ataduras.

No más golpes emocionales y miradas durante el clímax.

Me agacho y lo palmeo sobre sus jeans. —¿Quieres hacer algo más que valga la pena?

Y como era de esperar, lo hace.

———

—¿Ya casi terminas?

—Síp —. Boca abajo, paso Mod Podge sobre la base de la KitchenAid.

—¿Sabes lo que no entiendo? —. Vance todavía está sin camisa, su piel brilla como la de un vampiro rompecorazones adolescente.

Hay brillo en todos los lugares donde no debería estar.

Hashtag merece la pena.

Le apunto mi pincel recubierto de pegamento. —¿La diversión de hacerlo tú mismo?

Él resopla. —Sí, no lo entiendo en absoluto, pero no estaba hablando de eso.

—¿Entonces que? —. Me concentro en pintar una capa fina y uniforme sobre el metal lijado.

—¿Por qué no tienes un árbol de Navidad?

Mi pincel se resbala, la pregunta es inesperada. —Ah, bueno, supongo que parecía triste.

—¿Te parecía triste *tener* un árbol de Navidad en Navidad? —. Él mira a su alrededor. —Quiero decir, tienes una habitación brillante. Me imaginé que tu penthouse estaría decorado como un Polo Norte con temática de stripper en esta época del año.

Lo miro con asombro. —A veces me sorprende lo bien que entiendes mi estética —. Me río entre dientes. —Polo Norte con temática de stripper. Clásico.

—¿Entonces? —, pregunta, sin dejar pasar la ausencia de un árbol de Navidad.

Suspirando, termino de agregar pegamento a la última sección. —Si quieres saberlo, realmente no tenía ganas de comprar y decorar un árbol yo sola —. Dejo caer el pincel, vuelvo a enroscar la tapa del pegamento y levanto la mano. —Ahora ayúdame a levantarme.

Él la toma y me pone de pie.

Ya sea lo que dije o cómo lo dije, afortunadamente deja morir la conversación sobre el árbol de Navidad y estudia la capa nebulosa de pegamento que acabo de pasar mucho tiempo haciendo. —Probablemente podrías haber pagado para que alguien hiciera todo esto, ¿sabes?

—Pero entonces no sería de mi parte —. Me sacudo el trasero desnudo, mi falda y mis bragas están tiradas y olvidadas en un rincón. —Y además, yo… —, eructo, luchando contra una repentina oleada de náuseas.

—¿Estás bien?

—Sí, bien —, respiro profundamente y la sensación de malestar desaparece. —Estuve acostada boca abajo demasiado tiempo.

Me mira preocupado. —¿Estás segura de que no deberías hacerte revisar eso? ¿No te sentiste mal también la otra noche cuando te traje unos sándwiches de Jimmy John?

—Cualquiera se sentiría mal con la cantidad de comida que intentas obligarme a meterme —, digo exasperada. —Quiero decir, ¿tienes un fetiche por las gordas o algo así? Porque juro que mi ropa se está apretando demasiado.

—Sí, pero en todos los lugares correctos —. Él sonríe ante mis pechos brillantes, sólo para fruncir el ceño un segundo después. —¿Qué estás haciendo?

—¿Mmm? —. Miro hacia abajo, sin darme cuenta de que estaba frotando el lugar. —Oh, supongo que mi teta aún no se ha recuperado del puño de furia de la Mujer Crocs. Está adolorido.

Sus labios se contraen. —¿Puño de la furia?

—Ey —. Coloco mis manos en mis caderas, sabiendo el efecto que tendrá entre la curva de mi cintura y el balanceo de los senos. —No te divirtió tanto cuando el calcetín-Croc de esa mujer se te clavó en las nadas.

Él se echa a reír. —¿Nadas?

—Gónadas.

—Sí —, dice entre risas. —Sé a qué se refiere lo de ‘nadas’. Simplemente no lo he escuchado en mucho tiempo.

Levanto una ceja en su dirección. —Viendo cuántos años ya has vivido, me resulta difícil de creer, viejo —. Me froto el izquierdo ahora.

—Jar, jar —. Él mira mi pecho. —¿Pensé que te habían golpeado en la otra teta?

—Así fue, pero ésta también duele —. Me encojo de hombros. —Probablemente esté por tener mi período —, resoplé. —O estoy embarazada.

Me río, pero Vance no.

Su cuerpo se inmoviliza y la sonrisa desaparece de su rostro.

No puedo evitar encontrar divertidas sus reacciones. —Relájate, viejo —. Agito mi mano sobre mi hoo-ha llena de brillantina. —DIU —. Luego señalo a su entrepierna. —Condón —. Camino hacia los elementos integrados donde están los controles de la bomba de purpurina. —Definitivamente no estoy embarazada.

Él traga. —Bien.

Los hombres son criaturas muy susceptibles. —Vamos —, le hago señas para que se acerque. —Al ingeniero que llevas dentro le encantará cómo funciona.

Su camino es lento, casi arrastrando los pies, pero se acerca. Paso el resto del día enseñándole cómo hacer bombas brillantes y jugar Fortnite.

Pero el silencio ya no es tan cómodo como antes.

DIECISIETE

CAÍDA LIBRE

VANCE

—NUNCA QUITEN ambas manos de la Estación Espacial durante una caminata espacial.

Maniobrando mis manos a lo largo de los rieles de la estructura de la Estación Espacial Internacional, salgo de la esclusa de aire para pasar por debajo de la estructura S-0, mientras el instructor del Laboratorio de Realidad Virtual narra para la nueva clase de astronautas que está observando como parte de su entrenamiento.

Una vez debajo del lado nadir de la armadura, desciendo por los nodos en mi camino hacia el módulo Columbus. Ahí es donde instalaré el soporte del puente para Bartolomeo dentro de unos meses.

Necesito estar concentrado, incluso si esto es sólo una simulación de mi próxima caminata espacial. Pero aunque estoy rodeado por una réplica virtual tridimensional de la Estación Espacial Internacional, veo algo completamente diferente en mi mente.

Rose, inclinada sobre su computadora portátil. Rose, mirándome a los ojos perdida en el placer. Rose, cubierta de brillantina y bromeando sobre estar embarazada.

—¿Ven cómo agarra cada aparato ortopédico a medida que avanza? —, pregunta el instructor del Laboratorio de Realidad Virtual. —Los guantes tienen respuesta táctil, por lo que simulan la presión de cada agarre de mano.

—Guantes Manus, ¿correcto? —, pregunta Jackie. Ella ha estado al frente y al centro desde que entró en la habitación, analizando todo.

Hay una pausa antes de que el instructor responda y reprimo una risa. Jackie va a competir con todos los instructores aquí en la NASA. Probablemente ella sepa más que ellos.

—Ah, sí. Son Manus.

—He oído que tienen una de las mejores pulseras de seguimiento de movimiento y sensores de dedos del mercado —. No puedo verla, pero puedo imaginarla empujándose las gafas hasta la nariz o inclinando la cabeza mientras piensa.

Para no quedarse atrás, los otros astronautas empiezan a hablar en la jerga de la realidad

virtual.

Me subo con éxito debajo del armazón, mis guantes se aprietan con cada agarre de los asideros del módulo Unity, mientras me pregunto si Rose ha estado demasiado ocupada para notar mi reciente actitud de perdido en acción.

El sábado pasado pidió algo de espacio hasta que terminaran los exámenes finales. Pasé de ir todos los días, aunque sólo fuera para verla estudiar y llevarle comida, a nada (sin llamadas, mensajes de texto ni visitas) durante cinco días. Su presentación es el lunes. Después de eso, ya no hay excusa plausible para mi ausencia física y técnica. Incluso ahora, estoy bastante seguro de que Rose conoce la diferencia entre darle espacio para hacer las cosas y olvidar por completo la comunicación. Ella es demasiado inteligente para no hacerlo.

—Vance, haz una pausa aquí para que podamos tener una idea de tus imágenes —, dice el instructor.

Detengo mis movimientos, con las manos extendidas a mitad de la subida. Hay dos pantallas en la sala de realidad virtual que pueden ver quienes no usan gafas. Uno tiene una vista aérea de mi sesión de entrenamiento que muestra a mi avatar deteniéndose en su camino y el otro una vista de lo que estoy viendo en la caminata espacial.

—Ahora gira la cabeza, Vance. Dales el espectáculo —. Hay orgullo en la voz del instructor y lo entiendo. Si aún no has estado en el espacio, lo que los nuevos astronautas ven en la pantalla es bastante impresionante. La NASA ingresó temprano al juego de la realidad virtual y su equipo siempre ha sido de primera línea. Lo mejor que el Tío Sam puede comprar.

—Miren eso —, dice el instructor, probablemente señalando la pantalla que muestra mi punto de vista. Estoy mirando hacia la luna, parcialmente envuelta en oscuridad, compensada por el brillante resplandor azul de la atmósfera de la Tierra.

—Wow —, dice alguien.

Con vistas como ésta, normalmente no me siento más que agradecido y concentrado en el camino que he elegido. Pero con Rose en mi mente, por primera vez, esos sentimientos flaquean.

Embarazada.

Es la palabra que ha estado rebotando dentro de mi cráneo ya sea que esté usando equipo de realidad virtual, esforzándome en el gimnasio o recibiendo mensajes de texto de mis sobrinos pidiéndome jugar Fortnite.

Mientras tanto, Rose simplemente se rió, pensando que el embarazo era imposible debido al doble método de anticoncepción. Pero todavía no puedo quitarme el miedo que esa palabra dispara en mi pecho.

—¿Tierra a Vance?

Levanto la cabeza de golpe y me doy cuenta de que lo único que veo son estrellas girando a mi lado como si estuviera volando en el Halcón Milenario a la velocidad de la luz.

—*Mierda* —. Perdido en mis pensamientos, debí haber bajado las manos de los asideros imaginarios. Y eso fue después de que no pude realizar el importante cambio de correa al nuevo

punto de anclaje. Cosas básicas del curso 101 de caminata espacial.

Ahora estoy representando la peor pesadilla de la NASA: un astronauta desconectado de la estación, girando hacia el espacio en una caída simulada desde la Estación Espacial Internacional.

—Ah, Vance probablemente solo esté mostrando nuestro protocolo de entrenamiento de emergencia —. El instructor se ríe torpemente.

Dejo caer mis manos sobre la placa pectoral que llevo, que imita el jet pack SAFER que usan los astronautas en el espacio. —No, solo soy un idiota.

Jules bromea acerca de que soy una linterna glorificada durante los paseos espaciales. Puedo reírme del chiste porque sé lo que todos los demás saben: que soy uno de los astronautas más confiables en rotación. No cometo errores como este.

Enciendo el SAFER y espero los pocos segundos que tarda en encenderse. Unos segundos más de alejamiento en espiral lejos de la Estación Espacial.

Una vez que lo hace, cancelo mi rotación. Tan pronto como dejo de girar, giro la cabeza y el cuerpo hasta encontrar la estación. Gracias a la primera ley de Newton, estoy a sólo unos metros y no a kilómetros de distancia. Aún así-...

—El SAFER tiene una cantidad limitada de combustible —, dice el instructor mientras cambio al modo de traducción, usando la guiñada y el cabeceo del jet pack para acercarme a la estación.

—Creo que el tiempo estimado para que un astronauta utilice el SAFER es de cinco a diez minutos —, dice Jackie. —Si supera los quince, las posibilidades de rescate se reducen a cero.

—Sí. Eso es correcto.

Un poco de empuje ayuda mucho en el espacio. Entonces, aunque el tiempo corre, es básicamente un juego de espera una vez que te impulsas hacia la estación.

Incluso con mis auriculares, escucho al instructor escribir en un teclado, probablemente registrando mi orden de operaciones.

Excelente.

Como astronauta veterano con un próximo liderazgo en una caminata espacial de alto perfil, tener que usar SAFER en una replicación estándar de caminata espacial en realidad virtual ya es bastante malo. No quiero que quede constancia de que también me quemé en la atmósfera porque estaba demasiado ocupado preocupado por mi situación de amigos con beneficios como para olvidar volver a poner mi culo en la estación.

Después de lo que parece una hora, pero son sólo tres minutos, extiendo mi guante Manus y me agarro del truss S-3 en el lado cenital, el lado opuesto de donde se supone que debo estar.

—Bien hecho —. El instructor parece satisfecho con mi tiempo y mi control del SAFER. —Cerraré la simulación.

Jackie no dice nada, lo cual es agradable de su parte ya que sabe que si hubiera sido durante una caminata espacial real, mi error no habría sido tan fácil de corregir. Todavía tendría que

maniobrar para regresar a la esclusa de aire, la cuenta regresiva para el nivel bajo de oxígeno, la preocupación por los rayos solares y los problemas de iluminación debido a la proximidad de la estación al sol, todos factores de vida o muerte que esta simulación de realidad virtual en particular no fue configurada simular.

La máscara de realidad virtual se vuelve negra.

Cuando me quito los auriculares, la mirada de Jackie es penetrante. Como si estuviera tratando de encontrar el significado más profundo detrás de mi error.

Le entrego los auriculares, sabiendo que querrá ver el equipo más de cerca.

Pero en lugar de estudiar la mecánica de los auriculares, Jackie pasa el dedo por el interior y luego lo levanta hacia la luz.

Brillantina.

Me duché, lavé mi ropa y, aún así, el brillo permanece.

La metáfora perfecta de mi relación con Rose West.

Incluso cuando ella no está aquí, ella está aquí.

———

ROSE

VANCE ESTÁ SIENDO RARO.

Mi teléfono está oscuro y silencioso mientras su pantalla reposa sobre mi mesa favorita en la cafetería más moderna de Houston.

Brass Tacks sirve café y tacos para el desayuno, así que cada vez que vengo gano en la vida. Agrega el antiguo edificio de ladrillo reconvertido que le da su ambiente millenanial/hipster (en todos los buenos sentidos), y la atmósfera es realmente asombrosa. Para colmo, la señora de las plantas, Gladys, propietaria de una tienda de jardinería local, mantiene una rotación constante de plantas limpiadoras de oxígeno dispuestas por todo el café, y yo he muerto y me he ido al paraíso de las bujías.

Consideraría seriamente franquiciar este lugar después de graduarme, pero los hipsters probablemente me echarían con horcas hechas de neumáticos reciclados si les mencionara la palabra con F.

Toco la pantalla de mi teléfono solo para asegurarme de que no me he perdido ninguna notificación.

No lo hice.

Después de que Vance y yo activamos la bomba de purpurina y cubrimos con éxito la batidora de cocina, le dije que estaría muy abrumada durante los exámenes de esta semana. Y lo estoy. La graduación es inminente.

Pero también necesitaba un descanso de mis emociones en conflicto.

Al principio, le dije a Vance que no estaba buscando novio. Dijimos amigos con beneficios. Probablemente debería haber dicho compañeros sexuales. Solo llamadas para sexo. Porque todos estos "beneficios" adicionales que no son sexo están empezando a confundirme.

Y luego fue y arrojó loto en la mezcla.

Entonces distancia. La distancia es buena.

Golpeo con mi bolígrafo en la mesa encontrada en un mercado de pulgas, preguntándome por qué estoy tan molesta si la distancia es buena.

Vance me está dando exactamente lo que pedí. Espacio. Tranquilidad. Distancia para respirar.

Todo lo que necesita una becaria de negocios en su última semana de universidad.

Tengo mierdas que hacer. Mierda que no incluye tener una crisis emocional por un hombre.

Asiento para dar énfasis y vuelvo a mi trabajo, los ruidos metálicos del café me tranquilizan.

Durante unos cinco minutos.

Me rindo y cierro la pantalla antes de hacer algo estúpido con mi presentación de tesis completa.

En los últimos días, entregué todos mis trabajos, hice mis exámenes y me despedí de mis compañeros. Ya sólo queda la presentación del lunes. Una presentación para la que ya estoy preparada, pero vine a Brass Tacks para jugar con ella para no sentarme en mi apartamento y obsesionarme con mi teléfono.

Hashtag fracaso feminista.

Uno pensaría que estaría emocionada o nerviosa o *algo* por esta presentación. Marca la culminación de todo mi arduo trabajo. El fin de la vida universitaria y el comienzo de… ¿la edad adulta? ¿Convertirme en un miembro contribuyente de la sociedad?

Ugh. Me froto la cara con las manos, disgustada porque todavía no tengo idea de lo que viene después.

Siempre supe que nací con suerte. Aparte de unos padres egoístas y una educación solitaria en un internado, nací con una cuchara de plata que no forjé.

Como le dije a Vance, técnicamente no tengo que hacer nada. Puedo vivir el estilo de vida Ricky RIcón y pasar mis días en una mansión con un mayordomo y un chico de la piscina.

Y es cierto, estuve de fiesta con los jóvenes de la alta sociedad de Houston por un tiempo. La misma multitud que llevó a Flynn por el camino equivocado cuando era más joven.

Hashtag juventud problemática.

Pero después de un tiempo todo parecía tan... meh. Lo vi como lo que era: una evasión. Una vida desprovista de todo sentido. Y sí sé una cosa que quiero para el futuro: quiero que mi vida *signifique* algo.

Y cuando conocí a Jackie, Jules y Trish y vi su impulso y determinación, simplemente solidifiqué mi decisión de ser mejor. Hacer más.

Sin embargo, aquí estoy, con el mundo al alcance de mi mano, sin estar segura de qué es lo que debería hacer más.

Gladys se acerca y casi me arranca la cabeza con su maceta de helecho de Boston. —¡Lo siento!

Le sonrío. —Ningún problema.

Coloca el helecho en el alféizar de una ventana cercana y pasa a regar un ficus, tarareando alegremente mientras avanza.

Quizás debería ser una dama de las plantas.

Toco la pantalla de mi teléfono. Nada.

Probablemente estoy extrañando a Vance en este momento porque cuando él está cerca, no me preocupo tanto por mi próximo paso ni por fijarme en todas las cosas que debería hacer o convertirme. Cuando me atropelló en el bar Whiskey River, pensé que sería una breve distracción. Pero ahora, con él ausente sin permiso, me doy cuenta de que es más que eso.

Vance calma algo dentro de mí. Me hace sentir que está bien ser simplemente yo. Que puedo parar y respirar. Que no tengo que hacer todo a cien millas por hora para demostrar mi valía a todos, incluída a mi misma.

Y me *gusta* salir con él. Incluso, me atrevo a decir, sin sexo. Aunque el sexo es bueno.

Alabado sea Jesús, el sexo es bueno.

Es divertido y sencillo. Dulce con sus sobrinos y amable con su hermana, aunque es obvio que ella sabe cómo presionar algunos botones (dicha por otra colega experta en presionar botones).

—Ugh —. Deslizo mi computadora a un lado y dejo caer mi cabeza sobre mis brazos cruzados junto a mi limonada. La limonada mariposa de Brass Tacks está cubierta con polvo de guisantes antioxidante que tiñe la bebida de color azul. Es tan deliciosa como ridícula.

Reprimo un bostezo. Sin embargo, por muy deliciosa que sea, probablemente debería haber optado por el chai latte sucio. Mi energía últimamente está *flaqueando*. No me di cuenta de cuánto me estaba costando el final del semestre. Y mi actual montaña rusa emocional.

Mi teléfono suena y, en mi loca carrera por levantarlo, tiro mi limonada. Un líquido azul y pegajoso corre por mi teclado y la pantalla se vuelve negra.

Bueno, mierda. Menos mal que tengo todo respaldado en la nube.

Lanzando una servilleta a la máquina muerta, enciendo mi teléfono con un toque, esperando una notificación de texto del “Viejo”.

Nop.

Chat grupal de las chicas. Lo cual es igual de bueno. Mejor, incluso.

Ignoro el toque de decepción.

TRISH: *¿A qué hora deberíamos estar en el rancho este sábado?*

Jules: *¡Láser tag! ¡Láser tag!*

Yo: *10 a.m.*

Jules: *¡Láser tag! ¡Láser tag!*

Trish: **emoji con los ojos en blanco**

Yo: *Les dijeron a los chicos que se fueran a la mierda, ¿verdad?*

Jackie: *Teléfono del trabajo.*

Yo: *Les dijiste a los chicos que se largaran, ¿verdad?*

Jules: *Le dije a Holt que fuera a hacer cosas varoniles con Flynn e Ian.*

Yo: *¿Y qué? ¿Van a hornear galletas?*

Trish: *Probablemente. *emoji de risa**

Jules: **emoji del dedo medio**

Jackie: *¡Teléfono del trabajo!*

Jules: *Simplemente estás celosa de que mi hombre hornee galletas orgásmicas.*

Yo: *Amiga. Es mi hermano, ¿recuerdas? *emoji de vómito**

Jules: **gif de Britney Spears poniendo los ojos en blanco**

Yo: **gif de mujer montando una vaca como un potro**

Jules: **gif de una stripper cayéndose del poste**

Yo: **gif de una mujer cayéndose de su moto**

Trish: *¿Ya terminaron ustedes dos?*

Jules: **gif de Alan Rickman como el Profesor Snape gritando '¡Silencio!'**

Jackie: *¡TELÉFONO DEL TRABAJO!*

Jules: *Puta, por favor. Este también es mi teléfono del trabajo. Y como la Agencia de Seguridad Nacional aún no me ha detenido, estoy bastante segura de que estamos bien.*

Trish: *De todos modos... Rancho West a las 10.*

Yo: *Deja tus tacones en casa, pequeño montón.*

Jules: **gif de personas vestidas con camuflaje del ejército arrastrándose bajo alambre de púas a través del barro**

Jackie: *Estoy bastante segura de que el láser tag no es tan complicado.*

Yo: *Entonces no sabes jugar con el láser tag.*

Trish: **gif de Ryan Reynolds suspirando**

Yo: **gif de Ryan Reynolds como Deadpool golpeando el aire**

Notificación de que Jackie ha abandonado el chat del grupo.

Jules: **gif de la risa malvada del Sr. Burns de Los Simpson**

Como siempre, las chicas me pusieron de buen humor. Mi día de chicas con láser tags antes de la graduación será fabuloso. Mis hermanos insistieron en hacer una fiesta en el rancho el próximo sábado, pero este sábado será todo entre las chicas y yo. Tomo nota mental de abastecerme de Baileys, brillantina comestible y pomada para zapatos.

Con una sonrisa en mi rostro, deslizo mi portátil pegajoso y mis cuadernos en mi mochila y

salgo.

Es hora de ver a un hermano respecto a la aplicación de una capa transparente para automóviles para hacer una batidora KitchenAid reluciente.

DIECIOCHO

SISTEMA DE SOPORTE VITAL

VANCE

LA EXTRAÑO.

Golpeo con mi bolígrafo el plan del procedimiento de Bartolomeo, una mota de brillo en mi dedo se refleja en las luces fluorescentes del techo sobre mi cubículo.

Mi teléfono, boca arriba sobre mi escritorio, suena.

Rose. En su primer mensaje de texto desde que pidió espacio, me envió una foto de la batidora KitchenAid deslumbrante que cuelga de su artilugio de fabricación propia en el taller de autos de su hermano. Junto a un mensaje de texto diciendo que Flynn le aplicará epoxi al acabado para mantenerlo "genuinamente increíble de por vida".

Otra vibración, otro texto. Esta vez, una foto de Rose, con la lengua afuera, con el meñique y el índice haciendo signos de rock and roll con las manos mientras se para frente a Flynn, quien está ataviado con lo que parece un traje blanco contra materiales peligrosos y sostiene un rociador de pintura. Decir que Flynn parece menos que entusiasmado es quedarse corto.

Sin responder a los mensajes de Rose, me enderezo en mi silla y recojo la pila de papeles frente a mí. El plan de caminata espacial de Bartolomeo. El proyecto que he estado esperando desde que acepté el pequeño pin de la bandera estadounidense que me marca como parte de la élite de la NASA. Estoy a cargo. Estoy liderando a la NASA hacia el futuro mediante la construcción de una plataforma de carga útil que cerrará la brecha entre la cooperación gubernamental y comercial en el espacio.

Esta caminata espacial es el momento que estaba esperando. Para lo que he estado trabajando. Por lo que he renunciado a tanto.

Debería leer este plan una y otra vez. Memorizarlo ahora para que cuando me mueva a ocho mil kilómetros por segundo en el espacio, mis movimientos sean algo natural.

Así no me suelto de los pasamanos de la Estación Espacial Internacional cuando el recuerdo de Rose bromeando sobre estar embarazada cruce por mi mente.

Los papeles que tengo en la mano, el trabajo que hago, todo demuestra que estoy capacitado

para manejar cualquier situación. Para descubrir lo desconocido. Con mi experiencia en ingeniería, se supone que puedo encontrar una salida de cualquier problema, a lo MacGyver. En la Tierra y en el espacio. Sin embargo, cuando se trata de Rose West, no existe un manual de instrucciones que memorizar y seguir. La falta de uno me hace sentir perdido. Sin respaldo.

Y como me enseñó mi reciente error de simulación de realidad virtual, eso no es seguro.

Debería haber tenido más cuidado y haber mantenido la guardia alta por más tiempo. Quizás entonces su broma desechable sobre estar embarazada no me habría asustado tanto.

Agarro otro bolígrafo de la taza militar de mi padre que me regaló mi madre cuando tenía veinte años. Se ha convertido en un talismán, un recordatorio del trato que hice conmigo mismo para hacer el trabajo que hago. Esa decisión, tomada por las fisuras del dolor de mi madre, está tan arraigada que se ha convertido en parte de mí. Una que he olvidado desde que Rose West me presentó la masturbación en el corral.

Lo más inteligente sería alejarse de Rose ahora. Pero incluso yo sé que ese transbordador ya despegó hace mucho tiempo.

La idea de ella sonriéndole a otra persona, riéndose con otra persona, estando con otra persona, hace que me duela el pecho.

Puede que nuestro acuerdo no incluya amor, matrimonio y un cochecito de bebé, pero tal vez pueda proponerle algo más. Algo que no cambiará su vida para peor, no la detendrá ni le provocará dolor. Algo más que amigos con beneficios pero menos que un felices para siempre. Algo donde todos ganen.

Cuando suena mi teléfono y veo el nombre de mi hermana, por primera vez no me estremezco. Lo tomo como una oportunidad.

Una oportunidad para que Rose y yo volvamos a la normalidad.

—Hola, Brit.

—Vaya, en realidad contestaste. Estaba toda lista para dejar un mensaje —. Dado que ella no está siendo sarcástica, realmente debo haberla sorprendido.

—Bueno, ya me tienes —. Sueno más optimista de lo que me siento.

—Está bien, bueno, sólo quería que le preguntaras a Rose si tiene alguna alergia —. Todavía no hay sarcasmo, sólo emoción. —No sabía que vendría al Día de Acción de Gracias y no parecía particularmente exigente con la comida, pero pensé que sería mejor preguntarle antes de la cena de Navidad.

Un hombre anuncia una oferta de manzanas Granny Smith. Mi hermana ha vuelto al supermercado.

Respiro profundamente. —Lo siento, me equivoqué cuando hablamos la semana pasada. Rose no vendrá a la cena de Navidad.

Hay un momento de silencio antes de que Brit pregunte: —¿Te equivocaste?

—Sí —. He cruzado la línea demasiadas veces últimamente. Con Rose y con mi familia. Ahora necesito arreglarlo. —En realidad, puede que yo tenga que trabajar, así que tampoco estoy

seguro de cuándo estaré allí ni si estaré.

—Estás bromeando, ¿verdad?—, hay un tono tenso en su voz. —Pero les enviaste un mensaje a los chicos sobre ese estúpido juego diciendo que vendrías. Que tanto tú como Rose vendrían.

Me estremezco, los videojuegos son una cosa más que necesito detener. —Lo siento, pero ya sabes cómo es.

—Sé cómo *tú* eres.

Dejé que la púa golpeara. Me lo merezco.

—Me tengo que ir, Brit. Hablaré contigo más tarde —. Cuelgo antes de que pueda responder y dejo caer mi teléfono sobre mi escritorio.

No hace falta tener una maestría en ingeniería para saber que mi hermana está enojada. Probablemente estrellando su carrito contra alguna pirámide alimenticia del supermercado y comprando comida chatarra que comerá en exceso más tarde mientras me maldice.

Pero que esté enojada es mejor que... bueno, simplemente es mejor.

Agarro el teléfono fijo de mi oficina y hago una llamada. No a Rose, sino a alguien que pueda ayudarme a asegurarme de que no pierda de vista la promesa que me hice a mí mismo.

Mientras suena, me limpio la brillantina de las manos.

———

ROSE

—OH. Mi. Dios —. La boca de Trish se abre mientras contempla la escena que tiene ante ella. Se baja de uno de los vehículos de cuatro ruedas que ella y las otras chicas condujeron hasta el campo del extremo norte para llegar a mi espectáculo de láser tag.

Salgo de mi escondite detrás de una de las muchas enormes pilas de heno enrolladas. —¿Están listas para esto, perras? —. Disparo mi pistola láser al aire, el sonido metálico del banco recuerda a *Star Wars*.

Aunque no recuerdo a ninguno de los personajes de *Star Wars* vistiendo trajes de camuflaje y chalecos tácticos.

Jules se inclina hacia adelante en su vehículo de cuatro ruedas, riendo. —Debería haber sabido que lo darías todo —. Se levanta y mira el campo que preparé con fardos de heno de seis pies, cercas de madera, un tractor viejo y dos juegos para niños, completos con barras y una casa club elevada. Tenía cada camuflaje pintado con aerosol y los ubiqué en lados opuestos del campo de batalla. Incluso hice cavar una zanja estrecha y poco profunda en el centro del área y la llené con suficiente agua para crear un desastre turbio y fangoso.

Hashtag lucha en el barro con amigas.

Los trabajadores del Rancho West que se ofrecieron como voluntarios para ayudar con “una de las locas ideas de Rose West” probablemente estén ocupados ahora gastando su dinero extra de horas extras.

Hashtag todos ganan.

Jackie saca la pierna de su vehículo de cuatro ruedas. —Feliz graduación —. Cruje el heno y saca una delgada caja envuelta de su bolsillo. —De parte de todas nosotras.

—Oh, chicas —, canturreo, tomando el regalo envuelto en papel brillante de manos de Jackie. —No deberían haberlo hecho.

—Sí, debíamos —. Trish se agacha y recoge algunos trozos del confeti de felicitaciones que había esparcido sobre el campo de batalla.

Biodegradable, por supuesto.

—Probablemente deberíamos haberlo pospuesto y dártelo la próxima semana en tu fiesta de graduación, pero no podíamos esperar —. Jackie, que parece más una niña pequeña en Navidad que una auténtica genio aeroespacial, salta de puntillas, esperando a que la abra.

Jules sonríe. —Ábrelo antes de que Jackie se desmaye, ¿quieres?

Jackie se sonroja y baja los talones.

Sonriendo ante el entusiasmo de mis amigas, quito el papel y levanto la tapa. El olor a pegamento de cemento del interior de la caja me llega a la nariz. Saco un trozo de cartulina doblada. —¿Qué es esto?

—Léelo, cariño —, dice Trish, todas compartiendo la misma sonrisa ansiosa.

Dejo caer la caja y abro el papel doblado como acordeón. En la parte superior de cada sección doblada está escrito un día diferente. Debajo del Día 1 hay imágenes recortadas de una playa de aguas cristalinas y una de bebidas tropicales con sombrillas de cóctel. Debajo del Día 2, una imagen de gente bailando, una de fuegos artificiales sobre la playa y otra de diferentes bebidas tropicales con sombrillas de cóctel. La columna del día 3 incluye una mujer haciendo paravelismo, una foto de Bloody Marys con sombrillas de cóctel alineadas en una barra y una de personas bronceadas por el sol desmayadas en la playa.

Al darle la vuelta al papel, *El Épico Viaje de Graduación de Rose* está escrito con marcador en la parte superior con imágenes de un centro turístico y un avión debajo.

—¡Viaje de chicas! —, Jackie, incapaz de contenerse más, salta arriba y abajo.

Jules sonríe y sacude la cabeza hacia nuestra amiga. —Para Año Nuevo. Pensé que podríamos aprovechar al máximo el tiempo de vacaciones obligadas.

—Solo tú y nosotras —, añade Trish, haciéndome pensar que tal vez mi resentimiento cuidadosamente oculto por el hecho de que estuvieran cada una en una relación no estaba tan oculto.

—Esto es genial, muchachas —, me aclaro la garganta. Todo este heno debe estar afectando mis alergias.

—Lo sé, ¿verdad? —. Jules se acerca al fardo de heno donde tengo todos sus trajes de

camuflaje, chalecos y pistolas a juego. —Somos las mejores.

—Y somos muy humildes al respecto —, murmura Trish.

—¿Qué dijiste, pequeño montón? —. Jules toma un traje y se detiene cuando ve la parte de atrás.

—Nada —. Trish parpadea inocentemente hacia Jules.

Jules resopla. —Mira esto —, le arroja el traje que tiene en la mano a Jackie.

Jackie no lo atrapa sino que recibe una bofetada. Se lo quita de la cabeza, se ajusta las gafas y lee la parte de atrás. —"Puta" —. Se ríe.

Jules agarra otro, esta vez el de ella. —"Comando" —, lee arqueando una ceja. —¿No se supone que diga Comandante?

—No —. Sonrío. —Está bien escrito.

—Sabelotodo —. Pero ella se ríe y le arroja el último a Trish.

—Déjame adivinar —, comienza Trish, enderezando el mono para poder leerlo. —Dice "Peq-…"—. Parpadea. —"¿Kimble?"

Todas ellas fruncen el ceño.

No puedo evitar reírme. —¿Sabes? ¿El Dr. Richard Kimble?

Frunce el ceño más profundamente.

—¿El personaje de Harrison Ford? —, insisto.

Los ojos de Jackie se abren como platos. Sabía que la genio lo descifraría primero.

Miro a Trish. —¿De la película *El Fugitivo*?

Jules se ahoga con una carcajada y mira a Trish, que todavía tiene el ceño fruncido. Probablemente se pregunte si Trish está lista para bromear sobre su reciente roce con la ley o no.

—¿Demasiado pronto? —, pregunto, sintiéndome como la sabelotodo que soy.

Los labios de Trish se contraen.

—¡Eres la mano armada! —, grito y Trish se rinde, riendo.

—Eres una perra —. Trish se limpia debajo del ojo.

—Lo sé, lo sé —. La ayudo a ponerse el traje.

—¿Qué dice el tuyo? —, Jackie se inclina hacia un lado, tratando de leer mi espalda.

Hago un giro dramático para que todos puedan ver.

—G.I. Melones —, lee Jackie.

Jules resopla. —Y las letras son deslumbrantes.

—Bueno, tengo unos pechos deslumbrantes —. Meto la mano en mi mono para ubicar mejor a mis chicas en mi sujetador deportivo.

Miro por encima del hombro y veo a Trish poniendo los ojos en blanco. —Eres demasiado.

—Eso es lo que ella dijo —, contesté inexpresivamente.

Jules, terminada de vestirse, me ofrece el puño. —Buena esa.

Chocamos.

—Ustedes dos piensan que son muy divertidas —. Trish nos niega con la cabeza. —Veremos

quién se ríe una vez que encienda sus chalecos.

—Esa es una gran declaración para una dama tan pequeña —, digo arrastrando las palabras.

Un rebaño de vacas muge mientras deambulan por el siguiente campo.

—Me siento como si volviera a la formación básica, pero con un tema agrícola —. Jules toma una de las armas y la lanza al aire.

—¿Cómo funciona exactamente? —, Jackie inspecciona su arma.

—Durante los próximos cuarenta y cinco minutos nos dispararemos unas a otras —. Toco mi pecho. —Al final de la ronda, revisaremos el monitor de tu chaleco que registra cuántas veces te dieron.

Cuando estamos todas cubiertas, vestidas y listas para disparar, saco mi palo para selfies y tomo una foto. —Esto será grandioso.

———

—ESTO APESTA —. Apoyo mi frente en mi brazo, que está apoyado en el alféizar de una de las casas del árbol. Los músculos de mi estómago se contraen de nuevo y empujo la cabeza por la ventana una vez más. —*Huahh*.

Afortunadamente dejé de vomitar hace unas cuantas arcadas. Ahora solo tengo arcadas ahogadas.

Jules extiende su pierna desde su asiento en el lado opuesto del fuerte y golpea mi zapato con el suyo. —Ya, ya.

—Eres una verdadera cuidadora, Jules —. El sarcasmo de Trish me hace sonreír hasta que...

—*Huahh*.

—Soy una Madre Teresa normal y corriente —, responde sarcásticamente Jules y luego me llama la atención. —Um, no quiero hacer esto más extraño de lo que ya es, pero ¿por qué te frotas la teta?

Miro hacia abajo y veo que el brazo que no sostiene mi cabeza está masajeando la izquierda. —Huh. Supongo que todavía me duele el puñetazo del Black Friday.

Jules resopla. —Maldición, habría pagado dinero para ver a la gran Rose West derribar a una Godzilla con Crocs.

—Jar, jar —. Hago una pausa, pensando que podría volver a vomitar, pero logro evitarlo con una inhalación calmante por la nariz.

—¿Pensé que te habían dado un puñetazo en el pecho derecho? —, pregunta Jackie.

Hago una pausa a mitad del masaje. —Croc-zilla me golpeó tan fuerte que ahora también me duele el izquierdo —. Me siento, apoyándome contra la pared del fuerte, respirando profundamente otra vez por la nariz y las náuseas disminuyen.

Nos sentamos en silencio por un momento, disfrutando de la rara brisa que entra por las ventanas del fuerte, de los árboles y los sonidos distantes de los animales y equipos de la granja.

—¿Cuándo fue tu último ciclo menstrual? —. Jackie parece extrañamente seria.

Jules resopla. —Realmente tenemos que trabajar en tu charla de chicas, puta.

Los ojos de Trish se abren como platos. —No estás pensando…

—¿Qué? —. Jules se endereza. —¿Qué me estoy perdiendo?

—¿Náuseas y tetas doloridas? —, pregunta Trish.

La boca de Jules se abre. —Santa mierda… —. Se gira hacia mí. —¿Estás embarazada?

Me reiría de sus expresiones, pero me preocupa que eso me descomponga de nuevo. —Escuchen, muchachas —. Trago un poco de saliva, probando mi estómago. —Es como le dije a Vance —. Me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano. —Tengo un DIU y él usó condón. Las posibilidades de embarazo son como…—. Agito mi mano, tratando de pensar en algún número minúsculo.

—Un punto tres a un punto siete por ciento —, dice Jackie, tirando de su chaleco de láser tag.

—¡Exactamente! —. Señalo a Jackie. —Lo que ella dijo.

—Entonces estás diciendo que hay una posibilidad —. La personificación de *Tonto y Retonto* de Jules no es divertida.

—Correcto —, dice Jackie, sin captar el trasfondo cómico.

—Basura —. Pero no parezco tan segura como me gustaría. Antes, podía explicar el dolor en los senos y las náuseas (por la sobrecarga de Acción de Gracias y la Mujer Crocs dando vueltas), pero ¿por qué estoy enferma ahora? Y si *Jackie* dice que existe una posibilidad...

—Escucha —. Trish se arrima con las piernas cruzadas entre nosotras. —¿Por qué no conseguimos una prueba de embarazo? —, su voz es anormalmente brillante. —Orinarás en un palo, demostrarás que no estás embarazada y luego podremos pasar a planificar nuestro viaje de chicas.

Me tomo un minuto para lamentar el final de mi épica batalla con láser tags.

—De acuerdo —. Saco mi arma del bolsillo y apunto al chaleco de Jules. —Pero primero… —, mantengo presionado el gatillo hasta que todo su chaleco se ilumina en rojo. —Yo gano.

Con la boca abierta, Jules mira su chaleco. —¿Qué carajos…?

Sonrío. —No seas una mala perdedora.

Jules me dispara con su arma hasta que mi chaleco se vuelve azul. —Ahí tienes.

—Los muertos no pueden disparar, Jules —, digo, disfrutando de su derrota. —No cuenta.

Entrecerrando los ojos, apunta con su arma a mi cabeza. —Alégrate de que estas no sean balas reales, G.I. Melones.

—Vamos ahora —. Trish le quita el arma a Jules. —Tenemos una farmacia a la que llegar.

—Bien —. Abro el velcro de mi chaleco y apago el sistema. —Pero cuando demuestre que te preocupas mucho, tendrás que prometerme que me invitarás a comer sushi esta noche —. Entrecierro los ojos hacia Jules. —Y nada de ese 'conozco un lugar' donde resulta que todos los hombres están esperando.

—Sí, quería pedir perdón por eso —, dice Jules, sin parecer muy arrepentida. —Un

movimiento un poco idiota de mi parte.

—¿Un poco? —. Tiro mi chaleco y me arrastro hasta el borde de la plataforma donde está la escalera. —Intenta *muy*.

—Sin embargo, para ser justas, en realidad no era para mí. Fue más para Holt —. Jules gatea detrás de mí. —Rara vez sale, así que cuando lo hace, me gusta que esté rodeado de sus personas favoritas.

—Aw, ¿somos sus personas favoritas? —, pregunta Trish, esperando su turno para bajar.

—No. Yo —. Jules mira a Trish como si fuera tonta. —*Yo* soy su gente favorita.

Jackie y Trish se ríen.

Lo intento pero termino con arcadas.

———

—SANTO MERCURIO —. La voz de Jackie resuena en el pequeño medio baño junto a la cocina.

Después de una carrera hasta la farmacia más cercana con nuestros monos de camuflaje, estamos de regreso en el rancho, amontonadas en el espacio de azulejos de cuatro por cuatro, mirando la varita blanca del destino colocada en el tocador del baño.

La varita en la que oriné.

Y aunque no hemos esperado los tres minutos recomendados, no hay duda de que el signo positivo azul se vuelve más y más oscuro a cada segundo.

—¿Esto significa que vamos a ser tías? —. La sorprendente emoción de Trish se ve atenuada por la naturaleza de ese momento.

—Primero deberíamos preguntarle si quiere conservarlo —. La fría lógica de Jules me hace estremecer.

Sus ojos se mueven del signo más hacia mí.

Estoy sentada en el inodoro cerrado, con la mano sobre el estómago. —¿Me lo voy a quedar?

Es una pregunta retórica, dirigida más a mí que a mis tres amigas que llevan una mezcla de emociones. Por supuesto, eso no les impide responderme y tranquilizarme todas a la vez.

—Es tu elección.

—Te apoyaremos pase lo que pase.

—Legalmente, tienes opciones.

No sé quién dice qué; mi cerebro está ocupado repitiendo la pregunta una y otra vez.

¿Me lo voy a quedar?

Hay mil razones para no hacerlo.

Sólo tengo veintiún años.

Soy desempleada.

Tengo un historial de causar drama que termina con insignias oficiales agitándose y honorarios de abogados.

Conduzco como una loca.

—Quizás deberías hablar de esto con Vance —, aventura Jules, y la seriedad de sus palabras queda subrayada al usar el nombre real de Vance.

Vance. El hombre del que sólo soy amiga con beneficios. El hombre del que estoy enamorada. Sólo hizo falta una semana de silencio y una computadora portátil estropeada para darme cuenta de eso.

Coloco mi mano contra mi abdomen, el peso y el calor me tranquilizan.

Una a una descarto las razones por las que no debería tenerlo y pienso en *eso*. En lo que está creciendo bajo mi mano.

Un bebé. *Mi* bebé.

El sentimiento esquivo que he estado persiguiendo estos últimos meses se apodera de mí, irradiando dentro de mi pecho. El sentimiento de propósito y certeza que faltaba en mi vida.

Ésto. Ésto es lo que estaba esperando. Ésto es lo que estaba destinada a hacer.

—Me lo quedaré —. Mi voz es suave pero fuerte y se encuentra con un momento de silencio. Hasta que Trish aplaude y chilla mientras Jules y Jackie comparten una mirada que no puedo descifrar.

Jules se aclara la garganta y se apoya en el marco de la puerta, cruzando los brazos y las botas de motociclista. —¿Cómo se lo vas a decir a Linterna?

Saco mi teléfono del bolsillo de mi mono. Cuando la pantalla se enciende, me dice lo que ya sé. Tres mensajes de texto enviados a 'Viejo', sin respuestas. —No tengo ni idea.

DIECINUEVE

OPERACIONES DE SUPERFICIE

VANCE

—¿DRA. Sato?

La Dra. Rebecca Sato, cirujana de vuelo de la NASA, levanta la vista de su teléfono. —Oh, hola, Vance.

Salgo del ascensor y entro al vestíbulo médico de azulejos blancos pulidos. —¿Has vuelto de la baja por maternidad?

—Justo —. Desliza su teléfono en el bolsillo de su bata de laboratorio. —Hoy es mi primer día de regreso.

Me paso una mano por el pelo, deteniéndome. —Felicitaciones, por cierto —. Cuando llamé antes, me dijeron que tendría que ver al médico interino, ya que la Dra. Sato estaba de baja por maternidad, lo que estaba bien para mí. Aunque sé que todo lo que hay en mi historial médico está disponible para todos los médicos de la NASA y Rebecca lo verá de todos modos, hubiera sido bueno no tener la conversación que estoy a punto de tener con una nueva madre.

—Gracias —. Su sonrisa se apaga mientras me arrastro de un pie a otro frente a ella. —¿Necesitas algo?

—Sí —, suspiro, cediendo a lo inevitable. —Tengo una cita para obtener una derivación. Pero creo que es con el médico interino —. No puedo quitar la esperanza de mi voz.

—¿Derivación? —. Su máscara profesional se coloca en su lugar en un instante. —Hoy iba a hacer el papeleo, pero tengo tiempo para verte —. Mira su reloj. —Creo que el Dr. Zamir todavía está almorzando.

—Oh, eso está bien —. Me maldigo por llegar temprano. —No quiero molestarte.

—No es ninguna molestia en absoluto —. Agarra el iPad que está sobre la recepción del vestíbulo y comienza a teclear en él. —Hablemos en mi oficina.

La sigo por el pasillo brillantemente iluminado hasta su nueva oficina con una pared de ventanas. Una marcada diferencia con el antiguo edificio médico que fue retro-modernizado con comodidades modernas pero repleto de muebles vintage que se adentraban en territorio antiguo.

—Entonces…—, dice la Dra. Sato una vez que estamos sentados en lados opuestos de su gran escritorio con cubierta de vidrio. —¿En qué puedo ayudarte, Vance?

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, la Dra. Sato, con el ceño fruncido, me guía fuera de su consultorio y tengo la tarjeta de recordatorio de la cita de derivación en mi bolsillo.

—Solo hazme un favor y piensa en esto un poco más, Vance —. Cierra la puerta de su oficina detrás de nosotros. —Por mucho que a las telenovelas les guste decir lo contrario, esto realmente no es reversible. Una vez que lo haces, no hay vuelta atrás.

Asiento con la cabeza. —Suena bien para mí.

La V entre las cejas de Rebecca se profundiza. —Yo-...

—Ahí estás.

Ambos miramos hacia arriba y vemos a Ryan, el marido de Rebecca, empujando un cochecito doble hacia el vestíbulo. —Me preguntaba por qué estabas tardando tanto —.

—¿No recibiste mi mensaje de texto? —, Rebecca saca su teléfono y revisa la pantalla. Suspira. —Lo siento cariño, olvidé presionar Enviar.

—No hay problema, los niños y yo simplemente dimos un paseo —. Mira a los gemelos, que duermen profundamente en sus asientos. —Noqueó a Emma de inmediato —. El bebé de azul saluda y chasquea los labios, mientras la baba se desliza hacia su barbilla. —Como siempre, Charlie no quiere tomar una siesta.

Los ojos de Rebecca se iluminan mientras se inclina para desabrochar a Charlie del asiento del cochecito y levantarlo.

No soy de los que gustan de los bebés, como puede atestiguar el trozo de papel que me hace un agujero en el bolsillo, pero incluso yo debo admitir que estos dos son muy adorables. La combinación de la herencia japonesa de Rebecca y el estilo clásico americano de Ryan creó a dos niños muy lindos.

La culpa por el motivo de estar aquí me golpea y me cubro el bolsillo con la mano.

Rebecca ve mi movimiento y me evalúa. —Necesito un minuto más —. La Dra. Sato coloca a Charlie en sus brazos y besa la mejilla de su marido. —Olvidé firmar algo.

—Claro, nena —. Él alcanza a su hijo, pero Rebecca se vuelve hacia mí.

—Tómalo —. Extiende a su hijo y mis brazos se levantan por instinto.

Antes de que mi cerebro pueda registrar el suave peso en mis brazos, ella regresa por el pasillo hacia su oficina.

Cuando Charlie se acomoda contra mi pecho, mi ataque inicial de pánico se desvanece.

Ryan sonríe. —Eres natural.

—Tengo dos sobrinos —. Aunque no recuerdo haberlos tenido en brazos muy a menudo cuando eran bebés. Ahora que lo pienso, no creo que me lo haya permitido.

Ryan lleva su camiseta del Departamento de Bomberos de Houston. La vista de eso y el motivo de la tarjeta de cita en mi bolsillo convergen. —¿No estás preocupado? —, las palabras salen disparadas de mi boca antes de que pueda pensar en ellas.

—¿Preocupado de que? —. Los músculos de los brazos de Ryan, parecidos a los de Thor, se flexionan mientras empuja el cochecito hacia adelante y hacia atrás, meciendo a su hija dormida.

—¿Acerca de morir?

Ryan hace una pausa y me mira con los ojos muy abiertos. —¿No lo haremos todos?

Acabo de registrar su expresión cómica. —No. Quiero decir, por tu trabajo.

—¿Mi trabajo? —. Me mira como si tal vez necesitara algo más que un médico físico.

—La extinción de incendios es peligrosa —. Digo esto como si él no lo supiera ya.

Ryan simplemente se ríe. —Eso dice el astronauta.

Suavemente, mi pulgar recorre el puente de la nariz de Charlie. Cierra los ojos por el suave toque. —Pero yo no tengo familia.

Cuando la respiración de Charlie se estabiliza, levanto la vista y veo a Ryan mirándome como si todos mis miedos estuvieran escritos en mi cara.

—Sí —, asiente con voz resignada. —La lucha contra los incendios es peligrosa. Y desafortunadamente, conozco bastantes familias que perdieron a un padre bombero en el cumplimiento de su deber —. Los ojos de Ryan de repente parecen mucho mayores que sus veintitantos años. —Pero-...

—Está bien, lista —. Rebecca, sin bata de laboratorio, se acerca a mí y extiende los brazos. —Lo cargaré ahora.

Le frunzo el ceño a Ryan, deseando que termine su pensamiento. Pensando que tal vez lo que dice me haga entender por qué está tan dispuesto a arriesgarse a lastimar a sus seres queridos. Pero ahora está concentrado en su esposa y su sonrisa normal vuelve a su lugar.

—Bueno —. Saco al ahora dormido Charlie de mi pecho y lo entrego, la pérdida de su pequeño y cálido cuerpo me deja con un anhelo desconocido en mi pecho.

Al mismo tiempo que la tarjeta del turno médico que tengo en el bolsillo pesa contra mi pierna.

———

ROSE

—ESCUCHÉ que tu presentación fue perfecta —. Por una vez, John no está tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Está recostado en su silla con ruedas de respaldo alto, con las piernas cruzadas y la mano todavía apoyada en la brillante madera de caoba.

—Eso es lo que me dijeron —. Me muevo en mi asiento y mis pantalones caqui se deslizan

por la dura madera. Fue perfecta, pero aburrida. Después, uno de los profesores me preguntó si me sentía bien. Creo que esperaba un espectáculo de luces led y serpentinas, y quedó decepcionado con mi PowerPoint estándar, bien diseñado.

—¿Has pensado más en lo que discutimos la última vez? ¿Sobre lo que quieres hacer a continuación? —. Su quietud es más desconcertante que su tic habitual. ¿O es porque estoy vestida como un joven profesional y me he tomado el tiempo para despojarme de todo lo Rose en mi? Sin purpurina ni zapatos de stripper. Incluso domé mi cabello en un moño bajo, sin clips de lentejuelas. Mi extravagancia habitual se vió atenuada por el polizón rebelde en mi útero.

No me di cuenta de lo mucho que me importaba la opinión de John hasta que me desperté esta mañana, con el recordatorio de nuestra última reunión mirándome desde la aplicación de calendario de mi teléfono. Tiro del cuello de mi camisa.

Cruzando las piernas, pongo las manos sobre las rodillas y me aclaro la garganta. —Decidí *no* inscribirme en el programa para la maestría —. Mi voz es nivelada y clara, lista para defenderme si es necesario. Tal como lo practicaba.

—Bueno.

Hay un momento de silencio.

—¿Bueno? —, le pregunto cuando no dice nada más. —¿Eso es todo? —. Su mano derecha todavía no se mueve.

Ambas cejas tupidas de oruga de color gris acero se arquean. —Pareces sorprendida. ¿Qué pensaste que iba a pasar?

Alisando la tela caqui en la parte superior de mi pierna, le hablo a mi rodilla. —Pensé que estarías decepcionado.

—¿Por qué?

Exasperada por su tono tranquilo, suspiro y mis brazos vuelan hacia los lados. —*Porque* siempre que entro me cuentas del programa. Siempre estás diciendo que eso me ayudará a hacerme cargo de la Petrolera West —. Me sorprendo haciendo gestos salvajes con las manos y me quedo quieta.

Mientras tanto, John se mantiene tranquilo y sereno, pareciendo completamente imperturbable ante este giro de los acontecimientos. —Te daba ese discurso principalmente porque sabía que te molestaba.

Mi boca se abre.

Los labios de John se contraen. Se inclina hacia adelante en su silla en actitud conspiradora. —Fue mi pequeña forma de venganza por todas las travesuras que te gusta traer a mi puerta.

Cierro la boca de golpe.

John se ríe.

—Bien jugado, John. Bien jugado —, me río con él.

Sonríe. —Gracias.

Olvidando mi estatura profesional planificada previamente, acerco mi silla y apoyo ambos

codos en su escritorio. —Sabes, puede que te haya dado un montón de mierda en los últimos años, pero eres, con diferencia, el mejor consejero que podría haber pedido, Johnny-boy.

—Una vez más, gracias —. Él asiente. —Tanto por reconocer la, um, *pila* que me dabas, como por el cumplido.

Disfrutamos de la admiración mutua por un momento antes de que él se siente erguido, adoptando un aire más profesional. —Honestamente, ¿en qué puedo ayudarte? —. El lado derecho de su sonrisa se levanta. —¿Qué sigue para la gran Rose West?

Tragando, recuerdo mi plan. Le voy a decir que todavía lo estoy pensando. Que estaré en contacto. Luego iré a casa y le enviaré una canasta de regalo que incluya un boleto para la rifa de una gran suma de dinero que "ganará".

—Estoy embarazada —. Buenop. Ahí va ese plan.

Al principio, la expresión de John parece desconcertada. Pero noto un pequeño aumento en sus cejas. No mucho, pero lo suficiente para saber que lo he sorprendido. —Ya veo.

Intento reírme, pero sueno incómoda.

—¿Puedo felicitarte o…? —, se calla, probablemente sin querer hacer la pregunta que primero le viene a la mente cuando una mujer joven y soltera descubre que está embarazada.

—Puedes felicitarme. Me lo quedaré —. Eso es lo único de lo que estoy segura desde que oriné en el palo.

Su sonrisa crece. —Bueno, entonces, felicidades.

Me siento estúpida por lo feliz que me hacen sus felicitaciones. —Gracias.

La expresión de John se vuelve cuidadosamente en blanco. —¿Y puedo preguntar por el padre?

—Él es mi novio —. O algo como eso. —Y tuvimos cuidado, pero… —. Me encojo de hombros.

—Estas cosas pasan. Sólo espero que haya tomado bien la noticia.

—Estoy en camino a decírselo —. Miro al suelo, recordando tanto mi alivio como mi nerviosismo cuando Vance finalmente respondió a mis mensajes de texto después de mi presentación de ayer.

—Bueno, espero que este novio tuyo sepa lo afortunado que es.

Miro hacia arriba. —¿Afortunado?

—Sí, claro —. Parece desconcertado por mi sorpresa. —Él no solo te tiene en su vida, sino que ahora eres la madre de su hijo. Él es *muy* afortunado —. La sonrisa de John es más suave y más real que cualquier otra que haya visto en él antes. —Porque tú, Rose West, vas a ser una madre increíble.

Trago a través de la repentina opresión en mi garganta. —¿Lo crees?

—Lo sé.

—Pero, quiero decir, siempre pareces tan exasperado conmigo…

El piensa por un momento. —¿Sabías que me iba a jubilar hace tres años y medio?

El semestre que me matriculé. —Uh, no, no lo sabía.

Los ojos de John se mueven hacia el lado donde descansa un marco dorado.

En una de mis visitas anteriores, eché un vistazo. En la imagen, John tiene su brazo alrededor de una mujer con cabello corto y oscuro, ambos sonriendo. Tuvo que haber sido tomada antes, ya que el cabello de John es más oscuro en la foto y ahora tiene más sal que pimienta. Supuse que era su esposa.

—Diane falleció de cáncer de mama justo antes de que tú te inscribieras.

—Oh—. Mi mente se queda en blanco sin saber nada más que decir.

—Me costaba levantarme por la mañana —. La voz de John es plana, como si leyera un guión. —Llegar a trabajar y hacerlo era aún más difícil.

Recuerdo todas las travesuras que le hice padecer desde el comienzo de mi carrera universitaria. Los chistes inapropiados, la ropa de stripper, aquella vez con los patines. —John. Lo siento mucho.

Parpadea un par de veces, volviendo al presente. —No lo hagas —. Sonríe. —Te lo cuento para agradecerte.

Me señalo a mí misma. —¿Agradeceme *a mi*? —, mi tono de incredulidad lo hace reír.

—Sí, a tí. Porque no fue hasta que llegaste saltando, dejando un rastro de brillantina, haciendo estallar chicle y lanzando términos como YOLO, los cuales tenía que buscar más tarde, que me encontré esperando algo otra vez.

—Ugh —. Dejo caer mi cabeza entre mis manos. —No me recuerdes mi fase YOLO.

John se ríe y se acerca para tomar mis manos.

Se las doy, todavía mirando hacia abajo.

—Rose —. Espera que levante la cabeza. —No sólo tienes la habilidad de iluminar la sala, sino que también lo haces mientras logras cumplir con los plazos, escribir artículos dignos de publicación y aprobar exámenes. Crees que estás siendo sutil, pero sé todas las veces que has ayudado a pagar la matrícula de un estudiante o sus gastos de manutención a través de becas falsas que inventaste en el acto —. Me aprieta las manos cuando empiezo a apartar la mirada. —Sólo tú nombrarías las becas como Fundación Oliver Ropafuera o Fondo Drew P. Basset Hound.

Me río disimuladamente. —Drew P. Basset Hound. Clásico.

—Sí. Clásico de Rose West —. Me mira fijamente. —Nunca podría estar decepcionado de ti.

No estoy llorando.

—Y vas a ser una mamá *fantástica*.

Puede que esté llorando.

Cuando cae la primera lágrima, ambos nos retiramos mutuamente, yo murmurando sobre hormonas y él ordenando su escritorio.

Aunque siempre me he preocupado por John y sabía que a él le importaba mi carrera académica, esta es la primera vez que nos volvemos personales.

Me aclaro la garganta. —Entonces, ¿lo que estás diciendo es que sólo me tomó tres años y

medio llevarte a la jubilación?

La broma fracasa, pero él sonríe de todos modos. —Así es. Eres mi canto de cisne —. Se aclara la garganta y ambos fingimos que no somos idiotas emocionales. —Y no podría estar más orgulloso.

—Me alegro de que no estés decepcionado porque no estoy haciendo algo digno de mención o monumental —. Puse un acento presumido. —Algo que merezca el nombre y el estatus de los West.

—Pero tú *estás* haciendo algo digno y monumental —, hace un gesto hacia mi estómago. —Y realmente no podría importarme menos el nombre y el estatus de los West —. Sus ojos se estrechan, evaluando mi expresión. —Y a tí tampoco debería.

Eso le gana una sonrisa llorosa de mi parte. —Eres un tipo genial, John.

Levanta las manos y acepta mi cumplido con una sonrisa. —Eso es lo que me dicen.

A medida que la tensión del momento cargado de emociones se disipa, me recuesto en mi silla y mis piernas se abren hasta tomar una postura masculina. Estoy más ligera ahora que toda mi ansiedad previa a la reunión ha desaparecido. Entonces es cuando noto que su mano no golpetea. Su mano del anillo de bodas. Que, por primera vez desde que lo conozco, no lo lleva.

—John, John, John… —. Sacando mi diadema, uso ambas manos para sacudir bien mi cabello, devolviéndole su volumen y locura. Me siento más yo misma que desde antes de descubrir que Vance le convirtió un gol al portero. —Tengo un gran regalo de jubilación para ti.

VEINTE

#ERESUNIDIOTA

Rose

Estoy bien. Esto está bien. Todo está bien.

Desde mi asiento en la parte trasera de Brass Tacks, repito el mantra que he estado repitiendo en mi mente mientras observo a Vance escanear la habitación en busca de mí. Como siempre, luce tremendamente sexy con una camiseta azul zafiro de manga larga con bolsillos, jeans desgastados y botas con cordones.

Estoy atrapada entre dos ficus. Pero tal vez debería haber elegido el asiento debajo del respiradero porque estoy sudando como un cerdo en una barbacoa.

Vance me ve y sonríe. Malditas sean esas sexys arrugas en sus ojos.

Me abro la camiseta polo del pecho, tratando de generar algo de circulación de aire. Después de salir de la oficina de John, no tuve tiempo de regresar a casa y cambiarme y ponerme algo más yo antes de reunirme con Vance. Tampoco confiaba en mí misma para no cancelar si no venía directamente aquí desde el campus.

Vance encuentra su camino hacia mí. —Pequeña Rosie.

Uf, está intentando matarme incluso antes de que empiece. —Vance —. Al igual que para mi presentación, mantengo mi tono uniforme y profesional.

Vance frunce el ceño. Me pregunto si se da cuenta de que me parezco más a un miembro de la Asociación Femenina Profesional de Golf que a mí misma.

Con la palma extendida, hago un gesto hacia la silla frente a mí. —Toma asiento.

Se sienta y sus ojos nunca dejan los míos.

Doy un profundo respiro fortalecedor. —Entonces-...

—Lo lamento —. Vance se acerca y toma una de mis manos entre las suyas, luciendo ligeramente asustado. —No quise evadirte la semana pasada. Sólo necesitaba pensar un poco.

—Ya veo —. No solo está descarrilando mi discurso planeado previamente, sino que también confirmó que efectivamente me había estado evadiendo y no solo dándome el espacio que pedí.

Buenop. Eso se siente asombroso.

—Debería haber respondido a tus mensajes de texto —. Su barbilla cae hacia su pecho. —Eso fue un movimiento muy idiota de mi parte.

Su elección de palabras hace que mis labios se dibujen en una pequeña sonrisa.

Nos sentamos así por un momento, los susurros y el zumbido del café aumentan a medida que la multitud por la hora del almuerzo se filtra.

Es lindo sentarse aquí, tomados de la mano, ocupando el mismo espacio. Pero no es por eso que acepté reunirme con él hoy.

—Vance, yo…

—No quiero que esto termine cuando vuele a la Estación Espacial —. Sus palabras se juntan y sus manos aprietan las mías.

A mi cerebro le toma un segundo registrar lo que dijo. —¿No? —. La esperanza asoma su voluble cabeza.

—No, no lo quiero —. Las arrugas de sus ojos se profundizan y mi corazón se acelera. —Tú y yo estamos bien, ¿verdad? —. Su pulgar recorre el dorso de mi mano de un lado a otro.

Babump. *Babump.* No sólo mi corazón late más rápido, sino que también más fuerte, y la esperanza quiere estallar en mi pecho. Durante los últimos tres días me preparé para la decepción y la incomodidad. Me armé de valor para lo que había decidido que era inevitable: que me abandonaran.

Pero tal vez mi peor escenario no suceda. Quizás no piense que mis noticias son malas. Tal vez tenga espacio para mí y el bebé en su futuro. Quizás él también me ama.

Pero son todos los tal vez los que me hacen dudar de mostrar cuán esperanzada estoy.

—Creo que sí —. Mis palabras son lentas.

—Desde el principio nos hemos entendido —. Vance se inclina hacia adelante en su asiento. —Y espero que quieras continuar.

Lucho por tragarme mis emociones. Quiero decir que sí. *Maldición, sí*. Quiero que todo continúe. Las vacaciones familiares, los proyectos con brillantina, las charlas nocturnas y los mimos. Lo quiero todo.

Pero ya no soy sólo yo quien está en juego.

Necesito ser clara. Puse mi mano libre sobre mi estómago. *Necesitamos* ser claros.

Apretando las manos que todavía sostienen las mías, respiro profundamente. —¿Quieres seguir estando juntos? —. No puedo evitar mi creciente sonrisa.

—Sí.

Mi corazón está fuera de control, al igual que la sonrisa en mi rostro. —¿Como… en una relación normal y seria?

Su sonrisa vacila. —Bueno, algo parecido.

Es como si me hubieran quitado el aire de los pulmones. Intento retirar mi mano.

—No me malinterpretes —. Las manos de Vance aprietan las mías. —Realmente quiero estar juntos. Pero creo que tal vez, bueno, ¿no hemos desdibujado las líneas últimamente?—, se ríe,

sonando rígido.

Estoy congelada en mi asiento.

Cuando no digo nada, continúa: —El Día de Acción de Gracias fue divertido, pero parte de mi pensar esta semana fue que tal vez la Navidad no sea tan buena idea.

Trago.

—Ese día en la NASA, creo que tenías razón cuando dijiste que los amigos con beneficios no hacen cosas navideñas.

Podría patearme a mí misma.

—Las festividades no son casuales.

—Casuales —. Mi voz es monótona, mi cerebro tarda en registrar sus palabras.

—Pero aún así, la semana pasada no verte... no me gustó —. Vuelve a hacer esa risa incómoda. —Lo que quiero decir es que me gustas y esto que empezamos, y no quiero que eso termine —. Levanta mi mano y besa el dorso. —Sigamos divirtiéndonos sin un límite de tiempo.

—Diversión —. Mi corazón todavía late con fuerza, ahora al ritmo del dolor de cabeza que se avecina en mis sienes. —¿Hasta cuándo?

Se encoge de hombros como si nuestro fin teórico no fuera gran cosa. Como si nuestra separación fuera inevitable en algún momento. Como si no le hiciera daño irse. —Quiero decir, no es que ninguno de nosotros esté buscando sentar cabeza, ¿verdad?

Siento que me está poniendo a prueba. Pero no puedo entender la avalancha de emociones que corren por mi pecho para descubrir en qué me está poniendo a prueba.

Sarah, una de las baristas, se acerca a la mesa. —Aquí tienes, Rose —. Pone entre nosotros la limonada de mariposas que había olvidado que había pedido, dándome una excusa para recostarme y retirar mi mano de la de Vance.

—Gracias —. No puedo mirar a nadie a los ojos. En lugar de eso, sigo la corriente de condensación que corre lentamente por el vaso hecho cien por ciento de materiales reciclables.

—¿Puedo traerte algo? —, Sarah le pregunta a Vance.

—Ah, no —. Sus ojos no me dejan. —Estoy bien.

Hay una pausa y Sarah debe darse cuenta de la incomodidad entre Vance y yo. —Eh, está bien. Sólo avísame si cambias de opinión —. Retrocede un paso y luego camina rápidamente hacia el mostrador.

Tengo muchas ganas de seguirla.

—Rose… —. Intenta alcanzar mi mano otra vez, pero la muevo hacia mi regazo. —Pensé que estarías feliz por esto —. Suena confundido.

Mis fosas nasales se dilatan con una gran inhalación mientras trato de controlar toda la esperanza que muere en mi corazón. —Entonces lo que quieres es cambiar el cronograma de nuestro acuerdo. ¿No quieres nada… *más*? —, intento reafirmar mi voz, pero sueno débil incluso para mí misma.

—¿Por qué lo haríamos? —. La sorpresa en su voz me apuñala. —Quiero decir, sé que es

posible que hayamos cruzado la línea varias veces, pero tú y yo no buscamos más —. Sus ojos intentan sondear los míos.

Aparto la mirada.

—Tú eres una becaria de negocios y una West —. Dice esto como si fuera la explicación que necesito, la respuesta a todos mis problemas. Su tono implica todas las cosas que odio de ser a la vez una West y una becaria de negocios. Las expectativas. La presión. Los supuestos. Las cosas que sé ahora no importan.

Cosas que no pensé que importaran para él y nuestra relación.

—Y debo mencionar que durante la semana pasada también pensé un poco en el comentario sobre el embarazo.

Mi corazón palpita. ¿Un rayo de esperanza que surge de las cenizas?

—Me hizo pensar.

—¿Acerca de qué? —. Mi voz se quiebra.

—En cómo ése sería el peor de los casos. Para ti y para mi.

—¿De verdad? —. Extiendo manos temblorosas para agarrar mi limonada.

Él asiente, sin darse cuenta de mi angustia. —Me odiaría a mí mismo si te hiciera eso —. Por primera vez desde que se sentó, la mirada de Vance me deja y se concentra en los ficus a mi izquierda.

Casi parece enojado. Pero no estoy segura de si conmigo o con él mismo.

—Nunca querré tener hijos. Es algo que decidí cuando me aceptaron en el programa de astronautas.

—¿Nunca? —. Apenas puedo hacer que me salga la voz. Tomo un sorbo de mi bebida; el dulce líquido me enfría la garganta pero me pesa en el estómago.

—Nunca —. Aprovecha mi sorpresa y vuelve a tomar mi mano. —Pero eso es lo que nos hace una pareja aún mejor, ¿no crees? —. Aprieta, probablemente para tranquilizarme, pero sólo se siente como un tornillo de banco. —Eres demasiado joven para preocuparte por todas estas cosas.

Las náuseas que se agitan en mis entrañas no tienen nada que ver con las náuseas matutinas.

Al malinterpretar mi silencio, del mismo modo que él ha malinterpretado muchas cosas, Vance frunce el ceño. —Y sólo para asegurarme de que esto no vuelva a ser una preocupación, he consultado a mi médico.

Mis ojos se fijan en los suyos. —¿Qué?

Las arrugas se hacen más profundas y su expresión es de satisfacción propia. Por una vez, sus sensuales líneas de expresión por las sonrisas no me hacen desmayar. En cambio, anhelo quitársela de la cara a bofetadas. —Programé una vasectomía para después de las vacaciones. Incluso aprobé el procedimiento con la NASA para asegurarme de que no interfiera con el próximo plan de vuelo.

Esto… Esto no está bien. No *puede* estar bien.

Vance. El normalmente dulce y considerado Vance no haría esto.

No el tipo que hacía cosquillas a sus sobrinos. No el tipo que me sujetó el pelo mientras yo vomitaba. El tipo que venía todas las noches para asegurarse de que estuviera comiendo adecuadamente durante los exámenes sin pensar en obtener ningún beneficio sexual.

No iría tan lejos como para avisarle de su vasectomía a la NASA para asegurarse de que no descarrilara su horario de vuelo, pero no me lo mencionaría a mi hasta ahora.

¿Verdad?

Pero mientras continúo mirándolo, estudiando su rostro esperanzado e impenitente, comprendo la verdad de todo ello.

Me concentro en inhalar y exhalar por la nariz en un esfuerzo por no vomitar sobre él y sus estúpidos ojos se arrugan.

Retiro mi mano, sacándola de su alcance.

La sonrisa de Vance se desvanece. —¿Rose?

Dentro y fuera. *Dentro y fuera*.

—Absolutamente no —. Aprieto mis manos en puños debajo de la mesa. —No.

—¿No? —. Vance no puede ocultar su dolor. Pero lo que siente no es nada comparado con el dolor que ha grabado en mi pecho, aunque lucho por no demostrarlo.

Siempre he sido una fantástica jugadora de póquer emocional.

Tuve que serlo. Toda mi vida. Cuando mi padre se fue. Todas las veces que mi madre se fue. Cuando mis abuelos murieron. Cuando mis hermanos me mandaron lejos. Cuando uno por uno, todos mis amigos se enamoraron.

Asiento una vez, breve y rápido. —Necesito más que eso —. *Nosotros* necesitamos más que eso.

—¿Qué quieres decir con más? —. Se recuesta, frunciendo el ceño.

Esa pequeña distancia me ayuda a respirar. Me ayuda a encontrar el coraje. —Te amo.

La boca de Vance se abre.

—Y quiero todas esas cosas que pareces estar tan seguro de que no quiero. Como una relación seria, hijos y un felices para siempre.

Su trasero se desliza hacia atrás en el asiento, como si intentara alejarse lo más posible de mí. —Nosotros dijimos… *Tú* dijiste…

Me encojo de hombros, fingiendo que su falta de reciprocidad no duele. —Las cosas cambian.

Una de las manos que sostenía la mía con tanta fuerza hace un momento le frota la cara. —No le creí a tu hermano cuando dijo...

—¿*Qué* dijo mi hermano? —. La ira, sólo una de las muchas emociones que se están arremolinando dentro de mí, emerge.

Sus ojos se abren ante mi tono. —En la cena de la otra noche, mencionó como tú lo das todo por las personas que amas —. Se mueve en su asiento y mira hacia abajo. —Y yo… —, sus

manos vacías comienzan a moverse, —... no le creí. Quiero decir, dijiste que no estabas buscando novio. Entonces, ¿por qué…?

—¿Te amo? —. Yo también me lo estoy cuestionando.

En el fondo de mi mente, reconozco la verdad de sus palabras. *Dije* que no estaba buscando novio. Y hasta este momento nunca dije lo contrario. Pero verlo conmocionado en lugar de eufórico por mi confesión me golpea fuerte. Suprime cualquier gracia que me haya sentido obligada a ofrecer. Y cualquier deseo de contarle que estoy embarazada.

Sobre el bebé cuya existencia sorpresa me ha hecho sentir completa y resuelta.

Cierro los ojos por un momento, dejando que mi nuevo sentido de propósito se apodere de mí. Dándome fuerzas para lo que necesito hacer a continuación. —Voy a terminar con esto.

—¿Terminar? —. Parece más joven e inseguro de lo que lo he visto nunca.

Qué malditamente mal.

Me enderezo en mi asiento, una respiración profunda más disipa las náuseas agitadas. —Sí —. Agarro mi bolso del asiento a mi lado y paso la correa por encima de mi hombro. —Ahora. No es necesario esperar hasta tu vuelo.

Es su turno de ser abofeteado verbalmente para que guarde silencio. Pero cuando me muevo para levantarme, él se recarga.

—Pensé que nos estábamos divirtiendo.

—¿Diversión? —. Resoplo, cubriendo el problema de mi respiración. —¿Eso es todo lo que soy?

Sacude la cabeza, como si tratara de descubrir cómo dio un paso en falso. Parece que no soy la única cuyos planes para hoy se descarrilaron.

—No, es solo que yo… —, hace una pausa, sin tener claro qué decir a continuación.

Antes de llorar o vomitar, me levanto. Mirándolo, me aseguro de ser muy clara. Hacia él y hacia mí. —Soy mucho más que un buen momento, Vance. Y el hecho de que no parezcas pensar eso sólo solidifica mi decisión de poner fin a esto ahora —. Respiración profunda. —No me mereces —. Presiono mi mano contra mi estómago. Él no *nos* merece.

Me cuesta tragar, las lágrimas me ahogan, pero lo logro. —¿Sabes? La gente me ha estado subestimando toda mi vida. Normalmente lo encuentro divertido —. Otro trago fuerte. —Es curioso que ahora no me esté riendo.

Dicho esto, tomo mi limonada y esquivo nuestra mesa, balanceándome y zigzagueando entre la pequeña multitud, con cuidado de no tropezar con los cables de computadoras portátiles, y me voy.

Lo dejo antes de que él pueda dejarme.

Cuando llego al mostrador y él no me ha llamado, me arrepiento de no haberle arrojado mi estúpidamente deliciosa limonada de mariposa sobre su cabeza. Pero voy a ser madre. Debería empezar a actuar más madura.

Hashtag al diablo con eso.

Girando sobre mis talones, vuelvo corriendo a la mesa, quitando la tapa de mi bebida mientras avanzo. Encuentro a Vance frunciendo el ceño ante uno de los ficus, luciendo triste y confundido.

Bueno, eso nos hace dos, amigo.

Cuando me ve, sonríe y la esperanza ilumina sus ojos. —Rose, yo-…

Vacío el vaso, líquido azul pegajoso corriendo en riachuelos por su sedoso cabello y sobre las arrugas de sus ojos. Mojándolo como lo hizo con mis esperanzas.

La cafetería se queda en silencio. Dejo el vaso sobre la mesa y me alejo de él, prometiéndome dar una propina extra grande la próxima vez que venga aquí.

Mantengo la cabeza en alto y me niego a hacer contacto visual con nadie. Hasta que encuentro mi propia mirada en las puertas de cristal mientras salgo. Una mezcla de determinación, satisfacción y pérdida me devuelve la mirada.

Las lágrimas comienzan tan pronto como salgo.

Hashtag malditas hormonas.

VEINTIUNO

ADAPTANDO PINES DE SOPORTE

VANCE

—OYE, hombre, ¿estás deseando que llegue la próxima misión? —. Luke Bisbee, jefe de astronautas y el astronauta más alto que jamás haya volado, me da una palmada en la espalda mientras subimos al ascensor.

—Sí —. Mi tono contradice la palabra. Han pasado cuatro días y mi mente todavía está dando vueltas por la confesión y el adiós de Rose.

La mano con forma de zarpa de Luke aprieta mi hombro. —¿Estás bien?

—¿Mmm? —. Me deshago de mi niebla mental. Desde que me rociaron con un líquido azul, no he sido yo mismo. Digo las cosas que tengo que decir y hago las cosas que tengo que hacer, pero es como si no hubiera llegado hasta aquí. Como si hubiera dejado una parte de mí en esa cafetería artística junto a los ficus. —Sí, sí. Estoy bien.

—Más te vale. No creas ni por un minuto que no echaré tu culo de ese vuelo —. Presiona el botón del piso de astronautas. —Construir Bartolomeo suena divertido.

—¿Estás buscando volver allí arriba? —. Es una pregunta descartable, ya que ¿qué astronauta no quiere volver al espacio?

La posición de Luke como astronauta jefe es rotativa. Durante el año pasado tuvo la responsabilidad de asignar vuelos a todos los demás astronautas. Todos toman su turno para gestionar el horario de vuelo y luego se lo pasan a otra persona. Si fuera yo, estaría muy ansioso por volver allí.

—Tú lo sabes —, Luke confirma mis pensamientos y su sonrisa se hace más grande. Él se inclina hacia mí. —Y la próxima vez que suba, tengo algo emocionante planeado —. Otra cosa interesante de ser jefe de astronautas es que puedes asignarte la mejor misión cuando finalmente dejes el puesto directivo y regreses a las operaciones de vuelo.

—¿Oh sí? ¿Qué cosa?

Me mira de arriba abajo, su evidente emoción probablemente le hace incapaz de ver la falta de la mía. —¿Puedes guardar un secreto?

Levanto tres dedos de mi mano derecha. —Palabra de honor del explorador.

Luke se da cuenta de mi sarcasmo y me empuja el hombro. —Sabelotodo. Estás pasando demasiado tiempo con Jules.

Resoplo. En realidad no he visto a Jules en toda la semana. Y la última vez que vi a Jackie fue en la sala de realidad virtual. Me hace preguntarme si Rose les habrá contado. Tal vez supieron que yo era un hombre soltero andante antes que yo.

Ding. Las puertas del ascensor se abren y Luke asoma la cabeza y mira hacia la izquierda y luego hacia la derecha alrededor de la granja de cubículos. Al encontrar la costa despejada, me hace señas para que salga. —Voy a ser el primer astronauta en proponer matrimonio desde el espacio.

Por alguna razón, sus palabras se sienten como un disparo en mi pecho. —¿Vas a proponerle matrimonio a Em?

Luke ha estado saliendo con la Directora de Relaciones Públicas, Emily Durant. Ella es tan baja como él alto.

—Con un poco de suerte —. Se ríe. —No estoy seguro de poder esperar hasta conseguir un vuelo, pero ese es el plan en este momento.

Frunzo el ceño, sus palabras no tienen sentido. —¿Matrimonio?

Luke me frunce el ceño. —Sí, eso es lo que normalmente significa proponer —. Ambas manos caen sobre mis hombros. —¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí, hombre —. Me quito sus pesados guantes de encima. —Estoy sorprendido, eso es todo. Pensé que tú y yo éramos los solteros perpetuos de la NASA —, lo cual, ahora que lo he dicho en voz alta, suena juvenil y triste.

Luke se encoge de hombros. —Oye, cuando lo sabes, lo sabes —. Su sonrisa se vuelve una mueca de satisfacción. —*Y…* —, me da un codazo, —... por lo que he oído, también te has estado poniendo serio con alguien especial.

Trago. Incapaz de decir las palabras *ella me terminó,* lo desvío. —¿Ahora quién es el que ha estado pasando demasiado tiempo con Jules?

Su risa resuena en el suelo silencioso. —Touché.

Al llegar a la puerta de su oficina, Luke se da vuelta, impidiéndome continuar hacia mi cubículo. —Es sorprendente, sin embargo, te lo concedo.

—¿Qué cosa? —, pregunto, aunque estoy bastante seguro de que no quiero escuchar la respuesta.

Saca una caja de anillos, la abre y me muestra un gran diamante blanco en forma de lágrima engastado en oro amarillo. —Encontrar a la persona que lo cambie todo para ti.

Quiero discutir, pero no puedo, porque sé lo que quiere decir. Rose cambió todo para mí. Mi vida, que antes consideraba plena e importante, ahora parece vacía y patética en comparación con el tiempo que pasé con Rose. Su risa, su energía, su sed de vida.

Luke cierra la caja del anillo. —Pero supongo que eso es lo que hace el amor, ¿eh? —. Su

sonrisa es casi tan cegadora como el diamante.

—¿Amor? —. La palabra parece resonar en mi cabeza.

—Sí —. Él se ríe y se guarda la caja en el bolsillo. —¿No es genial?

—Sí —. Mi voz es débil. Pero Luke no se da cuenta. Está demasiado entusiasmado con... el *amor*.

Me las arreglo para escuchar los planes detallados de la propuesta espacial de Luke hasta que suena el teléfono de su oficina, lo que me permite escapar a mi cubículo, mi mente todavía dando vueltas.

La risa de Luke resuena por el piso una vez más y me pregunto si está hablando con Emily.

Amor.

No le creí a Rose cuando dijo que me amaba. En parte fue un shock. No había pensado que el amor estuviera dentro del alcance de las posibilidades. No con los parámetros concretos que establecimos al inicio de nuestra relación.

Todo lo que Rose dijo al explicar su giro de ciento ochenta grados sentimental fue «las cosas cambian».

El ingeniero que hay en mí no podía comprender una explicación tan subjetiva y abstracta. Es posible que incluso lo haya atribuido a una prerrogativa de la mujer.

Dios me ayude si mis sobrinos me oyeran admitir eso. Me arrastrarían sobre las brasas de mil sujetadores ardiendo.

Y con razón.

Porque no son las *cosas* las que cambian.

Es el *amor* lo que cambia las *cosas*.

El amor cambia todo.

UNA HORA MÁS TARDE, me masajeo las sienes, tratando de aliviar el dolor de cabeza que se avecina y respiro profundamente el aire viciado de la oficina.

Amo a Rose.

Y para empeorar las cosas, ella también me ama.

Mierda.

Y ahora me enfrento a otro problema menor. El problema que surge al distanciarte de los demás por preocupación por su bienestar. Porque ahora, mientras me ahogo en la autocompasión y la reflexión, no hay nadie cerca con quien desahogarme.

No es que me esté poniendo cara de mierda. *Quiero* hacerlo, pero por mucho que la NASA prescriba el mantra trabajar duro y jugar duro, estoy bastante seguro de que dibujarían un límite en el consumo de alcohol en los cubículos.

—Tierra a Bodaway. ¿Hola?

Al salir de mi ensoñación, encuentro a Ian detrás de mí, apoyado contra la media pared de mi cubículo.

—He dicho tu nombre tres veces —. Se inclina hacia adelante y mira el cuaderno sobre el que estoy encorvado. —¿Qué estabas haciendo?

Demasiado tarde intento cubrir el papel cuadriculado con sus líneas rectas y ángulos perfectos de los planos de Bartolomeo, ahora estropeados por mis garabatos distraídos del nombre de Rose.

Ian se ríe. —¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

Tiro mi bolígrafo sobre el escritorio. —Vete a la mierda, Kincaid.

—No, hombre. Necesitamos hablar —. Empuja mi hombro, haciéndome retroceder de mi escritorio. —Me han votado como mediador.

—¿Votado? —. Giro mi silla para mirarlo. —¿De qué estás hablando?

—Rose no está atendiendo las llamadas de Holt o Flynn —. Suspira y se pasa la mano por la cara. —Y para empeorar las cosas, Jackie y Jules están actuando muy raro, esquivándolos cuando preguntan por ella.

—¿Qué dice Trish?

Si las miradas mataran, estaría muerto.

—No lo sabría porque de repente se le ocurrió la idea de llevar su remolque a algún lugar para un ‘retiro de escritura'.

Intento no reírme cuando gesticula las comillas en el aire.

—Así que los muchachos echaron a suertes quién tendría que venir a hablar contigo al respecto.

Le lanzo una sonrisa sardónica. —Déjame adivinar, perdiste.

—No. Gané —. Él levanta una ceja ante mi expresión dudosa. —Y créeme, deberías estar de rodillas agradeciendo a cualquier dios en el que creas porque soy yo y no uno de los hermanos West. Porque aunque Holt es el más sensato de los dos, después de que Rose cancelara la fiesta de graduación de mañana, que según él había estado planeando durante meses, tuve la sensación de que tanto él como Flynn no iban a hablar tanto como a darte una golpiza.

Hago una mueca, la culpa en mi estómago se vuelve más pesada.

—Entonces *sí* tiene que ver contigo.

Me paso una mano por el pelo, tratando de descubrir qué decir.

—¿Qué le hiciste exactamente a la chica que normalmente puede superar los problemas de la vida usando solo el poder de la brillantina, que la molestara lo suficiente como para cancelar una fiesta?

—Ey —. Me levanto y le meto el dedo en el pecho. —No hables así de ella. No subestimes a Rose sólo porque es divertido estar cerca de ella —. Pienso en la expresión devastada que puso cuando yo, como un idiota, hice precisamente eso. —Ella es más que eso. Trabaja duro en todo lo que hace y se *preocupa*. Ella se preocupa profundamente.

Ian levanta las manos en señal de rendición. —Sí, en realidad lo sé.

Bajo el dedo clavado en su esternón. —Oh, ah, bien.

—Sólo me estaba asegurando de que *tú* lo supieras—. Se frota el pecho. —Y creo que puedo decir con certeza que sí.

—Lo siento —, murmuro, asintiendo con la cabeza hacia su pecho, pero demasiado descontento porque él me estaba poniendo a prueba para sonar sincero.

—Sí, sí. Lo sé —, rechaza mis disculpas. —Vamos —. Golpea el plástico duro del marco de la pared del cubículo. —Si vamos a ponernos más incómodos, bien podríamos hacerlo mientras tomamos unas copas.

———

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, mientras tomo una cerveza de True Anomaly en el pub Boondoggles, le cuento a Ian cómo terminó Rose las cosas.

—Espera —. Ian me mira como si acabara de confesar que creo que la Tierra es plana. —¿Me estás diciendo que *después* de decirle a Rose que la sola idea de que ella tuviera un bebé tuyo te asustaba tanto que programaste una vasectomía, le pediste que siguiera follando contigo hasta que encontrara a alguien con quien quisiera tener hijos?

Me muevo en mi asiento, agradecido de que mi herencia nativo americana me impida sonrojarme. —Sí, lo sé. No fue mi mejor momento —. Tomo otro sorbo. —Pero me gustaría pensar que no sonó tan mal cuando lo dije.

Ian silba bajo. —Hombre, no importa cómo lo digas, suena terrible.

Dejo caer mi cabeza entre mis manos. —Mierda, lo sé.

—¿Entonces es por eso que ella terminó las cosas?

—Tal vez.

—¿Tal vez? ¿No me digas que hay más?

—Ella quizás me haya dicho que me ama.

—Y…

—Y quizás yo no le haya creído.

Ian se frota los ojos y parece estupefacto. —Supongo que ahora tiene sentido que Rose esté desaparecida. El chico que ama acaba de darle un puñetazo en el corazón.

Pensé que lo sabía, pero escuchar a alguien más decirlo me hace doler aún más el pecho. —Estaba simplemente... sorprendido.

—¿Por qué? —, Ian frunce el ceño. —Todos los demás lo saben.

Agarro con más fuerza el vaso de cerveza, una vez más enfadado conmigo mismo por ser tan ciego emocionalmente.

—Sin embargo, no tener hijos es un factor decisivo para cualquier relación —. Toma un sorbo de su cerveza mientras piensa en ello. —¿Estás *seguro* de que eso es lo que quieres?

Recuerdo la taza de mi papá. —Es lo correcto por hacer.

Ian deja su cerveza sobre la mesa con un golpe seco. —¿Cómo es que no tener hijos es lo correcto?

—No se trata sólo de no tener hijos. Se trata de no ser irresponsable al amar a personas que podrías terminar dejando —. Mirando fijamente mi vaso, veo mis ojos reflejados en el líquido ámbar. —Soy un astronauta. Es peligroso. No estaría bien que me pasara algo y dejara atrás destruídas a personas que me amaban —. Al expresar con palabras la lógica de la que he estado tan seguro durante años, espero que Ian, otro ingeniero de pensamiento racional, vea la lógica detrás de esto.

En cambio, cuando levanto la vista, su expresión es de incredulidad. —Pero hay muchos astronautas con familias. De hecho, la mayoría de los astronautas tienen hijos —. Él frunce el ceño con más fuerza. —¿No hay alguna estadística que indique que conducir un automóvil es más peligroso que un vuelo espacial?

—Las estadísticas pueden estar sesgadas.

Ian habla justo encima de mí. —Y además, hay trabajos mucho más peligrosos que el de los astronautas. Socorristas, madereros, trabajadores del acero…

—Son todos idiotas —. Pienso en el marido de la Dra. Sato, Ryan, el bombero que llevaba a sus gemelos. Gemelos que están a sólo un incendio, una tragedia, de perder a su padre. Sacudo la cabeza con disgusto. —No saben lo que podría pasar. No lo entienden. Miro intensamente a Ian a los ojos, tratando de transmitir sin palabras cuán en lo correcto estoy, cuán importante que es mi decisión. —¿Crees que *mi* idea de no querer estar enamorado es egoísta? —, me burlo. —Las personas verdaderamente egoístas son las que saben que hay muchas posibilidades de que mueran, pero de todos modos tienen esposas e hijos. Familias y otras personas importantes a las que dejarán atrás hundiéndose en el dolor —. Cuando termino, necesito respirar profundamente, sorprendido de encontrarme jadeando.

—Está bien, wow —. Las cejas de Ian prácticamente tocan la línea del cabello. —Entonces... eso es mucho que desempacar —. El hijo del senador, normalmente puritano, inclina la cabeza hacia un lado y exhala un largo suspiro. —Pero antes de intentar profundizar en todo *eso*, voy a hacer tres cosas por ti.

Antes de que pueda explicar, el camarero pasa con nuestra siguiente ronda de cervezas.

Cuando alcanzo la mía, Ian la aparta. Dirigiéndose al camarero, dice: —Necesitaremos dos tragos de Jameson para estos.

El camarero asiente, como si dos hombres haciendo calderería antes del mediodía fuera algo común, y luego se aleja.

Ian se centra en mí y levanta un dedo. —Uno, te voy a emborrachar.

—Sí —. Suena como una gran idea.

—Dos...—. Se mueve en su asiento y saca su billetera. Al abrirla, saca una tarjeta de presentación y me la entrega. —Te voy a dar esto.

Tomo la tarjeta y leo: —Dra. Betty Brown, psicóloga —. Frunzo el ceño con más fuerza, sin entender. —¿Una psiquiatra?

—Sí —, Ian asiente. —Y una malditamente buena.

—Huh —. Miro a Ian con nuevos ojos, procesando esta información. —No sabía que estabas en terapia.

Ian se encoge de hombros como si no fuera gran cosa, lo que sólo hace que lo respete más. —Pero eso no te ayudará en este momento —. Me señala. —Le debes una disculpa a Rose. Por el bien de tus compañeros de trabajo y amigos, pero sobre todo por el bien de ella misma.

Trago y los fuertes sentimientos de arrepentimiento se apoderan de mí una vez más. —Sí, lo sé.

—Y cuanto antes mejor. Porque no sólo tienes que lidiar con dos hermanos West, sino también con una astronauta loca que no me sorprendería que mínimamente te matara y lo hiciera parecer un accidente, y otra astronauta que es lo suficientemente inteligente como para ayudarla a salirse con la suya.

—Mierda —. Olvidé que, además de un corazón roto, también tengo que lidiar con una normalmente instructiva, pero ahora probablemente psicótica Julie Starr.

El camarero viene con nuestros tragos.

—Podrías ir trayendo otros más —, le dice Ian mientras me desliza mi cerveza.

—¿Cuál es la tercera cosa? —, pregunto cuando se va el camarero.

—Te voy a decir algo y no te va a gustar, pero te prometo que es cien por ciento cierto.

—Eso suena genial.

Ian me mira fijamente a los ojos. —No le creíste a Rose porque si aceptabas que ella te amaba, con tu lógica sesgada y emocionalmente dañada, te verías obligado a dejarla ir.

Me estremezco.

Todavía sosteniéndome los ojos, Ian inclina la cabeza, como si evaluara mi reacción. —Y no quieres dejarla ir porque la amas.

Es difícil de tragar. Tanto sus palabras como el nudo en mi garganta.

Ian me entrega mi trago.

En silencio, lo tomo.

Cuando finalmente puedo volver a respirar con normalidad, miro a Ian. —Eres brutal.

El asiente. —Me criaron en la política.

—Pensé que tal vez esa idea podría haber venido de la terapia.

—Oh, sí, pero la política me llevó a terapia, así que… —, se encoge de hombros.

—Entonces, ¿qué hago al respecto?

—Mierda si lo sabré.

Me río a pesar de la repentina necesidad de controlar mis emociones.

Ian sostiene la onza de Jameson sobre su cerveza. —Bebamos y veamos si podemos resolverlo.

Tomo mi trago. —Suena como un plan.
Dejamos los tragos y resoplamos.

VEINTIDÓS

#CORREOMUERE

Rose

Puede que me haya excedido.

Al salir de mi nueva minivan, presiono el botón para que una de las dos puertas laterales se abra.

Doug, el valet, se acerca apresuradamente y se detiene cuando ve algunas de mis compras caer de la camioneta. —¡Oye, Marty! —, Doug llama por encima del hombro, con los ojos todavía fijos en la gran cantidad de artículos para bebés apilados en el interior. —Vamos a necesitar el carrito.

—Bien pensado, Doug —. Me levanto de puntillas y miro las bolsas y cajas en los cuarenta y dos metros cúbicos de almacenamiento que mi nuevo vehículo de 5 x 1.80 metros me permitió transportar. —Yo quiero-...

—¿Qué. En nombre de Dios. Hiciste?

Sorprendida, giro sobre mis sandalias hacia el frente de mi edificio, donde Jules, Trish y Jackie están con la boca abierta. Trish y Jackie parecen confundidas, mientras que la sorpresa de Jules adquiere una vibra más personal de afrenta.

—Es sólo UN niño —, dice Jules, como si no supiera cuántos bebés hay en mi vientre. —¿Por qué diablos necesitas una minivan?

—¿Y por qué está cubierta de glitter? —, pregunta Jackie.

—¿Esas polveras están girando? —. Trish mira con los ojos entrecerrados mis neumáticos de veinticinco pulgadas recién levantados. Sí, de hecho, gira.

—Estoy bastante segura de que no es un color estándar de fábrica —, comenta Jackie.

Me encojo de hombros cuando se acercan. —No voy a ser una madre estándar —. El sol de Texas brilla en la superficie de la pintura holográfica de mi auto con brillo rosa dorado recién reacabada, lo que me hace sonreír. —Además, *ahora* es un niño. ¿Quién sabe lo que va a pasar?

Eso las detiene a todas en seco.

—Y una minivan es súper segura —. En caso de que no lo supieran. Porque me miran como

si estuviera loca en lugar de como si fuera un adulto responsable y pensante a punto de tener un hijo.

—También lo es un tanque —, dice Jules con expresión inexpresiva. —Lo cual también sería menos embarazoso de conducir.

—Es tan... cegador —. Hay una pizca de asombro en la voz de Trish.

Sonrío más ampliamente. —Lo sé, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con un niño *ahora*? —, pregunta Jackie.

Decido *no* contarles mis nuevos planes de convertirme en la anciana que vivía en un zapato con su inmensa cantidad de hijos. Excepto, ya sabes, hacerlo estilo la joven que vivía en un penthouse.

Después de dejar Brass Tacks, me prometí que con o sin Vance, mi hijo tendría una familia numerosa. Hermanos, hermanas, tías y tíos. Todo el asunto. Ya sea que eso signifique convertirme en la Angelina Jolie de Houston y adoptar un grupo de huérfanos o visitar un banco de esperma para hacer retiros, me aseguraré de que *todos* mis hijos estén rodeados de nada más que amor.

Me salvé de responderle a Jackie cuando Martin llega con el carrito.

—Gracias, Marty.

—No hay problema, señorita West —. Está de pie junto a Doug, ambos frunciendo el ceño ante el interior abarrotado de mi furgoneta. —Tendremos esto solucionado en breve.

Extiendo la mano para ayudar, pero Martin me ahuyenta. —Doug y yo te llevaremos tus compras y estacionaremos el auto en el garaje.

—¿Seguro? —. Me siento mal, porque además he estado haciendo terapia de compras toda la semana. Pensé que ayudaría, pero mi corazón todavía está tan dolorido como mis pies por mi maratón de compras.

—Sí —. Martin ni siquiera me mira ahora, completamente absorto en el Tetris que implica colocar mis cajas y bolsas en el carrito.

—Está bien, gracias, chicos —. Y aunque se supone que no debo hacerlo, les deslizo a ambos billetes de cincuenta en los bolsillos cuando tienen las manos ocupadas.

Cuando me giro para entrar al edificio, mis amigas me bloquean.

—Necesitamos hablar, cariño —. Trish, siempre diplomática, sonríe. Es una sonrisa que le das a un animal herido cuando no estás seguro de si te van a arrancar la cabeza de un mordisco o no.

—Sí, esta semana ha sido una mierda —. Jules, *nunca* diplomática, cruza los brazos sobre el pecho.

—Porque se trata todo de ti —, respondo con cara seria.

Sin mirarnos, Jackie extiende la mano y toca la camioneta, como si intentara analizar cada partícula de brillo. —Creo que lo que Jules quiere decir es que evitar a Vance se ha convertido en un problema logístico en el trabajo. Sin mencionar las implicaciones morales y emocionales

de ocultar un secreto a un colega y amigo.

—Tenía miedo de que se me escapara algo, así que conduje el Airstream hasta el parque de casas rodantes de Myra y lo estacioné, diciéndole a Ian que iba a un retiro de escritura —, agrega Trish. —Quiero decir, en cierto modo es cierto, porque estoy encerrada allí escribiendo todo el día, pero aún así, preferiría estar en casa.

—Oh —, digo, apenada. Había estado tan ocupada en mi propio mundo que no había pensado en cómo estaban lidiando mis amigos con la noticia de mi bebé.

Jackie se vuelve hacia mí y parece molesta por mi falta de previsión. —También dejaste de atender nuestras llamadas, por lo que no sabíamos cuándo ni cómo fue la conversación con Vance sobre el desarrollo del feto —. Se levanta las gafas. —Lo que nos lleva de nuevo a la cuestión de la evasión.

Jules se pellizca el puente de la nariz. —¿Feto, Jackie? ¿En serio?

Viendo que Martin y Doug están sacando de la camioneta un asiento de seguridad con estampado de vaca y cajas de pañales, estoy segura de que el hecho de que esté embarazada no los sorprenderá. Sin embargo, no necesariamente quiero hablar del drama del papá de mi bebé en medio de la calle. —Vamos, perras —. Empujo entre ellas. —Vamos arriba.

El viaje en ascensor es silencioso. Sobre todo porque Jules y yo nos esforzamos por no reírnos de la señora Smalls, mi vecina anciana del piso dieciséis con un problema de flatulencias del que le gusta culpar a su igualmente anciana perra, Gilda. No sé si alegrarme o disgustarme por el pequeño respiro.

Cuando mi vecina y su perro se bajan en su piso, la señora Smalls espolvorea con cada paso, el hedor permanece mientras las puertas del ascensor se cierran nuevamente. Trish está casi azul por contener la respiración.

Finalmente, llegamos al último piso, salimos a trompicones al pequeño vestíbulo de seguridad y jadeamos en busca de aire limpio.

Abriendo la puerta principal, entro y me quito las sandalias.

—Dios mío. Esa pobre mujer —. Trish, un paso detrás de mí, se queda congelada en la puerta cuando nota los cambios en mi apartamento.

—Pobre mujer, mi culo —. Jules pasa junto a Trish, todavía agitando la mano delante de su nariz. —Es el perro por quien lo siento…—. Ella también se congela. —¿Qué diablos pasó aquí?

Jackie mira entre ellas, balanceándose hacia adelante sobre las puntas de los pies. —¿Te estás mudando?

Dejé mi bolso sobre el masticador automático de comida para bebés. —No —. Miro a mi alrededor todas las cosas que compré en dos días y mi penthouse de dos mil quinientos pies cuadrados parece estrecho. —Bueno, quizás —. Me viene a la mente la casa de la madre de Vance, en un vecindario familiar con un patio trasero cercado. Yo, en lugar de Helen, sentada a la cabecera de la mesa llena de familia.

Respiro profundamente por la nariz.

—¿Te mudas con Vance? —, pregunta Jackie, probablemente pensando que ese es el siguiente paso lógico.

Trish aplaude frente a ella, luciendo esperanzada.

—No —. Mi voz es monótona. —Terminamos.

Esto se encuentra con el silencio hasta que Jules hace crujir sus nudillos. —¿Ese imbécil te terminó después de que le contaste sobre el bebé?

Los tres pares de ojos me taladraron mientras froto mi pie de un lado a otro sobre las suaves fibras de mi alfombra.

—Rose —. Trish lo dice como una advertencia. —¿Qué no nos estás diciendo?

Suspirando, empujo los tres bolsos Louis Vuitton que compré para usarlos como pañaleras fuera de la otomana y me siento. —No se lo dije.

—No entiendo —. Jackie frunce los labios. No entender algo es lo que más le molesta a Jackie.

—¿Cómo que no pudiste decírselo? —, Jules se da vuelta como si quisiera caminar de un lado a otro, pero los paquetes la detienen. —*Tienes* que decírselo. No sólo es el padre, sino que también es mi amigo.

Miro a Trish, pero no hay ayuda allí. Parece una mamá decepcionada de su hija.

Sintiéndome acorralada, paso a la ofensiva. —Bueno, nada de esto habría pasado si hubiera sabido que, para empezar, eras su amiga —, le digo a Jules, alzando la voz. —Nunca antes mencionaste su nombre.

—¿De qué estás hablando? —, Jules frunce el ceño. —Hablo de Linterna todo el tiempo.

—Sí, *Linterna*. Ni Vance ni Bodie —. Llevo mis manos al aire. —Pensé que te referías a algún tipo de Robonauta novedoso.

Jackie respira profundamente con los ojos muy abiertos. —No se puede reemplazar a Robonauta —. En cualquier otro momento, su leve mirada de horror sería divertida, pero ahora mismo me siento muy tonta y frustrada.

—Linterna es su *apodo* —, explica Jules, como si fuera tonta.

—Es un apodo horrible —, respondo.

Jules da un paso hacia mí. —Por qué tú-...

—Eso es suficiente —, el acento sureño de Trish cruza la habitación. —Ambas están simplemente molestas —. Mira ida y vuelta entre Jules y yo. —Y están a punto de decir cosas que realmente no quieren decir.

Respiro profundamente y me tranquilizo. Al encontrar mi Zen interior, miro a Trish directamente a los ojos. —Linterna es un apodo horrible. Y lo digo en serio con cada fibra de mi ser.

Jules abre la boca, pero el timbre de mi puerta me salva de su respuesta.

Buen viejo Martín.

Con la banda sonora de un silencio incómodo, Martin y Doug arrastran mis compras al

dormitorio principal, ya que tanto la futura guardería como la sala de estar están llenas. Cuando terminan, los acompaño hasta la puerta principal y les doy otros cincuenta a cada uno.

—Rose —, me dice Trish una vez que los he despedido. —Tienes que decírselo —. Su voz es suave pero firme.

Me quedo frente a la puerta principal, sin querer ver las caras de mis amigas mientras admito mi mayor miedo. —No cambiará nada.

—No lo sabes, cariño.

—Sí. Sí lo sé —. Respiro profundamente y las enfrento. —Él no quiere tener hijos. Me dijo eso antes de que tuviera la oportunidad de decirle que estoy embarazada —. Me río, molesta porque me pican los ojos. —Incluso ha programado una vasectomía.

Jules se deja caer en el sofá, aplastando la bolsa de ropa de bebé de Marc Jacobs.

—Sí. Él habla *así* de en serio acerca de no tener hijos conmigo —. Trago el nudo en mi garganta. —Pero a él no le importaría permanecer informal. Simplemente sin nada serio —. No puedo ocultar mi dolor.

Nos sentamos en silencio, todas pensando en lo que acabo de decir. Aunque me he esforzado por no pensar en las palabras que me dijo ese día, ahora que lo he admitido, dan vueltas y vueltas en mi cabeza y en mi corazón al repetirlas. Matándome suavemente con cada vuelta.

Jules rompe el silencio. —Voy a matarlo —. Su tono tranquilo da más miedo que si sonara enojada.

—No puedes —. Me dejo caer de nuevo en la otomana, sintiéndome agotada, pero también emocionalmente apaciguada por la declaración de Jules. —Él es tu amigo.

—Sí, pero las zorras están antes que los hermanos.

Me río, algo de mi tristeza disminuye. —Te malditamente amo, Jules.

—Sí, lo sé —. Sus ojos se suavizan y sonríe. —Yo también te amo.

—Todas te amamos —, logra decir Trish antes de morderse el labio, como si estuviera tratando de controlar sus emociones.

Bienvenida al club.

—Amar —. Me río, pero a mis propios oídos suena hueco. —Sí, también le dije eso —. Al mirarme los dedos de los pies, mi visión se vuelve borrosa y el calor detrás de mis ojos aumenta. —Amarlo tampoco cambió nada —. Me muerdo el labio, el dolor me castiga. —De hecho, empeoró las cosas.

Trish se acerca a mí con los brazos extendidos. Me inclino hacia adelante, mis brazos rodean su cintura y mi cabeza descansa sobre su estómago. Mientras pasa sus dedos por mi cabello, caen algunas lágrimas.

—Entonces, ya ven, es mejor así —, digo en la camisa de Trish. —Es mejor que no lo sepa.

Nos quedamos en silencio un rato. El único sonido proviene de la habitación brillante, donde está la máquina de ruido blanco que compré para la guardería. Resulta que era fácil de encender pero no tanto de apagar.

—¿Sabes? —, el tono racional de Jackie me hace sonreír, mi lengua saborea la sal de mis lágrimas. —He investigado un poco.

—Por supuesto que sí —. Jules suspira y, por el crujido de las bolsas, me doy cuenta de que se ha preparado para uno de los discursos oratorios de Jackie.

—Sí —, entona Jackie. —Y resulta que se han realizado bastantes estudios psicológicos sobre cómo hombres y mujeres conceptualizan el embarazo y la paternidad. El concepto de convertirse en madre para una mujer comienza con la idea de maternidad. Para los hombres, la idea de paternidad es demasiado abstracta; generalmente no aceptan ser padres hasta la concepción, e incluso entonces, sólo aceptan sus responsabilidades inminentes *después* del nacimiento del niño.

Contengo mis lágrimas y me siento. —¿Entonces?

Trish me agarra un pañuelo de papel de la mesa auxiliar.

Los ojos de Jackie se agrandan, como si estuviera sorprendida de que no hayamos dado el salto adelante que su cerebro ya concluyó con esa información. —Por lo tanto, sería lógico pensar que la opinión de Vance sobre la paternidad está sesgada por la falta de información. El simple hecho de saber que va a ser padre y luego convertirse en padre podría alterar toda su perspectiva.

—Todos esos 'sería y podría' suenan mucho a 'tal vez' —. Me sueno la nariz. —No soy la mayor fanática de los 'tal vez'.

—Nadie lo es —. Jules está sentada con las piernas abiertas en mi entrenador, sus botas de motocicleta lucen fuera de lugar al lado de los animales de peluche de llama bebé, que decidí que serían el tema de la guardería, apilados en el suelo. —Pero no hay 'tal vez' acerca de la llegada de este bebé, ¿verdad?

Miro hacia abajo, donde mi barriga no tonificada pero aún plana desmiente la existencia de un bebé creciendo en su interior. Un bebé que ya está causando drama incluso antes de estar completamente formado.

Hashtag totalmente mi hijo.

—Sí, no hay 'tal vez' sobre este pequeño. O pequeña.

El cochecito de última generación con clasificación de seguridad de cinco estrellas estacionado frente a mi habitación brillante me hace imaginarme empujando a un dulce bebé con grandes ojos marrones y hermoso cabello oscuro. O tal vez una niña disfrazada de unicornio, como todas las niñas deberían tener la oportunidad de hacerlo.

Trago fuerte.

Trish se mueve y se sienta a mi lado en la otomana. Es un poco apretado, pero aprecio su cercanía. —¿Puedes decirnos qué dijo cuando le dijiste que lo amabas?

—No me creyó.

La cabeza de Jules cae hacia atrás contra el sofá. —En serio, voy a arrancarle las pelotas.

—Jules —, la reprende Jackie.

—¿Qué? —, Jules se encoge de hombros, intentando parecer inocente en lugar de asesina. —De todos modos, no es que las atesore si tiene programado ligarse las trompas.

—A las mujeres les ligan las trompas. A los hombres les-...

—*De todos modos* —. Trish les pone los ojos en blanco, haciéndome sonreír. —¿Eso es todo lo que dijo? Él no dijo que no te amaba, ¿verdad?

Recuerdo sus ojos muy abiertos. Su ceño de confusión. —Bueno, no —, digo lentamente. —Pero tampoco dijo que me amaba.

—Tal vez simplemente estaba en shock —. La esperanza en la voz de Trish me hace sentir náuseas.

Jackie hace a un lado la bañera portátil y se sienta junto a Jules en el sofá. —Los hombres son considerablemente menos conscientes de los enredos emocionales que las mujeres.

Jules le sonríe. —¿No es esa la olla que llama negra a la tetera?

—¿Qué olla? —. Las gafas de Jackie se deslizan por su nariz cuando frunce el ceño. —¿Qué tetera?

—No importa, puta —, Jules se ríe. —No importa.

Jackie continúa frunciendo el ceño antes de sacar su teléfono del bolsillo, sin duda buscando lo que acaba de decir Jules.

Al estudiar a estas tres mujeres, me invade una repentina sensación de gratitud. Estoy muy agradecida de haberlas conocido. Que estén aquí conmigo ahora. Que estarán aquí para el bebé.

Sonrío y me siento mejor con estas chicas a mi alrededor que cuando compraba artículos para bebés por un valor de miles de dólares.

—Oye —, digo, asintiendo con la cabeza hacia Jackie cuando todos me miran. —Búscame algo, ¿quieres?

—¿Seguro, qué? —, Jackie coloca sus pulgares sobre la pantalla.

—El rol de una madrina —. Mi sonrisa crece cuando las tres me miran con los ojos muy abiertos. —Porque espero que todas ustedes tomen sus nuevas responsabilidades muy en serio.

Trish junta las manos y salta sobre la otomana, casi sacándome de mi asiento. —¡Vamos a ser madrinas!

Jackie asiente solemnemente, agitando los pulgares.

Miro a Jules, cuya habitual sonrisa está ausente. Al verme mirándola, parpadea y se frota el ojo. —Sí —. Ella se aclara la garganta. —Eso suena muy bien.

No podría estar más de acuerdo.

VEINTITRÉS

CARGA ÚTIL INTERNA

VANCE

HAY una marcada diferencia entre la primera vez que me senté en el estacionamiento de Heartbreakers y hoy.

Estacionada unos lugares más abajo, con pintura holográfica altamente brillante que me da dolor de cabeza, hay una camioneta de stripper. Debe ser una camioneta de stripper, porque ¿por qué si no alguien se tomaría el tiempo para hacer un vehículo de mamá futbolista tan llamativo?

Lo que plantea la pregunta de por qué una stripper necesita una furgoneta. ¿Para viajes por carretera? ¿Es una especie de Uber para las trabajadoras del club de striptease? Y si Heartbreakers iba a hacerlo *así* de notorio, ¿por qué no cubrir el costado con su logo?

En el asiento del conductor de mi 4Runner, me alejo, tratando de ocultar mis ojos del resplandor destructor de córneas de la camioneta. Una mirada a ese trabajo de pintura increíblemente llamativo y mi dolor de cabeza por la sesión de vinculación con tragos del viernes con Ian regresa con fuerza. Me dan ganas de llevar mi casco espacial, con el parasol recubierto con una fina capa de oro para filtrar los dañinos rayos solares.

Pero a pesar de lo notable que es la camioneta de stripper, lo que es igualmente notable es la ausencia del auto deportivo dorado de Rose.

Ya ha pasado media hora del inicio de la clase de pole dance y Rose no está aquí.

Intenté enviarle mensajes de texto y llamarla ayer. Nada. Fue directo al correo de voz.

Incluso conduje hasta su apartamento, pero el portero me detuvo en el vestíbulo del edificio. Parece que Vance Bodaway ya no está en la lista de visitantes aprobados.

En apenas unos días, Rose efectivamente me sacó de su vida.

Lo cual debería estar bien. Después de todo, era lo que esperaba. Que los sentimientos de Rose serían lo suficientemente casuales como para que ella pudiera simplemente seguir adelante una vez que pusiéramos fin a nuestra relación de amigos con beneficios.

Pero en lugar de sentirme agradecido por eso, estoy deprimido. No había necesitado el peso de la mirada condenatoria del portero para saber que había cometido un error. No sólo por

malinterpretar los sentimientos de Rose sino por malinterpretar los míos.

Una nube se aleja del sol y el reflejo cegador de la furgoneta se convierte en un rayo mortal.

—Al diablo con ésto —. Apago el motor y luego abro la puerta. La camioneta me mira fijamente mientras paso, y yo le devuelvo la mirada. Para cuando llego a la puerta principal de Heartbreakers, puntos de luz flotan en mi visión.

Lo primero que noto al entrar es la música. En lugar del habitual hard rock y hip hop, por los altavoces suena *Blanca Navidad* de Bing Crosby. Lo segundo que noto son los accesorios giratorios del techo. En lugar de las luces multicolores normales, son una mezcla de verde y rojo.

—Te lo digo, Helen, es un gran viejo amoroso. Él es perfecto para ti.

Parpadeo un par de veces, preguntándome si la furgoneta me hizo más daño en las retinas de lo que pensaba. Porque lo tercero que noto es a Rose. Rose con un mono de spandex sin mangas, rojo metalizado, largo, completo con cinturón negro y escote ribeteado de piel. Y si eso no fuera suficiente, está metida en unas botas negras de tacón de aguja hasta los muslos.

Nunca, ni una sola vez, en toda mi vida he deseado vestirme como Santa. Pero ver a Rose vestida como una sexy Sra. Claus, luciendo como un sueño húmedo de la mañana de Navidad, me hace querer repensar todas mis fantasías de toda la vida.

—Te lo agradezco, Rosie, pero no he tenido citas desde, bueno…—, mi madre, vestida con mallas blancas y un sujetador deportivo a juego, y bañada en lo que parece un galón de purpurina plateada, se encoge de hombros y se ríe, —...nunca, la verdad.

—¡Vamos, chica! —, Myra, con un chándal verde cazador y orejas de elfo, le echa huevos a mi madre. —Consíguete algo.

—Sí —, interviene Ángela, con los ojos bajos mientras coloca la parte superior de su bikini triangular marrón de manera más segura sobre sus senos. —El sexo casual navideño es el mejor —. Ella suspira y levanta la mano para enderezar su diadema de astas. —O eso he oído. Ha pasado tanto tiempo para mi que sería una mejor Virgen María que un reno.

—Entoooooonces…—, Rose engatusa a mi madre con el codo. —¿Me dejarás darle a John tu número? —. Más codos. —¿Eh? ¿Eh?

Mamá se sonroja. O creo que sí. Podría ser el foco rojo. —No me parece. Soy demasiado mayor para todas esas tonterías.

—¿Qué? —. Rose da un paso atrás, mirando a mi madre de arriba abajo. —No eres vieja, estás atractiva.

Mi madre vuelve a reír, luciendo juvenil. Encantada. Casi como si ella realmente quisiera decir que sí.

Pero mamá no tiene citas. Ella nunca lo ha hecho. Siempre pensé que era porque ella nunca dejó de llorar a papá.

Mamá abre la boca para responder y de repente me pongo muy nervioso por lo que va a decir.

—Rose —, interrumpí a mi madre, mi voz se proyectó sobre la de Bing y sonó ronca en

comparación.

Los ojos de Rose se dirigen hacia mí y su sonrisa se desvanece. —¿Qué estás haciendo aquí?

Cuatro pares de ojos se centran en mí, su peso es suficiente para inclinar la balanza del juicio a mi favor.

—¿Alguien más está teniendo una sensación de déjà vu? —. Myra mira a su alrededor. —A mi edad hay que tener cuidado. En un momento es un déjà vu y al siguiente es demencia.

—No pensé que estuvieras aquí —, le digo a Rose. —No vi tu auto.

—¿Alguien más? —, pregunta Myra, ignorándome.

Ángela le da unas palmaditas en el hombro a Myra. —Estás bien, Myra. Yo también lo siento.

—Oh, bien —. Con eso, Myra ajusta su silla plegable para mirarme y se sienta, luciendo lista para ser entretenida.

La cabeza de Rose se inclina hacia un lado. —Si no creías que estaba aquí, ¿entonces supongo que no estás aquí para verme?

Una de las luces ilumina mi cara, por lo que no puedo distinguir su expresión. —No. *Estoy* aquí para verte —. Levantando la mano para bloquear la luz, me acerco al escenario. —Iba a disculparme después de que terminara la clase, pero me preocupaba que no estuvieras aquí.

—Bueno, estoy aquí —. Se muerde el labio inferior rojo por un momento. —¿Ahora qué?

Los ojos de mi madre se han estado moviendo de un lado a otro entre nosotros. Con cada mirada, su ceño se hace más y más profundo. —¿Hiciste algo malo? ¿Es por eso que Brit dijo que Rose no vendrá a la cena de Navidad? —. Una de sus botas de piel con plataforma blanca marca un ritmo impaciente y enojado, haciendo que el brillo plateado caiga a su alrededor como una tormenta de nieve. —¿Necesitamos tener otra charla?

—Dios, no más conversaciones—. Levanto las manos para alejarla. —No tiene nada que ver con el clítoris, mamá.

Cruza los brazos sobre su sujetador deportivo que no cubre lo suficiente como me gustaría. —Pero sí hiciste *algo*.

—Sí, lo hice —. Mirando a Rose, dejé que sus ojos llorosos cavaran más profundamente el hoyo en mi pecho. —Lo siento *mucho*, Rose. Honestamente.

Myra, que parece querer una bolsa de palomitas de maíz, se desliza hacia adelante en su silla.

Mamá cambia a Rose. —¿Qué pasó?

Rose pone una mano en el hombro de mi mamá. —No te lo dije antes porque no quería que nuestra última clase antes de las vacaciones fuera incómoda —. Ella me mira rápidamente y luego vuelve a mirar a mi madre. —La verdad es que Vance y yo ya no nos estamos viendo.

—¿Qué *hiciste*? —. Mamá no parecía tan enojada ni cuando estrellé el auto contra la puerta del garaje cuando tenía quince años y lo usé sin permiso ni licencia.

—Yo-...

—No es su culpa —. Rose me sorprende viniendo a rescatarme. —No exactamente —. Ni

siquiera la purpurina y las luces de discoteca pueden enmascarar el dolor de Rose. —Simplemente sentimos cosas diferentes, eso es todo.

—No, no lo hacemos —. Mi voz es firme y resuena en el club vacío.

Rose se sobresalta, mirándome. —¿No lo hacemos?

—No lo hacemos —. Camino hacia los escalones del escenario y los subo, sin detenerme hasta que Rose está a sólo unos centímetros de distancia, sus botas de tacón altísimo ponen sus ojos a la altura de los míos. —Te amo —. Nunca había oído el «llamado de la verdad» hasta ahora. Me da confianza de que puedo hacer esto bien. Hacer que Rose y yo funcionemos. *De verdad*.

Pero tengo que ser honesto. Tengo que asegurarme de que ella comprenda los riesgos.

—¿Lo haces? —. El asombro en sus ojos me produce tanta satisfacción que me considero diez veces más imbécil por no discernir antes mis sentimientos. Ella inclina la cabeza hacia atrás y su mirada ahora es escéptica. —¿Desde cuándo?

—Tal vez desde que te pillé emborrachándote con champán nupcial en la boda de Jackie.

Rose resopla.

Por el rabillo del ojo, veo a Myra empujar a Ángela con el pie. —Esto se está poniendo bueno.

Sostengo la mirada de Rose. —Probablemente cuando me desafiaste a hacer una ronda de Blow Jobs en el bar.

—¿Qué cosa? —, pregunta Myra.

Ángela le hace un gesto para que se calle.

Rose se muerde el labio, reprimiendo una sonrisa.

—Y definitivamente, cuando sobornaste a un carnicero para que te vendiera un pavo de Acción de Gracias cuando mi hermana no pudo descongelar el suyo.

—Lo sabía —, murmura mi madre detrás de mí.

—Lamento no haberme dado cuenta tan rápido como tú —. Dejé que mi mirada vagara por cada centímetro de ella, notando el brillo de copos de nieve en su cabello y el atisbo de un fajo de billetes entre sus pechos. —Porque te amo.

Myra suspira. —Esto es como cuando mi segundo marido me propuso matrimonio.

Ángela cubre la boca de Myra con la mano.

Rose me tiende una mano temblorosa pero se retira antes de que pueda agarrarla. —Pero no quieres tener hijos.

Mamá jadea.

Ignorando lo que sé, sin siquiera mirar, es la expresión herida de traición de mi madre, cierro la distancia entre Rose y yo, sosteniéndola en mis brazos. —Sé que dije eso y lo siento —. Incapaz de contenerme por más tiempo, beso su frente, inhalo su dulce aroma y rezo para poder encontrar las palabras adecuadas. —Me equivoqué al soltarte todo eso de esa manera. Debo estar volviéndome senil con mi vejez.

Myra se burla y me inclino hacia atrás para mirar a Rose a los ojos. Con los dedos cruzados, ella reflejará mi sonrisa.

Lo hace.

Hasta que ella ya no lo está haciendo.

Los ojos de Rose se estrechan. —Entonces… ¿no te vas a hacer una vasectomía?

—*¡Vasectomía!*

Encojo los hombros preparándome para el ataque que mi madre quiere lanzar, pero afortunadamente no ocurre.

—Voy a cancelarla —. Mis pulgares recorren sus hombros y la sensación de su piel me calma.

—¿Quieres tener hijos entonces? —. Habla con la misma lentitud y cuidado tono con el que lo haría un oficial de policía a alguien que está en una cornisa. Lo que puede sonar dramático, pero imaginar incluso la posibilidad de que haya niños se siente igual a saltar de un edificio.

Respirando profundamente, me preparo para que lo que estoy rezando sea suficiente para ella. —Tal vez.

Sus ojos en blanco. —Tal vez.

Entonces no es suficiente.

—Las razones que te dije acerca de no querer tener hijos siguen vigentes. Tomé esa decisión porque tener hijos significa tener una familia. Personas a las que les heriría si me pasaba algo —. Estoy apurando mis palabras, temeroso de que se vaya otra vez antes de que pueda explicarle. —Pero si puedes aceptar ese riesgo, no puedo evitar ser lo suficientemente egoísta como para querer estar contigo.

—Espera —, Rose se aleja y sacude la cabeza. —¿Me estás diciendo que la única razón por la que no me dijiste que me amabas y por la que no quieres tener hijos es porque te preocupa que te pase algo en el espacio?

—Vance… —, la suave súplica de mi madre apenas se registra.

—Mucha gente con trabajos peligrosos tiene hijos, Vance —, dice Rose, sonando exactamente como Ian. —Mi papá era piloto de carreras.

—Sí, y está muerto.

Rose se estremece.

—*Vance* —. El tono sorprendido y decepcionado de la voz de mi madre me golpea la espalda.

—Sí. Él está muerto —. Rose da otro paso atrás, la distancia entre nosotros crece. —Y mi madre también. Pero no por correr carreras.

Arrugo la frente. —Dijiste que murieron en un accidente automovilístico durante una carrera.

—Sí, una carrera *no autorizada* durante la cual mi madre no tenía por qué estar en el asiento del pasajero. Y probablemente porque estaban bajo la influencia de algo —. Su cuello sobresale. —No puedes decirme que tú trabajas así, que correrías ese tipo de riesgos.

—No, claro que no —. Pero mi padre tampoco lo hacía.

—Entonces, ¿por qué crees que es tan seguro que algo sucederá?

—Porque podría ser así —. Porque así fue.

—El que pueda o pase son dos cosas diferentes —. Su exasperación enciende mi ira.

—No voy a correr ese riesgo —. Corto mi mano en el aire, como si estuviera trazando una línea en la arena para no cruzar.

Estamos en silencio. No hay música, Bing Crosby terminó su canción hace unos segundos.

—Rose —. Levanto mi mano hacia su mejilla, agradecido cuando no la esquiva. —Nosotros… no necesitamos decidir esto ahora. No tenemos que discutir sobre 'qué pasaría si' —. Tomando aire, trato de ordenar mis pensamientos y emociones. Cosas que, alrededor de Rose, siempre se desordenan. —Si dentro de diez años, después de que te hayas adaptado a tu carrera y yo haya completado más misiones, todavía estás decidida a tener hijos, entonces podremos hablar. En ese momento, podría jubilarme anticipadamente.

Una lágrima se desliza entre los dedos que acunan la mejilla de Rose. Y al igual que esa lágrima, siento que Rose se aleja de mí también.

—¿No ves cuánto ya me estoy doblando? ¿Cuánto estoy arriesgando ya al amarte? —. Sacudiendo la cabeza, suplico: —No me pidas que arriesgue más. No ahora —. Limpio la segunda lágrima que cae. —Tenemos un montón de tiempo.

Cubre mi mano con la suya, sujetándola con fuerza antes de dejar caer ambas. —No, no lo tenemos.

Un agujero negro se abre en mi pecho. —¿Qué quieres decir?

Con la cabeza vuelta hacia un lado, veo cómo las lágrimas caen como brillantina sobre el escenario.

—¿Rose? —. Extiendo la mano para abrazarla, pero su mano se mueve entre nosotros, alejándome.

Finalmente, ella me mira y *lo sé*. Lo sé sin que ella diga nada. Sacudo la cabeza de un lado a otro.

Ella asiente en respuesta. —Estoy embarazada.

Todo se detiene. Incluso mi aliento. La oscuridad se arrastra a lo largo de los bordes de mi visión. Es difícil tragar la avalancha de saliva en mi boca. El agujero negro en mi pecho crece, consumiéndome, dejándome expuesto y vulnerable.

Rose se disculpa y dice algo sobre la tasa de fracaso del DIU. Realmente no la escucho. Sus palabras quedan ahogadas por el palpitante torrente de sangre que corre por mis venas, el eco de los rápidos latidos del corazón en mis oídos.

Sus manos caen sobre su abdomen, una pequeña sonrisa ilumina su rostro surcado de lágrimas. Sus labios siguen moviéndose, pero no puedo distinguir las palabras.

Comienza un zumbido creciente. Probablemente haya más gente hablando. Algo golpea contra mi espalda. Todo suena lejano y de otro mundo.

Me estoy alejando, libre de este momento en el tiempo, rodeado por el oscuro vacío de mis emociones.

Miedo y pánico.

Me despido de mi padre con un abrazo en las escaleras de entrada, escuchándolo decirnos que nos vería pronto. Verlo alejarse con su uniforme.

Estoy entre su retrato militar y su ataúd en su funeral. Tomando la mano de mi hermana. Rodeado de flores blancas.

Flores blancas muy parecidas a las de la bata de mi madre, que usó durante semanas después del funeral, caminando por la casa como un zombie, con los ojos vacíos y tristes.

Excepto que ahora no es mi madre, es Rose. Rose y un niño pequeño con cabello rubio salvaje, ambos llorando.

El dolor en mi pecho es insoportable.

Jadeo, sorprendido al darme cuenta de que estoy en mi SUV, conduciendo hacia el norte por la autopista Gulf Freeway, con la espalda palpitando por lo que estoy bastante seguro que fue el puño de mi madre.

Pero no es tan doloroso como las manchas de lágrimas en mi pecho.

———

Rose

Tengo lágrimas que secar.

El potente aire acondicionado de mi camioneta me golpea mientras estoy sentada en el estacionamiento del taller de autos de Flynn. No hace necesariamente tanto calor ahora con las suaves temperaturas de diciembre y todo eso. Pero espero que el aire acondicionado enfríe el fuego que arde detrás de mis ojos.

Pensé que habría manejado las consecuencias mejor que esto. Quiero decir, lo llamé. Dije que no importaría que Vance supiera lo del bebé. Que todavía se iría.

Solo lo miré fijamente por un momento antes de irme. Cuando llegué a las puertas, Helen gritó: —Él te ama, lo sé —. Dijo las palabras como si de alguna manera aliviaran mi dolor en lugar de destripar el resto de mi corazón.

Porque sé que él me ama; me di cuenta de que lo decía en serio cuando lo dijo.

Hashtag pero no suficiente para quedarse.

Sin saber adónde ir, pero al darme cuenta de que mis lágrimas eran un peligro para la seguridad al conducir, me encontré camino al taller.

También podría decirle a Flynn ahora que estoy aquí. Echar sal al desamor.

Aunque probablemente tendría más sentido decírselo a Holt primero, ya que él es el mayor y

el que normalmente está a cargo de los asuntos familiares de los West. Pero llegar al rancho es un viaje más largo y no estoy segura de poder hacerlo ahora.

Acerco mi cara a las salidas de aire y parpadeo, tratando de contener nuevas lágrimas. No estoy segura de poder achacar esto a las hormonas.

Ver a Vance irse me dolió más que ver a Flynn y Holt alejarse de la seguridad del aeropuerto después de despedirse con la mano y enviarme camino al internado.

Dolió más que ver la nube de polvo detrás del Chevy Malibu del 68 de papá mientras avanzaba por el camino de tierra del rancho. A buscar a mi madre, a una carrera o a algún bar de mala muerte para ahogar sus arrepentimientos.

Me dolió más que cada vez que mamá se fue. Ya sea que tuviera una maleta hecha o no, se iba sin mirar atrás ni despedirse. Y nunca me acostumbré, hasta el día en que ella nunca regresó.

—¿Rose?

Golpeo el dorso de mi mano contra la ventana cerrada. —¡Hijo de puta!

Mike, la mano derecha de mi hermano en el negocio, inclina la cabeza divertido. —¿Estás bien? —, pero cuando lo pregunta, su sonrisa se desvanece, probablemente por las lágrimas que corren por mis mejillas.

Jadeo, tratando de calmar y controlar el dolor. Limpié frenéticamente mi mejilla derecha, sonreí y bajé la ventana con la izquierda. —Estoy bien. Todo está bien.

Mike arquea una ceja, claramente sin creerme ni una mierda. —¿Segura?

Asiento con los ojos muy abiertos, tratando de evitar que caigan más lágrimas.

Mike resopla y camina alrededor de la parte delantera de mi auto. —Abre.

Me las arreglo para encontrar y presionar el botón de desbloqueo antes de que él tire de la manija.

Sube y su mono azul se desliza contra los asientos de cuero. Él mira alrededor del interior. —¿Nuevo vehículo?

Me limpio la otra mejilla. —Eh, sí.

Mike y yo nunca hemos sido muy cercanos. Yo lo conozco, él me conoce. O más bien sabe de mí. Estoy segura de que Flynn le ha contado suficientes historias de *Rose* como para darle una impresión interesante. Y han habido ocasiones como la boda de Flynn, reuniones aleatorias y momentos en los que estaba aburrida y decidí causar algunas travesuras en el taller de mi hermano, donde tuvimos algunas conversaciones. Y Dios sabe que ha tenido que reparar muchos parachoques y puertas destrozados por accidentes menores que yo pude haber causado a lo largo de los años. Siempre tuve la impresión de que no le agradaba mucho.

—Va bien contigo.

Por alguna razón, esta observación me hace reír. Tal vez sea la forma inexpresiva en la que lo dice, o tal vez estoy en el punto de inflexión entre sollozar y reír y mi corazón simplemente no puede soportar más lágrimas. Entonces me río.

Mike sonríe. Siempre ha tenido una bonita sonrisa. —¿Ya tienes problemas vehiculares?

—Um, no —. Sorbo. —Sólo estoy aquí para hablar con Flynn.

—Es domingo.

Mierda. Me olvidé. Antes de Jackie, el taller estaba abierto los siete días de la semana. Después de Jackie, el taller cierra los domingos, excepto para pedidos especiales. A Flynn no le gusta que nada se interponga en su camino para que él y Jackie pasen tiempo juntos.

A Mike no parece que le moleste mi angustia. —¿Me vas a decir qué pasa?

Estoy tentada, pero... —No, estoy bien.

El asiente. —Eso es genial.

Nos sentamos un rato, ninguno de los dos dice nada, ni una pizca de presión proveniente de él para hablar.

Mike abre la guantera y mira la consola. —Estoy viendo a alguien.

—¿De verdad? —. La admisión me toma por sorpresa. Mike es uno de esos tipos engañosamente guapos. Es muy guapo, pero pasa tan desapercibido que no lo notas mucho. En los pocos años que lo conozco, nunca lo escuché hablar de una chica. Y el hecho de que él me esté hablando de ella me sorprende, a un paso de mi actual pozo de desesperación emocional.

Se acerca al lado derecho de su asiento y juega con los controles. Su asiento se desliza hacia atrás, permitiéndole bajar las piernas para salir de su encorvamiento. —Bueno, al menos lo estoy intentando.

No puedo evitar encontrar divertido su comportamiento apacible. —¿Y cómo te está yendo con eso?

—Es difícil —. Sus ojos se encuentran con los míos por un momento, con una seriedad que no esperaba. —Todo lo que vale la pena conseguir lo es.

Tarareo en reconocimiento.

—Ella tiene problemas de confianza, ¿sabes? —. Con el asiento reclinado, deja caer una mano sobre el reposabrazos. —No cree que vaya en serio con ella.

—¿En serio? —. Le doy un vistazo, viendo cuán confiable y relajado Michael Falasco puede ser, cualquier cosa menos serio e indigno de confianza. —Pero eres tan… —. Le hago un gesto, incapaz de pensar en la palabra a la que me refiero.

—Gracias —. Con el rostro inexpresivo, se acerca para mirar por encima del capó. —Flynn no hizo esto, ¿verdad?

—Dios, no —. Me río. —Me habría hecho pasar un infierno. Es más fácil que alguien más lo haga.

Esta vez Mike tararea.

Toco el volante, sintiéndome culpable por no darle trabajo al taller de mi hermano. —Menos discusiones y preguntas, ¿sabes?

Otro asentimiento.

—De todos modos, ¿qué vas a hacer con la chica con la que estás saliendo?

—Sólo seguir intentando —. Se encoge de hombros. —¿Qué otra cosa se puede hacer?

Suspirando, apoyo mi cabeza contra el cuero. —¿Pero no es eso agotador?

—A veces.

Cierro los ojos, los acontecimientos del día ya me están alcanzando. —¿No duele?

—Sí.

Inclino mi cabeza hacia él, mirando hacia arriba por debajo de mi frente. —Puedes ser un poco molesto, lo sabes, ¿verdad?

—Puedo ver eso —. Sonríe.

Le doy un codazo en el hombro.

—Ella es mayor que yo —. Él nota mi ceño fruncido. —La chica que me gusta.

—Oh —. Dudo un momento antes de decir: —El hombre que me gusta también es mayor.

—Entonces lo entiendes —, dice Mike, teniendo más confianza que yo en mi inteligencia. —Todos llegamos a la vida desde diferentes caminos, con opiniones limitadas formadas por nuestras experiencias. He descubierto que cuanto más envejece uno y cuanto más caminos recorre, tiende a tener más firmes esas opiniones.

—Sí —. Pienso en Vance programando una vasectomía. —Predícale al pastor.

—Pero… —, Mike señala con los dedos la pantalla táctil de la consola mirando mis estaciones de radio preprogramadas, —...un beneficio bastante bueno de tener toda esa experiencia es que, con suerte, no les tomará mucho tiempo dejar de lado sus emociones y reconocer sus errores.

Dejé que eso se asimilara.

Vance tiene miedo de morir y dejar atrás a sus seres queridos, algo de lo que me enteré hoy. Después de lo cual le di un puñetazo con la bomba bebé. ¿Es justo esperar que él resuelva esas emociones en un instante?

Me dolió tanto que él no sintiera lo mismo que yo, que no se sintiera abrumado por la sensación de que mi embarazo era lo correcto, que descarté su reacción como una prueba concreta de que cuando se fue, lo hizo para siempre.

“Baby, One More Time” de Britney Spear suena en mis parlantes.

Mike se burla. —¿La estación pop? ¿De verdad? —. Su mirada de disgusto es la más emotiva que le he visto desde que subió a mi vehículo.

Me río. —Cálmate, Eddie Vedder —. Recordando lo que suena en los parlantes del taller de automóviles en un día cualquiera de la semana, aparto sus manos y cambio la fuente de audio. —Tengo radio satelital. Todas las estaciones de los noventa que tu pequeña alma grunge pueda manejar.

Britney cambia a Nirvana con solo tocar un botón.

—Bueno, eso es mejor —. Sin detenerse a disfrutar de los icónicos gruñidos lacónicos de Kurt Cobain, Mike presiona algunos botones más. En lugar de “Smells like Teen Spirit”, suenan canciones infantiles con música suave. —Esta es buena, la colocaré entre tus cinco primeras.

Se me cae el estómago.

Mike presiona más botones. —¿Recuerdas mi cita para la boda?

Asiento, recordando a la morena.

—Esa era mi hermana. Ella acaba de tener un bebé hace unos meses y esta es la estación que siempre hace dormir a mi sobrina cuando todo lo demás falla. Especialmente en el auto. Algo sobre el ronroneo del motor y el balanceo del auto —. Me mira de reojo. —Recuérdalo en caso de que te resulte útil. Algunos bebés tienen un sueño delicado.

Cierro la boca y trago. —Cómo lo-…

Deja caer la cabeza hacia adelante y me mira. —Rose. Tienes veintiún años y estás sentada llorando en una minivan recién comprada.

Mi cara se calienta.

—Y si eso no fuera suficiente… —, señala con el pulgar detrás de nosotros.

Miro por el espejo retrovisor el reflejo del asiento de bebé para el automóvil que instalé ayer, porque quería asegurarme de que podía hacerlo correctamente.

—Oh.

—Sí —. Se ríe. —Oh.

Un Escalade se detiene en el estacionamiento y se estaciona a unos pocos lugares del mío.

Mike observa a un hombre alto y apuesto que sale de detrás. —Ah, ese debe ser mi cliente —. El hombre se ajusta la chaqueta y luego vuelve a meter la mano en la camioneta para sacar lo que parece un transportador de mascotas.

—¿Eso es un gato? —. Miro a Mike, tratando de no reírme. —¿Tu cliente es un hombre que lleva consigo un gato?

—Dice la chica con una camioneta cubierta de glitter y un asiento de seguridad para bebés con estampado de vaca.

—Touché.

Mike abre la puerta. —Está buscando un Cadillac rosa. 1955 series de Fleetwood, tal y como Elvis le compró a su madre.

Mis cejas saltan. —¿Es un hijo de mamá?

—No. Es para su novia. No sólo es una fanática de Elvis, sino que también es la mejor amiga de mi chica —. Mike sale, capta la atención del chico y saluda.

En el fondo de mi mente, recuerdo a los Elvis en el honky tonk del centro y a alguien diciendo algo sobre un gato.

Pero antes de que pueda preguntarle si su cliente tiene algo que ver con eso, Mike se inclina hacia la puerta abierta. —¿Conoces ese dicho: *‘No hace daño intentarlo’*?

—¿Sí? —. Me pregunto si este es el momento en que se transforma en Wilson del programa de televisión *Home Improvement* y me deja su loca sabiduría.

—Es mentira.

—Oh —. O tal vez no.

—Intentarlo puede doler mucho.

—Uh, es bueno saberlo —. No sé qué más decir.

—Pero eso no significa que no valga la pena.

Ah. Ahí está.

—Además… —, Mike suspira profundamente, como si lo que está a punto de decir le fuera a costar, —...mereces ser feliz, Rose. Asegúrate de hacer todo lo posible para que eso suceda —. Él asiente hacia mi estómago. —Por ti *y* el bebé.

Estoy demasiado sorprendida para responder antes de que cierre la puerta.

Se acerca a su cliente-gato con la novia obsesionada con Elvis, luego se detiene, se da vuelta y corre de regreso a mi ventana.

Cuando la bajo, me señala con cara seria. —Y por el amor de Dios, si Flynn no sabe sobre el bebé, díselo ahora, porque estoy seguro como la mierda de que no quiero ser atrapado ocultándole eso.

Mientras se aleja, sé que tiene razón. Primero, necesito decírselo a mis hermanos. En segundo lugar, necesito descubrir cómo intentarlo de nuevo con Vance. Incluso si duele.

VEINTICUATRO

CHARLIEFOXTROT

VANCE

CUANDO REGRESÉ al club de striptease, todas se habían ido. Incluso la minivan de stripper.

—¿Qué carajos hice? —. Dejé caer la cabeza sobre el volante y dejé que la frustración me comiera. Además de la creciente ira autodirigida, hay una sensación helada deslizándose debajo de mi piel, perforando profundamente mis huesos.

Miedo.

Estoy tan jodidamente asustado que no puedo pensar con claridad.

Yo. Un hombre que vuela a velocidades vertiginosas y ha mirado fijamente el abismo de lo desconocido pero en lugar de retroceder, saltó a él, unido a la seguridad sólo por una simple correa.

Y tengo miedo de un bebé.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, mi madre llama por vigésima vez. Giro los hombros, su ataque de antes todavía me duele. Por lo que me escuchó decir en el club de striptease, estoy seguro de que tiene alguna idea de por qué reaccioné de esa manera, pero no estoy seguro de que mamá sea la persona con quien necesito hablar ahora mismo.

Me recuesto y me limpio el sudor frío de la frente. Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que sólo hay una persona que podría entenderme. Y ella me ayudará o me dejará con mi propio basurero de emociones.

Nunca puedo decirlo con mi hermana.

———

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, llamo al timbre de mi hermana. Vive en un barrio más nuevo en League City, a unos quince minutos de la casa de mamá en Clear Lake. Los lotes son más pequeños, las casas más grandes. Su casa es la que tiene el proyector de luz giratorio que proyecta en el frente de su casa copos de nieve danzantes.

Desde las largas ventanas a ambos lados de la puerta principal de madera maciza, que está cubierta en más de la mitad por una monstruosa corona navideña hecha a mano, mi hermana se asoma con la sorpresa escrita en todo su rostro.

Levanto una mano a modo de saludo, sintiéndome tan incómodo como probablemente parezco.

Mi hermana abre la puerta hasta la mitad y me mira fijamente con una hilera de luces navideñas enredadas. —¿Vance?

—Hola, Brit.

Ella continúa frunciéndome el ceño. —¿Qué estás haciendo aquí?

Levanto la barbilla y hago un gesto detrás de ella. —¿Puedo entrar?

—Oh —. Empuja la puerta para abrirla del todo y retrocede para dejarme pasar. —Por supuesto que sí.

Entiendo que soy inesperado. No solo no le avisé, sino que puedo contar con una mano la cantidad de veces que he estado en su casa.

Ella me ha invitado muchas veces, pero si no era un cumpleaños o un día festivo, siempre tenía una razón para no ir. Y aun así, es posible que no hubiera aparecido.

Al entrar, sonrío al ver la pared traslapada del comedor de la que Matt se quejaba en el Día de Acción de Gracias. Como la pared no es plana sino que tiene un hueco donde Brit puso una vitrina, puedo ver por qué Matt dijo que fue un dolor de cabeza.

Aunque tiene buena pinta.

Toda su casa lo hace, especialmente decorada para las fiestas. A dos pies de donde estoy, un gran árbol de tres metros y medio decorado en todos los tonos de blanco y plata ilumina el espacio.

Incluso sin color, sé que a Rose le encantaría por cómo brilla.

—¿Qué puedo hacer por ti?— Pregunta Brit, cerrando la puerta.

Meto las manos en los bolsillos y me balanceo sobre los talones. —¿Me creerías si te dijera que sólo quería pasar a ver a mi hermana?

—¿Un domingo por la tarde? —. Su boca se aplana en una expresión sardónica. —Nop.

—Sí, me lo imaginé —. Miro al otro lado del vestíbulo hacia la oficina. O la habitación que los agentes inmobiliarios catalogarían como oficina, pero que Brit ha convertido en una sala de manualidades dedicada a todo lo relacionado con Pinterest. En medio del espacio hay otro árbol, este de dos metros y medio, más manejable.

Y rosa.

La casa está en silencio. —¿Dónde están Matt y los chicos?

—Partido de fútbol —. Brit pasa a mi alrededor. —Siempre intentan escaparse cuando empiezo a agregar árboles a mi colección.

—¿Colección?

Ella sonríe. —Tengo seis, pero tengo el ojo puesto en un árbol de oropel multicolor para la

sala de juego de los niños.

Me río entre dientes, sintiendo pena por mis sobrinos.

—¿Entonces qué hay de nuevo? ¿Estás bien? —. Hace una pausa al intentar desenredar los hilos que tiene en las manos, con pánico en sus ojos. —Oh, mierda, ¿mamá está bien?

—Sí —. Extiendo mis manos, quitándole las luces. —Todo el mundo está bien.

Sus hombros se hunden aliviados. —Gracias a Dios.

—Hablando de mamá… —. Redirijo mi mirada a un punto de cruz enmarcado que cuelga de la pared, mostrado en medio de fotos familiares. La cita Eso Es Lo Que Ella Dijo está rodeada de flores bordadas. —¿Has tenido noticias de ella hoy? —. Cuando la miro, mi hermana entrecierra los ojos.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros. —Por nada.

Cuando no digo más, entra a su sala de manualidades, va hacia el árbol rosado y recoge una caja de adornos seccionada que está en el suelo.

La sigo, inspeccionando los estantes abiertos rematados con cestas y un tablero lleno de carretes de hilo en una pared encima de la mesa de costura. Incluso hay una gran mesa desplegable instalada en otra pared, actualmente plegada para dejar espacio para el árbol. Hay cosas por todas partes, pero todas ingeniosamente organizadas.

A mi hermana le gusta mucho el bricolaje.

Un estante tiene filas y filas de frascos de brillantina. Todos alineados y brillando a la luz de la mañana que entra por la ventana delantera, recordándome a Rose y por qué estoy aquí.

—¿Alguna vez estuviste enojada con papá? —. No me había dado cuenta de la pregunta que necesitaba hacer hasta ahora.

Brit se congela, con los ojos muy abiertos. —¿Estás *seguro* de que estás bien?

Mi aliento sale entrecortado y la vergüenza me invade. —¿Por qué crees que algo anda mal?

Sus cejas se levantan. —¿Por qué? —, se burla. —Tal vez porque estás haciendo cosas que nunca haces —. Agita su mano, ahora sosteniendo un gran adorno de dona rosa helada. —Traer a alguien a la cena de Acción de Gracias, jugar videojuegos con tus sobrinos en línea, pasar por mi casa sin previo aviso. Preguntar por papá —. Extiende la mano y cuelga la dona en la copa del árbol junto a una decoración de helado.

Todo el árbol tiene una temática de repostería.

—Cuando la gente empieza a hacer cosas así, normalmente significa que están enfermos —. Brit se recuesta y comprueba la ubicación de la dona. —O enamorados —. Su boca se abre tanto como sus ojos. —Ay, dios mío… —. Su cabeza gira lentamente en mi dirección. —Estás enamorado.

Cuando no lo niego, una gran sonrisa estilo Cheshire se extiende por su rostro. —*Sabía* que eran más que sólo amigos con Rose —. Levanta el puño. —Sí. Esto es genial —. Perdida en sus propios pensamientos, me cuenta cómo los niños recibieron notas de sus profesores elogiando su

recién descubierta terminología feminista. Y cómo Rose ha estado compartiendo sus cajas del tesoro de Fortnite con ellos cuando juegan juntos en línea para que todos puedan ascender de rango juntos.

Todas las cosas que demuestran lo buena que es Rose con los niños. Que prueban lo increíble que será con el nuestro.

—¿Vance?

Me deshago de mis pensamientos, todavía no estoy lista para ir allí.

Brit se inclina y me mira de reojo. —Parece que vas a enfermarte.

La ignoro. —¿Recuerdas cuando murió papá?

Se retira a su propio espacio y suspira, como si esperara que me hubiera olvidado de mi pregunta anterior. Puede que tenga razón cuando dice que nunca hablo de papá, pero ella tampoco.

—Sí, lo recuerdo —. Brit abre un gran gabinete que revela una impresionante muestra de caos organizado. Pequeños tubos de pintura, carretes de cinta y frascos de cuentas, todos codificados por colores y alineados en recipientes transparentes en los estantes. Me doy cuenta de que esta es la versión de mi hermana de la habitación brillante. Y, si tuvieran la oportunidad, ella y Rose serían grandes amigas. Hermanas.

Brit agarra una bolsa de oropel rosa claro y me la entrega. —Sostén.

Frunzo el ceño pero la tomo.

Luego Brit toma un adorno de cupcake de la caja. —Nunca hemos hablado realmente de papá, ¿verdad? —. Evalúa el árbol, luego se agacha para colocar el adorno blanco y azul hacia la parte inferior. —Ven —. Señala la bolsa en mi mano. —Si vamos a ponernos tristes, al menos puedes ayudarme con oropel.

Me muevo con cuidado alrededor del árbol. —¿Cómo se hace el oropel?

—Pellizca algunas hebras y luego tíralas ingeniosamente en los extremos de las ramas —. Señala la copa del árbol. —Empieza por ahí.

—Bueno —. Alargo la palabra, sin tener idea de cómo hacer nada ingeniosamente. —Pero no me culpes si se ve mal.

—No prometo nada —. Espera que empiece. Una vez que lo hago, ella frunce el ceño y asiente, como si no fuera perfecto, pero me lo dejara pasar.

Los siguientes minutos transcurren en silencio mientras decoramos. Me estoy concentrando tanto en no amontonar el oropel que no me tenso cuando Brit rompe el silencio.

—¿Por qué de repente mencionas a papá? —. Está de rodillas, reposicionando una bolsa esmaltada de galletas.

Termino una rama y hago una pausa por un momento. —Supongo que simplemente no lo entiendo.

—¿Qué cosa no entiendes?

Saco algunos hilos más de la bolsa. —¿Cómo pudo aceptar un trabajo tan peligroso sabiendo

que si moría nos dejaría solos?

Me responde con silencio. Miro hacia abajo y veo a Brit mirándome con el ceño fruncido.

—¿Qué? —. Sueno más defensivo de lo que pretendía.

—Entiendo lo que quieres decir, en serio. Pero… —, suspira. —La gente en el ejército ya sacrifica mucho, ¿sabes? —. El sarcasmo habitual de Brit ha desaparecido y su inflexión es seria. —Su servicio requiere su tiempo, sus cuerpos y, para algunos, como papá, incluso sus vidas —. Juguetea con la falda falsa del árbol de nieve, luego se detiene y me mira. —¿No crees que es demasiado pedirles que también sacrifiquen tener una familia? —. Por la expresión de su rostro, esta no es una pregunta retórica. Ella quiere una respuesta.

No tengo una. —¿Pero qué pasa con las personas que quedan atrás? Como tú y mamá —. Trago y me vuelvo hacia el árbol. —Y yo.

Sus labios se tuercen como si estuviera tratando de controlar una oleada de emoción. —¿Sabías que solía desear que papá no estuviera en el ejército? Que tuviéramos un padre normal que trabajara de nueve a cinco, como la mayoría de los niños en la escuela —. Parpadea un par de veces y se aclara la garganta. —Solía pensar en lo divertido que sería que volviera a casa del trabajo como los papás en los programas de televisión que solíamos ver. Dejaría su maletín y luego nos sentaríamos todos alrededor de la mesa de la cocina y cenaríamos. Hablando de nuestro día.

—Sí —. Parece más bien un gruñido. —Yo también.

Ella me da una sonrisa triste. —Pero ese no es el padre que teníamos. Nuestro papá estaba orgulloso de servir a su país. Era parte de quién era él. El ejército era su vocación. No mucha gente encuentra eso en la vida —. Me golpea la pierna con el dedo. —Y *tú eres* como él.

—¿Yo?

—Sí, tú —, su tono condescendiente vuelve a estar en acción.

—¿Cómo?

Ella inclina la cabeza, pensando. —Bueno, primero, te pareces a él en los retratos que aún cuelgan en las paredes de la casa de mamá.

Me encojo de hombros.

Ella toma otro adorno. —Y segundo, parece que ambos nacieron con el impulso de perseguir algo más grande que ustedes mismos. Para papá fue la milicia —. Me señala con un palito de caramelo multicolor. —Para ti, es la NASA.

—Huh —. Nunca lo había pensado de esa manera.

—Y te diré una cosa —, Brit niega con la cabeza. —Cuando dijiste que ibas a ser astronauta, casi me da un infarto.

Frunzo el ceño, pensando en unos años atrás. —No recuerdo eso.

—Sí, porque te lo oculté, tonto —. Tengo la sensación de que lo único que me salva de uno de sus ataques de pierna letales es el adorno de cristal. —Pregúntale a Matt. Jacob acababa de cumplir dos años cuando presentaste la solicitud. Lloré a mares todas las noches durante

aproximadamente una semana mientras pasaba mis días diciéndoles a todos lo orgullosa que estaba de ti.

Una inyección de culpa me golpea en el pecho. —Maldita sea, lo siento, Brit —. Doblo las rodillas y me agacho hasta su nivel. —Pensé que si me distanciaba lo suficiente, entonces tú… —. Me detengo, maldiciéndome por compartir demasiado.

—¿Yo qué? —. Puedo *ver* a Brit juntando las piezas. —Tú… —. El adorno de caramelo cae al suelo y se rompe. —¿Me ignoraste para que dejaras de importarme? —, su tono se vuelve incrédulo. —¿En serio me estás diciendo que todas las veces que esquivaste mis llamadas telefónicas y te saltaste las cenas navideñas en realidad pensaste que me estabas haciendo un favor? —. Ha pasado de la incredulidad a la locura. —¿Qué clase de lógica estúpida es esa? —. Me empuja con ambas manos y caigo de nuevo sobre la cadena de luces enredada.

—Ow —. Algunas de las luces se clavan en mi trasero.

—Espero que eso duela —. Sus ojos arden en los míos por unos momentos más hasta que se cierran y deja escapar un gemido exasperado. —No puedo creer que seas lo suficientemente inteligente como para ser astronauta con ese tipo de pensamiento —. Se mete ambas manos en el pelo y me detengo para no señalar que tiene oropel. —Que no vinieras tan a menudo como antes no hizo que te quisiera menos, idiota —. Deja caer las manos y vuelve a mirarme a los ojos. —Simplemente me hizo maldecirte muchísimo más —. Saca las piernas y se sienta con las piernas cruzadas. —Honestamente… —, murmura, todavía sin haberlo superado. —Eres un completo idiota.

Sé que decir que lo siento no será suficiente, así que me quedo en silencio, agarro las luces y empiezo a desenredarme, todo el tiempo bajo su mirada silenciosa y censuradora.

Cuando finalmente lo consigo, Brit mira su reloj. —También tendrás que contarle todo esto a mamá, ¿sabes? —. Se pone de pie y rodea el árbol.

Me levanto y mis rodillas suenan. —Sí, quizás-...

—¿Brittany? —, la voz de mamá resuena desde algún lugar de la casa. —¿Vance?

Me congelo, a media altura, probablemente pareciendo una combinación del Jorobado y un ciervo ante los faros de un auto. —¿Qué hiciste?

Brit levanta el brazo y me muestra su reloj inteligente. —Le envié un mensaje de texto mientras hacías oropel —. No hay ni una pizca de disculpa en su voz. —Ella me llamó antes y me pidió que le dijera si te comunicabas o aparecías.

Me enderezo a toda mi altura, entrecerrando los ojos hacia ella. —Dijiste que no habías hablado con ella.

Brit se encoge de hombros, sin verse afectada en absoluto por mi postura. —Mentí.

Mis hombros caen mientras suspiro. —No puedo creer…

Se cierra una puerta en algún lugar de la casa. —¿Dónde están ustedes dos?

—¡Estamos aquí! —, Brit grita, luego mete la mano en la caja y saca la copa de un árbol. Ella se da vuelta y me la entrega.

Necesito dos manos para sostener la cereza grande y hueca.

—Asegúrate de que esté recta.

Paso la rama vertical superior por la parte inferior de la cereza, quejándome de hermanas poco confiables.

Pero cuando está puesta y recta, doy un paso atrás y aprecio la guinda del pastel. —Eso realmente se ve muy bien.

—Sí. Lo vi en Pinterest —. Luego sale de la habitación, esperando que yo la siga.

Rose

—Estás embarazada —, dice Holt por tercera vez.

Flynn no ha dicho nada, lo cual es peor.

Seguí el consejo de Mike y llamé a mis hermanos para que se reunieran conmigo en el rancho. Es un testimonio de lo mucho que Flynn y Holt debieron estar preocupados por mí el que ni siquiera me preguntaron por qué. Sólo vinieron.

Hashtag amor fraternal.

Así que aquí estamos. Los tres West, sentados en la sala de estar del rancho que está decorada con un rústico esplendor navideño, mis hermanos conmocionados y yo muy agradecida por la parada que hice en mi apartamento después de haber pensado de antemano que las noticias sobre el bebé podrían ser mejor recibidas por ellos si yo no estaba vestida como una señora Claus cachonda.

Hashtag ho-ho-no.

Y aunque todos somos mayores y, con suerte, Holt y Flynn son más maduros y sensatos, no puedo evitar sentirme como una niña otra vez. Esperando a que decidan mi destino, como lo hicieron hace tantos años cuando murieron nuestros padres.

—Sí. Estoy embarazada —, respondo, aunque no era una pregunta. Tal vez si lo digo de nuevo lo asimilará.

Holt asiente, mirando al frente a la corona de la repisa decorada con luces y casquillos de escopeta, su cuerpo inmóvil en el cómodo y enorme sofá color lino que Jules compró recientemente. O más bien, contrató a alguien para que comprara, ya que a Jules no le importaba un bledo el diseño de interiores siempre y cuando su trasero estuviera feliz cuando se sentara.

Una cosa a mi favor es que Jules no está aquí. Se quedará en su departamento de Clear Lake debido a una simulación de vuelo temprano en la mañana programada para mañana. Holt estaba allí cuando llamé y no en el rancho como había pensado. Pero a pesar de que los fines de semana es cuando pasa más tiempo con Jules debido a sus apretadas agendas, aun así condujo hasta aquí

cuando le dije que quería hablar.

Mis hermanos significan mucho para mí y es bueno saber que es correspondido.

Un minuto más tarde, cuando Holt y Flynn continúan mirando en diferentes direcciones, decido que bien podría explicárselos todo.

Juntando las manos en mi regazo, me siento derecha en el sofá de dos plazas. —Para que lo sepan, me quedaré con el bebé.

Sin reacción.

—Vance es el padre.

Flynn gruñe. No tengo idea de lo que eso significa, pero para estar segura, decido no contarles cómo tomó Vance la noticia.

Con las palmas sudando, las suelto y las froto sobre los cojines a mi lado. —Y sé que esto puede parecer una locura o una ingenuidad, pero en realidad estoy feliz —. Bueno, en su mayoría. —Sobre ser madre, quiero decir —. Eso está más cerca de la verdad.

Holt traga.

—Por supuesto que también estoy nerviosa —, me apresuro a decir. —Quiero decir, no soy estúpida. Tener un bebé es un acontecimiento que cambia la vida.

Nada.

—Pero soy más que capaz financieramente, así que ya tengo más suerte que la mayoría —. Me deslizo hacia adelante en el sofá de dos plazas, evocando los ojos de cachorrito más lamentables que puedo reunir. —Y tengo aún más suerte porque mi bebé tendrá dos de los mejores tíos del mundo.

Flynn gruñe de nuevo. —Obviamente.

La tensión dentro de mí se alivia un poco y me muerdo el labio, tratando de contener la sonrisa. Pero cuando miro a Holt, me quedo con la boca abierta.

Hay *lágrimas* en los ojos de mi estoico hermano.

—¿Holt? —. No sé si abrazarlo o prepararme para el impacto.

—Mi hermanita va a ser madre —. Aunque todavía no me mira, sale de su mirada y mira hacia el suelo mientras apoya los brazos sobre los muslos. —Santa mierda.

Flynn y yo nos sorprendimos por el insulto que nuestro hermano rara vez usa. Me siento tentada a recordarle a Holt que sea más femenino, como me ha dicho innumerables veces mientras crecía, pero, por una vez, me doy cuenta de que tal vez ahora no sea el momento.

Con expresión aún en blanco, Flynn se vuelve hacia mí. —¿Quién más lo sabe?

—Um…—, me muerdo el labio.

Flynn resopla. —Sí, cifras.

Dejo escapar un pequeño suspiro cuando los labios de Flynn se mueven hacia arriba y no hacia abajo.

—Ian no lo sabe. A menos que Trish se lo haya dicho —, le ofrezco con una mueca. —Así que eso es todo.

—Espera —. La cabeza de Holt se levanta de golpe. —¿Jules lo sabe?

Asiento, mi expresión de dolor se profundiza.

Sus ojos se enfocan. —¿Hace cuánto?

Flynn se recuesta, pareciendo extrañamente relajado por todo. —Probablemente desde que Rose empezó a evadir nuestras llamadas y Jackie y Jules empezaron a ir temprano al trabajo y a llegar tarde a casa. Básicamente esquivándonos —. Gira la cabeza sobre el cojín hacia Holt. —Cuando enviamos a Ian tras Vance —. Flynn ladea la cabeza hacia mí. —Qué fue… ¿la semana pasada?

Flynn es más astuto de lo que creo.

—Sí.

Y entonces la expresión por la que llegué al rancho temiendo se extiende por el rostro de Holt. Enojo. Decepción. Es la reacción que más me preocupaba pero retrasada, ahora que el shock ha pasado.

Me recuesto y todo mi cuerpo se tensa como si me preparara para una tormenta a punto de azotarme.

Holt sacude la cabeza con disgusto. —Esa es la última vez que le horneo galletas por un tiempo.

Me quedo boquiabierta.

—Y puede olvidarse de esas galletas navideñas de mantequilla de las que he estado alardeando.

Una risita surge de mi garganta.

Holt y Flynn me miran como si me hubiera crecido otra cabeza en lugar de un bebé, pero no puedo evitar descubrir que el que el enojo de Holt esté dirigido a su novia por saber que yo estaba embarazada y no decírselo, en lugar de a mí por estar embarazada es hilarante.

Se me escapa otra risita y trato de toser para ocultarla.

Suspirando, Holt se golpea los muslos con las manos y se levanta del sofá. Rodeando la mesa de café, extiende la mano.

Tan pronto como lo tomo, me envuelve un abrazo de oso.

—Vas a ser una gran mamá —. El abrazo de Holt sería glorioso si tan solo pudiera respirar.

Puedo llenar mis pulmones cuando Flynn empuja a Holt a un lado y toma su turno. Afortunadamente, su abrazo es más suave.

—Si necesitas algo, dímelo, ¿bien? —, Flynn murmura en mi oído. —Incluso si es una pala y una tumba profunda.

Sí, Flynn es definitivamente más astuto de lo que creo.

—Gracias, Flynn —, susurro, sin confiar en que mi voz hable más alto.

Me aprieta fuerte antes de soltarme. —Cuando sea.

———

AGOTADA, camino penosamente hasta mi habitación. A pesar de los cambios que ha sufrido la casa desde que Jules domó el corazón de mi hermano, mi dormitorio sigue siendo el mismo. Trofeos de rodeo, placas académicas, dibujos de caballos mal hechos con crayón.

Tomo un marco decorado con conchas de mi escritorio. Dentro hay una de las únicas fotografías de mis padres, mis hermanos y yo juntos y sonriendo. Era mi segundo cumpleaños e hicimos una excursión de un día a la playa de Galveston. Un viaje que ni siquiera recuerdo, pero de todos modos quería tener la foto cerca.

Con la mano en mi abdomen, me siento en mi cama doble, el edredón rosa y blanco es suave y esponjoso.

Quiero que mi bebé tenga más de una foto.

Intenta.

Mirando el marco de la foto, pienso en lo que dijo Mike. Nada que valga la pena tener es fácil.

Tiro el marco a un lado y saco mi teléfono del bolsillo de mis jeans.

Intenta.

Parece algo tan fácil. Sólo trata. Haz un intento. Toma una chance. Ponle un poco de esfuerzo.

Excepto que no es fácil. Como dijo Mike, es difícil.

Mirando mi teléfono, pienso en todos los peores escenarios. Vance podría ignorarme. Él no podía querer a nuestro bebé como mi madre hizo evidente que no me quería a mí. Podría decir que sí y luego cambiar de opinión. Aparecer sólo para irse de nuevo.

Podría hacer muchas cosas que me dolerían. Muchas cosas que he sentido antes. Pero ahora, serían diez veces peores porque no me lo harían sólo a mí.

Intenta.

Miro la foto, boca abajo, pero no necesito verla para recordar cada expresión, cada susurro de cabello ondeando con la brisa del mar, cada línea de risa alrededor de los ojos de mis padres.

Mis manos aprietan mi teléfono.

Lo fácil es no intentarlo. Decirme a mí misma que si Vance quiere estar aquí para cuidar al bebé, lo hará. Y si no lo hace, no lo quiere. Depende de él. Su movimiento. *Su* intento.

Me dejo caer en mi cama con un resoplido.

Nunca he sido buena dejando que otros tengan el control.

Con los brazos por encima de mi cabeza, abro el calendario de mi teléfono. Paso el cursor sobre la cita de mañana y copio y pego la información en un mensaje de texto para Vance. Luego, para hacerlo más fácil, envío la dirección.

Miro mi texto, infeliz. Le falta algo. El enlace del calendario y el mapa son impersonales. Y considerando que lo estoy invitando a una cita con el médico donde una mujer me va a meter la mano en mi hoo-haa con él a mi lado, tal vez debería agregar algo.

Escribo, borro y reescribo varias cosas.

Por favor, ven. No.

Quiero que estés allí. No.

Espero que puedas venir. No.

Continúo hasta que mis brazos se sienten débiles por la falta de circulación de sangre.

Justo antes de bajarlos, envío uno. *Eres bienvenido a venir si quieres*.

Una hora más tarde, sin respuesta, estoy de acuerdo con Mike. Intentarlo en verdad puede jodidamente doler.

———

VANCE

—NECESITAMOS HABLAR —. Mamá, que afortunadamente ha vuelto a vestir ropa normal, deja su chaqueta sobre una silla cuando Brit y yo entramos a la cocina. Debió haber entrado por la puerta lateral.

Cuando no digo nada, mamá saca una silla y se sienta.

Brit hace lo mismo. —Estaba preguntando por papá.

—Bueno, eso era obvio por todo lo que le dijiste a Rose hoy.

—¿Hoy? —. El interés de Brit alcanza su punto máximo. —¿Día de pole dance?

Mamá procede a contarle a Brit toda la verdad sobre cómo me convertí en el peor recién descubierto papá conocido por el hombre. Cómo le dije a Rose que la amaba y luego que no me comprometería con niños. Cómo se mencionó que me haría una vasectomía o que esperaría diez años antes de poder formar una familia.

Los ojos de Brit se abren más con cada revelación.

—¡Y luego Rose dijo que estaba embarazada de *mi* nieto! —. Mamá se cubre el corazón con las manos y cierra los ojos como si estuviera abrumada por la felicidad.

Brit jadea. —Santa mierda.

Mamá abre los ojos y la felicidad se agota cuando los enfoca en mí. —Y te fuiste —. Ella me escupe las palabras.

Brit se ahoga con el aire. —Santa jodida mierda.

Mamá le golpea el brazo con el dorso de la mano, pero Brit ni siquiera registra el golpe. En lugar de eso, me da un revés, como si estuviéramos jugando un violento juego de camino en el auto. —¿Cómo no pudiste decírmelo apenas llegaste aquí?

—Necesitaba preguntarte sobre algo más.

—Oh —. La mirada de Brit se desvanece. —Oh, sí.

—¿Qué? ¿Qué preguntó? —. Mamá se endereza en su asiento, una vez más indignada. —Porque te digo que si tu padre estuviera aquí, estaría *tan* decepcionado.

La rabia me golpea y me levanto, mi silla se desliza hacia atrás sobre las baldosas. —Eso sería bastante jodidamente hipócrita de su parte entonces, ¿no crees?

Brit y mamá miran hacia arriba, con las bocas tan abiertas como sus ojos. No creo haberles gritado nunca antes. No creo que nunca me hayan oído gritar, punto.

Respiro profundamente, tratando de controlarme. —¿Recuerdas siquiera mi última caminata espacial este año? ¿La de emergencia que Jules y yo tuvimos que hacer para proteger la Estación Espacial Internacional del impacto de la basura espacial? ¿Un impacto que podría haber matado a todos los que iban a bordo? —, me golpeo el pecho. —Incluyéndome a mí.

Mamá se estremece. —¿Cómo podría olvidarlo?

—Exactamente. Yo tampoco puedo —. Paso una mano temblorosa por mi cabello. —Y regresaré en solo unos meses —. Mi risa es hueca. —Diablos, *quiero* volver a subir —. Sacudo la cabeza hacia mí mismo con disgusto. —¿En qué clase de hombre me convierte eso?

Brit frunce el ceño. —¿De qué estás hablando? ¿Cómo es eso...?

—¿Cómo se relaciona eso con papá? —, pregunto, molesto porque todavía no lo entiende. Porque *nadie* lo entiende.

Miro a mamá. —Creo que todos recordamos cómo te cambió la muerte de papá.

Ella se estremece.

—Cómo te destrozó —, agrego.

Ella traga. —¿Qué es lo que tú-...?

—Te escuchaba llorar hasta quedarte dormida por las noches —. Me siento, los sentimientos que he mantenido firmemente reprimidos en mi interior me agotan a medida que se desbordan.

—Yo... yo no lo sabía —. La cabeza de mamá cae hacia adelante. —No tenía idea de que recordaras nada de eso.

—Como dijiste, ¿cómo podría olvidarlo? —. Vuelvo la mirada hacia la ventana y observo el columpio del juego que les regalé a mis sobrinos para Navidad hace seis años meciéndose con la brisa. —Y aún así, después de todos estos años, todavía vives en una casa que es básicamente un santuario de cuando él estaba vivo. Nunca saliste, nunca seguiste adelante. Papá te dejó y nunca regresó, y aún lo amas a pesar de eso.

—Pero él estaba en el ejército. Era su deber. No tenía otra opción.

—Eso es una mierda.

Mamá retrocede ante mi vehemencia.

—Él tenía una opción. No es que no hubiera un borrador. Se registró. Y siguió tomando esa decisión cada año que decidió no renunciar.

Brit se muerde el labio.

—¿Cómo podría arriesgarme a hacerle eso a otra persona? A alguien que amo —. Trago. —Y amo a Rose, mamá. La amo tanto… —. Me limpio los ojos con enojo. —No quería. Porque no quería hacerla pasar por lo que tú pasaste cuando murió papá. Pero luego, como un imbécil egoísta, me convencí a mí mismo de que si Rose todavía elegía estar conmigo a pesar de los

riesgos, estaría bien —. Mis dedos se hunden en mi muslo debajo de la mesa. —¿Pero un bebé? Un bebé no puede tomar esa decisión. No firman un acuerdo sobre arriesgarse a ser criados por un padre o madre solos y afligidos.

Los columpios se mueven hacia adelante y hacia atrás unas cuantas veces antes de que mamá hable. —Amaba a tu padre. Mucho. Y sí, todavía lo amo. Siempre lo haré —. Ella respira profundamente.

Brit, con la cabeza gacha, sorbe.

—Te robaron la posibilidad de tener un padre a una edad temprana. No es justo. Después de todo, la muerte en sí no es justa, militar o no. Pero también me gusta pensar en lo *afortunado* que fuiste de tener a tu padre en tu vida, incluso por los momentos más breves, que no haberlo tenido en absoluto. Él te amaba tanto. Y demostró ese amor siendo el mejor hombre que pudo ser. No es justo y tal vez no sea correcto, pero así fue. Y cuando manejaste su muerte con mucha más madurez de la que probablemente debería haberlo hecho un niño de tu edad, te fallé cuando no dije nada. Porque aunque nunca te quejaste y nunca lloraste por la injusticia de todo como me escuchaste hacer por la noche cuando pensé que estabas dormido, debería haberlo sabido mejor. Cuando no hablabas de tu padre, pensé que estaba respetando tus sentimientos. En lugar de eso, elegí quedarme con la casa tal como la dejó tu padre, pensando que encontrarías consuelo en su familiaridad. No sabía que lo sentías más como una carga o una jaula en la que te encerré.

Parece absurdo que unas confesiones tan suaves por parte de mi madre puedan tener un efecto tan profundo en mí, un hombre adulto. Que incluso ahora necesitaba escucharlas.

—Lo siento mucho, Vance —. Extiende la mano y toma la mano de Brit. —Y por ti también, Brittany.

—Está bien, mamá. Entiendo —, su voz se quiebra con las últimas palabras y se pone de pie. —Mierda —. Se acerca, toma una caja de pañuelos y la arroja sobre la mesa antes de volver a sentarse. —Lo que pasa en la cocina se queda en la cocina.

Todos agarramos un pañuelo.

—Y quiero decirte algo, Vance, y quiero que me mires a los ojos para que sepas que estoy diciendo la verdad.

Tengo que parpadear un par de veces, pero lo hago.

—Incluso sabiendo lo que pasó. Incluso sabiendo que algún día tu padre no volvería a casa conmigo, con *nosotros*, me volvería a casar con él.

Trago.

—¿Me escuchan? —. Mira de un lado a otro entre Brit y yo.

Ambos asentimos.

—Lo digo en serio —. Mamá se quita el pañuelo de los ojos y su mirada es seria y segura. —Y espero que ustedes puedan sentir lo mismo. Que incluso con todo el dolor que llevan, ambos puedan darse cuenta del maravilloso padre que fue Lonan Bodaway para ustedes. Que puedan recordar la felicidad más allá de la tristeza.

—Lo hago, mamá. Lo recuerdo —. Brit se levanta y se inclina para abrazarla, cada una de ellas riendo un poco, tratando de romper la tensión.

Y cuando ambas me miran con la misma pregunta en los ojos, siento que las emociones habituales que asocio con mi padre (la ira, el arrepentimiento y el miedo) cambian dentro de mí. Hacen espacio para más. Para el amor. Para las posibilidades.

Me pican los ojos y se me dilatan las fosas nasales, pero respiro hondo y sigo adelante. —¿Recuerdas aquella vez que papá se quedó despierto toda la noche tratando de preparar nuestros regalos de Navidad y todos corrimos escaleras abajo por la mañana para encontrarlo durmiendo bajo el árbol?

Brit se ríe. —Dios mío, sí. Casi me había olvidado de eso —. Deja escapar un suspiro feliz pero tembloroso.

Hago una bola con el pañuelo que tengo en la mano y lo tiro al cubo de basura junto a la pared. —Dijo que estaba tratando de atrapar a Santa y nos enojamos porque no nos incluyó en su plan.

—¿O qué pasa con la vez que nos llevó a Clear Lake Park y esos gansos comenzaron a perseguirlo? —, pregunta Brit, su sonrisa crece. —Nunca lo vi correr tan rápido en mi vida.

Me río, el acto es suficiente para liberar el resto de la presión contenida en mi interior.

—O la vez que nos sorprendió a todos, regresando a casa una semana antes —. Los ojos de mamá se nublan de nuevo, pero puedo decir que esta vez es de felicidad. Ella me saluda con la cabeza. —Justo a tiempo para darte la bienvenida en la parada del autobús en tu último día de jardín de infantes.

—Mis amigos estaban tan asombrados por él en su uniforme —. Recuerdo la expresión de adoración en sus rostros mientras miraban por la ventana del autobús a mi padre, que estaba erguido y orgulloso con su uniforme camuflado y sus botas. —Parecía un gigante.

—Lo hacía, ¿no? —, Brit pregunta, principalmente para sí misma. —Él podía extender el brazo y yo me balanceaba en él sin tocar el suelo con los pies.

La puerta lateral se abre y Matt entra con los chicos.

—¡Ey, tío Vance! —. La sonrisa de Jacob ilumina la cocina.

—¿El tío Vance está aquí? —. La cabeza de Jase aparece al lado de su padre, con las manos cargadas con un dedo de espuma y un Big Gulp.

—Hola, chicos —. Los abrazo un poco más fuerte de lo normal.

Justo antes de que puedan comenzar a relatarnos jugada por jugada del partido, mi teléfono vibra.

Rose: *Dr. Barrios, mañana a las 3:30pm*

Le sigue la dirección de una oficina de obstetricia y ginecología.

Lo miro fijamente, sorprendido mientras mis sobrinos hablan a mil por hora sobre el juego y toda la comida chatarra que su padre les dejó comer.

—Gracias por eso —, le dice Brit a su marido.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Rose: *Eres bienvenido a venir si quieres*.

Me levanto, esta vez la silla debajo de mí se cae. —Tengo que irme.

—Sí, tienes que —, el tono burlón de mi hermana se restablece con firmeza.

—Sí, ya era hora —, añade mamá. —No olvides preguntarle a Rosie cuándo nacerá mi nieto.

—¿La tía Rose? —, pregunta Jacob. Él y su hermano se animan ante la mención de su cohorte del Fortnite.

—Espera —, Matt mira a su esposa, a su suegra y a mí. —¿Rose está embarazada?

—¡Un primo! —. El dedo de espuma de Jase se dispara en el aire.

Jacob me mira, confundido. —Pero no estás casado.

—Estúpido —. Jase le da un codazo. —Las mujeres no necesitan casarse si no quieren, ¿recuerdas? —. Se endereza y levanta la barbilla. —El matrimonio es una forma arcaica de posesión que originalmente se utilizaba para reclamar a una mujer como propiedad.

Todos los adultos miran con los ojos muy abiertos.

Brit se vuelve hacia mí, muy seria. —Por favor, por el amor de Dios, cásate con esa mujer.

VEINTICINCO

#ESTADODEPAREJA

VANCE

EN SERIO, soy demasiado mayor para esta mierda.

Ya pasó el atardecer y estoy mirando por las ventanas de la Mansión West desde el porche mientras hablo por teléfono con mi hermana. Distingo a Flynn y Holt sentados en extremos opuestos del sofá, las luces del televisor iluminando sus rostros. ¿Están... están viendo *Qué Bello Es Vivir*?

Jimmy Stewart como George Bailey abraza a su familia frente a un árbol de Navidad.

Sí, lo están. Nunca habría catalogado a los hermanos West como fanáticos de un clásico navideño tan cursi.

—¿Bien? ¿Está ella allí? —, pregunta Brit.

Con la nariz pegada casi al cristal, miro de izquierda a derecha. —No la veo —, susurro.

—¿Estás seguro de que ella está ahí? —, Brit susurra a pesar de que está a cuarenta minutos, encerrada en su habitación de Pinterest como si fuera el Control de Misión y ella fuera la controladora de vuelo de mi caminata espacial.

—Sí, según mi información, ella está aquí —. Además, está el hecho de que la furgoneta holográfica está aparcada en el camino de entrada. Debería haber sabido que si no pertenecía a una stripper, el vehículo brillante pertenecería a Rose.

Me encanta eso de ella. Pero también voy a comprarles a nuestro niño gafas de sol polarizadas para proteger sus ojos de sus reflejos cegadores.

Nuestro niño. Cuanto más tiempo me doy para pensar en el bebé y no en mis miedos irracionales, más me emociono ante mi inminente paternidad. Voy a ser papá, y no un papá cualquiera, un papá para el bebé de Rose.

—¿Qué tan confiable es tu información?

Suspiro, volviendo al presente. —¿Qué tan confiable es un chico de veintitantos años al que se puede sobornar?

—Diez cuatro.

Un dolor de cabeza golpea mis sienes y me pregunto por qué sentí la necesidad de seguir el consejo de mi hermana.

En un momento de debilidad y desesperación, le mostré el texto de Brit Rose sobre la cita con el médico, queriendo saber cómo descifrar *Eres bienvenido a venir si quieres*. ¿Su uso de "eres bienvenido" significa que está dispuesta a darme otra oportunidad? Cuando dice que puedo ir a la cita *si quiero,* ¿significa que *ella* no quiere pero me invita por el bien del bebé?

Con la esperanza de que la percepción femenina ayudara, escuché a Brittany.

—No le respondas el mensaje de texto —, dijo. —Preséntate en su puerta —, dijo. —A todo el mundo le gustan los grandes gestos —, dijo.

Entonces me presenté. Después de una hora de tráfico incesante en Houston, llegué a su penthouse.

Sólo para que el portero de Rose me prohibiera entrar de nuevo.

Mientras caminaba por la acera fuera de su edificio, llamé. Y llamé. A pesar del consejo de Brit, llamé.

Finalmente, después del cuarto mensaje en el que le suplicaba a Rose que contestara, un joven valet me hizo señas para que me acercara. Por cincuenta dólares me informó que Rose no estaba en casa. Por cien más, y con la promesa de que no soy un acosador asesino, el valet admitió haber escuchado a Rose en su teléfono mientras salía del vestíbulo, diciéndole a alguien que se encontrara con ella en el rancho.

No tengo idea de por qué llamé a Brit cuando llegué a la propiedad de West. Dicen que te vuelves un tonto cuando te enamoras. Creo que me estoy tomando demasiado en serio ese dicho.

Miro hacia el porche. —Dime otra vez por qué no puedo simplemente llamar a la puerta.

—Si un imbécil te hubiera dejado embarazada cuando tenías veintiún años y luego hubiera salido corriendo como un cobarde sólo para venir a llamar a la puerta unas horas más tarde, ¿lo habrías dejado entrar?

Maldita sea. —Punto hecho.

Un minuto más tarde, estoy caminando de puntillas por el costado de la casa como un ladrón en la noche, pegándome al césped para evitar el ruido, con la esperanza de no recibir un disparo de ningún trabajador nocturno patrullando el área.

He visto demasiadas películas del Viejo Oeste.

—¿Entonces? —, Brit pregunta después de que he permanecido en silencio durante demasiado tiempo.

—Está oscuro —. A diferencia del frente de la casa, que está iluminado por los focos del granero cercano, la parte trasera no. Lo único que me ayuda a distinguir dónde estoy son las suaves luces navideñas que brillan a veinte metros de distancia, envueltas alrededor de un pequeño árbol de Navidad enterrado y delineando un granero de un solo puesto.

—¿Hay alguna luz encendida en alguna ventana arriba a la que puedas arrojar piedras?

—Ni una.

—Mmm. Quizás esté durmiendo.

Un sonido crujiente me hace alejar el teléfono de mi oreja. —¿Estás comiendo?

—¿Qué? Tenemos hambre —. Más crujidos. —Los chicos hicieron palomitas de maíz.

—Espera. ¿Qué quieres decir con "*tenemos*"? ¿Estoy en el altavoz?

En respuesta, Jase grita: —¡Sube hacia ella como Romeo, tío Vance!

Me pellizco el puente de la nariz y el dolor de cabeza va en aumento.

—A ella le encantará —, dice Jacob, con la voz nublada. Probablemente la boca llena de palomitas de maíz.

—Pensé que estas cosas románticas irían en contra de sus nuevos principios feministas —. Me pregunto si ya pueden captar el sarcasmo.

Alguien se burla.

—Por favor —, dice Jase, sonando como si, de hecho, reconociera el sarcasmo. —Todo el mundo sabe que enamorar a una mujer es lo más feminista que puedes hacer.

—Sí, todo el mundo lo sabe —, añade Jacob.

No estoy seguro de lo que esto dice sobre mi estado mental, pero sigo el consejo de mis sobrinos preadolescentes y evalúo el área. —El porche no llega hasta atrás —, les digo, pasando las manos por el revestimiento de madera. —Lo único que tengo para trabajar son tablas lisas y tablones de listones —. Doy un paso atrás y miro hacia las ventanas del segundo piso. —No hay un punto de apoyo para los pies, un enrejado o un árbol lo suficientemente alto a la vista.

—Subir al estilo Romeo sería un gran gesto increíble —, dice Brit, seguido de más crujidos.

—Jesús, Brit, no es que pueda volar… —. Mis ojos se fijan en algo apoyado contra el granero.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —, Brit suena un poco asustada, lo que hace que me sienta un poco menos molesto con ella.

—¿Te atraparon? —, pregunta Jacob.

Entrecerrando los ojos ante el suave resplandor de las diminutas luces blancas, distingo peldaños de madera. —Que me condenen. Hay una escalera.

—¡Sí! —. Estoy bastante seguro de que los tres levantaron los puños cuando gritaron eso a coro.

Con la promesa de devolverles la llamada tan pronto como Rose me perdone (tienen mucha más confianza en mí y en su plan Romeo que yo), cuelgo, necesitando la función de linterna de mi teléfono para guiarme a través del recinto vallado.

Si Jules pudiera verme ahora, Linterna con su linterna, nunca escucharía el final de sus burlas.

Sorprendentemente, llego al pequeño granero y regreso con la escalera sin pisar mierda ni toparme con Cookie, la vaca mascota. Ella debe estar durmiendo.

Pero cualquier suerte que me haya llevado hasta este punto termina cuando coloco la escalera debajo de la ventana que *creo* que pertenece al dormitorio al que Rose me llevó en la boda. En

posición vertical y de cerca, la escalera es vieja, desgastada y *no* estructuralmente sólida. El ingeniero que hay en mí grita "*Abortar la misión, abortar"*.

Sin embargo, como es todo lo que tengo de Romeo para Rose, subo.

———

ROSE

TAP, tap, tap.

Abriendo los ojos, estudio el ventilador de techo que hay encima de mí. ¿Está desequilibrado?

Tap, tap, tap. No es el ventilador. Viene del pasillo.

Rodando de costado, me deslizo fuera de la cama, camino hacia la puerta abierta y asomo la cabeza al pasillo, mi moño flojo se tambalea.

Toc, toc.

Más fuerte ahora. Desde la habitación de invitados. ¿Quizás un pájaro que se estrelló contra la ventana?

Arrastrando mis calcetines peludos por el pasillo, abro la puerta de la habitación de invitados y miro hacia adentro. Donde quedo cegada por un rayo de luz.

—¿Qué…? —, levanté la mano para bloquearla y presioné el interruptor de la luz con la otra. —¿Vance?

Su rostro se ilumina detrás del cristal y baja el teléfono.

Malditas arrugas en sus ojos.

Puede que no parezca amenazante en este momento con mi camiseta de Goofy raída y de gran tamaño y mis bragas amarillas fluorescentes, pero mis ojos entrecerrados y mi ceño fruncido parecen suficientes para atenuar la felicidad en sus ojos.

Debería simplemente darme la vuelta y marcharme. Dejarlo como él hizo conmigo.

Vance, valiente o estúpido, señala la cerradura de la ventana. *Tap, tap.*

Suspiro.

Un segundo después, levanto la faja y lo miro sin ningún vidrio que bloquee mi mirada mortal. —¿Qué crees que estás haciendo tocando la ventana del dormitorio de invitados?

Mi pregunta borra el comienzo de una sonrisa esperanzada de su rostro. —¿Cuarto de huéspedes? —. Él mira por encima de mi hombro. —¿Ésta no es tu habitación?

—Nop.

—Oh.

Cuando no dice nada más, cruzo los brazos sobre el pecho, escondiendo a mi personaje favorito de Disney con la esperanza de que eso me haga más intimidante. —¿Entonces?

Él niega con la cabeza. —Lo siento, sí. Yo, ah… —. Su ceño se profundiza. —Vaya, supongo que pasé tanto tiempo tratando de localizarte que no pensé qué decir cuando te encontrara.

—Tal vez eso sea algo bueno —. Levanto mi cadera. —Ya que las dos últimas veces que te detuviste a pensar antes de hablar, no salió tan bien.

Él se estremece. —Sí. Sobre eso —. Su respiración es aguda y rápida. —Sé que lo siento no es suficiente, pero *realmente* lo siento. Primero, por hacer suposiciones sobre tus sentimientos e ignorar los míos. Y también por dejar Heartbreakers después de, bueno, después de-...

—¿Que te dije que estaba embarazada?

—Sí.

—Si ni siquiera puedes decirlo, no estoy segura de qué estás haciendo aquí. Y para que lo sepas, en caso de que no me hayas escuchado en Heartbreakers, me lo quedaré.

—Bien —. Se endereza en la escalera. —*Quiero* que te lo quedes.

—Lo haces, ¿eh? —. Sería un idiota si pensara que le creería.

—Sé que es difícil de creer.

Supongo que no es un idiota.

—Pero *estoy* feliz por el bebé. Sólo necesitaba ordenar algunas cosas.

Encierro la esperanza que quiere aflorar. 'Engáñame una vez…' y todo eso.

—Las palabras no son suficientes, lo entiendo, pero es por eso que estoy aquí —. Su expresión es expectante, como si estuviera esperando que yo comprenda lo obvio.

Sea lo que sea, no lo entiendo. —¿En una escalera?

Su sonrisa es tan incómoda como irritantemente adorable. —A lo Romeo.

Eso me sorprende y me hace reír. —Esa no puede haber sido tu idea.

—De Brit —. Él considera. —Bueno, en realidad fue idea de Jacob y Jase. Brit fue quien me dijo que no te respondiera el mensaje de texto sino que viniera —. Sigue esto poniendo los ojos en blanco, mostrándome que ambos estamos en la misma página sobre cómo resultó eso.

—Un consejo para ti y para Brit: responder mensajes de texto es importante si vas a tardar más de una hora en llegar.

—Lo hice —. Vance empuja las palmas de las manos contra el alféizar y su vehemencia me hace saltar.

—Al principio no —, admite encogiéndose de hombros. —Pero cuando tu portero no me dejó entrar, llamé y llamé.

—Huh —. Supongo que eso es lo que me pasa por apagar mi teléfono una hora después de enviar el mensaje de texto para no mirarlo obsesivamente.

Vance se cruza de brazos en la cornisa. —Es una suerte que hubiera un cajero automático al lado de tu edificio, de lo contrario, los labios de Doug habrían permanecido sellados en tu ubicación.

—¿Doug me vendió? —, hago puchero. —Ese bastardo.

Vance levanta una mano. —Sí, pero sólo *después* de que me hizo jurar que no era un acosador asesino.

Eso me apacigua un poco, especialmente cuando pienso en Doug trabajando turnos extra para conseguirle a su hermana el nuevo iPhone que quiere para Navidad. —Supongo que entonces está bien.

Vance ajusta su posición y el pequeño movimiento hace que la escalera se balancee. —Jesús —. Sus dedos se hunden en la cornisa. —Esta escalera requiere más equilibrio y fuerza central que las maniobras de una caminata espacial —. Respira una vez que se siente estable. —Odiaría que mi epitafio dijera: *Murió en un campo de hamburguesas de vaca*.

—Me sorprende que hayas dejado que tus sobrinos te convenzan de esto —. Mi voz es más sarcástica de lo que me gustaría admitir. —Si tienes tanto miedo de morir y todo eso.

La excavación golpea fuerte y él hace una mueca.

—Me lo merezco —. Mira hacia abajo, como si estuviera avergonzado. —Y sé que lo que dije probablemente te sonó ridículo, pero esos sentimientos... esos sentimientos eran *reales* para mí —. Una de sus manos se aprieta en un puño. —Pasé treinta años enojado con mi papá. Culpándolo por dejarnos, por morir —. Deja escapar un largo y profundo suspiro. —También culpé a mamá.

—¿Helen? —. A pesar de mí misma, bajo al suelo y me arrodillo. —¿Hablaste con ella después de Heartbreakers?

Él asiente, manteniendo contacto visual. Es más fácil ahora que estamos al mismo nivel. —Con ella y con Brittany.

Mis labios se tuercen al pensar en cómo debió haber sido *esa* conversación. —Apuesto a que fue una charla divertida.

Él resopla, pero después de un momento, el brillo divertido en sus ojos se convierte en suplicante. —Dame otra oportunidad, Rose. Por favor.

Tomada por sorpresa, me balanceo hacia atrás.

—Y no es sólo por el bebé.

—Vance, yo…

—Te amo.

Mordiéndome el labio, mis ojos pasan más allá de él hacia el resplandor del granero de Cookie.

—Te amaba antes y todavía te amo —. Cambia su peso y se acerca a mi línea de visión. —Me encanta cómo haces todo lo posible, sin red de seguridad, simplemente vives la vida al máximo. Me encanta cómo te preocupas por quienes te rodean, no sólo en aspectos importantes sino también en aspectos más pequeños, que a veces se pasan por alto. Me encanta cómo me sacas de mi zona de confort, y no suavemente. Me mostraste cuán oscura había hecho mi vida al iluminar todo a mi alrededor.

—Yo también te amo —, no puedo evitar decir. No tengo la capacidad de mentir u omitirlo.

—Y no sólo porque tienes súper esperma.

Un lado de sus labios se contrae.

—Me encanta el impulso y la perseverancia dentro de ti que te llevaron a donde estás hoy en la NASA. Me encanta que aunque no seas extrovertido, en realidad disfrutas estar rodeado de gente —. Miro hacia abajo, interesándome por la peca en mi rodilla. —Y me encanta cómo nunca intentaste cambiarme, sino que te gusté tal como soy —. Inclino la cabeza y la comisura de mis labios se curva. —Incluso cuando estoy montando a una matona racista en Crocs azules como un toro premiado de rodeo en el pasillo cinco.

—*Especialmente* cuando estás montando a una matona racista en Crocs azules como un toro premiado en el pasillo cinco.

Eso le gana una sonrisa, pero se desvanece cuando continúo. —Pero me *lastimaste* cuando te fuiste hoy.

Su boca se aplana. —Lo sé.

—E incluso ahora, después de entender por qué te asustaste de la forma en que lo hiciste, aunque puedo empatizar con eso, el hecho de que huir fuera tu primera reacción realmente duele. Especialmente cuando estaba tan feliz. Como si finalmente hubiera encontrado lo que debía hacer.

—Rose… —. Parece perdido como si no supiera qué decir.

—Sabes que mis padres murieron, pero nunca te conté cómo me dejaron mucho antes del accidente automovilístico —. Me deslizo hacia un lado, con la cadera apoyada en la alfombra frente a la ventana. —Crecí viendo a mis padres irse. Mi papá, al estar en el circuito de carreras, principalmente se iba a trabajar.

Vance abre la boca, pero levanto una mano, sabiendo lo que va a preguntar.

—No se trata de ser astronauta y volar al espacio durante meses seguidos. Conozco la diferencia entre irse por trabajo y marcharse por otras razones más egoístas.

Los hombros de Vance caen y deja escapar un suspiro de alivio.

—Pero que mi papá se fuera para perseguir a mi madre, fue egoísta. Mamá dejó muy claro que prefería estar en cualquier otro lugar que no fuera conmigo o en casa. No importaba cuán grande fuera la mansión o su cuenta para gastos. Ella estaba más fuera que aquí, y en lugar de quedarse a mi lado, mi padre corrió tras ella. Siempre me dejaron.

Mi cuerpo, corazón y alma se sienten desinflados después de confesar eso, pero en lugar de ocultarlo detrás de mi sarcasmo habitual, miro a Vance directamente a los ojos, dejándole ver todo mi dolor. —Necesitas saber que *me niego* a vivir el resto de mi vida preocupada de que eso le pase a alguien a quien amo. Y definitivamente tampoco permitiré que mi hijo se sienta así.

—*Nuestro* hijo —. Vance me agarra la mano. —Y no se sentirá indeseados porque no lo es. Te lo juro.

Mechones de cabello que se han caído de mi moño se mueven hacia adelante y hacia atrás mientras me deshago de sus palabras. —No estoy segura de que lo entiendas. No me conformaré

con menos que todo. Y si no puedes darme todo, entonces no quiero nada.

—Bueno —. Los músculos del cuello se tensan mientras aprieta la mandíbula. —Entonces dime qué es todo.

Dejo caer mi otra mano sobre la que él sostiene la mía. —Quiero una *familia* —. Presiono, tratando de imbuir a la palabra con todo lo que significa para mí.

—Yo también quiero eso.

Resoplo y retiro mis manos, despidiéndolo. —Mira, dices eso *ahora*, pero si hacemos esto, debes saber que voy a darlo *todo* —. Mejor sabiéndolo ahora que después, decido dejarle entrar en mis sueños, ver si puede manejar todo.

Vance frunce el ceño. —¿A qué te refieres con eso?

Suspiro, pasando una mano por mi cabello, deteniéndome cuando recuerdo que está atado. —Para empezar, voy a comprar una casa. Una casa en un buen distrito escolar con un gran jardín y tal vez incluso una valla blanca.

—Llamaré a un agente de bienes raíces mañana.

Entrecierro los ojos ante su rápida respuesta. —Tiene que ser de dos pisos, con espacio para crecer, pero no una construcción nueva. Algo con proyectos. Algo digno de Pinterest.

Sus fosas nasales se dilatan, pero asiente.

Pensando que lo tengo contra las cuerdas, le sumo. —Y un gran árbol en la parte trasera para hacer un columpio y un lugar donde podrás hacer una barbacoa todos los domingos.

Esta vez el asentimiento es más fácil. —Soy texano. Me encanta la barbacoa.

Me pongo de rodillas, calentándome con el tema. —Y espacio para una piscina, pero no tendremos una piscina porque las piscinas son peligrosas para los niños pequeños.

—Estoy de acuerdo.

—Y cuando *sí* tengamos una piscina, tendremos que organizar muchas reuniones de vecinos para que podamos examinar a todos los amigos de nuestros hijos y asegurarnos de que no sean idiotas.

Sus cejas saltan. —¿Hijos? —, pregunta, alargando la s.

—Sí—. Golpeo mi mano en el alféizar. —Plural. Como en más de uno —. Lo miro, esperando una pelea. —No voy a tener un hijo único.

En lugar de morder el anzuelo, Vance sonríe. —Suena genial. Más primos para Jase y Jacob.

Me hundo sobre mis talones, mi corazón se derrite un poco, pensando en mis dos guerreros feministas sosteniendo las manos de mi hijo mientras caminan alrededor de la mesa del comedor de Helen en el Día de Acción de Gracias del próximo año.

—Y la casa necesita un garaje adjunto para que no te atrape el clima de Texas mientras desempacas las compras de tu nueva minivan.

Empiezo, necesitando un momento para reconocer que él está contribuyendo a mi sueño. —Perfecto. Me encanta —. Mis manos aplauden.

Apenas noto que su pecho se infla y nuestro futuro cobra vida propia en mi mente. —Quiero

un labrador.

Él considera esto. —Los labradores son inteligentes. Probablemente deberíamos conseguir dos.

Dejo caer mis manos, que han estado gesticulando salvajemente, hasta mi cintura, considerándolo, y si habla en serio o no.

Pero su expresión permanece tranquila, así que cambio la imagen en mi mente a dos perros. —Sí, dos perros serían mejores.

Él sonríe.

—Y voy a ser súper extra con esto de ser mamá —. Me pongo seria otra vez, golpeándome el pecho, casi magullándome un pezón. —Me uniré a todos los grupos de mamás, facilitaré múltiples citas para jugar, seré voluntaria en todas las actividades escolares y seré un miembro contribuyente de la APM —. Levanto la mano para atacar ese último pensamiento. —No, a la mierda eso. Voy a *dirigir* la maldita Asociación de Padres y Maestros.

—Serás una presidenta fenomenal.

Mi pecho se siente a punto de estallar. —Y todas las noches nos sentaremos y cenaremos en familia.

Sus ojos se vuelven suaves. —Me gusta esa idea.

Con cuidado, deslizo mi mano sobre la suya en el alféizar, tratando de calmar mi emoción para poder elegir mis palabras sabiamente. —Y vas a hacer cosas *increíbles* en el espacio y serás un padre cuyos hijos no sólo lo amarán sino que también estarán increíblemente orgullosos.

Sus labios se aprietan como si estuviera tratando de contener sus emociones.

Acercándome más, toco su mejilla con la palma de la mano y las yemas de mis dedos rozan el cabello curvado alrededor de su oreja. —Y nuestros hijos les contarán a todos que su padre es astronauta y luego te harán llamar desde la estación espacial para poder presumirte ante sus amigos.

Se aclara la garganta. —Los amigos que examinamos previamente para asegurarnos de que no sean idiotas.

Cierro los ojos, sus palabras son música para mis oídos. —Exactamente.

Cuando los abro, nos miramos fijamente, sonriendo, todas las razones por las que nos amamos son muy claras en este momento.

Pero debajo de la superficie, aún sin tanta agua debajo del puente, hay razones para no dejarlo entrar.

Al menos no a través de la ventana. No esta noche.

Como si leyera mis pensamientos, Vance me suelta la mano. —Será mejor que descanses un poco, ¿de acuerdo? —. Él huele. —Te veré mañana en el médico.

Aunque sé que es lo más inteligente, todavía me resisto a que se vaya.

—Tal vez… —. Me muerdo el labio. —¿Quizás deberías entrar?

Puedo ver su debate interno, el deseo de decir que sí, pero, más fuerte que yo, Vance niega

con la cabeza. —Gracias, pero no —. Se levanta, me besa la mejilla y vuelve a sentarse cuando la escalera cruje. —Déjame trabajar para darles todo a ti y al bebé primero, ¿de acuerdo?

Ha tenido un buen comienzo con esa respuesta.

—Bueno.

Me da una última sonrisa que hace que se arruguen los ojos antes de dejar caer un pie un peldaño más abajo en la escalera.

Alzando la mano para agarrar el marco de la ventana, hago una pausa. Antes de que Vance baje más, me asomo por la ventana e inclino el cuello para besarlo. Es rápido. Sólo un beso que toca la parte superior derecha de su boca. Más barba incipiente que labio. Pero le hace cosas maravillosas a mi hoo-haa.

Y a mi corazón.

VEINTISÉIS

PLANIFICACIÓN DE OPERACIONES CONJUNTAS

VANCE

—¿ECHAMOS un vistazo?

Mis ojos permanecen en las placas perforadas del techo, solo bajando cada pocos segundos para asegurarme de que Rose esté bien. Arriba, abajo. Eso es todo.

No sé por qué, pero esto es como una casa de espejos, con uno colgando frente a mí y otro detrás, haciendo que cada ángulo de la habitación sea visualmente accesible.

Y después de ver a Rose deslizar su trasero desnudo hasta el borde de una mesa de examen a *centímetros* de la cara de la ginecóloga, poner sus pies en estribos con las rodillas abiertas con solo una fina sábana de papel para cubrirla por completo para que la doctora pueda clavarle un gran espéculo metálico que en realidad *se introduce* en su vagina para que *entonces* pueda insertar un par de pinzas de tijera para retirar un dispositivo anticonceptivo desplazado y, por lo tanto, ineficaz, he aprendido que el único lugar seguro al que mirar es arriba.

Si alguna vez vuelvo a quejarme de mi examen anual de gira-y-tose, no me consideraré ningún tipo de hombre.

—Esto no debería doler —. La Dra. Barrios gira su taburete hacia un lado y agarra lo que parece un consolador blanco largo conectado a una computadora con ruedas. —Pero puede que sea un poco incómodo ya que acabo de quitarte el DIU —. La cosa mide al menos treinta centímetros de largo y tiene una cabeza ligeramente bulbosa.

Me siento vagamente amenazado.

Rose debe pensar lo mismo porque se ríe disimuladamente.

El consolador, que es una especie de herramienta de ecografía, se cubre con una funda de plástico y se recubre con lubricante.

No es broma.

Rose se mueve sobre el papel mientras la doctora la examina y yo tomo su mano, que es todo lo que he podido hacer desde que entramos a la habitación. Entiendo por qué las mujeres siempre bromean acerca de que los hombres son inútiles.

Un *whomp, whomp, whomp* se escucha desde la máquina.

Rose jadea.

Whomp, whomp, whomp.

Me arriesgo a echar un vistazo a la médica. —¿Es eso…?

—¿El latido del corazón? —, la Dra. Barrios asiente con una pequeña sonrisa ante nuestras expresiones. —Sí, lo es —. Levanta el brazo de su reloj, probablemente contando las pulsaciones por segundo.

Puntos de luz parpadean en el borde de mi visión. He estado conteniendo la respiración, esperando el veredicto.

—Ciento doce —. La sonrisa de la doctora se hace más amplia. —Perfecto.

Rose y yo nos desplomamos hacia delante. Aprieto su mano, compartiendo una mirada de alivio.

La pantalla de la computadora se divide en cuatro cuadrantes cuando la médica hace clic en el consolador que aún está dentro de Rose. —Ahí está —, la Dra. Barrios señala la pantalla con su mano sin consolador.

Rose frunce el ceño ante los círculos oscuros en cada una de las cuatro fotos. —¿Esa masa? —. Su decepción es linda.

—Sí, es demasiado pronto para lo que probablemente estás pensando: la cabeza, los brazos y las piernas aún no son discernibles —. Retira el brazo y la varilla del sonograma se desliza hacia afuera y brilla a la luz.

Mis ojos vuelven al techo.

—Sin embargo… —, por el rabillo del ojo, veo a la médica señalar la estática blanca que rodea la forma más oscura, —...este es el útero, y esa 'gota' está en la posición perfecta para convertirse en un bebé sano.

Bajo mis ojos hacia Rose, que está sonriendo.

—Pero claro, no es una gran sorpresa, ya que se necesitaría un verdadero luchador para superar el condón *y* el DIU. Incluso si el DIU se hubiera deslizado parcialmente dentro del cuello uterino.

Aprieto la mano de Rose, sintiendo una ridícula sensación de orgullo por las palabras de la doctora. Rose debe darse cuenta porque me pone los ojos en blanco. Pero ella todavía sonríe cuando lo hace.

Cuando la Dra. Barrios desenvaina la varilla de ecografía y la vuelve a colocar junto al monitor, me siento más seguro al mirar directamente a la pantalla. Después de lavarse las manos, se acerca nuevamente a la máquina de ecografía. —Tomemos algunas medidas, ¿de acuerdo? —. Unos pocos clics, esta vez con el mouse y el teclado, y pequeñas líneas cruzadas blancas rodean el círculo más pequeño en la pantalla. Nuestro bebé.

—Veintiún milímetros equivalen a unas siete semanas —. Con solo presionar un botón, las cuatro imágenes se imprimen como si salieran de una cámara Polaroid grande, ligeramente

pornográfica.

Le entrega las fotografías a Rose, quien las mira sin pestañear.

La Dra. Barrios retrocede y toma su iPhone del mostrador. —Entonces, según mi vieja calculadora de embarazo… —, sostiene el teléfono y lo mueve antes de tocarlo, —...eso sitúa tu fecha de parto en el ocho de agosto.

Ocho de agosto. Mierda.

Intento ser indiferente. —¿Qué tan exacto es eso?

—Bueno, dado que no sabemos cuándo se movió el DIU o, debido a su DIU, el último ciclo menstrual verdadero, no es exacto —. Se encoge de hombros. —Y, por supuesto, a algunos bebés les gusta llegar temprano y a otros les gusta llegar tarde, pero en este punto, y con una ecografía intravaginal, el 8 de agosto debería ser bastante exacto, más o menos dos semanas de margen en cada extremo —. Se desplaza en su teléfono. —El veintidós de agosto si el bebé llega tarde y julio...

—Vigésimo —, termino por ella. La fecha quedó grabada en mi cabeza y marcada en mi calendario.

Rose levanta la vista de las imágenes de la ecografía. Sintiendo que algo anda mal por mi expresión, frunce el ceño. —¿Qué ocurre?

—Eh… —, me detengo, tratando de descubrir cómo decir esto sin hacerla enojar. Pero debo tomarme demasiado tiempo para pensar porque Rose entra en modo de pánico total.

—¿Es sobre la fecha de la concepción? —, su voz como un fuego rápido. —Porque eso lo situaría en el momento de la boda. Estábamos juntos entonces —. Sacando una pierna de un estribo, casi le da una patada de kárate en la cara a la Dra. Barrios mientras se gira, girando su trasero sobre la mesa de examen para mirarme. —Este es tu hijo, Vance. Lo juro.

—Rose —. Colocando ambas manos sobre sus hombros, nos acerco, nuestras frentes casi se tocan. —Estoy *ciento cincuenta* por ciento seguro de que este es mi bebé. Nunca, ni una sola vez, lo he dudado.

Ella asiente rápidamente y traga. —Está bien, sí, bien.

Aunque me preocupa su reacción, sigo mirándola a los ojos. —Es sólo que el veinte de julio es el día de mi vuelo.

La comprensión aparece, sus ojos y su boca se expanden. —Oh.

—Lo que significa que tengo previsto estar en Moscú al menos dos semanas antes, si no más.

—Oh —, dice de nuevo, y esta vez asiente lentamente. —Ya veo.

—En otras seis o siete semanas, debería poder verificar la fecha de parto para mayor precisión —, ofrece la doctora, haciendo rodar su silla hacia atrás y poniéndose de pie. —Tal vez el bebé esté midiendo pequeño hoy, pero...

—No —. No quiero darle a Rose falsas esperanzas. —La primera vez que tuvimos relaciones sexuales fue el primer sábado de noviembre. Entonces la fecha de parto tiene sentido. En todo caso, sería más tarde, pero no antes.

—Ah —. Hace una pausa, dejando que eso se asimile, luego mira a Rose. —En ese caso, tu próxima cita no será hasta dentro de cuatro semanas y puedes programarla hoy cuando salgas o llamar cuando estés lista.

—Gracias —, dice Rose suavemente, mirando mi pecho.

—Sí, gracias, doctora —. Mis manos todavía descansan sobre los hombros de Rose.

Se vuelve a lavar las manos y nos deja discutir las cosas.

—Siempre he odiado las matemáticas —, dice finalmente Rose, levantando la cabeza. Ella está sonriendo, pero no llega a sus ojos. —Siempre me equivoco.

—Esto es mi culpa. No creo haberte dicho cuándo era la fecha del vuelo, pero lo sabía. Yo sólo…—. Dejo caer mis manos exhalando un gran suspiro. —Simplemente no sumé dos más dos —. Agarro mi cabello y tiro, enojado con mi cerebro. —Aunque debería haberlo hecho.

Rose respira un poco y se sienta, luciendo completamente serena. —Está bien —. Me da una palmadita en el hombro y se baja de la mesa. —No estoy enojada.

Retrocedo para que pueda recuperar su ropa.

Al ponerse las bragas, capta mi mirada dudosa. —Tu vuelo estaba programado mucho antes de que ocurriera este embarazo. Realmente, está bien. *Estaré* bien.

—Bueno, *yo* no estoy bien —. Dejo caer la cabeza sobre la mesa de examen. —El primer día dándotelo todo y ya te decepcioné.

—Aw.

Aún descansando en la mesa, giro la cabeza ante su tono comprensivo y vislumbro sus bragas a cuadros blancos y negros mientras se levanta los pantalones cortos de jean.

—Recuerda. Conozco la diferencia entre irse por uno mismo o irse a trabajar —. Se abrocha los shorts y se calza las sandalias con los pies descalzos. Sus uñas de los pies están pintadas de azul.

Me pregunto si espera que nuestra masa sea un varón.

—Y además… —, continúa Rose, —...ni Jules ni Jackie irán contigo en ese vuelo, así que estarán aquí. Y Trish —. Resopla. —Y no nos olvidemos de mis hermanos.

No tengo muchas ganas de decirles a Holt y Flynn que no estaré aquí cuando su hermana pequeña entre en trabajo de parto.

Se inclina hacia mí, todavía encorvada y deprimida, y me frota la espalda. —Tendré muchas personas para elegir y que estarán conmigo en la sala de partos.

Rose está tomando la noticia mejor de lo que pensaba. Mucho mejor que yo. Lo cual debería ser algo bueno, pero no lo es.

Siempre supe que ir al espacio era una compensación. Puedo ver y experimentar maravillas que muy pocos en el mundo pueden ver y hacer. Ya me he perdido cumpleaños, bodas y muchos de los hitos de las vidas de mis sobrinos. Pero sabía que las personas para las que no estaba allí tenían otras personas a su alrededor para llenar el vacío que dejé.

Pero esta es Rose. La mujer que amo. Y que dará a luz a nuestro bebé. Claro, uno o todos sus

amigos y familiares pueden reemplazarme y ayudar a garantizar que Rose no esté sola durante el parto, pero ¿quién llenará mi vacío?

—No estoy segura de si esto ayuda —, Rose continúa frotándome la espalda, —pero sólo saber que estás molesto por no estar aquí para el parto *me* hace sentir mejor.

Resoplé y mi mejilla se deslizó fuera de la mesa acolchada de cuero. —Estoy tan feliz de que mi dolor te proporcione placer.

Cuando me recuesto, Rose se sienta en mi regazo. —Soy así de útil.

La abrazo, cada uno de nosotros apoyando la barbilla en el hombro del otro.

Y justo cuando creo que voy a tener que aguantar y convencerme de que si Rose está de acuerdo con que me pierda el parto, entonces necesito encontrar una manera de estar de acuerdo con eso también, veo sus ojos en el espejo detrás de la mesa.

Y la única lágrima que cae.

VEINTISIETE

#AGUARDIENTEYDIAMANTES

ROSE

—ESTÁ entre la casa en el vecindario de Trish e Ian y la de Taylor Lake Village.

Vance baraja las impresiones de todos los listados de agentes inmobiliarios que ha recopilado durante los últimos cinco días para mostrárselas a su hermana mientras yo sigo pateando culos en Fortnite.

—Esta es la del vecindario de Trish. Es una gran edificación de dos pisos en un vecindario establecido. Tiene un precio de venta. Aunque podrían estar intentando conseguir múltiples ofertas.

Brit entrecierra los ojos ante la imagen. —¿Qué es eso?

Vance pasa la página para mirar. —Esa es la casa desde una vista aérea.

—Entiendo que es una vista de pájaro, pero ¿qué es eso en la imagen? —, ella toca la página.

—La fuente del vecino —. Suspira. —Por alguna razón, la casa dos puertas más abajo colocó esta fea y ornamentada fuente italiana frente a su casa colonial de ladrillo rojo —. Sacude la cabeza, sonando ya como un habitante de los suburbios descontento y preocupado por la degradación de los precios de la vivienda.

Los ojos de Brit se ven un poco pesados por el chocolate caliente picado. —Sí, ni siquiera creo que Pinterest tenga nada que pueda hacer que eso parezca menos feo.

Vance resopla y pasa la página. —Y ésta es la de Taylor Lakes.

Escucho a Vance hablar sobre la ubicación y el precio mientras me siento en el suelo entre sus piernas y él se sienta detrás de mí en el sofá.

La casa de Brittany en la cercana League City es maravillosa. En la sala de estar, el más familiar de sus seis árboles está lleno de adornos hechos a mano por los niños a lo largo de los años. Muchos ojos saltones, limpiapipas y palitos de helado.

Buscaría una casa cercana, pero League City está al otro lado de Clear Lake, un poco más lejos de lo que me gustaría estar del rancho, de la NASA y de mis amigos.

Hemos estado aquí desde el mediodía, después de que Vance y yo tuviéramos nuestra propia

mañana de Navidad juntos. La primera de muchas.

El álbum navideño de Elvis Presley suena de fondo, lo que me recuerda la horda de imitadores de Whiskey River de los que nunca más supe. Realmente debería preguntarle a Mike sobre esto y sobre su nuevo cliente. Ver si hay una conexión.

—Sabes que el voto de mamá será Taylor Lake Village —. Brit toma un sorbo de su bebida y se relame los labios. —Está a sólo dos minutos de ella.

—Sí, pero ella ya está hablando de vender ese lugar y reducir, así que no estoy seguro de que eso importe —. No parece en absoluto triste porque Helen quiera vender su antigua casa familiar. Pensé que tal vez estaría triste por eso, pero parece más molesto por la próxima cita de Helen con John. —Pero está cerca de Flynn y Jackie.

Me encanta que a él no le importaría vivir cerca de mi hermano neandertal.

Echando la cabeza hacia atrás, leo todas las notas que Vance tomó en cada listado. Y todas las listas de posibles nombres de bebés garabateadas en los márgenes.

Él no lo sabe todavía, pero los estoy guardando por completo sin importar qué casa elijamos.

Hashtag adorable.

—¡Tía Rose, no estás prestando atención! —, Jacob grita para escucharse a sí mismo a través de sus nuevos auriculares. Los que le compré. Está apuñalando los botones de su controlador presa del pánico.

—Maldita sea, lo siento, amigo —. Pero no soy lo suficientemente rápida y nuestros dos personajes mueren.

—Oh, hombre —. La cara de puchero de Jacob es linda.

—¡Mi turno! —, Jase se baja del sillón reclinable y agarra el control de su hermano.

Jacob abre la boca, probablemente para discutir, pero yo me apresuro a salvarlo. —Toma, toma el mío —. Le acerco mi controlador. —Me tomaré un descanso.

La caída del hombro de Jase. —Mierda. Ahora realmente vamos a perder.

Le revuelvo el pelo. —Tienes que aprender alguna vez, chico.

De repente me agarran por detrás y me levantan en el aire por las axilas. —¡Qu-...!

—Aquí —. Vance me coloca en su regazo.

Brit arruga la nariz. —Aw, asqueroso. Consigue una habitación —. Su gemido se arruina cuando esboza una gran sonrisa.

—Estamos tratando de conseguir una casa —, le recuerda Vance, tocando la página en su regazo. —Así que ayúdame a descubrir cuál es más digna de Pinterest —. Me mira de reojo. —Es un factor importante en el proceso de decisión.

Intento, y no logro, contener mi sonrisa.

Vance me coloca contra él, apoya la barbilla en mi hombro y me rodea con el brazo derecho. Su mano se curva alrededor de su nuevo lugar favorito para tocar: mi vientre.

Me acerco a él, suspirando felizmente. Y no sólo estoy feliz con mi nuevo amor por las muestras públicas de afecto. Estoy jodidamente feliz de verdad.

Y lo he sido todos los días desde nuestra cita con el médico.

Vance y yo estamos juntos. Como, legítimamente juntos.

Después de la cita con el médico, colgamos las fotografías de la ecografía en mi nevera. Luego fuimos de compras. Y esa noche, y todas las noches desde entonces, cenamos juntos en la mesa de mi cocina.

A la hora de dormir, nos paramos uno al lado del otro frente al tocador del baño y nos cepillamos los dientes.

Y todas las mañanas me da un beso de despedida antes de irse a trabajar.

Estoy viviendo el sueño.

—¿No deberías estar planeando una boda primero? —, Brit señala la mano de Vance en mi abdomen mientras gira sus nuevos aretes de diamantes que Matt le compró. —Pensé que sería una prioridad.

—Ya llegaremos a eso —. Me encojo de hombros, despreocupada. Y, sorprendentemente, lo estoy.

Vance no estaba bromeando cuando me dijo que iba a hacer todo lo posible conmigo. Ya se mudó a mi penthouse, aunque para él el viaje diario es mucho más largo. Cuando no me estaba ayudando a decorar el nuevo árbol de Navidad multicolor de tres metros y medio que nos compró como regalo de convivencia, estaba ayudando a clasificar las enormes cantidades de cosas para bebés que todavía estaban amontonadas por todas partes.

Algunas compras las conservamos, otras las donamos. Porque, según Vance, el objetivo de un pack 'n play es que puedes empacarlo y llevarlo contigo dondequiera que vayas. Así que no todas las personas que conozco necesitan tener uno en su armario para cuando el bebé y yo los visitemos.

Lo cual está bien. Porque significa que el refugio para mujeres al que suelo donar recibirá aún más regalos este año y toda esta clasificación le permite a Vance —comprar— cosas para bebés conmigo eligiendo sus favoritos entre los que ya hay.

Hashtag ganar-ganar.

Además de eso, ha visto al terapeuta de la NASA dos veces esta semana. Y aunque dice que fue la conversación con su madre y su hermana lo que realmente le ayudó a ver con claridad, decidió seguir adelante sólo para asegurarse de ser lo mejor que podía ser tanto para mí como para el bebé.

Quizás culpé a las hormonas por las lágrimas que lloré después de que él me dijo eso. Y Vance puede que haya fingido que me creía.

Muevo los dedos, disfrutando de cómo las luces navideñas del árbol junto al televisor juegan con el diamante talla cojín y todos los pavé rosa que lo rodean. Es clásico, con un toque especial.

Hashtag como yo.

Brit toma mi mano y sonríe conmigo sobre mi anillo. —Siempre y cuando te cases antes de que nazca mi sobrina.

Vance me frota el vientre. —No sabremos si es un niño o una niña hasta dentro de unas semanas más.

—No, *definitivamente* es una niña —. Brit toma otro gran sorbo de su bebida y me pregunto cuánto aguardiente de menta se sirvió para estar tan borracha después de una taza. —Si Dios me dió niños, es justo que tengas niñas.

Sonrío cuando Brit tiene hipo. —No estoy exactamente segura de cómo funciona.

—Niño o niña, no me importa —. Vance besa mi cuello, provocando que se me ponga más piel de gallina. —Mientras el bebé esté sano, todo estará bien.

Levantando mi brazo, lo envuelvo alrededor de su cuello en un abrazo.

Sí, todo *está* bien. Vance me ha dado o tiene planes de darme todo lo que le dije que quería.

—Aunque no puedo creer que vayas a estar en el espacio —. Brit bebe el resto de su bebida, con un bigote de chocolate en el labio. —¿Puedo pedir permiso para estar en la sala de partos?

Bueno, casi todo lo que quería.

Me sorprendo frunciendo el ceño y lo quito con una gran sonrisa. —Tendrás que poner tu nombre en el sombrero como todos los demás.

Helen entra desde la cocina, después de haber pasado la mayor parte de la tarde exclamando y chillando sobre la batidora con brillantina que le regalé a Brittany. Parece que tengo otro proyecto de bricolaje en el futuro. —No puedo creer que en realidad estés teniendo un sorteo de lotería para ver quién te ayudará a dar a luz a mi nieto.

Me encojo de hombros, sin saber qué más decir.

Cuando me subí las bragas en el consultorio del médico después de descubrir que la fecha de parto coincidía con el vuelo de Vance, me obligué a subírmelas también metafóricamente.

¿Y qué si el padre de mi bebé ni siquiera estará en la Tierra durante el parto?

¿Y qué si, como madre primeriza, tengo que descubrir la lactancia materna, el entrenamiento para dormir y ocuparme de las vacunas del recién nacido por mi cuenta?

Soy Rose West. Tengo esto bajo control.

—Me gusta ésta —. El discurso de Brit es difamatorio. —Muy digna de Pinterest —. Ella me entrega la casa en el vecindario de Trish. La que tiene al vecino con la fuente.

Es más grande de lo que quería originalmente. Pero Vance me convenció de que si quería más de dos niños y una habitación brillante, probablemente deberíamos aumentar nuestra superficie cuadrada. Está situada en el lado norte de la NASA, casi en el medio de Flynn y Holt.

Además, está justo enfrente de Trish. Y de todas las chicas, estoy bastante segura de que ella será la primera en quedar embarazada. Nuestros hijos podrían crecer juntos. Viajar juntos en el autobús.

Estudio la casa de ladrillos blancos, imaginando todos los toques personales que podría darle a esta casa para convertirla en un hogar. *Nuestro* hogar.

En tan solo unos pocos días, pasé de dormir sola en la habitación de mi infancia a tener una relación comprometida con un hombre que me ama y a quien amo. Un hombre que, ahora que

me ha puesto un anillo, será mi compañero de cena de por vida. Además, estoy a punto de comprar el lugar donde criaremos a nuestro bebé *juntos*. El lugar donde todos nos sentiremos amados y queridos.

Un lugar que puedo hacer especial con la ayuda de Pinterest.

Puede que no sea todo, pero es suficiente.

Dejo caer mi mano sobre la de Vance, pensando en cómo el amor cambia las cosas. Porque ahora, confiados en el amor de Vance, en nuestro compromiso, la importancia de conseguir todo lo que quiero se convirtió rápidamente en querer conseguir todo lo que *él* también quiere.

Esta próxima misión significa mucho para Vance. Toda su carrera ha estado centrada en llegar a este momento. Es lo que siempre ha querido.

Así que atajo uno por el equipo, por así decirlo. Después de todo, un equipo es como una familia. Y eso es exactamente lo que somos Vance, la masa en mi útero y yo: una familia.

—Le diré al agente inmobiliario que haga una oferta —. Sostengo el listado en mi mano. —Dinero en efectivo. Eso debería poner fin a la guerra de ofertas.

—Wow —. Vance me coloca en su regazo y me gira a medias para poder ver mi cara. —No puedo dejar que hagas eso.

—¿Dejarme? —, el tono y mi única ceja levantada lo hacen retroceder.

Inmediatamente levanta las manos. —Eso no es lo que quise decir.

—Ajá —. Miro a los chicos todavía absortos en su juego. —Simplemente alégrate de que luché y ganado exitosamente esos auriculares; de lo contrario, si los chicos hubieran escuchado lo que dijiste, estarías acabado.

La puerta trasera se cierra de golpe y Matt entra, quitándose un guante de cocina. Pinterest tenía una receta de pechuga ahumada que Brit pensó que iría muy bien con los tamales de su madre, por lo que el pobre se levantó incluso antes que sus hijos, avivando el fuego, tratando de mantener una temperatura uniforme, todo en nombre del amor y de Pinterest.

—Oooh, Vance está en problemas —, canta Brit y luego se ríe.

—¿Qué hizo Vance ahora? —, Matt se inclina y besa a su esposa. Sus cejas saltan cuando huele a aguardiente.

Finjo estar enojada. —Dijo que no me *dejará* comprar una casa.

—Ey, hombre —, Matt mira a sus hijos. —No comencemos de nuevo el desfile feminista, ¿vale?

—Solo quise decir… —, Vance inclina la cabeza hacia adelante, —...que me sentiría mal que lo hicieras tú sola. No tengo esa cantidad de efectivo. Pero si hacemos un pago inicial y conseguimos una hipoteca, podríamos dividirnos el costo, no hay problema.

—Entonces es posible que no consigamos la casa —. Sacudo la lista en su cara. —Quiero esta casa.

Él frunce el ceño y puedo decir que quiere discutir, pero tampoco quiere correr el riesgo de que no consiga lo que quiero. Él es tan lindo.

Dejo caer el periódico y me inclino hacia él, levantando los hombros para llamar su atención sobre mis senos, ahora un poco más grandes debido al embarazo. —Piensa en ello como mi regalo de Navidad para ti.

Él habla con mi pecho. —Ya me conseguiste un auto.

Lo hice. Uno dorado. Jackie ya está celosa del Corvette C7.

Me encojo de hombros, el movimiento también hace cosas buenas con mis pechos. —Es una ventaja haber embarazado a una multimillonaria.

Brit nos lanza una frambuesa, distrayendo a Vance de mis ta-tas. —Maldita sea, sabía que debería haber conseguido que te fugaras conmigo. Me vendría bien una sugar-mami.

—De nuevo —, la voz resignada de Matt coincide con su expresión. —Gracias.

Brit le da unas palmaditas en la mano a Matt. O lo intenta; en su lugar, termina dando palmaditas en el guante de cocina que él sostiene. —Ya, ya.

—Bueno —. Vance me levanta de nuevo, esta vez colocándome a su lado. —Aceptaré que me compres la casa como regalo de Navidad si aceptas no discutir sobre *mi* regalo de Navidad.

—¿Mi anillo? —, levanto la mano. —Nunca discutiría sobre esto. Me encanta.

Besa mi mejilla. —Me alegro, pequeña Rosie, pero estaba hablando del segundo regalo de Navidad que te compré —. Vance saca algo detrás de él y me lo entrega.

Parece uno de esos sobres que recibes cuando compras una tarjeta de regalo. —¿Qué es esto?

—No es una casa, pero espero que te guste.

Inclinando la cabeza, lo estudio. —Entonces, ¿me estás diciendo que si acepto esto… —, levanto el sobre, —... no te quejarás si compro la casa para nosotros?

Vance asiente. —Correcto.

Esto parece demasiado fácil. Pero pensando que probablemente sea una tarjeta de regalo para algún sex shop o alguna otra tienda que crea que me avergonzará, asiento. —Trato.

—De acuerdo entonces —. Hace un gesto hacia mi mano. —Ábrelo.

No soy una abridora de regalos elegante, así que arranco la solapa del sobre en lugar de levantarlo, revelando una cartulina blanca de tres por dos con el logotipo de la NASA. —¿Una tarjeta de negocios?

La rodilla de Vance rebota. —Léela.

—*Vance Lonan Bodaway, astronauta en jefe* —. ¿Jefe? ¿Dónde he...?

—¿Astronauta en jefe? —, pregunta Matt. —¿Qué es eso?

—Mi nuevo puesto de trabajo —, responde Vance, sin dejar de mirarme. —Reemplazo a Luke. Efectivo inmediatamente.

Una oleada de emoción me golpea cuando recuerdo dónde escuché ese título antes y me dejo caer en el sofá. Mi corazón late con fuerza al recordar lo que dijo Jules sobre su amigo Luke, el chico alto de la boda. Cómo no iba a ninguna misión en este momento porque está a cargo de todas las rotaciones de vuelo de los otros astronautas. Cómo preferiría que la pillaran muerta antes que aceptar ese trabajo de oficina, aunque fuera temporal. —¿Qué hiciste? —, ahogo las

palabras, de repente me resulta difícil hablar.

—Ahora recuerda —, dice Vance, alejándose de mí como si se preparara para el impacto, — acordamos que no discutirías.

—Pero... pero tu vuelo —. Lo miro a él, luego a la tarjeta, luego a Helen, a los niños y luego de nuevo a la tarjeta. —Tú...

—Habrá otros vuelos. Y estaré en ellos. Simplemente no ahora.

Mis ojos se posan en los suyos y veo su convicción. Su compromiso conmigo y nuestra nueva familia.

Golpea la tarjeta en mi mano. —No se trata de que yo tenga miedo de volar mientras tú estás aquí con nuestro hijo. Se trata de que yo quiero estar aquí y no perderme la oportunidad de ayudarte a traer a nuestro hijo al mundo —. Sus dedos rodean mi mano. —Aunque, sinceramente, incluso después de una visita al médico, es bastante evidente que la suma de toda mi ayuda se limita a simplemente tomar tu mano.

—Inútil —, murmura Brit.

—Pero-...

—No discutas. Recuerda que ese era el trato —. Y con un rápido beso en mi mejilla, se levanta y le quita el guante de cocina a Matt. —Vamos, vamos a revisar la pechuga. Tengo habilidades para hacer barbacoas que practicar —. Da un paso para irse pero se detiene y se vuelve hacia mí. —Oh, y toma —. Saca su teléfono del bolsillo y me lo lanza. —Tal vez quieras llamar al agente inmobiliario. Incluso siendo Navidad, no creo que les importe atender una llamada si eso significa una comisión en efectivo —. Él me guiña un ojo. —Un trato es un trato, ¿verdad?

Con eso, me apunta con el dedo y se va.

El bastardo me robó el movimiento.

Hashtag la mejor Navidad de la historia.

EPÍLOGO: SINGULARIDAD

ROSE

ESTOY VESTIDA DE BLANCO.

La tradición puede exigir que use color, o al menos marfil, ya que la masa de mi útero ahora es una panza discernible, pero me veo bien de blanco.

Además, el escote en V profundo de mi atuendo blanco hace que mis senos realzados por el embarazo parezcan auténticas bolas de asombro.

Y dado que mis futuros sobrinos dicen que tener una novia vestida de blanco en el día de su boda es una tradición arcaica que glorifica la definición del valor de una mujer en función de su nivel de castidad y no de su persona, hice que *todas* las mujeres se vistieran de blanco hoy.

Hashtag pégaselo al hombre.

—No puedo creer que mi hermana se vaya a casar en un granero —. Holt mira a través de la ventana delantera de la casa del rancho la estructura en cuestión, sacudiendo la cabeza consternado.

—Ey —, le doy un codazo en las costillas. —Nuestro *hermano* se casó en ese granero no hace mucho.

—Sí, ¿qué tiene de malo un granero? —. Flynn, sentado en los escalones, frunce el ceño ante nuestro hermano mayor y gruñón. Estamos esperando que Jules le envíe un mensaje de texto a Holt y nos dé el visto bueno a los tres para entrar.

Holt se frota el costado. —Eso fue diferente. Jackie y tú tenían una organizadora de bodas profesional que dirigió un equipo de cincuenta personas para transformar el granero en un lugar glamouroso —. Continúa mirando por la ventana, observando cómo entran los últimos invitados. —Todo lo que Rose nos pidió que hiciéramos fue barrer.

—Y dejar que Brittany decore —, agrego, preguntándome cuántos tableros de Pinterest hizo en preparación. —No has visto lo que esa mujer puede hacer. Apuesto a que luce tremendamente majestuoso.

—¿Por qué elegiste el área de almacenamiento trasera y no el área más grande donde están

los establos? —. Flynn se levanta y se arregla el esmoquin. —¿No querías que volviéramos a mover los caballos?

El recuerdo de Vance besando mi hoo-haa detrás de las cortinas de la recepción me hace estremecer. —Piensen muy bien si ustedes dos quieren o no saber la respuesta a esa última pregunta. Porque, como tu hermana, creo que esto podría ser un caso que la ignorancia sea una bendición.

—Jesús —, Flynn se pasa una mano por la cara.

El teléfono de Holt suena. —Todos están sentados —. Se lo guarda en el bolsillo y se alisa las solapas de su esmoquin.

Aplaudo. —Hora de irse.

Holt extiende su brazo. —¿Estás lista?

—Puedes apostar —. Paso mi brazo por el suyo.

—Porque no tienes que casarte, ¿sabes? Podemos-...

—Holt —. Bajo la cabeza y lo miro a los ojos. —Me voy a casar. Ahora mismo.

Él sostiene mi mirada por un segundo y luego suspira. —De acuerdo.

Flynn se ríe. Así como él ha podido adaptarse a todos los cambios en mi vida estos últimos meses, Holt… no lo ha hecho.

Tiene miedo de que me esté presionando para casarme. Después de que Vance y yo nos comprometimos en Navidad, estaba muy ocupado comprando una casa, adoptando dos perros y disfrutando de las miradas horrorizadas que recibo todos los domingos después de la clase de pole dance cuando hago recados a Home Depot y Lowes para todos los proyectos de mi nueva casa vestida con mi mejor ropa de stripper y brillo, el spandex multicolor mostrando mi panza, que no tuve tiempo de planear una boda.

Sinceramente, nunca soñé con una boda cuando era pequeña. Soñé con la familia.

Luego, Vance se sentó conmigo después de una de sus sesiones de terapia y me preguntó si todavía no confiaba en él. Aparentemente, había tomado mi falta de interés en la boda como una señal de que no lo había perdonado por dejarme en el escenario de striptease después de que le dije que estaba embarazada.

Podría haberme derribado con una pluma. Quiero decir, acepté su anillo. Cohabitamos. Tenemos *perros*.

Pero resulta que Vance era sensible al hecho de que yo no tenía prisa por casarme.

Me tomó prometerle que me casaría lo antes posible y una ronda de loto para que dejara de hacer pucheros.

Flynn abre la puerta principal. —Deja de hacer un montón de tu esmoquin, Holt. Tenemos una novia que entregar —. Me toma el otro brazo y juntos los tres bajamos los escalones del porche y cruzamos el camino hacia el granero.

Incluso con todos los invitados en el granero y sin nadie cerca para verlos, Holt y Flynn se pavonean con el pecho hinchado. Se sintieron muy conmovidos cuando les pedí que me

acompañaran hasta el altar. O, ya sabes, el pasillo del granero.

Holt había vuelto a llorar. Es tan tierno.

No puedo esperar a ver qué hace cuando cargue a su sobrina por primera vez.

Para diversión de Brit, su predicción navideña de borracha era correcta. Vance y yo vamos a tener una niña.

Citali (Kit-tah-lee). Significa *estrella*.

La música sale del granero: instrumental y relajante.

Entramos, pero en lugar de ir a la izquierda, vamos a la derecha, hacia el almacén trasero.

Desde este ángulo, veo a Myra junto a Ángela, sentada detrás de Helen y John, mi antiguo consejero y su nuevo novio.

Un paso más y Jackie, Trish y Jules están en primera fila, cada una vistiendo lo que quisieron, siempre que fuera blanco. No entiendo cómo Jules encontró pantalones de cuero blancos y botas de motociclista del mismo color, pero se las arregla para hacerlos lucir rudos y elegantes. Un pié de Jackie, vestido con unas Converse blancas, rebota como un conejo en el pasillo, y sus ojos se iluminan detrás de sus gafas cuando me ve. (O, más probablemente, a Flynn). Trish, la más tradicional vestida con un vestido de cóctel blanco, rompe el código de vestimenta con tacones de plataforma escarlata.

En el umbral, me golpea todo el impacto del mágico País de las Hadas que Brit creó con miles de pequeñas luces en alambres delgados que clavó en casi cada centímetro de la superficie de la pared y el techo.

Y entonces me encuentro con los ojos de Vance. Sus ojos oscuros y hermosos con las arrugas que nos catapultaron a donde estamos ahora. Círculo completo desde la cita en el corral hasta nuestros votos matrimoniales. Hablando justo donde está parado ahora. En el lugar exacto en el que por primera vez puso sus labios sobre los míos. Después de besar por primera vez mi hoo-haa.

Como uno solo, Holt y Flynn dan un paso adelante, sólo para ser empujados hacia atrás cuando mis pies permanecen plantados.

—¿Estamos huyendo? —, Holt pregunta por la comisura de su boca.

Saco mi brazo del suyo y pongo los ojos en blanco. —No, no vamos a fugarnos.

Hay un pequeño murmullo cuando meto la mano en mi escote y saco un pequeño control remoto. Con un clic, la música cambia. Vuelvo a pasar mi brazo por el de Holt mientras comienza una reconocible introducción de guitarra.

Los ojos de Vance se abren como platos.

Cuando Paul McCartney canta sobre un mirlo, doy un paso hacia él.

Sabía dónde nos casaríamos. Sabía que mis hermanos me acompañarían hasta el altar. Incluso sabía de los planes de Brit para decorar.

Pero no sabía nada de la canción.

Se forman lágrimas en los ojos que amo tanto a medida que me acerco. Una cae cuando lo

alcanzo.

Mis hermanos se turnan para darme un beso en las mejillas, pero mis ojos nunca dejan los de Vance.

—Mirlo —, susurra cuando solo estamos nosotros e Ian, nuestro oficiante ordenado por Internet.

Levantando la mano, acuno la mejilla de Vance y le seco la lágrima con el pulgar. —Pensé que sería bueno si tu padre pudiera acompañarnos hoy.

—Sí —. Vance besa mi palma. —Él está aquí.

Ian da un paso adelante. —Estamos reunidos aquí...

Nos comprometemos a amarnos y honrarnos unos a otros frente a nuestros familiares y amigos. Todos ellos familia, de verdad. Familia en la que nacimos, familia que elegimos.

Intercambiamos anillos y nuestras manos descansan sobre mi panza cuando terminamos.

Familia que hicimos.

—Ahora los declaro marido y mujer —. Ian nos da una sonrisa de satisfacción mientras mira a Vance y luego a mí. —Puedes besar a la novia.

—Vamos, viejo —. Levanto ambos brazos y los envuelvo alrededor de su cuello. —Agáchate —. Sus ojos pasan de mis ojos a mis pechos y luego a mis labios.

—Claro, pequeña Rosie.

Nos besamos.

Todos aplauden.

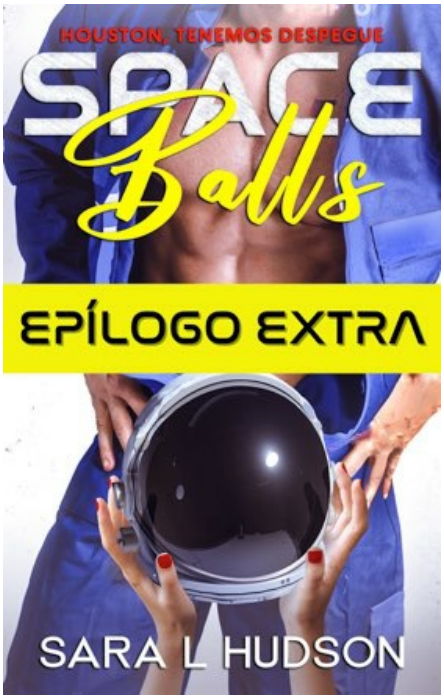
Presiono el control remoto nuevamente.

Y las bombas de purpurina explotan.

Hashtag felices para siempre.

———

¿QUIERES VER dónde están Rose y Vance dentro de seis años? ¿Y qué pasa con el resto de las chicas?



Haz clic AQUÍ para acceder a un epílogo adicional gratuito y averiguarlo.

SPACE SERIES CONTINÚA



Lea todos los bestsellers de la SPACE SERIES.

ACERCA DEL AUTOR



Sara L. Hudson era una niña salvaje de la costa este hasta que su esposo ingeniero de la NASA la empacó y se la llevó a Texas.

Ahora vive en Houston con su sabelotodo marido, sus dos adorables hijos y su bebé peludo, Jack.

Sara tiene una Maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Bath Spa, Inglaterra, y anteriormente ha sido publicada como reportera de noticias y columnista.

Sara también es profesora de Composición Inglesa, Literatura y Humanidades, siendo su curso favorito para enseñar el que creó sobre el Mundo de las Novelas Románticas.

Porque el mundo necesita amar y reír más.

xx Sara